

DEBORAH CROMBIE

*Un pasado
oculto*



UN CASO DE DUNCAN KINCAID
Y GEMMA JAMES



Lectulandia

Connor Swann, yerno de *Sir* Gerald Asherton, director de orquesta, y de su mujer, Dame Caroline, cantante de ópera, es hallado muerto en una esclusa del Támesis en la encantadora campiña de los alrededores de Henley. Ante las dudas acerca de las circunstancias de su fallecimiento, el comisario Duncan Kincaid y la sargento Gemma James son designados para encargarse de dilucidar el caso, y pronto se percatan de que no se trata de un accidente. Otro suceso trágico ya había golpeado a los Asherton veinte años atrás con la muerte por ahogamiento de su hijo Matthew ante los ojos de Julia, hermana del niño. Aunque aparentemente los dos sucesos no tienen relación, no se descarta que exista un nexo. Con los hábiles interrogatorios y el acercamiento a la vida íntima de los personajes, ambos policías construyen pieza a pieza el telón de fondo de la verdadera historia. El *flash* de una imagen que surge con fuerza de la mente de Kincaid será la clave para descubrir el móvil que ha provocado el luctuoso hecho.

Lectulandia

Deborah Crombie

Un pasado oculto

Duncan Kincaid y Gemma James - 3

ePub r1.0

Titivillus 29.09.2018

Título original: *Leave the Grave Green*

Deborah Crombie, 1995

Traducción: Rebeca Bouvier

Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 1

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Sobre el autor

Notas

Prólogo

—Vigila. No resbales. —Julia se apartó los mechones de pelo oscuro que se le habían soltado de la cola de caballo. Frunció el ceño con preocupación. El aire era denso y tan espeso y sustancial como el algodón. Pequeñas perlas de humedad resbalaban por su piel; gotas más grandes caían intermitentemente de los árboles sobre la empapada alfombra de hojas que había bajo sus pies—. Llegaremos tarde a tomar el té, Matty. Y ya sabes lo que dice papá cuando no terminas los deberes a tiempo para practicar.

—No seas tan sosa, Julia —dijo Matthew. Era un año menor que su hermana y tan rubio y corpulento como ella delgada y morena. Había crecido más que ella durante el año anterior y por esa razón se había vuelto un engreído insufrible—. Pesada. «Matty no resbales. Matty no te caigas». —La imitó con crueldad—. Actúas como si no supiera ni limpiarme los mocos. —Mantén el equilibrio, con los brazos extendidos a la altura de los hombros, mientras caminaba sobre el tronco de un árbol caído, junto a la orilla de la corriente crecida. Su mochila yacía en el barro, donde la había soltado con despreocupación.

Julia, con los libros apretados contra su pecho, se meció sobre las puntas de los pies. *Le estará bien empleado si papá lo regaña*. Pero la regañina, aunque fuera severa, sería breve y la vida en casa volvería rápidamente a la normalidad. La normalidad que hacía que todos se comportaran —según decía Plummy cuando Matty la sacaba especialmente de quicio— «como si el sol saliera y se pusiera únicamente con el fin de complacer a Matthew».

Los labios de Julia temblaron al pensar en lo que Plummy diría al ver su mochila y sus zapatos llenos de barro. Pero no importaba. Todo le sería perdonado. Porque Matthew poseía el atributo que sus padres valoraban por encima de todo. Sabía cantar.

Su clara voz de soprano se elevaba sin esfuerzo y surgía de sus labios suave como un susurro. Y cantar lo transformaba. Al concentrarse desaparecía el torpe y desdentado chiquillo de doce años y su cara se mostraba seria y llena de gracia. Solían reunirse en el salón después del té. Su padre corregía a Matthew la cantata de Bach que había cantado con el coro por Navidad. Su madre los interrumpía a menudo y ofrecía tanto críticas como elogios. A Julia le parecía que los tres formaban un

atractivo círculo al cual ella, debido a un accidente de nacimiento o un capricho inexplicable de Dios, le fue denegada la entrada para siempre.

Los niños habían perdido el autobús aquella tarde. Julia, que quería hablar en privado con la profesora de dibujo, se había retrasado demasiado y el autobús había pasado con gran estruendo por delante de ellos, salpicándoles las pantorrillas de barro. Tuvieron que caminar hasta casa. Al coger un atajo a través de los campos, la arcilla cubrió sus zapatos y tuvieron que levantar los pesados pies a propósito, como si fueran visitantes de un planeta más ligero. Cuando llegaron al bosque, Matthew cogió la mano de Julia y tiró de ella. Resbalando y deslizándose entre los árboles, bajaron la colina hasta el riachuelo cercano a su casa.

Julia tuvo un escalofrío y miró hacia arriba. Había oscurecido notablemente y, a pesar de que las tardes de noviembre se hacían más cortas, pensó que la falta de visibilidad significaba más lluvia. Durante semanas había llovido con fuerza a diario. Los chistes sobre «el diluvio universal» ya olían a rancio. Ahora, las miradas hacia el cielo plomizo iban seguidas de un gesto silencioso de resignación. Aquí, en las colinas de caliza al norte del Támesis, el agua se filtraba a un ritmo constante, brotando del suelo saturado y fluyendo hacia los afluentes ya sobrecargados.

Matty, que había dejado de hacer equilibrios sobre el tronco y se había agachado junto al borde del agua, jugueteaba con una rama larga. El arroyo, que cuando hacía buen tiempo era un cauce seco, circulaba lleno hasta las orillas. El agua bajaba opaca como un té con leche.

Julia, cada vez más enojada, dijo:

—Ven, Matty, por favor. —Su estómago rugió—. Tengo hambre. Y frío. —Apretó los brazos con fuerza—. Si no vienes me iré sin ti.

—¡Mira, Julia! —Indiferente a sus quejas, Matty apuntó con la rama a un punto en el agua—. Hay algo atrapado bajo la superficie, justo allí. A lo mejor es un gato muerto. —Se volvió hacia ella y sonrió.

—No seas asqueroso, Matty. —Sabía que su tono remilgado y mandón no haría más que avivar sus burlas, pero ya no le importaba—. De verdad, me voy a ir sin ti. —Mientras se daba la vuelta con resolución sintió unos desagradables calambres en su abdomen—. De verdad, Matty, no me encuentro...

La salpicadura le llegó a las piernas cuando se dio la vuelta.

—¡Matty! No seas...

Se había caído al agua de espaldas con los brazos y piernas separados torpemente.

—Está fría, —dijo con cara de sorpresa. Buscaba donde apoyar el pie en la orilla, riendo, sacudiéndose el agua de los ojos.

Julia vio como la expresión de alegría de su hermano se desvanecía. Sus ojos se abrieron y la boca formó una gran O.

—Matty...

La corriente lo había atrapado, arrastrándolo río abajo.

—Julia, no puedo... —El agua le cubrió la cara, llenándole la boca.

Ella caminó a tropezones por la orilla, llamándolo por su nombre. La lluvia empezó a caer en serio. Grandes gotas salpicaban su cara, cegándola. Su dedo gordo quedó atrapado en una piedra que sobresalía y cayó. Se levantó y siguió corriendo, vagamente consciente del dolor que sentía en la espinilla.

—Matty. Matty, por favor. —Repetía las palabras una y otra vez, como recitando inconscientemente un conjuro. A través del agua fangosa podía ver el azul de la chaqueta del uniforme y el despliegue pálido de su cabello.

El terreno descendía bruscamente a medida que el arroyo se ensanchaba y apartaba. Julia se deslizó por la pendiente y paró. En la otra orilla un viejo roble se tambaleaba peligrosamente. Un amasijo de raíces sobresalía allá donde el arroyo había erosionado la orilla. Allí era donde el cuerpo de Matthew se había quedado atrapado, inmovilizado bajo las raíces, como si una mano gigantesca lo hubiera asido.

—Matty, —gritó, con voz más energética ahora, como un lamento de desesperación. Entró en el agua. Notó un gusto salado que llenaba su boca tras morderse el labio inferior. El frío la impresionó y entumeció sus piernas. Se forzó a seguir adelante. El agua se arremolinaba entre sus rodillas, tiraba del dobladillo de su falda. Le llegó a la cintura, luego al pecho. Respiró entrecortadamente al notar cómo el frío calaba en sus costillas. Notó los pulmones como paralizados por el frío, incapaces de ensancharse.

La corriente la arrastró, tirando de su falda, cambiando su punto de apoyo en las rocas cubiertas de musgo. Con los brazos extendidos para guardar el equilibrio, Julia avanzó su pie derecho. Nada. Se movió un poco a un lado, luego al otro, palpando el terreno. Aún nada.

El frío y el cansancio la estaban dejando sin fuerzas. Respiraba entrecortadamente y la fuerza de la corriente parecía más insistente. Miró arroyo arriba y arroyo abajo sin encontrar un lugar donde cruzar más fácilmente. Y no es que cruzar al otro lado la ayudara en algo. Era imposible llegar a él por la empinada orilla.

Se le escapó un breve gemido. Estiró los brazos hacia Matty, pero les separaban metros y ella estaba demasiado asustada como para hacer frente a la corriente. Ayuda. Debía encontrar ayuda.

Cuando se dio la vuelta notó como el agua la levantaba y la arrastraba hacia delante, pero hundió los talones y dedos para agarrarse. La corriente aflojó y Julia trepó hacia fuera. Se paró un momento en la orilla fangosa al notar como una oleada de debilidad la invadía. Una vez más miró a Matty. Vio el contorno de sus piernas retorciéndose de lado en la corriente. Luego empezó a correr.

* * *

La casa apareció entre los oscuros arcos de los árboles. Al anochecer, las paredes de caliza blanca resplandecían de manera inquietante. Julia evitó la entrada principal sin pensar. Rodeó la casa y fue hacia la cocina, al calor, a la seguridad. Jadeando tras haber subido la empinada colina, Julia se frotó la cara, resbaladiza por la lluvia y las lágrimas. Era consciente de su propia respiración, del sonido como de chapoteo de sus zapatos a cada paso que daba, y de la pesada lana mojada de su falda raspando sus muslos.

Julia abrió la puerta de la cocina y se paró justo adentro, dejando charcos de agua a su alrededor. Plummy, ante la cocina Aga^[1], se dio la vuelta cuchara en mano y con el pelo despeinado, como siempre que cocinaba.

—¡Julia! ¿Dónde habéis estado? ¿Qué va a decir vuestra madre...? —La afable regañina se desvaneció—. Julia, niña, estás sangrando. ¿Estás bien? —Se acercó a Julia, soltando la cuchara. Su redonda cara se arrugó por la preocupación.

Julia olió a manzanas y canela, vio el reguero de harina en el pecho de Plummy, y algún compartimiento de su cerebro registró que estaba preparando *pudding* de manzana —el favorito de Matty— para el té. Notó que las manos de Plummy la sujetaban por los hombros. Vio, a través de una pantalla de lágrimas, que su cara amable y familiar se acercaba a la suya.

—¿Julia, qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Matty?

La voz de Plummy surgía entrecortada por el pánico. Pero Julia seguía en silencio, su garganta congelada, las palabras contenidas tras los labios.

Un suave dedo acarició su cara.

—Julia, te has cortado el labio. ¿Qué ha pasado?

Empezó a sollozar, y los sollozos sacudían su cuerpo menudo. Apretó los brazos fuertemente contra su pecho para aliviar el dolor. Un pensamiento perdido pasó oscilante por su mente... no podía recordar dónde había dejado caer los libros. Matty. ¿Dónde dejó caer Matty los libros?

—Cielo, debes decírmelo. ¿Qué ha pasado?

Ahora estaba en brazos de Plummy, la cara hundida en su mullido pecho. Las palabras surgieron, entrecortadas por los sollozos, como una marea desatada.

—Es Matty. Plummy, es Matty. Se ha ahogado.

Duncan Kincaid pudo ver desde la ventanilla del tren los montones de escombros en los jardines traseros y en los ocasionales terrenos municipales. Madera, ramas y ramitas muertas, cajas de cartón prensadas y restos de muebles rotos... cualquier cosa valía para las hogueras de la Noche de Guy Fawkes^[2]. Trató inútilmente de limpiar el mugriento cristal de la ventana con la manga de su chaqueta, esperando así ver mejor uno de los especialmente espléndidos monumentos a la negligencia británica... Luego se acomodó en su asiento y suspiró. La fina llovizna combinada con el estándar de limpieza de los ferrocarriles británicos reducía la visibilidad a unos pocos cientos de metros.

El tren aminoró la marcha al acercarse a High Wycombe. Kincaid se levantó y se estiró, luego recogió su abrigo y maletín del portaequipajes. Había ido directamente a St. Marleybone desde Scotland Yard sin olvidar el equipo de emergencia que guardaba en la oficina: una camisa limpia, artículos de tocador, cuchilla de afeitar, lo estrictamente imprescindible para responder a una llamada inesperada. Y la mayoría de llamadas tenían más interés que ésta: un favor político del comisionado asistente para un antiguo compañero de escuela en una situación delicada. Kincaid hizo una mueca. Prefería un cuerpo sin identificar en medio de un campo.

Se tambaleó al dar el tren una sacudida y frenar. Se agachó para escudriñar a través de la ventana. Recorrió con la vista el aparcamiento en busca de su escolta. El coche camuflado —la línea era inconfundible, incluso bajo la creciente lluvia— estaba aparcado junto al andén, con las luces de estacionamiento encendidas y una nube gris saliendo por el tubo de escape.

Daba la impresión de que habían llamado a la caballería para dar la bienvenida al chico rubio de Scotland Yard.

—Jack Makepeace. Sargento Makepeace. Del CID^[3] de Thames Valley — Makepeace sonrió, mostrando unos dientes amarillentos bajo el bigote rubio rojizo—. Me alegro de conocerlo, señor. —Su manaza estrechó la de Kincaid, luego cogió el maletín y lo lanzó al maletero del coche—. Suba y hablaremos por el camino.

El interior del coche olía a tabaco y lana húmeda. Kincaid abrió un poco su ventanilla, luego se volvió un poco para poder ver a su compañero. El poco pelo que tenía era del mismo color que el bigote, la pecas cubrían la cara y llegaban a la calva,

su nariz grande tenía aspecto desproporcionado, producto de haber sido aplastada... en general no se trataba de una cara atractiva, pero en los ojos azul claro había una mirada sagaz y la voz era inesperadamente suave para un hombre de su tamaño.

Makepeace condujo competentemente por las calles resbaladizas a causa de la lluvia, serpenteando hacia el sur y el oeste hasta cruzar la M40 y dejando atrás las últimas casas adosadas. Miró a Kincaid, como indicación de que ya podían hablar.

—Hábleme del caso, —dijo Kincaid.

—¿Qué sabe?

—No mucho. Y prefiero que empiece por el principio si no le importa.

Makepeace lo miró, abrió la boca como para preguntar algo y luego la cerró. Al cabo de un momento, dijo:

—Está bien. Esta mañana al amanecer, el esclusero de Hambleton, un tal Perry Smith, abrió la compuerta para llenar la esclusa para un viajero madrugador. Un cuerpo pasó por la compuerta y entró en la esclusa. Se llevó un buen susto, como puede imaginar. Llamó a Marlow y ellos enviaron una patrulla y una ambulancia. — Hizo una pausa, redujo al llegar a un cruce, y luego se concentró para adelantar un viejo Morris Minor que subía lentamente por la cuesta—. Lo sacaron del agua y, cuando resultó obvio que el pobre tipo no iba a vomitar el agua y abrir los ojos, nos llamaron a nosotros.

El limpiaparabrisas chirrió contra el cristal seco y Kincaid se dio cuenta de que había dejado de llover. Los campos recién arados se elevaban a ambos lados de la estrecha carretera. La tierra calcárea al descubierto era de un color marrón pálido y este fondo, con las rocas revueltas, parecía una tostada cubierta de pimienta. Hacia el oeste, una hilera de hayas coronaba la colina.

—¿Cómo pudieron identificarlo?

—La cartera del pobre desgraciado estaba en el bolsillo trasero. Connor Swann, treinta y cinco años, cabello castaño, ojos azules, 1 metro 83 de estatura, 76 kilos. Vivía en Henley, unos cuantos kilómetros río arriba.

—Suenan a algo que vuestra gente podría haber asumido fácilmente —dijo Kincaid, sin molestarse en esconder su fastidio. Contempló la perspectiva de pasar la tarde de viernes en la zona de Chiltem Hundreds, empapado como las hogueras que había visto preparadas para la Noche de Guy Fawkes, en vez de quedar con Gemma para tomar una cerveza después del trabajo en el *pub* de Wilfred Street—. El tipo se toma unas copas, sale a caminar un rato por la compuerta, se cae. Bingo.

Makepeace negó con la cabeza.

—Pero es que ésta no es toda la historia, señor Kincaid. Alguien dejó un magnífico par de huellas a cada lado de la garganta. —Con un gesto elocuente, Makepeace levantó ambas manos del volante durante unos segundos—. Parece ser que lo estrangularon.

Kincaid se encogió de hombros.

—Parece una suposición razonable. Pero sigo sin entender por qué merece la intervención de Scotland Yard.

—No se trata de cómo, sino de quién, señor Kincaid. Parece ser que el difunto señor Swann era el yerno de *Sir Gerald Asherton*, el director de orquesta, y de *Dame Caroline Stowe*, una cantante de reputación, según creo. —Viendo la cara de perplejidad de Kincaid continuó—. ¿No es amante de la ópera, señor Kincaid?

—¿Y usted? —preguntó Kincaid antes de poder contener su involuntaria sorpresa, sabiendo que no debería haber juzgado los gustos culturales del hombre por su aspecto físico.

—Tengo algunos discos y la miro en la televisión, pero nunca he ido a una representación.

Los anchos campos en pendiente habían dado paso a colinas boscosas y ahora, a medida que la carretera subía, los árboles proliferaban.

—Estamos llegando a Chiltern Hills —dijo Makepeace—. *Sir Gerald* y *Dame Caroline* viven un poco más allá, cerca de Fingest. La casa se llama *Badger's End*, aunque por su aspecto el nombre no le pega nada. —Salvó una curva muy cerrada tras la cual llegó otra bajada junto a un arroyo rocoso—. Por cierto, le hemos buscado alojamiento en un *pub* de Fingest, el *Chequers*. Tiene un jardín trasero, encantador en un día agradable. No es que vaya a tener demasiadas ocasiones de disfrutarlo —añadió, entrecerrando los ojos para ver el cielo que se oscurecía.

Ahora los árboles los rodeaban. Como si de un túnel se tratara, las hojas doradas y cobrizas formaban un arco y una colcha de hojas cubría el suelo. El cielo del atardecer seguía nublado. Sin embargo, debido a algún extraño efecto de la luz, las hojas parecían resplandecer de forma misteriosa, casi fosforescente. Kincaid se preguntó si este encantador efecto había dado lugar a la antigua idea de las «calles cubiertas de oro».

—¿Me va a necesitar? —preguntó Makepeace, rompiendo el hechizo—. Pensaba que se traería refuerzos.

—Gemma vendrá esta noche. Estoy seguro de que hasta entonces podré arreglármelas. —Viendo la cara de incompreensión de Makepeace, añadió—: la sargento Gemma James.

—Mejor su gente que la de Thames Valley —dijo Makepeace en una respuesta que sonaba medio risa y medio gruñido—. Uno de mis jóvenes agentes cometió el error de llamar *Lady Asherton* a *Dame Caroline*. El ama de llaves se lo llevó a un lado y le echó una bronca que no olvidará. Le informó de que el título de *Dame Caroline* es suyo por derecho propio y precede a su título como esposa de *Sir Gerald*.

Kincaid sonrió.

—Trataré de no meter la pata. ¿Así que también hay un ama de llaves?

—Una tal señora Plumley. Y la viuda, la señora Julia Swann. —Makepeace lo miró de reojo, divertido, y continuó—. Piense lo que quiera. Parece ser que la señora Swann vive en *Badger's End* con sus padres, no con su marido.

Antes de que Kincaid pudiera formular una pregunta, Makepeace levantó la mano y dijo:

—Mire. —Giraron a la izquierda y tomaron un sendero empinado, flanqueado por altos taludes y tan estrecho, que las zarzas y las raíces al descubierto rozaban los costados del coche. Había oscurecido de manera apreciable. Bajo los árboles todo era umbrío y estaba en sombras—. A su derecha tiene el valle de Wormsley, aunque sea difícil de ver. —Makepeace lo señaló y, por entre los árboles, Kincaid alcanzó a ver las ondulaciones de los campos en penumbra del valle—. Parece mentira que estemos a tan sólo sesenta kilómetros de Londres, ¿no cree, señor Kincaid? —añadió con orgullo de propietario.

Al llegar al punto más alto del camino Makepeace giró a la izquierda y se metió en la oscuridad del bosque de hayas. La pista continuaba suavemente en bajada y el grueso acolchado de hojas silenciaba las ruedas. Un par de cientos de metros más adelante tomaron una curva y Kincaid vio la casa. La piedra blanca brillaba bajo la oscuridad de los árboles y en las ventanas sin cortinas resplandecía acogedoramente la luz de las lámparas. Supo de inmediato a qué se había referido Makepeace respecto al nombre de la casa. Badger's End implicaba cierta simplicidad rústica, llana, y esta casa, con sus lisas paredes blancas y sus ventanas y puertas en forma de arco, poseía una presencia elegante, casi eclesiástica.

Makepeace paró el coche en la suave alfombra de hojas, pero dejó el motor en marcha mientras rebuscaba en su bolsillo. Le dio una tarjeta a Kincaid.

—Me voy. Aquí está el número de la comisaría local. Yo estaré ocupado, pero si llama cuando haya terminado alguien lo vendrá a recoger.

Kincaid saludó con la mano mientras Makepeace se alejaba en el coche. Luego se quedó mirando la casa, mientras le invadía el silencio del bosque. Viuda apenada, suegros consternados, un imperativo para la discreción... no era exactamente la fórmula para una noche fácil, o un caso fácil. Tensó los hombros y empezó a caminar.

La puerta principal se abrió y la luz salió a recibirle.

* * *

—Soy Caroline Stowe. Me alegro de que haya venido.

Esta vez la mano que tomó la suya era pequeña y suave. Kincaid contempló la cara que lo miraba desde abajo.

—Duncan Kincaid. Scotland Yard. —Con la mano que tenía libre sacó sus credenciales del bolsillo interior de su chaqueta, pero ella las ignoró, todavía sujetando la mano del comisario entre las suyas.

Kincaid se sintió por un momento desconcertado. En su mente había asociado *Dame y ópera* con *enorme*. Caroline Stowe apenas superaba el metro y medio y, aunque su pequeño cuerpo ofrecía ciertas redondeces, de ninguna manera se la podía calificar de gruesa.

Su sorpresa debía de haber resultado obvia porque ella rió y dijo:

—No canto Wagner, señor Kincaid. Mi especialidad es el bel canto. Además, el tamaño no guarda relación con la potencia de la voz. Ésta tiene que ver, entre otras cosas, con el control de la respiración. —Soltó su mano—. Pase. Qué grosería por mi parte dejarlo en el umbral, como si fuera un aprendiz de fontanero.

Mientras ella cerraba la puerta, él miró a su alrededor con interés. Sobre una mesa auxiliar una lámpara iluminaba la entrada, proyectando sombras en el liso suelo de piedra gris. Las paredes eran de un verde grisáceo pálido y estaban desnudas excepto por una pocas acuarelas en marcos dorados que representaban unas voluptuosas mujeres mostrando los senos y tumbadas junto a unas ruinas románicas.

Caroline abrió la puerta de la derecha y se apartó, invitándolo con un gesto a que pasara.

Justo enfrente de la puerta, un fuego ardía en la chimenea. Encima de la repisa se vio a sí mismo, enmarcado en un elaborado espejo —pelo de color castaño, rebelde por la humedad, ojos ojerosos, su color imposible de distinguir desde el otro lado de la habitación. Por debajo de la altura de su hombro sólo era visible la oscura coronilla de Caroline.

Tuvo solamente un instante para hacerse una idea de la habitación. El mismo suelo de pizarra gris, suavizado aquí por unas cuantas alfombras diseminadas; muebles forrados de chintz, cómodos, ligeramente desgastados; un revoltijo de utensilios para té usados en una bandeja... todo eclipsado por un piano de media cola. Su oscura superficie reflejaba la luz de una pequeña lámpara y tras el teclado había una partitura abierta. El banco estaba retirado en ángulo, como si alguien hubiera acabado de tocar.

—Gerald, éste es el comisario Kincaid de Scotland Yard. —Caroline fue a situarse junto al hombre grande y arrugado que se levantaba del sofá—. Señor Kincaid, mi esposo, *Sir Gerald Asherton*.

—Es un placer conocerlo —dijo Kincaid, sintiendo que la respuesta era poco apropiada mientras la daba. Pero si Caroline insistía en tratar a su visita como si fuera un acontecimiento social, él le haría el juego durante un rato.

—Siéntese. —*Sir Gerald* recogió un ejemplar del *Times* del asiento de una butaca y la acercó a una mesilla.

—¿Le apetece un té? —preguntó Caroline—. Hemos terminado justo ahora, así que no es molestia poner agua a hervir otra vez.

Kincaid olisqueó el persistente olor a tostadas y su estómago rugió. Desde donde estaba sentado pudo ver las pinturas que no había visto al entrar en la habitación. También eran acuarelas, y del mismo artista. Pero esta vez las mujeres estaban

reclinadas en salones elegantes y sus vestidos tenían el brillo del luaré. Una casa donde se tientan los apetitos, pensó, y dijo:

—No gracias.

—Tome una copa entonces —dijo *Sir Gerald*—. Ya es hora de tomarse un descanso.

—No, gracias, de verdad. —Qué extraña pareja hacían, de pie uno al lado del otro, cerniéndose sobre Kincaid como si fuera un invitado real. Caroline, que vestía una blusa de seda azul eléctrico y pantalones a medida oscuros, tenía un aspecto cuidado y casi infantil al lado de la mole de su marido.

Sir Gerald obsequió a Kincaid con una gran sonrisa contagiosa que mostraba las rosadas encías.

—Geoffrey lo recomendó sin ninguna reserva, señor Kincaid.

Se debía referir a Geoffrey Menzies-St. John, el comisionado asistente de Kincaid y compañero de colegio de Asherton. Aunque ambos hombres ya tenían cierta edad, todo parecido externo acababa ahí. Pero el comisionado, si bien pulcro y preciso hasta el punto de parecer mojigato, poseía una viva inteligencia, y Kincaid pensó que si Asherton no hubiese compartido esa cualidad, los dos hombres no habrían mantenido el contacto durante todo este tiempo.

Kincaid se inclinó hacia delante e inspiró.

—Por favor, siéntense, los dos, y cuéntenme lo que ha pasado.

Tomaron asiento, obedientes, pero Caroline lo hizo en el borde del sofá, con la espalda recta, alejada del brazo protector de su marido.

—Se trata de Connor, nuestro yerno. Se lo habrán explicado. —Ella lo miró. Sus ojos marrones parecían más oscuros por las dilatadas pupilas—. No lo podemos creer. ¿Por qué querría alguien matar a Connor? No tiene sentido, señor Kincaid.

—Es evidente que necesitaremos recopilar más pruebas antes de poder tratar esto como una investigación oficial por asesinato, Dame Caroline.

—Pero yo pensaba... —empezó a decir, y miró a Kincaid con expresión de impotencia.

—Empecemos por el principio. ¿Era muy querido su yerno? —Kincaid los miró a ambos, incluyendo a *Sir Gerald* en la pregunta, pero fue Caroline quien respondió.

—Por supuesto. Todos querían a Con. No podías no quererlo.

—¿Se había comportado de forma distinta últimamente? ¿Estaba preocupado o parecía infeliz por alguna razón?

Ella dijo, negando con la cabeza:

—Con siempre fue... simplemente Con. Usted tendría que haber conocido... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Cerró un puño y lo sostuvo en la boca—. Me siento una idiota. No soy dada a ataques de histeria, señor Kincaid. O a ataques de incoherencia. Es el *shock*, supongo.

Kincaid pensó que su definición de histeria era algo exagerada, pero dijo en tono tranquilizador:

—No tiene importancia, Dame Caroline. ¿Cuándo vio a Connor por última vez? Ella resolló y se pasó un nudillo por un ojo que quedó todo negro.

—Durante el almuerzo. Ayer vino a comer. Lo hacía a menudo.

—¿También estaba usted aquí, *Sir Gerald*? —preguntó Kincaid, decidiendo que sólo preguntándole a él directamente obtendría alguna respuesta.

Sir Gerald estaba sentado con la cabeza hacia atrás, tenía los ojos entrecerrados y su desordenada mata de barba gris se le disparaba hacia delante.

—Sí, también estaba aquí.

—¿Y su hija?

Sir Gerald levantó la cabeza al oír la pregunta, pero fue su esposa quien respondió.

—Julia estaba aquí, pero no se unió a nosotros. Normalmente prefiere comer en su estudio.

Cada vez más curioso, pensó Kincaid. El yerno viene a comer, pero su mujer se niega a hacerlo con él.

—¿Así que no saben cuándo su hija lo vio por última vez?

De nuevo hubo una mirada rápida, casi de complicidad, entre los esposos, luego *Sir Gerald* dijo:

—Esto ha sido muy difícil para Julia. —Sonrió a Kincaid, pero los dedos de su mano jugueteaban con lo que parecían agujeros de polillas en su suéter de lana marrón—. Estoy seguro de que comprenderá que esté algo... irritable.

—¿Su hija está aquí? Me gustaría verla, si es posible. Y me gustaría hablar con ustedes con mayor detenimiento, cuando haya podido examinar sus declaraciones para Thames Valley.

—Por supuesto. Lo llevaré. —Caroline se levantó y *Sir Gerald* hizo lo propio. Sus expresiones titubeantes divertían a Kincaid. Habían esperado una paliza y ahora no sabían si sentirse aliviados o decepcionados. No tenían de qué preocuparse. Pronto se iría.

—*Sir Gerald*. —Kincaid se levantó y le estrechó la mano.

Al dirigirse hacia la puerta se fijó de nuevo en las acuarelas. Si bien casi todas las mujeres eran rubias, de delicada piel rosada y labios entreabiertos que mostraban pequeños dientes brillantes, se dio cuenta de que algo en ellas le recordaba a la mujer que caminaba por delante de él.

* * *

—Ésta había sido la habitación de los niños —dijo Caroline. Su respiración se mantenía regular a pesar de haber subido tres tramos de escaleras—. La convertimos

en un estudio para ella antes de que se fuera de casa. Supongo que se podría decir que ha sido útil —añadió, mirándolo de refilón, algo que Kincaid no supo cómo interpretar.

Llegaron al último piso de la casa. El vestíbulo estaba exento de adornos y las alfombras estaban algo raídas.

—Lo estará esperando. —Sonrió a Kincaid y lo dejó solo.

Llamó a la puerta, esperó, llamó de nuevo y escuchó, conteniendo la respiración para poder captar cualquier sonido débil. El eco de los pasos de Caroline se había apagado. Oyó una leve tos proveniente de alguno de los pisos inferiores. Golpeó de nuevo la puerta con sus nudillos, vacilando. Luego giró el pomo y entró.

La mujer estaba sentada en un taburete alto, dándole la espalda, con la cabeza inclinada sobre algo que él no podía ver. Cuando Kincaid dijo «eh, hola», se volvió súbitamente hacia él. Vio que sostenía un pincel en la mano.

Julia Swann no es bella. Incluso mientras formulaba este pensamiento, deliberadamente y con naturalidad, pensó que no podía dejar de mirarla. Era más alta, más delgada y más angulosa que su madre. Vestía una camisa blanca con los faldones por fuera de unos tejanos negros estrechos. Ni su figura ni sus maneras mostraban las suaves y redondeadas curvas de su madre. Su media melena negra oscilaba bruscamente cuando movía la cabeza, y acentuaba sus gestos.

Comprendió la intromisión cometida por su postura, como de sobresalto. Lo notó por el inmediatamente reconocible aire de privacidad de la habitación.

—Siento molestarla. Soy Duncan Kincaid, de Scotland Yard. Llamé a la puerta.

—No lo oí. Es decir, supongo que lo oí, pero no presté atención. A menudo no lo hago cuando estoy trabajando. —Incluso su voz no poseía la resonancia aterciopelada de la voz de Caroline. Bajó del taburete secándose las manos en un trozo de trapo—. Soy Julia Swann. Pero usted ya lo sabe, ¿no?

La mano que le ofrecía estaba ligeramente húmeda por el contacto con el trapo, pero la apretó con rapidez y firmeza. Él miró a su alrededor buscando un lugar donde sentarse y sólo vio un sillón más bien raído y con demasiado relleno, el cual lo colocaría varios centímetros por debajo del nivel del taburete. En su lugar eligió apoyarse contra una abarrotada mesa de trabajo.

A pesar de que la habitación era bastante grande —probablemente, pensó, sea el resultado de convertir dos de las habitaciones originales de la casa en una— el desorden se extendía por dondequiera que mirara. Las ventanas, cubiertas con sencillos estores de papel de arroz, eran islas de calma en medio del embrollo, al igual que la mesa alta frente a la que estaba Julia Swann cuando él entró. Su superficie estaba desnuda, excepto por una pieza de plástico blanca salpicada de brillantes manchas de pintura y un tablero de masonita ligeramente incorporado. Antes de que ella volviera a subirse al taburete y le bloqueara la vista, Kincaid alcanzó a ver una hoja de papel blanco sujeto con cinta adhesiva al tablero.

Tras mirar el pincel que todavía tenía en la mano, lo colocó en la mesa situada detrás y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Le ofreció uno a Kincaid, y cuando él negó con la cabeza y dijo:

—No, gracias —ella se encendió uno y lo estudió mientras expulsaba el humo.

—Bien, comisario Kincaid. ¿Es comisario, no? Mamá parecía bastante impresionada por el título, pero, bueno, eso no es raro. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Siento lo de su marido, señora Swann. —Comenzó con una táctica típica para entablar una conversación, aunque sospechaba que su respuesta no iba a ser convencional.

Ella se encogió de hombros y Kincaid pudo ver su movimiento bajo la holgada tela de la camisa. Ésta estaba almidonada con esmero y se cerraba hacia el lado izquierdo. Kincaid se preguntó si sería de su marido.

—Llámeme Julia. Nunca me he acostumbrado a lo de «señora Swann». Siempre me ha hecho pensar en la madre de Con. —Se inclinó hacia él y cogió un cenicero de porcelana barata en el que se leía *Visite el desfiladero de Cheddar*—. Murió el año pasado. Otro drama del cual no tendremos que ocuparnos.

—¿No le gustaba su suegra? —preguntó Kincaid.

—Era una irlandesa *amateur*. Pretendía ser más irlandesa que Michael Collins^[4]. —Luego añadió, con afecto—: Yo solía decir que su acento aumentaba según lo lejos que se hallara del condado de Cork. —Julia sonrió por primera vez. Era la sonrisa de su padre, inconfundible como una marca, y transformó su cara—. Maggie adoraba a Con. Se habría quedado deshecha. El padre de Con se largó cuando él era un bebé. —Y añadió, levantando de una manera peculiar las comisuras de sus labios, como riendo un chiste privado—: Es decir, si es que alguna vez tuvo padre.

—Por sus padres he tenido la impresión de que usted y su marido ya no vivían juntos.

—Desde... —Abrió los dedos de la mano derecha y tocó sus puntas con el dedo índice izquierdo, al tiempo que movía los labios. Sus dedos eran largos y finos y no llevaba anillos—. Bueno, más de un año.

Kincaid la miró mientras ella apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—Un arreglo bastante extraño, si no le importa que se lo diga.

—¿Usted cree, señor Kincaid? A nosotros nos funcionaba.

—¿No tenía planes de divorcio?

Julia encogió los hombros de nuevo, cruzó las esbeltas piernas y comenzó a balancear bruscamente una de ellas.

—No.

La estudió mientras se preguntaba hasta qué punto podría presionarla. Si estaba llorando la muerte de su marido no había duda de que era muy experta en esconderlo. Mientras él la escudriñaba, Julia Swann cambió de posición y se dio una palmadita en el bolsillo de la camisa, como asegurándose de que los cigarrillos no hubieran desaparecido. Él pensó que quizás su armadura no era tan impenetrable.

—¿Siempre fuma tanto? —dijo como si tuviera todo el derecho a preguntar tal cosa.

Ella sonrió y sacó el paquete, agitándolo para sacar un cigarrillo.

Él se dio cuenta de que la camisa blanca no estaba tan inmaculada como había pensado. Una mancha de pintura violeta le cruzaba el pecho.

—¿Se llevaba bien con Connor? ¿Lo veía a menudo?

—Si se refiere a si nos hablábamos, pues sí, lo hacíamos. Pero no éramos lo que se dice los mejores amigos.

—¿Lo vio ayer cuando vino aquí a comer?

—No. Normalmente no hago una pausa para comer cuando estoy trabajando. Echa por tierra mi concentración. —Julia apagó su recién encendido cigarrillo y bajó del taburete—. Lo que usted ha logrado ahora. Más vale que lo deje por hoy. —Recogió un puñado de pinceles y cruzó la habitación hasta un anticuado lavabo con lavamanos y aguamanil—. Ésta es la única desventaja aquí arriba —dijo, por encima del hombro—. No hay agua corriente.

Su cuerpo ya no le bloqueaba la vista y Kincaid se estiró para examinar el papel pegado al tablero de dibujo. Era aproximadamente del tamaño de una página de libro, de textura suave, y presentaba un leve boceto a lápiz de una flor espinosa que no reconoció. Ella había empezado a aplicar puntos de color lavanda y verde, claros, vivos.

—Algarroba con penacho —dijo cuando se dio la vuelta y lo vio mirando su boceto—. Una planta trepadora. Crece en setos. Florece en...

—Julia. —Él interrumpió el torrente de palabras y ella paró, sorprendida por el tono autoritario de su voz—. Su marido murió ayer noche. Su cuerpo fue descubierto esta mañana. ¿Acaso no ha sido eso suficiente para interrumpir su concentración? ¿O su agenda de trabajo?

Julia apartó la mirada. Su cabello negro osciló, tapando su cara. Cuando volvió a girar la cabeza hacia él, sus ojos estaban secos.

—Será mejor que lo entienda, señor Kincaid. Pronto lo sabrá por los demás. Puede que el término «bastardo» fuera inventado para describir a Connor Swann. Y yo lo despreciaba.

—Una cerveza con lima, por favor. —Gemma James sonrió al barman. Si Kincaid estuviera allí como mínimo arquearía una ceja, mofándose de su elección. Estaba tan acostumbrada a sus burlas que en el fondo las echaba en falta.

—Una tarde cruda, señora. —El barman puso el vaso frío delante de ella, colocándolo en el centro exacto del posavasos—. ¿Viene de lejos?

—De Londres. Pero el tráfico para salir ha sido horroroso. —Al final, la expansión urbana de Londres Oeste había quedado atrás y había dejado la M40 en Beaconsfield donde continuó por el valle del Támesis. A pesar de la neblina, había podido ver algunas de las magníficas casas victorianas que daban al río, reliquias de un tiempo en que los londinenses utilizaban la parte alta del Támesis como lugar de recreo.

En Marlow giró hacia el norte y acabó en las colinas cubiertas de hayas. Se maravilló de que en pocos kilómetros hubiera pasado a un mundo escondido, oscuro y frondoso, distante de la ancha y pacífica extensión del río.

—¿Qué son los Chiltern Hundreds? —preguntó al barman—. He oído esta expresión toda mi vida y nunca he sabido lo que significaba.

Dejó la botella que había estado limpiando con un trapo y pensó su respuesta. Era un hombre de mediana edad con el pelo oscuro, ondulado, muy cuidado y una barriga incipiente. Parecía contento de poder pasar el rato charlando. El bar estaba casi vacío —Gemma supuso que era algo temprano para los clientes asiduos de los viernes— pero era acogedor, con la chimenea encendida y cómodos muebles tapizados. Al final de la barra había un bufet de pasteles salados, ensaladas y quesos. Gemma lo estudió con interés.

El CID de Thames Valley había dado la talla al reservarle una habitación en el *pub* de Fingest y darle indicaciones precisas. Cuando llegó se encontró con un montón de informes esperándola en la habitación. Después de haberlos estudiado, tan sólo le quedaba disfrutar de su bebida y esperar a Kincaid.

—Bien, los Chiltern Hundreds —dijo el barman, devolviendo bruscamente a Gemma de vuelta al presente—. Antiguamente se solían dividir los condados en *hundreds*, cada uno de ellos con su propio tribunal, y tres de ellos en

Buckinghamshire eran conocidos como los Chiltern Hundreds porque estaban situados en Chiltern Hills. Store, Burnham y Desborough para ser exactos.

—Parece lógico —dijo Gemma impresionada—. Y usted está muy informado.

—Soy algo aficionado a estudiar la historia local en mi tiempo libre. Por cierto, me llamo Tony. —Sacó la mano por encima de la barra y Gemma se la estrechó.

—Gemma.

—Los *hundreds* han quedado obsoletos, pero la administración de Chiltern Hundreds sigue siendo un cargo de valor simbólico en el Ministerio de Economía y Hacienda. Su ostentación es la única razón por la cual se le permite a uno dimitir de la Cámara de los Comunes. Realmente un chanchullo y probablemente la única razón de la existencia del cargo. —Sonrió mostrando una dentadura perfecta, fuerte y blanca—. En fin, creo que le he explicado más de lo que usted quería saber. ¿Le pongo otra?

Gemma miró su vaso casi vacío y decidió que había bebido lo suficiente si quería mantener la cabeza clara.

—Mejor que no, gracias.

—¿Está aquí por negocios? No alquilamos muchas habitaciones en esta época del año. En noviembre estas colinas no son exactamente una gran atracción turística.

—Totalmente —dijo Gemma, recordando la fina lluvia bajo la oscuridad de los árboles. Tony arregló los vasos mientras la miraba con detenimiento, dispuesto a hablar si lo deseaba, pero sin forzarla. Su simpatía y seguridad en sí mismo hicieron pensar a Gemma que pudiera tratarse del dueño del *pub* o bien el gerente, pero en cualquier caso era definitivamente el probable depositario de los cotilleos locales.

—En realidad estoy aquí por el ahogamiento de esta mañana. Asuntos policiales.

Tony la miró, estudiando —de eso estaba segura— el cabello rizado color jengibre y retirado hacia atrás con un clip, el informal suéter del color de la cebada y los pantalones azul marino.

—¿Es una poli? ¡Vaya! —Meneó la cabeza incrédulo y su ondulado cabello no se movió un ápice—. La más guapa que he visto, si no le importa que se lo diga.

Gemma sonrió, aceptando el cumplido con el mismo buen humor con el que había sido ofrecido.

—¿Lo conocía, al ahogado?

Esta vez, Tony chasqueó la lengua mientras sacudía la cabeza.

—Qué pena. Todo el mundo aquí conocía a Connor. Dudo que haya un *pub* entre aquí y Londres en el que no haya estado una o dos veces. O un hipódromo. Ese tío era un verdadero caradura.

—La gente lo apreciaba, ¿no? —preguntó Gemma, luchando contra sus propios prejuicios hacia un hombre con tan buenas relaciones con las cervezas y los caballos. No fue hasta después de casada que descubrió que Rob consideraba derechos inalienables el flirteo y el juego.

—Connor era un tipo simpático. Siempre tenía una palabra amable y un gesto amistoso. También era bueno para el negocio. Después de tomar varios vasos invitaba a todos los que estaban en el *pub* a rondas. —Tony se inclinó hacia la barra. Su cara estaba animada—. Y vaya tragedia para la familia, después del otro.

—¿Qué otro? ¿Qué familia? —preguntó Gemma, preguntándose si había pasado por alto alguna referencia a otro ahogado en los informes que había leído.

—Perdón. —Tony sonrió—. Resulta algo confuso. Estoy seguro. La familia de Julia, la mujer de Connor, los Asherton. Han estado aquí durante siglos. Connor era un irlandés advenedizo, segunda generación, creo. Pero de todas maneras...

—¿Qué les pasó a los Asherton? —Gemma lo animó, interesada.

—Hacía unos años que yo había acabado la universidad y había regresado aquí tras probar suerte en Londres. —Sus dientes blancos brillaron al sonreír—. Decidí que la gran ciudad no era tan glamourosa como había pensado. Era más o menos en esta época del año, de hecho, y había llovido mucho. Parecía como si hubiera llovido durante meses. —Tony hizo una pausa y sacó un vaso del estante. Lo alzó hacia Gemma—. ¿Le importa que la acompañe?

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Claro que no. —El barman estaba disfrutando de lleno, y cuanto más lo dejara desarrollar la historia, más detalles obtendría.

Se puso media pinta de Guinness de barril y la sorbió, luego se limpió la cremosa espuma del labio superior antes de continuar.

—¿Cómo se llamaba? El hermano pequeño de Julia. Hace veinte años de eso. Más o menos. —Se pasó los dedos por el cabello, como si la mención del tiempo le hiciera consciente de su edad—. Matthew. Eso es. Matthew Asherton. Doce años y un prodigio musical. Caminaba del colegio a casa con su hermana y se ahogó. Tal cual.

Las entrañas de Gemma se retorcieron al pensar en su propio hijo. Imaginaba a Toby, un hombrecito ya, su pelo rubio oscurecido, su cara y su cuerpo madurando... arrebatado de repente. Tragó y dijo:

—Qué terrible. Para todos, y especialmente para Julia. Primero su hermano y ahora su esposo. ¿Cómo se ahogó el pequeño?

—No estoy seguro de que nadie llegara a saberlo. Una de esas cosas insólitas que suceden a veces. —Se encogió de hombros y bebió la mitad de su Guinness—. Todo muy secreto, en su momento. Nadie hablaba de ello, excepto en susurros. Y sigue sin mencionarse en la familia, supongo.

Una fría corriente de aire agitó el cabello de Gemma y se arremolinó entre sus tobillos al abrirse la puerta de la entrada. Se volvió y vio entrar un grupo de cuatro hombres que se sentaron en una mesa en la esquina. Saludaron a Tony con familiaridad.

—Resérvanos para dentro de media hora, Tony —dijo uno de los hombres—. Lo mismo de siempre.

—La gente pronto va a llegar —explicó Tony a Gemma mientras empezaba a preparar bebidas—. Normalmente, los viernes por la noche el restaurante se llena. La gente de por aquí sale para divertirse un poco sin los niños. —Gemma rió, y cuando volvió a notar el aire en la espalda no tuvo la curiosidad de volverse.

Unos dedos rozaron levemente su hombro. Kincaid se sentó en el taburete que tenía al lado.

—Gemma. Manteniendo el bar a flote sin mi... ya veo.

—Ah, hola, jefe. —Notó cómo se le aceleraba el pulso en la garganta, a pesar de haber estado esperándolo.

—Y flirteando con los vecinos del lugar... Un tipo con suerte. —Sonrió a Tony—. Tomaré una... Brakspear, ¿no es la que se fabrica en Henley?

—Mi jefe —dijo Gemma, como justificándose ante Tony—. Tony, el comisario Duncan Kincaid.

—Es un placer conocerlo. —Tony lanzó una mirada de sorpresa a Gemma, mientras estrechaba la mano de Kincaid.

Gemma miró con ojo crítico a Kincaid. Alto y esbelto, cabello castaño claro un poco revuelto, corbata torcida y la chaqueta de *tweed* salpicada de lluvia... Gemma supuso que no tenía el aspecto del comisario de Scotland Yard que la gente imagina. Y era demasiado joven, por supuesto. Los comisarios han de ser definitivamente de más edad y más gordos.

—Explícamelo todo —dijo Kincaid cuando Tony le hubo servido la cerveza y se hubo ido a atender a los clientes de la mesa.

Gemma sabía que él confiaba en que ella digiriera la información y regurgitara los puntos pertinentes. Raramente necesitaba usar sus notas.

—He repasado los informes de Thames Valley. —Hizo un gesto de cabeza hacia arriba, como indicando las habitaciones—. Me esperaban cuando entré. Muy eficientes. —Cerró los ojos un momento para poner orden a sus pensamientos—. Recibieron una llamada a las siete y cinco de la mañana de un tal Perry Smith, esclusero en Hambleton. Había encontrado un cuerpo cogido en la compuerta. Thames Valley llamó a un equipo de rescate para sacar el cuerpo y lo identificaron por su cartera como Connor Swann, residente en Henley-on-Thames. El esclusero, sin embargo, una vez recuperado del susto, reconoció a Connor Swann como el yerno de los Asherton, quienes viven a un par de kilómetros hacia arriba yendo por la carretera de Hambleton. Dijo que la familia a menudo paseaba por allí.

—¿Por la esclusa? —preguntó Kincaid sorprendido.

—Aparentemente forma parte de una ruta pintoresca. —Gemma frunció el ceño y siguió con su historia donde la había dejado—. El cirujano de la policía local fue llamado a examinar el cadáver. Halló bastantes magulladuras en la garganta. El cuerpo estaba muy frío, pero el *rigor mortis* apenas había empezado.

—Pero el agua fría tendría que retrasar la rigidez —interrumpió Kincaid.

Gemma meneó la cabeza con impaciencia.

—Normalmente, en los casos de ahogamiento la rigidez se declara muy rápidamente. De modo que él piensa que es probable que la víctima haya podido ser estrangulada antes de caer al agua.

—Este cirujano supone demasiadas cosas, ¿no crees? —Kincaid cogió una bolsa de patatas con sabor a cebolla de un expositor y contó las monedas exactas para pagar a Tony—. Veremos lo que dice la autopsia.

—Son asquerosas —dijo Gemma, mirando las patatas con desagrado.

Kincaid contestó con la boca llena:

—Lo sé, pero estoy muerto de hambre. ¿Y qué hay de los interrogatorios a la familia?

Ella terminó su cerveza antes de responder y se tomó unos segundos para reflexionar.

—Veamos... Tomaron declaración a los suegros y a la esposa. Ayer por la noche, Sir Gerald Asherton dirigió una ópera en el Coliseum de Londres. Dame Caroline Stowe estaba en casa, en la cama, leyendo. Y Julia Swann, la esposa, asistió a la inauguración de una exposición en una galería de Henley. Ninguno de ellos dijo haber hablado con Connor, ni tenían razones para pensar que estuviera preocupado o disgustado.

—Claro que no. —Kincaid hizo una mueca—. Y nada de esto significa nada sin una estimación aproximada del momento del fallecimiento.

—Has conocido a la familia esta tarde, ¿verdad? ¿Cómo son?

Kincaid hizo un ruido que sonó sospechosamente a «ummmm».

—Interesantes. Pero será mejor que deje que te formes tu propia impresión. Los volveremos a interrogar mañana. —Suspiró y sorbió su cerveza—. No es que espere nada de la entrevista. Ninguno de ellos puede imaginar porqué alguien querría matar a Connor Swann. Así que ni tenemos motivo, ni sospechoso, y ni siquiera estamos seguros de que sea un asesinato. —Levantó el vaso e hizo un brindis en plan sarcástico—. Estoy que me muero de ganas.

* * *

Una noche de sueño profundo imbuyó a Kincaid de mayor entusiasmo por el caso.

—Primero la esclusa —le dijo a Gemma, durante el desayuno en el comedor del *pub* Chequers—. No podré avanzar mucho más hasta que la vea por mí mismo. Luego quiero echarle un vistazo al cuerpo de Connor Swann. —Engulló su café y la miró entrecerrando los ojos, luego añadió—: ¿Cómo consigues tener un aspecto descansado y alegre tan temprano? —Llevaba un *blazer* del color rojizo brillante que

tienen las hojas en otoño. Su cara resplandecía e incluso su cabello parecía bullir con vida propia.

—Lo siento. —Ella le sonrió, pero él pensó que su simpatía poseía cierto matiz de piedad—. No lo puedo evitar. Tiene que ver con los genes, supongo. O bien porque soy la hija de un panadero. En casa nos levantábamos temprano.

—Uf. —La noche anterior había dormido muy profundamente ayudado por una cerveza de más y esta mañana había necesitado una segunda taza de café para sentirse mínimamente despierto.

—Se te pasará —dijo Gemma, riendo. Terminaron el desayuno en cordial silencio.

Atravesaron el tranquilo pueblo de Fingest con las primeras luces de la mañana y tomaron el camino que llevaba hacia el sur, hacia el Támesis. Dejaron el Escort de Gemma en el aparcamiento que había a ochocientos metros de distancia del río y cruzaron la carretera para tomar el sendero peatonal. Un viento fresco les daba en la cara cuando comenzaron a bajar la colina y cuando el hombro de Kincaid dio accidentalmente contra el de Gemma, él notó su calor incluso a través de la chaqueta.

El sendero cruzaba la carretera que discurría paralela al río, luego se abría paso entre edificios y maleza. No vieron la envergadura del río hasta salir de un pasaje vallado. El agua plomiza reflejaba el cielo plomizo y justo delante de ellos una pasarela de cemento zigzagueaba por encima del agua.

—¿Estás segura de que es el sitio correcto? —preguntó Kincaid—. No veo nada que se parezca a una esclusa.

—Puedo ver barcos al otro lado, más allá de aquella orilla. Ha de haber un canal.

—Está bien. Te sigo. —Hizo una reverencia burlona y se apartó.

Se aventuraron por la pasarela en fila india. No les era posible andar uno al lado del otro sin rozar la reja tubular de metal que proporcionaba cierto grado de seguridad.

A mitad de trayecto llegaron a la presa. Gemma paró y Kincaid detrás de ella. Al mirar abajo, hacia el torrente que bramaba bajo ellos, Gemma se estremeció y se subió las solapas de la chaqueta.

—A veces olvidamos la fuerza del agua. Y el pacífico Támesis puede llegar a ser un monstruo, ¿no?

—El río está crecido por la lluvia —dijo Kincaid, gritando por encima del rugido. Podía sentir la vibración de la fuerza del agua a través de las suelas de sus zapatos. Agarró la valla hasta que el frío del metal hizo que le dolieran las manos. Se inclinó por encima, mirando la crecida corriente hasta que empezó a perder el equilibrio—. ¡Vaya! Si quisieras empujar a alguien al río, éste sería el lugar donde hacerlo. —Miró a Gemma y vio que tenía frío y mala cara. La constelación de pecas resaltaba sobre su pálida piel. Kincaid le puso la mano sobre el hombro—. Crucemos al otro lado. Debajo de los árboles no hará tanto frío.

Caminaron rápidamente, hundiendo las cabezas a contraviento y deseando guarecerse. La pasarela seguía, paralela a la orilla, unos noventa metros más tras pasar la presa, luego giraba bruscamente hacia la izquierda y desaparecía entre los árboles.

La tregua fue breve, porque la zona arbolada era estrecha, pero les permitió recuperar el aliento antes de salir al raso y ver la esclusa delante de ellos. A lo largo de las plataformas de cemento, a los lados de la esclusa, la policía había colocado cinta amarilla. No así en las compuertas. A su derecha había una maciza casa de ladrillo rojo. La ventanas de cuarterones eran simétricas, una a cada lado de la puerta, pero la que estaba más cerca de ellos lucía una enredadera a modo de ceja peluda.

Cuando Kincaid puso la mano sobre la cinta y se agachó para pasar por debajo, un hombre salió por la puerta de la casa y, esquivando una cuantas ramitas de la enredadera, les gritó.

—Señor, no puede pasar al otro lado de la cinta. Ordenes de la policía.

Kincaid se incorporó, y mientras esperaba a que el hombre llegara a ellos lo estudió. Era bajo y fornido, con el cabello muy corto y erizado, vestía un polo con la insignia de la Thames River Authority. En una mano llevaba un tazón humeante.

—¿Cómo se llama el esclusero? —preguntó Kincaid a Gemma en voz baja.

Gemma cerró los ojos un segundo.

—Perry Smith, creo.

—El mismo, si no me equivoco. —Sacó sus credenciales del bolsillo de su chaqueta y las mostró cuando el hombre se acercó—. ¿Es usted por casualidad Perry Smith?

El esclusero cogió la identificación con su mano libre y la estudió con desconfianza. Luego inspeccionó a Kincaid y Gemma como si esperara que fueran unos impostores. Asintió una vez, bruscamente.

—Ya he dicho a la policía todo lo que sé.

—Ésta es la sargento James —continuó Kincaid en el mismo tono familiar—, y usted es justo la persona a quien queríamos ver.

—Lo único que me preocupa es mantener esta esclusa en funcionamiento, comisario. Y sin la intromisión de la policía. Ayer me hicieron mantener las compuertas cerradas mientras ellos recopilaban pruebas con sus pinzas y sus bolsas. La caravana de embarcaciones llegó a ser de más de un kilómetro —dijo. Su irritación parecía aumentar—. Unos malditos imbéciles, se lo digo yo. —Miró también a Gemma con el ceño fruncido y no se excusó por su lenguaje—. ¿Acaso no se les ocurrió lo que podía pasar? ¿O cuánto tiempo se tardaría en arreglar todo el lío?

—Señor Smith —dijo Kincaid, con voz tranquilizadora—. No tengo intención de inmiscuirme en su esclusa. Tan sólo deseo hacerle unas cuantas preguntas. —Cuando Smith fue a abrir la boca Kincaid levantó una mano—. Me doy cuenta de que usted ya ha respondido a estas preguntas, pero preferiría oír el relato directamente de usted y no enterarme por terceros. A veces las cosas acaban confundiéndose por el camino.

El ceño de Smith se relajó ligeramente y tomó un sorbo de su tazón. Cuando alzó el brazo destacaron sus fuertes músculos, que estiraban la manga de su camiseta de punto.

—Anda que no van a confundirse si hemos de fiarnos de los asnos de ayer. — Aunque no parecía notar el frío miró a Gemma como viéndola por primera vez, acurrucada detrás del cuerpo de Kincaid, apretando el cuello de su chaqueta alrededor de la garganta—. Supongo que podríamos entrar adentro, señora, a salvo del viento, —dijo, un poco menos beligerante.

Gemma sonrió agradecida.

—Gracias. Me temo que no voy vestida para el río.

Smith se giró hacia Kincaid cuando iban hacia la casa.

—¿Cuándo van a retirar esta maldita cinta? Esto es lo que quiero saber.

—Tendrá que preguntarlo en la comisaría de Thames Valley. Aunque si el equipo de forenses ha terminado, no creo que tarden mucho. — Cuando llegaron a la puerta Kincaid se paró a mirar las plataformas que rodeaban la esclusa y el sendero cubierto de hierba que llevaba río arriba por el lado opuesto—. Dudo que hayan tenido suerte.

El suelo de la entrada estaba cubierto con esteras de sisal; botas de goma muy usadas estaban alineadas contra las paredes de las que colgaban equipos de trabajo: impermeables y gorras, chubasqueros amarillo brillante, lazadas de cuerda. Smith los condujo por la puerta de la izquierda a una sala tan prosaica como la entrada.

La habitación era cálida, si bien austera, y Kincaid vio como Gemma se bajaba el cuello de la chaqueta y sacaba el cuaderno de notas. Smith estaba de pie junto a la ventana. Seguía tomando sorbos del tazón y vigilando el río.

—Explíquenos cómo halló el cuerpo, señor Smith.

—Salí justo después del amanecer, como siempre. Me tomé mi primera taza de café y me aseguré de que todo estuviera limpio y ordenado antes de empezar la jornada. Algunos días el tráfico comienza temprano, aunque no tanto ahora como en el verano. Y efectivamente, río arriba había un barco esperando a que accionara la esclusa.

—¿No pueden hacerlo ellos mismos? —preguntó Gemma.

Negó con la cabeza.

—Oh, el mecanismo es suficientemente sencillo, pero si uno es demasiado impaciente para dejar que se llene y se vacíe la esclusa adecuadamente, puede cagarla del todo.

—¿Qué pasó luego? —Kincaid indujo a Smith a que continuara.

—Veo que no saben mucho de esclusas —dijo, mirándoles con la clase de piedad normalmente reservada a alguien que no ha aprendido a atarse los cordones de los zapatos.

Kincaid se abstuvo de decirle que había crecido en la zona occidental de Cheshire y que conocía el funcionamiento de las esclusas perfectamente.

—La esclusa se mantiene vacía cuando no está en funcionamiento, de modo que primero abrí las válvulas de la compuerta para llenar la esclusa. Luego, cuando abrí la esclusa para que pasara el barco, zas, apareció un cuerpo. —Smith tomó un sorbo de su tazón y añadió, indignado—: La estúpida del barco empezó a chillar como un cerdo de camino al matadero. Jamás había oído tanto jaleo. Vine aquí y marqué 999 sólo por escapar del ruido. —Smith arrugó los rabillos de los ojos, como formando algo parecido a una sonrisa—. La gente del equipo de rescate lo pescó y trataron de reanimar al pobre tipo, aunque si me lo pregunta a mí, cualquiera con un poco de sentido común podía ver que llevaba horas muerto.

—¿Cuándo lo reconoció? —preguntó Gemma.

—No lo hice. Su cuerpo, en cualquier caso. Pero miré su cartera cuando la sacaron del bolsillo y supe que el nombre me era familiar. Tardé un minuto en situarlo.

Kincaid se dirigió hacia la ventana y miró afuera.

—¿Dónde lo había oído?

Smith se encogió de hombros.

—Cotilleos en el *pub*, probablemente. Por aquí todos conocen a los Asherton y sus asuntos.

—¿Cree que podría haber caído desde la parte superior de la compuerta? —preguntó Kincaid.

—La reja no es suficientemente alta para evitar que un hombre alto caiga si está borracho. O si es estúpido. Pero la plataforma de cemento continúa un poco por la parte de arriba del río, antes de juntarse con la vieja sirga, y todo ese tramo no tiene reja.

Kincaid recordó las casas que había visto río arriba situadas a este lado del río. Todas tenían céspedes immaculados que llegaban al agua y algunas incluso tenían pequeños muelles.

—¿Y si hubiera caído corriente arriba?

—La corriente no es muy fuerte hasta que se llega cerca de la compuerta, de modo si cayó al agua por allí —apuntó río arriba— digo yo que tenía que estar inconsciente para no poder salir por su propio pie. O ya debía de estar muerto.

—¿Y si hubiera caído por aquí, por la compuerta? ¿Hubiera sido la corriente suficientemente fuerte como para mantenerlo bajo el agua?

Smith miró un momento hacia la esclusa antes de responder.

—Es difícil de decir. La corriente es lo que mantiene la compuerta cerrada... y es muy violenta. Pero eso de si puede mantener bajo el agua a un hombre que está luchando por su vida... diría que es poco probable, pero no puedo estar seguro.

—Una cosa más, señor Smith —dijo Kincaid—. ¿Oyó o vio algo poco usual durante la noche?

—Me voy a dormir temprano porque me levanto siempre al amanecer. Nada me perturbó el sueño.

—¿Le hubiera podido despertar una escaramuza?

—Siempre he tenido el sueño pesado, comisario. No lo puedo decir con seguridad.

—¿El sueño de los inocentes? —susurró Gemma mientras salían y Smith cerraba la puerta con firmeza.

Kincaid se paró y miró hacia la esclusa.

—Si Connor Swann hubiera estado inconsciente o ya muerto cuando cayó al agua, ¿cómo demonios pudo alguien traerlo hasta aquí? Sería casi imposible de llevar a cabo incluso para un hombre fuerte.

—¿En barco? —aventuró Gemma—. Tanto desde río arriba como desde río abajo. Aunque ¿por qué querría alguien sacarlo de un barco situado pasada la esclusa, llevarlo consigo y luego tirarlo en el lado de arriba? No lo puedo imaginar.

Caminaron despacio hacia el sendero que les llevaría de regreso al otro lado de la presa. El viento soplaba por detrás. Los barcos amarrados se mecían pacíficamente en las tranquilas aguas de río abajo. Los patos se zambullían y sumergían la cabeza, despreocupados por las actividades humanas que no implicaran cortezas de pan.

—¿Estaba ya muerto? Ésta es la cuestión, Gemma. —La miró levantando una ceja—. ¿Te apetece una visita al depósito de cadáveres?

A Kincaid el olor a desinfectante siempre le recordaba la enfermería del colegio, donde la enfermera vendaba las rodillas con rasguños y ejercía el poder de enviar a uno a casa si la herida o la enfermedad era suficientemente seria. Los residentes de esta sala, sin embargo, ya no podían disfrutar de los cuidados de la enfermera y el desinfectante no acababa de disimular del todo el penetrante y esquivo olor a descomposición. Sintió que los brazos se le ponían de carne de gallina por el frío.

Tras una breve llamada al CID de Thames Valley, se habían dirigido al Hospital General de High Wycombe, donde se iba a hacer la autopsia al cuerpo de Connor Swann. El hospital era viejo y la morgue no dejaba de ser un lugar cubierto de azulejos y con lavabos de porcelana. No había filas de armarios de acero inoxidable donde se guardaban los cadáveres para que no se vieran. En su lugar, las camillas de acero que estaban alineadas contra las paredes contenían formas abultadas envueltas en sábanas blancas y de cuyos dedos gordos de los pies pendían etiquetas.

—¿A quién desean ver? —preguntó la encargada del depósito, una joven alegre, de nombre Sherry según su tarjeta de identificación, cuya conducta parecía más propia de un parvulario.

—Connor Swann —dijo Kincaid, mirando divertido a Gemma.

La chica caminó junto a la hilera de camillas y mientras lo hacía golpeaba suavemente las etiquetas con los dedos.

—Aquí está. Número cuatro. —Abrió la sábana y la bajó hasta la cintura con precisión experta—. Éste está bien limpio. Facilita algo el trabajo, ¿no creen? —Les sonrió como si fueran mentalmente discapacitados, luego se dirigió a las puertas de vaivén y, entreabriéndolas un poco, gritó: «Mickey»—. Necesitamos que alguien nos ayude a moverlo —añadió, volviéndose hacia Kincaid y Gemma.

Mickey apareció un momento más tarde, abriendo las puertas cual toro cargando desde el redil. Los músculos de sus brazos y hombros tensaban la fina tela de su camiseta y se había enrollado las mangas cortas hacia arriba, por lo que mostraba varios centímetros más de bíceps.

—¿Puedes ayudar a estas personas con el número cuatro, Mickey? —Sherry articuló sus palabras con cuidado. Sus modales de parvulista se mezclaban ahora con un toque de exasperación. El chico simplemente asintió impasible, con la cara

inflamada de acné, y se sacó del bolsillo trasero un par de guantes de látex—. Tómense todo el tiempo que deseen —añadió Sherry, dirigiéndose a Kincaid y Gemma—. Simplemente avísenme cuando estén listos, ¿de acuerdo? ¡Hasta luego! —Pasó junto a ellos y salió por las puertas de vaivén.

Avanzaron unos pasos hasta la camilla y se quedaron parados. Durante el silencio que siguió, Kincaid oyó a Gemma respirar suavemente. El cuello y hombros al descubierto de Connor Swann eran delgados y bien formados; su espesa y lisa cabellera marrón tenía un toque de caoba. Kincaid pensó que era probable que en vida hubiera sido uno de aquellos hombres de tez encendida que se ponía rojo al enfadarse o excitarse. Era verdad que tenía un cuerpo extraordinariamente perfecto. A lo largo del brazo y en el hombro izquierdos había contusiones y cuando Kincaid miró de cerca vio unas leves marcas oscuras a cada lado de la garganta.

—Algunas magulladuras —dijo Gemma con desconfianza—, pero no la oclusión de cara y cuello que se espera en una estrangulación manual.

Kincaid se inclinó para ver más de cerca el cuello.

—No hay signos de ligaduras. Mira, Gemma, en el pómulo derecho. ¿No es un moratón?

Gemma miró la mancha de color más oscuro.

—Podría ser. Pero es difícil de distinguir. Podría haberse golpeado la cara contra la compuerta.

Connor Swann había tenido la suerte de nacer con una buena estructura ósea, pensó Kincaid: alto, pómulos anchos y una nariz y mentón fuertes. Encima de los labios tenía un bigote rojizo, espeso, pulcramente recortado y curiosamente intenso en comparación con la palidez gris de la piel.

—Un tipo guapo, ¿no crees, Gemma?

—Probablemente atractivo, sí... a menos que fuera demasiado engreído. Tengo la impresión de que era un donjuán.

Kincaid se preguntó lo que pensaba sobre esto Julia Swann. No le había causado la impresión de ser una mujer que se quedara en casa dócilmente mientras su marido se dedicaba a perseguir faldas. También se preguntó si su propio deseo de ver a Connor tenía relación con evaluar las pruebas físicas o más bien con su curiosidad personal por la esposa del fallecido.

Se volvió hacia Mickey y arqueó la ceja inquisitivamente.

—¿Podemos ver el resto?

El joven los complació sin decir nada, retirando la sábana por completo.

—Estuvo de vacaciones, pero diría que no fue recientemente —comentó Gemma al ver la leve marca de bronceado en su estómago y muslos—. O simplemente fue en barco por el Támesis durante el verano.

Kincaid decidió que bien podía imitar el estilo no verbal de Mickey. Asintió y le indicó con la mano que le diera la vuelta al cuerpo. Mickey deslizó ambas manos

enguantadas por debajo del cuerpo de Connor Swann y le dio la vuelta con aparente facilidad, si bien lo delató un resoplido apenas audible.

Espaldas anchas, levemente pecosas; una delgada y pálida línea en el cuello justo en el nacimiento del pelo, evidencia de un reciente corte de pelo; un lunar justo donde la nalga empieza a subir desde la parte baja de la espalda... Todo cosas triviales, pensó Kincaid, pero todas probaban la singularidad de Connor Swann. Siempre llegaba un momento en la investigación en que el cuerpo se convertía en persona, alguien a quien quizás le gustaban los bocadillos de queso y pepinillo, o las comedias de Benny Hill.

—¿Suficiente, jefe? —preguntó Gemma, cuya voz sonaba un poco más apagada de lo normal—. Por este lado está limpio como una patena.

Kincaid asintió.

—No hay mucho más que ver. Y nada nos es de utilidad hasta que no hayamos hecho un seguimiento de sus movimientos y sepamos la hora aproximada de la muerte. Está bien, Mickey —añadió al ver la expresión en la cara del joven, que parecía indicar que podían haber estado hablando en chino—. Creo que es todo. Busquemos a Sherry Sunshine. —Kincaid miró atrás cuando llegaron a la puerta. Mickey ya había dado la vuelta al cuerpo de Connor y lo había tapado con la sábana tan cuidadosamente como antes.

Encontraron a Sherry en un cuchitril, justo a la izquierda de las puertas de vaivén, inclinada con diligencia sobre el teclado de un ordenador, tan alegre como siempre.

—¿Sabe para cuándo han programado la autopsia? —preguntó Kincaid.

—Veamos. —Estudió un horario impreso pegado a la pared con cinta adhesiva—. Es probable que Winnie pueda encargarse de él mañana por la tarde a última hora o bien temprano al día siguiente.

—¿Winnie? —preguntó Kincaid, esforzándose por borrar de su imaginación la absurda visión del oso Winnie the Pooh^[5] realizando una autopsia.

—El doctor Winstead. —A Sherry se le hicieron unos bonitos hoyuelos—. Lo llamamos así... Es que es un poco rechoncho.

Kincaid contempló con resignación asistir a la autopsia. Hacía tiempo que había superado toda truculenta emoción ante el procedimiento. Ahora simplemente lo encontraba desagradable, y le parecía insoportablemente triste esta máxima violación de la privacidad de un ser humano.

—¿Me avisará tan pronto como la programe?

—En un abrir y cerrar de ojos. Lo haré yo misma. —Sherry le sonrió.

Por el rabillo del ojo Kincaid vio la expresión de Gemma y supo que le tomaría el pelo por darle jabón al personal.

—Gracias, encanto —le dijo a Sherry, ofreciéndole su mejor sonrisa—. Ha sido de gran ayuda. —La saludó con la mano—. ¡Hasta luego!

—No tienes vergüenza, —le dijo Gemma tan pronto como hubieron cruzado la puerta exterior—. Esa pobre chica es influenciable como un bebé.

Kincaid sonrió.

—Pero así se consiguen las cosas, ¿o no?

* * *

Gemma no estaba familiarizada con el sistema viario en sentido único de High Wycombe por lo que, tras dar unos cuantos rodeos, lograron finalmente salir de la ciudad. Siguiendo las indicaciones de Kincaid, Gemma condujo hacia el suroeste de regreso a las colinas de Chiltem Hills. Su estómago rugía un poco, pero habían decidido que iban a interrogar otra vez a los Asherton antes del almuerzo.

Repasó mentalmente los comentarios de Kincaid y Tony acerca de la familia y le picó la curiosidad. Miró a Kincaid —en los labios tenía una pregunta a punto— pero su mirada perdida le indicó que estaba ausente. A menudo se ponía así antes de un interrogatorio, como si necesitara encerrarse en sí mismo antes de centrar intensamente su atención.

Gemma se concentró otra vez en la carretera, pero de repente fue extraordinariamente consciente del excesivo espacio que ocupaban las piernas de Kincaid en el asiento del pasajero de su Escort, así como de su silencio.

A los pocos minutos llegaron a una intersección que no le era familiar. Antes de poder preguntar, Kincaid dijo:

—Por aquí. Badger's End está a mitad de camino por esta carretera. —Con la punta del dedo trazó una línea imaginaria en el mapa, entre los pueblos de Northend y Turville Heath—. No está indicado. Supongo que debe de ser un atajo para la gente de por aquí.

Regueros de agua se escurrían al otro lado del camino, donde el cauce de un arroyo pasaba entre los árboles y cruzaba la estrecha carretera. Una señal triangular indicaba «PELIGRO: INUNDACIONES», y de repente sintió muy cercana la historia de Matthew Asherton.

—Aquí mismo a la izquierda —dijo Kincaid, y señaló adelante. Gemma giró el volante. Los taludes en el camino que tomaron eran altos, y el espacio era justo para que el Escort pasara indemne. A cada lado, los gruesos árboles se arqueaban hasta que sus ramas se encontraban y entrelazaban en lo alto. El camino ascendía sin cesar y los taludes se elevaban situando las raíces de los árboles a la altura de los ojos. A su derecha y cuando el follaje lo permitía, Gemma pudo ver los campos dorados que descendían hasta el valle. A la izquierda, el bosque se espesaba, misteriosamente impenetrable. La luz que se filtraba a través del dosel de hojas que cubría el camino parecía verde y líquida.

—Trineos —dijo Gemma de repente.

—¿Qué?

—Este camino me hace pensar en un trineo. Ya sabes, el bobsleigh. O el *luge* olímpico.

Kincaid rió.

—Yo no soy de los que deja volar la imaginación. Ahora vigila. Verás un camino a tu izquierda.

Parecía que ya se acercaban a lo alto de la pendiente cuando Gemma vio un hueco en el talud izquierdo. Aflojó la marcha y entró en un sendero cubierto de hojas que siguió y que luego empezó a descender levemente hasta tomar una curva y llegar a un claro.

—Vaya —susurró sorprendida. Había esperado encontrarse delante de una casa con la cómoda estructura de piedra y madera de las construcciones que había visto en los pueblos cercanos. El sol, que había intentado atravesar de manera irregular la masa de nubes, halló un hueco y creó un diseño vetado sobre las paredes de piedra caliza de Badger's End.

—¿Te gusta?

—No estoy segura. —Gemma bajó la ventanilla mientras apagaba el motor. Estuvieron un rato sentados, escuchando. En las profundidades del bosque oyeron un zumbido grave—. Resulta un poco inquietante. No es exactamente lo que imaginaba.

—Pues espera —dijo Kincaid mientras abría la puerta del coche— a conocer a la familia.

* * *

Gemma supuso de inmediato que la mujer que les abrió la puerta tenía que ser Dame Caroline Stowe: pantalones de lana de buena calidad, hechos a medida, blusa, chaqueta azul marino, pelo corto y oscuro con mechones grises, un corte elegante... Todo en ella delataba buen gusto, conservador y maduro. Pero cuando la mujer los miró sin comprender, con el tazón de café suspendido a mitad de camino de la boca, y les dijo, ¿en qué puedo ayudarles?, la certeza de Gemma empezó a ceder.

Kincaid se identificó e hizo lo propio con Gemma. Luego preguntó por *Sir Gerald* y Dame Caroline.

—Vaya, lo siento. Acaban de irse. Han ido a la funeraria. Se están encargando de los preparativos. —Pasó el tazón de café a su mano izquierda y les tendió su derecha—. Por cierto, soy Vivian Plumley.

—¿Usted es el ama de llaves? —preguntó Kincaid y Gemma supo, por su pregunta nada diplomática, que lo habían cogido desprevenido.

Vivian Plumley sonrió.

—Podría decirse que sí. En cualquier caso, no me ofende.

—Bien. —Gemma observó que Kincaid había recobrado el aplomo y la sonrisa—. Nos gustaría hablar con usted también, si nos lo permite.

—Vengan a la cocina. Prepararé café. —Se dio la vuelta y los condujo por el pasillo enlosado de pizarra. Luego se apartó para dejarlos pasar por la puerta de la cocina.

Ésta había escapado a la modernización. Si bien Gemma suspiraba al ver las fotos de flamantes cocinas de diseño en las revistas, ella sabía por instinto que aquéllas no tenían ni punto de comparación, a nivel emotivo, con un espacio como éste. Nudosas alfombras trenzadas quitaban rigor al suelo de pizarra; una vieja mesa de refectorio de roble y las sillas con respaldo de listones dominaban el centro de la habitación; y junto a una de las paredes una cocina Aga esmaltada en rojo irradiaba calor y confort.

—Por favor, siéntense —dijo Vivian Plumley y les hizo un gesto indicándoles la mesa. Gemma apartó una silla, se sentó y notó en sus músculos la tensión que no había percibido hasta entonces—. ¿Querrán un tentempié? —añadió Vivian y Gemma negó rápidamente con la cabeza. Temió que fueran a perder totalmente el control del interrogatorio, seducidos por el confort de la habitación.

Kincaid dijo: «No, gracias» y se sentó en una silla del final de la mesa. Gemma cogió su cuaderno de notas del bolso y lo sostuvo discretamente en su regazo.

La cafetera de goteo funcionaba con la rapidez que exigía su aspecto caro. En tan sólo unos instantes el olor a café recién hecho empezó a invadir la cocina. Vivian preparó en silencio una bandeja con tazones, crema de leche y azúcar. Era una mujer lo suficientemente segura de sí misma como para no verse forzada a dar conversación. Cuando la cafetera finalizó el ciclo, ella llenó los tazones y llevó la bandeja a la mesa.

—Sírvanse. Me temo que se trata de nata de verdad, no un sucedáneo. Tenemos un vecino que tiene un par de ejemplares de vacas Jersey.

—Un lujo que no nos hemos de perder —dijo Kincaid sirviéndose generosamente. Gemma sonrió. Sabía que normalmente lo tomaba solo—. ¿No es usted entonces el ama de llaves? —continuó con soltura—. ¿He metido la pata?

Vivian hizo tintinear la cuchara un par de veces en su tazón y suspiró.

—Les explicaré sobre mí misma si lo desean, pero es que suena tan terriblemente victoriano. En realidad soy pariente de Caroline. Primas lejanas, para ser exactos. Tenemos la misma edad. Y fuimos juntas al colegio. —Hizo una pausa y tomó un sorbo de la taza, luego hizo una leve mueca, como de molestia—. Demasiado caliente. Nos distanciamos, Caro y yo, una vez terminamos el colegio. Nos casamos las dos, su carrera prosperó. —Vivian sonrió.

—Entonces falleció mi marido. Un aneurisma. —Dio una palmada con las manos—. Así, un segundo y ya estaba muerto. Estaba sola, sin hijos, sin habilidades para poder encontrar trabajo y sin dinero suficiente para arreglármelas. Esto ocurrió hace treinta años, cuidado, cuando no todas las mujeres eran educadas para que trabajaran.

—Miró directamente a Gemma—. Una educación muy distinta a la suya, estoy segura.

Gemma pensó en su madre, que se había levantado de madrugada cada día de su vida de casada para hacer pan y después trabajaba en el mostrador de la panadería desde que abrían hasta la hora de cerrar. La posibilidad de no trabajar jamás se le ocurrió a Gemma, o a su hermana. La ambición de Gemma la impulsó a elegir su propia profesión y no hacer algo simplemente por la necesidad de poner un plato de comida sobre la mesa.

—Sí, muy distinta, —dijo, respondiendo a la afirmación de Vivian Plumley—. ¿Qué hizo entonces?

—Caro tenía dos niños pequeños y una carrera que le exigía mucho. —Se encogió de hombros—. Parecía una solución sensata. Tenían espacio, yo disponía de suficiente dinero como para no depender totalmente de la familia, y adoraba a los niños como...

Si fueran mis propios hijos. Gemma acabó la frase por ella y sintió como un torrente de empatía por esta mujer que parecía haber sacado el máximo provecho de lo que le había proporcionado la vida. Gemma pasó los dedos por la mesa y notó leves listas de color incrustadas en las vetas de la madera.

Vivian la miró y dijo cariñosamente:

—Los niños hacían todo en esta mesa. Casi todas sus comidas las tomaban en la cocina, claro. Puesto que sus padres viajaban tanto, las cenas familiares eran un lujo excepcional. Los deberes del colegio, proyectos de la clase de arte... aquí pintó Julia sus primeras obras, cuando cursaba la enseñanza secundaria.

Los niños esto, los niños lo otro... A Gemma le parecía como si el tiempo se hubiera parado con la muerte del niño. Pero Julia había estado ahí después, sola.

—Esto debe resultarle muy difícil a Julia —dijo, tratando el tema con delicadeza—, después de lo que le pasó a su hermano.

Vivian apartó la mirada mientras agarraba el borde de la mesa con una mano, como si estuviera dominando físicamente el deseo de levantarse. Al cabo de un momento dijo:

—No hablamos del tema. Pero sí, estoy segura de que la muerte de Con ha hecho la vida de Julia más difícil. Ha hecho más difícil la vida de todos nosotros.

Kincaid, que había permanecido sentado en silencio con la silla un poco apartada de la mesa y el tazón en sus manos, se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Le gustaba Connor, señora Plumley?

—¿Gustarme? —respondió sin comprender, frunciendo el ceño—. Jamás pensé si debía gustarme o no. Era sencillamente... Connor. Imparable como la misma naturaleza. —Sonrió al pensar en la analogía que acababa de hacer—. Un hombre muy atractivo de muchas maneras distintas, y sin embargo... siempre me dio algo de pena.

Kincaid arqueó una ceja, pero no dijo nada y Gemma siguió su ejemplo.

Vivian explicó, al tiempo que se encogía de hombros:

—Ya sé que suena un poco tonto que una diga que le da pena alguien tan excitante como Con. Pero es que Julia lo frustraba. —Los botones dorados de su chaqueta atraparon la luz al moverse ella en la silla—. Él nunca fue capaz de hacerla reaccionar de la manera que él quería y no había tenido experiencia en estas cosas. De modo que a veces se portaba... de manera poco apropiada. —La puerta de la entrada se cerró de golpe. Vivian ladeó la cabeza, escuchando. Medio levantada de la silla, dijo—: Ya han vuelto. Déjenme avisar...

—Una cosa más, señora Plumley, por favor —dijo Kincaid—. ¿Vio a Connor el jueves?

Se sentó de nuevo, pero en el borde de la silla, con la postura provisional de alguien que no tiene intención de quedarse por mucho tiempo allí.

—Claro que lo vi. Preparé el almuerzo —ensaladas y queso— y comimos todos juntos en el comedor.

—¿Todos excepto Julia?

—Sí. Pero ella a menudo trabaja durante el almuerzo. Yo misma le subí un plato.

—¿Parecía Connor el de siempre? —preguntó Kincaid en un tono familiar, pero Gemma sabía por su tranquila concentración que estaba atento a su respuesta.

Vivian se relajó mientras reflexionaba. Se apoyó de nuevo en el respaldo y siguió distraídamente el diseño floral en relieve de su tazón con los dedos.

—Con siempre estaba bromeando y contando chistes, pero quizás parecía algo forzado. No lo sé. —Miró a Kincaid con el ceño fruncido—. Es muy posible que esté distorsionando las cosas tras los hechos. No estoy segura de confiar en mi propio criterio.

Kincaid asintió.

—Aprecio su franqueza. ¿Mencionó si tenía algún plan para más tarde ese mismo día? Es importante que podamos seguir sus movimientos.

—Recuerdo que miró su reloj y dijo algo sobre una reunión, pero ni dijo dónde ni con quién. Eso fue hacia el final de la comida y tan pronto como terminamos todos vine aquí a lavar los platos. Luego me fui a echar a mi habitación. Pueden preguntar a Caro o Gerald si les dijo algo más a ellos.

—Gracias, lo haré. —Kincaid respondió con tal cortesía que Gemma estaba segura de que Vivian Plumley no se había dado cuenta de que le había dicho cómo hacer su trabajo—. Es una mera formalidad, por supuesto, pero he de preguntarle por sus movimientos del jueves por la noche —añadió, como disculpándose.

—¿Una coartada? ¿Me pide una coartada por la muerte de Connor? —preguntó Vivian y sonó más sorprendida que ofendida.

—Todavía no sabemos exactamente cuándo murió Connor. Y se trata más de elaborar con datos conocidos... cuanto más sepamos acerca de los movimientos de todo aquél relacionado con Connor, más fácil será ver los huecos. Huecos lógicos. —Trazó un círculo con sus manos.

—Está bien. —Sonrió Vivian, apaciguada—. Es fácil. Caro y yo cenamos temprano frente a la chimenea del salón. Lo hacemos a menudo cuando Gerald está fuera.

—¿Y después?

—Nos sentamos junto al fuego, leímos, miramos la televisión, charlamos un rato. Preparé cacao hacia las diez y cuando nos lo hubimos tomado subí a mi habitación. —Y añadió con un toque de ironía—: Recuerdo que pensé que había sido una noche tranquila y agradable.

—¿Nada más? —preguntó Kincaid. Se enderezó y apartó el tazón vacío.

—No —dijo Vivian. Pero hizo una pausa y miró al vacío por un momento—. Recuerdo algo, pero es un poco tonto. —Kincaid asintió, animándola a seguir—. Justo poco después de caer dormida creí oír el timbre de la puerta, pero cuando me incorporé y escuché la casa estaba totalmente en silencio. Debía de estar soñando. Gerald y Julia tienen sus propias llaves, así que no había necesidad de esperarlos despierta.

—¿Oyó llegar a alguno de ellos?

—Creo que oí llegar a Gerald alrededor de medianoche, pero no estaba despierta del todo. Lo siguiente que oí, ya al amanecer, fue el horrible jaleo que arman los grajos en las hayas que hay afuera, junto a mi ventana.

—¿Podía haber sido Julia? —preguntó Kincaid.

Pensó un momento, arrugando el entrecejo.

—Supongo que sí, pero cuando no es demasiado tarde Julia me viene a ver antes de subir a su habitación.

—¿Y no lo hizo aquella noche?

Cuando Vivian negó con la cabeza, Kincaid le sonrió y dijo:

—Muchas gracias, señora Plumley. Ha sido de gran ayuda.

Esta vez, antes de levantarse, Vivian Plumley lo miró y dijo:

—¿Les aviso de que están aquí?

* * *

Sir Gerald Asherton estaba de pie con las manos detrás dando la espalda a la chimenea. Gemma pensó que era la perfecta imagen de un caballero rural del siglo diecinueve, con los pies abiertos en una postura relajada y su enorme cuerpo vestido con prendas de un *tweed* algo peludo. Llevaba incluso parches de ante en los codos de la chaqueta. Lo único que faltaba para completar el cuadro era una pipa y un par de perros de caza tumbados a los pies del amo.

—Siento haberlos hecho esperar. —Fue hacia ellos, les dio un fuerte apretón de manos y les hizo un gesto para que se sentaran en el sofá.

Gemma encontró que era de una cortesía que desarmaba y sospechó que ésa era la intención.

—Gracias, *Sir Gerald* —dijo Kincaid, respondiendo con la misma moneda—. ¿Y Dame Caroline?

—Ha subido a echarse un poco. Me temo que el asunto con los de la funeraria la ha afectado bastante. —*Sir Gerald* se sentó en la butaca que había frente a ellos, cruzó un pie sobre la rodilla y se ajustó la pernera. Entre el zapato y el dobladillo del pantalón apareció una franja de calcetín de rombos en naranja y marrón otoñal.

—Si no le importa que se lo diga, *Sir Gerald* —dijo Kincaid sonriendo—, resulta algo extraño que su hija no se hiciera cargo de los preparativos ella misma. Después de todo, Connor era su marido.

—Cuidado, —respondió *Sir Gerald* con algo de aspereza—. A veces es mejor dejar estos asuntos a quienes no están tan involucrados. Y es bien sabido que los directores de funerarias se aprovechan de las emociones de quienes acaban de enviudar. —Gemma notó una punzada de piedad al recordar que este hombre corpulento y seguro de sí mismo, era alguien que había sufrido la peor experiencia personal posible.

Kincaid se encogió de hombros y cambió de tema.

—Debo preguntarle acerca de sus movimientos del jueves por la noche. —Al ver que *Sir Gerald* arqueaba las cejas, añadió—: Es una mera formalidad, ¿comprende?

—No hay razón para no complacerlo, señor Kincaid. Todo el mundo lo sabe. Estaba en el Coliseum, dirigiendo una representación de *Pelléas et Mélisande*. —Les concedió una gran sonrisa que destacaba unas encías saludablemente rosadas—. Extremadamente visible. Nadie se podía haber hecho pasar por mí, se lo aseguro.

Gemma se lo imaginó enfrentándose a la orquesta y estuvo segura de que dominaba la sala tan fácilmente como dominaba este pequeño salón. Desde donde estaba sentada podía ver encima del piano una fotografía de él junto a otras en marcos de plata similares. La más cercana mostraba a *Sir Gerald* en esmoquin, batuta en mano, y con el aspecto de encontrarse igual de cómodo que cuando vestía la ropa de *tweed*. En otra fotografía rodeaba con su brazo a una pequeña mujer de cabello oscuro y belleza voluptuosa que sonreía a la cámara.

La fotografía de los niños estaba situada más al fondo, como si nadie tuviera interés en mirarla a menudo. El chico estaba más en primer plano, robusto y rubio, con una pícara sonrisa desdentada. La chica era varios centímetros más alta, con el pelo oscuro como su madre y la cara delgada tenía una expresión solemne. Era Julia, por supuesto. Julia y Matthew.

—¿Y después? —oyó que decía Kincaid y regresó a la conversación algo avergonzada por el pequeño lapsus.

Sir Gerald se encogió de hombros.

—Después de una actuación tardo un poco en relajarme. Me quedé en mi camerino durante un rato, pero me temo que no controlé el tiempo. Luego conduje directamente a casa, lo que me debe situar aquí después de las doce.

—¿Lo debe situar? —preguntó Kincaid. Su voz sonó algo escéptica.

Sir Gerald alargó su brazo derecho y mostró la muñeca peluda para que Kincaid la inspeccionara.

—No llevo reloj, señor Kincaid. Nunca los he encontrado cómodos. Y es una molestia sacárselo para cada ensayo o actuación. Siempre los perdía. Y el reloj del coche nunca ha funcionado bien.

—¿No paró?

Sir Gerald negó con la cabeza y respondió con la firmeza de alguien acostumbrado a que su palabra sea la ley:

—No.

—¿Habló con alguien al entrar en la casa? —preguntó Gemma, pensando que ya era hora de que metiera las narices.

—La casa estaba en silencio. Caro dormía y no la desperté. Sólo puedo suponer lo mismo de Vivian. De modo que si está buscando una coartada, joven —hizo una pausa y le guiñó un ojo—, supongo que no la tengo.

—¿Y su hija? ¿Estaba dormida también?

—Me temo que no lo sé. No recuerdo haber visto el coche de Julia en la entrada, pero supongo que alguien la podía haber traído a casa.

Kincaid se levantó.

—Gracias *Sir Gerald*. Necesitaremos hablar de nuevo con Dame Caroline, cuando a ella le vaya bien, pero ahora nos gustaría ver a Julia.

—Creo que ya conoce el camino, señor Kincaid.

* * *

—Por Dios, siento como si me hubieran soltado en medio de una maldita comedia costumbrista. —Gemma se volvió para mirar a Kincaid, que subía las escaleras detrás de ella—. Todo modales y nada de substancia. ¿A qué juegan en esta casa? —Al llegar al primer rellano se paró y se volvió para tenerlo de frente—. Y por la manera en que *Sir Gerald* y la señora Plumley las miman uno diría que estas mujeres están hechas de cristal. «No hay que molestar a Caroline... No hay que molestar a Julia» —le dijo a Kincaid entre dientes, recordando un poco tarde que debía bajar la voz.

Kincaid se limitó a arquear una ceja de ese modo imperturbable que Gemma encontraba tan exasperante.

—No estoy seguro de que Julia Swann sea una buena candidata a ser mimada. — Empezó a subir el siguiente tramo, Gemma lo siguió y el resto del camino lo hizo sin comentarios.

La puerta se abrió tan pronto como los nudillos de Kincaid la hubieron rozado.

—Bendita seas, Plummy. Estoy muerta... —La sonrisa de Julia Swann desapareció de repente cuando los reconoció—. Vaya. Comisario Kincaid. ¿Tan pronto de vuelta?

—Hasta en la sopa —contestó Kincaid, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

Julia Swann se colocó en la oreja el pincel que sostenía en la mano y se retiró lo suficiente para que pudieran pasar. Gemma, que la estaba estudiando, la comparó con la niña delgada y seria de la foto de abajo. Aquella Julia estaba desde luego presente en ésta, pero la niña desgarbada se había convertido en una mujer elegante, con estilo, y la inocencia de la mirada de la niña se había perdido hacía muchos años.

Los estores estaban levantados y una luz pálida, acuosa, iluminaba la habitación. La mesa de trabajo del centro, vacía excepto por la paleta y el papel blanco cuidadosamente pegado a una tabla, mitigaban la sensación de desorden general del estudio.

—Normalmente, a esta hora Plummy me trae un bocadillo, —dijo Julia, mientras cerraba la puerta y regresaba a la mesa. Se apoyó en ella, equilibrando con gracia su peso. Gemma tuvo la clara impresión de que el apoyo que recibía de la mesa era más que físico.

En el tablero había una pintura acabada de una flor. Gemma se dirigió a la pintura casi por instinto, con la mano estirada.

—Es preciosa —dijo en voz baja, a punto de tocar el papel. La pintura, que era un diseño sobrio y seguro, tenía un aire casi oriental. Los verdes y morados intensos de la planta brillaban sobre el papel blanco mate.

—Es para ganarme la vida —dijo Julia. Su sonrisa mostraba un esfuerzo obvio por ser cortés—. Tengo toda una serie que me han encargado para una colección de tarjetas. Ya sabe, en la línea de la National Trust, pero de lujo. Y voy retrasada. — Julia se frotó la cara dejando una mancha de pintura en la frente y Gemma vio de repente el cansancio que el elegante corte de pelo, el moderno jersey de cuello alto y las mallas no podían camuflar.

Gemma rozó con un dedo el rugoso borde del papel de acuarela.

—Pensé que las pinturas de abajo debían de ser suyas, pero éstas son muy distintas.

—¿Los Flint? Ya me gustaría. —Los modales de Julia volvieron a ser un poco cortantes. Cogió un cigarrillo del paquete que había en una mesa auxiliar y lo encendió con una cerilla.

—También me lo preguntaba —dijo Kincaid—. Algo en ellas me resulta familiar.

—Probablemente haya visto alguna de sus pinturas en libros de su infancia. William Flint no era tan conocido como Arthur Rackham, pero hizo algunas

ilustraciones maravillosas. —Julia se apoyó contra la mesa de trabajo y entrecerró los ojos al subirle el humo del cigarrillo—. Luego llegaron los «pechajes^[6]».

—¿Pechajes? —repitió Kincaid, divertido.

—Técnicamente son brillantes si no te importa lo banal. Y desde luego esto le permitió vivir holgadamente en su vejez.

—¿Y usted no lo aprueba? —La voz de Kincaid tenía un toque de burla.

Julia tocó la superficie de su propia pintura como comprobando su valor y luego se encogió de hombros.

—Supongo que resulto algo hipócrita. Estas pinturas me alimentan, y mantenían el estilo de vida al cual Connor se había acostumbrado.

Para sorpresa de Gemma, Kincaid no picó y preguntó:

—Si no le gustan las acuarelas de Flint ¿por qué están colgadas en casi todas las habitaciones de la casa?

—No son más si es lo que está usted pensando. Hace un par de años a papá y mamá les picó el gusanillo del coleccionismo. Los Flint causaban furor y se subieron al carro. Quizás pensaron que me complacerían. —Julia los obsequió con una pequeña sonrisa de crispación—. Después de todo, en lo que a ellos concierne, vista una acuarela vistas todas.

Kincaid le devolvió la sonrisa. Cruzaron una mirada de entendimiento, como si hubieran compartido un chiste. Julia rió y su melena oscura osciló siguiendo el movimiento de la cabeza. Gemma se sintió de repente excluida.

—¿Exactamente qué estilo de vida necesitaba llevar su esposo, señora Swann? —preguntó, un poco demasiado rápido, y notó en su voz un tono acusatorio no intencionado.

Julia se apoyó en su taburete de trabajo y balanceó una pierna que lucía una bota negra para poder apagar en un cenicero el cigarrillo fumado a medias.

—Todo lo habido y por haber. A veces pienso que Con se sentía moralmente obligado a vivir según la imagen que había creado de sí mismo: *whisky*, mujeres y buen ojo para los caballos, todo lo que uno espera del estereotipado bribón irlandés. No estoy segura de que lo disfrutara tanto como quería que creyésemos.

—¿Había alguna mujer en particular? —preguntó Kincaid en tono coloquial, como si hubiera preguntado por el tiempo.

Ella lo miró burlonamente.

—Siempre había una mujer, señor Kincaid. Los detalles no me concernían.

Kincaid se limitó a sonreír, como negándose a escandalizarse por su cinismo.

—¿Connor se quedó en el piso que compartían en Henley?

Julia asintió, bajándose del taburete para sacar otro cigarrillo del arrugado paquete. Lo encendió y se volvió a apoyar en la mesa. Cruzó los brazos. El pincel seguía en su oreja y le daba un aire de laboriosidad ligeramente desenfadado, como si fuera una periodista de Fleet Street tomándose un descanso en la redacción.

—Estuvo en Henley el jueves por la noche, ¿no? —continuó Kincaid—. ¿Una inauguración en una galería?

—Muy listo, señor Kincaid. —Julia lo obsequió con una sonrisa—. Trevor Simons. Thameside.

—¿Pero no vio a su marido?

—No. Nos movemos en círculos distintos, como podrá haber adivinado —dijo Julia, disimulando menos su sarcasmo.

Gemma miró la cara de Kincaid a la espera de una respuesta intensificada, pero él se limitó a responder perezosamente:

—Sí, desde luego.

Julia apagó el cigarrillo que apenas había fumado y Gemma pudo ver en la postura de su boca y hombros cómo liberaba la tensión.

—Ahora, si no les importa, de verdad que tengo que volver al trabajo. —Esta vez incluyó a Gemma en su sonrisa, tan parecida a la de su padre, sólo que más marcada en las comisuras—. Quizás podrían...

—Julia.

Era una vieja técnica de interrogatorio, el uso repentino e imperativo del nombre del sospechoso, que rompía barreras e invadía el espacio personal. Aun así, en la voz de Kincaid había una familiaridad que impactó a Gemma. Era como si él conociera a esta mujer en profundidad y pudiera apartar cada brizna de artificio con un rápido chasquido.

Julia quedó paralizada a mitad de la frase. Sus ojos estaban fijos en la cara de Kincaid. Podían haber estado solos en la habitación.

—Estaba a sólo unas pocas yardas de distancia del piso de Connor. Podría haber salido a fumar por el río, encontrarse con él, quedar con él más tarde.

Pasó un segundo, luego otro y Gemma oyó el crujido de la mesa de trabajo cuando Julia cambió de posición. Luego dijo despacio:

—Podría, pero no lo hice. Era mi exposición, ¿sabe? Mis quince minutos de gloria. Y no salí de la galería en ningún momento.

—¿Y después?

—Pienso que Trev puede responder por mí. Dormí con él.

—División del trabajo —dijo Kincaid a Gemma mientras paraban para una comida rápida en el *pub* de Fingest—. Tú encárgate de confirmar la coartada de *Sir* Gerald. Esto te permitirá pasar una noche o dos en casa con Toby. Yo me encargaré de Henley. Quiero ir al piso de Connor Swann y quiero hablar con... ¿Cómo dijo Julia que se llamaba? Simons, eso es. Trevor Simons. En su galería. Me gustaría averiguar algo más acerca de los movimientos de Julia aquella noche —añadió. Gemma lo obsequió con una mirada que no supo interpretar.

Acabaron sus bocadillos bajo la mirada vigilante de Tony. Luego Gemma subió arriba a hacer su maleta. Kincaid esperó en el aparcamiento, jugueteando con el cambio en sus bolsillos y haciendo surcos en la grava con el pie. Los Asherton resultaban muy convincentes, pero cuanto más lo pensaba más le costaba encontrarle el sentido a lo que le habían explicado. Aparentemente tenían buena relación con un yerno que su hija apenas toleraba y, sin embargo, ellos también hacían todo lo posible por evitar enfrentarse a Julia. Dibujó con el zapato una *J* en la grava y luego la borró con cuidado. ¿Qué había sentido realmente Julia Swann por su esposo? La vio de nuevo con su cara delgada y los ojos oscuros fijos en los suyos y pensó que no le convenía ese aire de mujer dura que aparentaba con tanto éxito.

Gemma salió con su maleta y se dio la vuelta un momento para decir adiós a Tony. El sol brillaba en su cabello. Sólo entonces se dio cuenta Kincaid de que finalmente había salido de entre las nubes que durante toda la mañana lo habían ocultado.

—¿Listo, jefe? —preguntó Gemma mientras colocaba sus cosas en el maletero y se sentaba tras el volante del Escort. Kincaid dejó a un lado las especulaciones y se sentó en el asiento del pasajero. Gemma le parecía una mujer tan poco complicada que daba gusto y le agradeció en silencio, como hacía a menudo, su competente alegría.

Dejaron atrás las colinas y tomaron la ancha carretera hacia Henley. Vislumbraron el río que pasaba bajo el puente de Henley. Luego, cuando el sistema de una dirección única los desvió hacia el centro de la ciudad, el río desapareció por detrás de ellos.

—¿Podrás regresar al *pub*, jefe? —preguntó Gemma cuando paró para dejar a Kincaid en el mercado de Henley.

—Les pediré a los chicos de aquí que me lleven. Podría hacer valer mis privilegios y requisar un coche, por supuesto, —añadió riendo—. Pero creo que prefiero no tener que preocuparme de aparcar el maldito trasto.

Salió del coche y dio un golpecito de despedida en la puerta, como si le diera una palmada a un caballo. Gemma soltó el freno pero antes de volver a sumergirse en el tráfico bajó la ventanilla del pasajero y le gritó:

—Ten cuidado.

Él la saludó airoosamente y luego miró como el coche desaparecía por Hart Street. El repentino tono de preocupación en la voz de Gemma le extrañó. Era ella la que conducía de regreso a Londres, mientras que él tan sólo iba a realizar un interrogatorio sin previo aviso y a registrar el piso de Connor Swann. Se encogió de hombros y sonrió... Había llegado a encariñarse con estos ocasionales brotes de preocupación.

La comisaría de Henley estaba justo al otro lado de la calle, pero tras dudarle un momento se dio la vuelta y subió las escaleras del ayuntamiento. Un letrero de cartón pegado a la pared informaba de que la oficina de turismo se encontraba en el piso inferior. Al bajar arrugó la nariz en señal de desaprobación por el estado de los equipamientos estándar del edificio público: linóleo resquebrajado y hedor ácido de orina.

Por cincuenta peniques compró un plano de la ciudad y lo desplegó mientras salía, gracias a Dios, de regreso al sol. Vio que su objetivo lo llevaba por Hart Street, junto al río. Así que se metió el plano en la chaqueta y las manos en los bolsillos y bajó la cuesta. El campanario cuadrado de la iglesia parecía flotar contra el fondo de colinas de colores suaves, más allá del río. Se sintió atraído como por un imán. Santa María la Virgen, dijo en voz alta al llegar. Pensó que para ser un anglicano las sílabas habían brotado de su boca con una resonancia muy católica. Se preguntó dónde iban a enterrar a Connor Swann. ¿Era irlandés católico, protestante? ¿Importaba? No lo conocía lo suficiente como para aventurar una respuesta.

Cruzó la bulliciosa calle y se paró un rato en el puente de Henley. El Támesis se desplegaba pacíficamente ante él, muy distinto a la estruendosa masa de agua que atravesaba Hambleton Weir. El curso del río iba hacia el norte después de Henley, viraba hacia el este antes de llegar a Hambleton y luego serpenteaba hacia el noreste antes de dirigirse hacia el sur, a Windsor. ¿Podía Connor haber caído en el río aquí, en Henley, y haberse ido a la deriva corriente abajo hacia Hambleton Lock? Pensó que era muy improbable, pero se hizo una nota mental de que tenía que preguntarlo a los de Thames Valley.

Dio una última mirada a las sombrillas de color rojo y blanco de las bebidas Pimm que lo tentaban desde la terraza del *pub* Angel. Tenía cosas más importantes que hacer.

Unos cuantos metros más allá del *pub* encontró la dirección que buscaba. Al lado de un salón de té un discreto cartel anunciaba THE GALLERY, THAMESIDE. Una única

pintura con un elaborado marco dorado adornaba el escaparate. La campanilla de la puerta sonó electrónicamente cuando Kincaid la empujó. La cerró suavemente detrás de él dejando atrás el zumbido de la orilla del río.

El silencio se asentó a su alrededor. Una gruesa alfombra bereber que cubría el suelo amortiguó sus pasos. Parecía que no había nadie. En la parte trasera de la tienda había una puerta abierta tras la cual se veía un pequeño jardín amurallado, y detrás de éste había otra puerta.

Kincaid miró la sala con interés. Las pinturas, espaciadas generosamente por las paredes, parecían acuarelas de finales del siglo diecinueve y principios del veinte. La mayoría eran paisajes ribereños.

En el centro de la habitación, un pedestal sostenía una elegante escultura de bronce de un gato agazapado. Kincaid pasó la mano por el frío metal y pensó en Sid. Había quedado con su vecino, el comandante Keith, para que lo cuidara mientras él estaba fuera. Si bien el comandante profesaba un desagrado hacia los gatos, cuidaba de Sid con la misma áspera ternura que había mostrado hacia la anterior dueña del gato. Kincaid pensaba que para el mayor, al igual que para él, el gato era un vínculo vivo con la amiga que ambos habían perdido.

Cerca de la puerta del jardín había una mesa cuya atestada superficie contrastaba con la sobria pulcritud que había visto en el resto del lugar. Kincaid ojeó rápidamente los desordenados papeles y luego pasó a la segunda habitación, que estaba a un nivel inferior.

Contuvo la respiración. La pintura que colgaba en la pared opuesta era un rectángulo estrecho y largo —quizás medía 90 centímetros de ancho y 30 centímetros de alto— y una lámpara montada justo encima la iluminaba. El cuerpo de una chica ocupaba casi toda la tela. Vestía camiseta y tejanos y estaba estirada en un prado con los ojos cerrados. Llevaba un sombrero inclinado hacia atrás sobre su cabello castaño y junto a ella, en la hierba, había una cesta de manzanas que se habían volcado encima de un libro abierto.

Era una composición sencilla, casi fotográfica por su claridad y detalle, pero poseía una calidez y profundidad imposibles de capturar con una cámara. Uno podía sentir el sol en la cara de la chica vuelta hacia el cielo. Uno podía sentir la satisfacción y placer que ese día ofrecía.

Otras pinturas del mismo artista colgaban cerca: retratos y paisajes con los mismos colores vivos y la misma luz intensa. Al mirarlás Kincaid sintió nostalgia, como si tal belleza y perfección estuvieran fuera de su alcance a menos que él, como Alicia, pudiera entrar en la tela e introducirse en el mundo del artista.

Se había inclinado para ver la firma garabateada cuando una voz detrás de él dijo:
—Bonitas ¿no?

Kincaid, sobresaltado, se puso derecho y se dio la vuelta. El hombre estaba de pie en la entrada trasera. Su cuerpo estaba en la sombra, mientras que el sol iluminaba el jardín que había detrás de él. Cuando entró en la habitación Kincaid lo pudo ver con

más claridad: alto, delgado y de facciones cuidadas, con una mata de pelo gris y lentes que le daban un aire de contable en contraste con el suéter y pantalón informales que vestía.

La puerta sonó justo cuando Kincaid empezó a hablar. Entró un joven cuya cara blanca contrastaba con el negro de la ropa que vestía y con el pelo teñido. Llevaba bajo el brazo una maltrecha carpeta de cuero. Su indumentaria habría resultado ridícula si no hubiera sido por su mirada de súplica. Kincaid hizo un gesto de asentimiento a Trevor Simons —ya que supuso que era él el hombre que había venido del jardín— y dijo:

—Adelante, no tengo prisa.

Para sorpresa de Kincaid, Simons estudió detenidamente los dibujos. Al cabo de un rato negó con la cabeza y los metió de nuevo en la carpeta. Sin embargo Kincaid oyó que le indicaba otra galería donde el chico podía probar.

—El problema es —explicó a Kincaid cuando oyeron la campanilla de la puerta al cerrar—, que no sabe pintar. Es una vergüenza. Dejaron de enseñar dibujo y pintura en las facultades de bellas artes en los sesenta. Artistas gráficos. Esto es lo que todos quieren ser. Sólo que nadie les dice que no hay trabajo. Así que salen de la facultad como este chiquillo. —Hizo un gesto hacia la calle—. Van de galería en galería intentando vender sus mercancías como vendedores ambulantes. Ya lo ha visto. Basura realizada bastante competentemente con aerógrafo, pero sin pizca de originalidad. Si tiene suerte encontrará trabajo friendo patatas o conduciendo una camioneta de reparto.

—Pero usted fue cortés —dijo Kincaid.

—Bueno, hay que tener compasión, ¿no? No es culpa suya que sean ignorantes, tanto en técnica como en las realidades de la vida. —Haciendo un ademán como quitándole importancia—. Bueno, ya he charlado suficiente. ¿En qué puedo ayudarle?

Kincaid señaló las acuarelas de la segunda sala.

—Esas...

—¡Ah! Ella es una excepción —dijo Simons sonriendo—. En muchos aspectos. Autodidacta por un lado, lo que probablemente fue su salvación, y con mucho éxito por el otro. No con éstas —añadió rápidamente—, pero creo que lo tendrá. El éxito lo tiene con los trabajos que realiza por encargo. Tiene tal demanda que no puede aceptar encargos durante los dos próximos años. Es muy difícil para una artista que tiene éxito poder dedicar tiempo para hacer trabajos creativos. De modo que esta exposición ha significado mucho para ella.

Sabiendo la respuesta mientras hacía la pregunta —y sintiéndose un completo idiota— Kincaid dijo:

—La artista, ¿quién es?

Trevor Simons puso cara de perplejidad.

—Julia Swann. Pensé que lo sabía.

—Pero... —Kincaid trató de conciliar la impecable si bien emocionalmente rigurosa perfección de las flores de Julia con estas pinturas vibrantes y vivas. Podía reconocer similitudes en técnica y ejecución, pero el resultado era asombrosamente distinto. Tratando de recobrar la calma, dijo—: Mire. Creo que debería salir y volver a entrar. He enredado un poco las cosas. Me llamo Duncan Kincaid —mostró sus credenciales—, y he venido a hablarle de Julia Swann.

Los ojos de Trevor Simons pasaron de la identificación, a Kincaid y luego de nuevo a la identificación. Con la cara inexpresiva dijo:

—Parece un carné de biblioteca. Siempre me he preguntado el aspecto que tenían. Ya sabe, por las series de la televisión. —Sacudió la cabeza y frunció el ceño—. No lo entiendo. Sé que la muerte de Con ha sido una horrible sacudida para todos, pero pensaba que había sido un accidente. ¿Por qué Scotland Yard? ¿Y por qué yo?

—Thames Valley ha tratado el asunto como muerte sospechosa desde el principio y ha pedido nuestra ayuda a petición de *Sir Gerald Asherton*.

Kincaid se expresó sin entonación, pero Simons arqueó las cejas y dijo:

—Vaya.

—En efecto —respondió Kincaid y cuando sus ojos se encontraron con los de Simons se le ocurrió que en otras circunstancias podrían haber sido amigos.

—¿Y yo? —preguntó Simons otra vez—. ¿No creerá que Julia haya podido tener algo que ver con la muerte de Con?

—¿Estuvo con Julia toda la noche del jueves? —dijo Kincaid, presionando de forma un poco más agresiva a pesar de que el tono de incredulidad de la voz de Simons le había parecido genuina.

Simons, sereno, se apoyó en su mesa y cruzó los brazos.

—Más o menos. Aquí había una batalla campal. —Con un ademán indicó las dos salas pequeñas—. La gente estaba apretada como en una lata de sardinas. Supongo que Julia pudo haber salido un minuto al baño o a fumar un cigarrillo y yo no lo hubiera notado. Pero no creo que más que eso.

—¿A qué hora cerró la galería?

—Hacia las diez. Habían bebido y comido todo y habían dejado una estela de basura como si fueran los hunos. Tuvimos que empujar a los últimos rezagados por la puerta.

—¿Tuvimos?

—Julia me ayudó a recoger.

—¿Y luego?

Trevor Simons apartó la mirada por primera vez. Estudió el río durante un momento, luego se volvió otra vez hacia Kincaid con expresión reacia.

—Estoy seguro de que ya ha visto a Julia. ¿Le dijo que había pasado conmigo la noche? No creo que sea tan tonta como para proteger mi honor. —Simons hizo una pausa, pero antes de que Kincaid pudiera hablar prosiguió—. Bien. Es verdad. Estuvo

aquí, en mi apartamento, hasta poco antes del amanecer. Un pequeño intento de ser discreta: salir sigilosamente al rayar el alba —añadió con una sonrisa forzada.

—¿No lo dejó en ningún momento antes del amanecer?

—Creo que lo hubiera notado —respondió Simons, esta vez con un genuino destello de diversión. En seguida se serenó y añadió—: Mire, señor Kincaid. No suelo hacer este tipo de cosas. Estoy casado y tengo dos hijas adolescentes. No quiero hacer daño a mi familia. Lo sé —continuó con prisa, como si Kincaid fuera a interrumpirle—, debería haber considerado las consecuencias de antemano. Pero uno no lo hace, ¿no es así?

—No lo sé —respondió Kincaid en el soso lenguaje policial mientras pensaba: ¿No lo hace o bien uno contempla las consecuencias y elige actuar de todas formas? Le vino a la mente la imagen de su ex esposa, con su rubio cabello liso cayéndole por su inescrutable cara. ¿Había considerado Vic las consecuencias?

—¿Entonces no vive aquí? —preguntó, interrumpiendo bruscamente su línea de pensamiento. Señaló la puerta al otro lado del jardín.

—No. En Sonning, un poco más arriba. El apartamento estaba incluido en el inmueble cuando compré la galería y lo uso principalmente como estudio. A veces me quedo cuando estoy pintando, o cuando tengo una inauguración.

—¿Usted pinta? —preguntó Kincaid algo sorprendido.

Simons sonrió compungido.

—¿Soy un hombre práctico, señor Kincaid? ¿O simplemente comprometido? Dígamelo usted. —La pregunta parecía ser tan sólo hipotética porque Simons continuó—. Sabía cuando dejé la facultad que no iba a ser lo suficientemente bueno. No poseía esa combinación tan única de talento y suerte. De modo que utilicé un poco de dinero de la familia y compré esta galería. Es algo irónico que la inauguración de Julia coincidiera con mi veinticinco aniversario en este sitio.

Kincaid no sentía inclinación por dejar que se librara, aunque sospechaba que su curiosidad era más personal que profesional.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Sí, pinto, y me siento insultado cuando alguien se refiere a mí como «artista local» en lugar de «artista que pinta en la zona». Es una diferencia sutil, ¿comprende? —añadió con sorna—. Un poco ridículo, ¿no?

—¿Qué es lo que pinta? —preguntó Kincaid recorriendo con la vista las pinturas que colgaban en las paredes de la pequeña sala.

Simons siguió su mirada y sonrió.

—A veces cuelgo mis propios trabajos, pero ahora no tengo ninguno expuesto. He tenido que dejar sitio para las pinturas de Julia y, francamente, tengo otras cosas que se venden mejor que lo mío, aunque pinto paisajes del Támesis. Utilizo óleos. No soy suficientemente bueno aún como para pintar acuarelas, pero algún día lo seré.

—Entonces, ¿lo que hace Julia es difícil? —Kincaid se permitió estudiar la pintura de Julia y descubrió que se había estado resistiendo a hacerlo. Le atraía, como

ella, de una manera que le parecía a la vez familiar y peligrosa—. Siempre pensé que uno sencillamente elegía óleos o acuarelas dependiendo de los gustos.

—Pintar a la acuarela es mucho más difícil —dijo Simons pacientemente—. Con el óleo uno puede cometer todos los fallos que quiera que se pueden tapar. Cuantos más mejor. Las acuarelas exigen confianza en uno mismo, incluso una cierta dosis de crueldad. Tienes que hacerlo bien al primer intento.

Kincaid vio las pinturas de Julia con otros ojos.

—¿Dice que es autodidacta? ¿Por qué no fue a la facultad, con su talento?

Simons se encogió de hombros.

—Supongo que su familia no se la tomaba en serio. Los músicos tienden a ser más bien unidimensionales, incluso más que los artistas visuales. Nada más existe para ellos. Comen, duermen y respiran música, e imagino que para *Sir Gerald y Dame Caroline* las pinturas de Julia eran meros toques de color en un trozo de papel. —Bajó a la habitación inferior y caminó hacia una pintura de gran tamaño, mirándola fijamente—. Cualquiera que sea la razón, ello permitió que se desarrollara a su modo, libre de la mediocridad gráfica.

—Tienen ustedes una relación especial —dijo Kincaid observando cómo el fino cuerpo de Trevor Simons bloqueaba la pintura con una postura casi protectora—. Usted la admira. ¿Tiene también celos de ella?

Tras un momento Simons respondió, todavía de espaldas a Kincaid:

—Quizás. ¿Podemos evitar sentir envidia de aquéllos que han sido tocados por los dioses, aunque sea por poco tiempo? —Se volvió y los ojos marrones tras las lentes miraron a Kincaid con franqueza—. No obstante llevo una buena vida.

—¿Entonces porqué la ha puesto en peligro? —dijo en voz baja Kincaid—. Su esposa, familia... quizás incluso su negocio.

—Nunca tuve la intención de hacerlo. —Simons soltó una risa de auto burla—. Nunca digas de este agua no beberé. Es que era simplemente... Julia.

—¿Qué más no tuvo intención de hacer, Trevor? ¿Hasta dónde lo llevó su equivocación?

—¿Piensa que podría haber matado a Connor? —Sus cejas aparecieron por encima de las gafas y se rió de nuevo—. No puedo reivindicar pecados de tal magnitud, señor Kincaid. ¿Y por qué habría de querer librarme del pobre hombre? Julia ya había masticado y escupido los restos parcialmente digeridos.

Kincaid rió.

—Muy bien descrito. ¿Hará ella lo mismo con usted?

—Ah, sí, eso creo. Nunca he sido capaz de autoengañarme lo suficiente como para pensar lo contrario.

Kincaid empujó una desordenada pila de papeles, se sentó en el borde de la mesa de Simons y estiró las piernas.

—¿Conocía bien a Connor Swann?

Simons se metió las manos en los bolsillos y cambió de posición a la manera de un hombre repentinamente desplazado de su territorio.

—Sólo de vista. Antes de separarse venía con Julia alguna que otra vez.

—¿Cree que podía estar celoso de usted?

—¿Con? ¿Celoso? Eso sería una hipocresía. Nunca entendí por qué Julia lo aguantó durante tanto tiempo.

Una transeúnte paró y miró detenidamente el cuadro del escaparate tal como habían hecho otros desde que Kincaid había llegado a la galería. Detrás de ella la luz había cambiado y las sombras de los sauces se extendían más largas por el pavimento.

—No entran —dijo Kincaid viendo cómo la mujer se iba hacia el salón de té y desaparecía de vista.

—No. No muy a menudo. —Simons indicó las pinturas alineadas en la pared—. Los precios son algo elevados para la compra por impulso. La mayoría de mis clientes son asiduos, coleccionistas. Aunque a veces alguno de éstos que miran escaparates entra y se enamora de una pintura, luego se va a casa y ahorra peniques de la compra o de las cervezas hasta que tiene suficiente para comprarlo. —Sonrió—. Estos son los mejores. Los que no saben nada de arte y compran por amor. Es una respuesta genuina.

Kincaid miró la pintura iluminada de la chica en el prado, con los ojos ligeramente cerrados, la cara pecosa girada hacia el sol, y reconoció su propia experiencia.

—Sí, lo puedo entender.

Se levantó y miró a Trevor Simons quien, cualesquiera que fuesen sus pecados, parecía un hombre perspicaz y decente.

—Un consejo, señor Simons, que probablemente no le debería dar. Una investigación como ésta se extiende como las ondas. Cuanto más tiempo dura, más anchas son las ondas. Si yo fuera usted haría un control de los daños... Explíqueme a su esposa lo de Julia, si puede. Antes de que lo hagamos nosotros.

* * *

Kincaid se sentó en la mesa más cercana a la ventana del salón de té. La tetera goteó al servirse y su taza dejó un círculo mojado en el mantel moteado de plástico. En la mesa de al lado vio a la mujer que se había parado delante del escaparate de la galería unos minutos antes. Era de mediana edad, corpulenta y su pelo canoso tenía unos rizos prietos. A pesar de que el ambiente en el salón era lo suficientemente cálido como para dejar levemente empañados los cristales, ella no se había quitado el

impermeable que llevaba encima de una gruesa chaqueta de punto. ¿Temía acaso que fuera a llover dentro del local? Cuando levantó la vista, él le dedicó una sonrisa, pero ella miró hacia el otro lado. En su cara había una expresión de leve decepción.

Mirando despreocupadamente hacia el río, Kincaid toqueteó la llave que tenía en el bolsillo de los pantalones. Junto con los informes iniciales, Gemma había obtenido de Thames Valley la llave del piso de Connor, la dirección y una descripción del edificio. Hasta hacía un año, Julia y Connor habían vivido juntos en el piso que Kincaid pensaba que podía estar junto al bancal, cerca de las islas llenas de sauces que podía ver desde la ventana. Es posible que Julia entrara a menudo aquí a tomarse un café por la mañana o una taza de té por la tarde. De pronto se la imaginó, sentada en el reservado que tenía delante, con un suéter negro, fumando con brusquedad, frunciendo el ceño por la concentración. En su mente la vio levantarse y salir a la calle. Se quedaba de pie delante de la galería un momento, titubeante. Luego imaginó la campanilla de la puerta que ella abría para entrar.

Kincaid sacudió la cabeza y se bebió el resto de té de un trago. Salió del reservado y mostró la cuenta empapada a la chica de detrás del mostrador. Luego persiguió el fantasma de Julia entre las sombras alargadas.

Caminó hacia los prados que había junto al río, mirando alternativamente la plácida masa de agua a su izquierda y los bloques de pisos a su derecha. Le sorprendió que estos edificios junto al río no fueran más elegantes. Uno de los más grandes era de estilo neogeorgiano, otro Tudor, y ambos eran algo sórdidos, como matronas en batas de casa. Los arbustos crecían vigorosamente en los jardines, tan sólo animados por las flores secas color rojo oscuro de las siemprevivas y los esporádicos ásteres azul claro. Pero después de todo era noviembre, pensó Kincaid, benévolo, al mirar el tranquilo río. Hasta el quiosco que anunciaba excursiones fluviales y embarcaciones de alquiler tenía el cerrojo echado y estaba con los postigos cerrados.

El camino se estrechó y los grandes bloques de edificios dieron paso a construcciones más bajas y a alguna casa aislada. Aquí el río parecía menos alejado de tierra. Cuando llegó a una alta valla negra de hierro forjado la reconoció por la descripción garabateada que llevaba en el bolsillo. Agarró dos de las barras acabadas en punta con sus manos y echó una ojeada. Una placa de cerámica conmemorativa colocada en la pared del edificio más cercano informaba de que los pisos habían sido contruidos recientemente, de modo que Julia y Connor habían sido de los primeros en vivir en ellos. Parecidos a cobertizos para embarcaciones, los pisos se habían construido en ladrillo rojo, con abundantes ventanas de marcos blancos, barandas blancas para las terrazas y blancos tejados a dos aguas adornados con filigranas ostentosas. A Kincaid le parecieron un poco exageradas pero de una forma agradable, porque armonizaban tanto con el paisaje natural como con los edificios de alrededor. Pensaba, como el príncipe Carlos, que la mayor parte de la arquitectura contemporánea arruinaba el paisaje.

Esquivando una serie de barcas y remolques, Kincaid caminó junto a la valla hasta que encontró la entrada. Los pisos se elevaban escalonados detrás de un jardín bien cuidado y ninguno de ellos era idéntico al otro. Encontró la casa con facilidad. Era uno de los modelos a tres niveles, construido sobre pilotes. Cuando metió la llave en la cerradura se sintió como si estuviera entrando sin autorización. Sin embargo, nadie le llamó la atención desde las terrazas colindantes.

Había imaginado blanco y negro.

Algo carente de lógica, si tenía en cuenta la intensidad de los colores de las pinturas de Julia. La paleta de aquí era más suave, casi mediterránea, con paredes amarillo pálido y suelos de terracota. En el salón había muebles rústicos y una alfombra de flecos marroquí adornaba el suelo de baldosas. Junto a una pared había una plataforma revestida de azulejos sobre la que se erigía una estufa de leña esmaltada. Sobre una mesita pintada situada frente al sofá había un tablero de ajedrez. Kincaid se preguntó si Connor había jugado o si se trataba de un mero objeto decorativo.

En el respaldo de una silla había una americana arrugada. Una pila de periódicos yacía en el sofá y algunos ejemplares se habían caído al suelo. Un par de zapatos náuticos asomaban por debajo de una mesa de centro. El desorden masculino parecía fuera de lugar, como una intrusión en una habitación esencialmente femenina. Kincaid pasó un dedo por encima de una mesa y se limpió en el pantalón la pelusa gris recogida. A Connor no le iban las tareas de la casa.

Kincaid pasó a la cocina. No tenía ventanas pero se abría a la sala de estar con vistas al río. A diferencia de la sala, la cocina estaba imaculada. Unas latas de aceite de oliva y unas botellas coloreadas de vinagre contrastaban como brillantes banderas con los armarios de roble y las encimeras amarillas. Una estantería cercana a los fogones contenía una serie de libros de cocina muy usados. *Julia Child*, leyó Kincaid, *The Art of Cooking. The Italian Kitchen. La Cucina Fresca*. Había más. Algunos con espléndidas fotografías a color que le abrieron el apetito sólo de mirarlas. En otra estantería había botes de vidrio llenos de pasta.

Kincaid abrió la nevera y la encontró bien abastecida de condimentos, quesos, huevos y leche. El congelador contenía unos cuantos paquetes de carne y pollo bien envueltos y etiquetados, una barra de pan y unos cuantos contenedores de plástico con algo que Kincaid supuso que era caldo casero. Junto al teléfono había un bloc en el que se leía el principio de una lista de compras: berenjenas, extracto de tomate, lechuga de hoja rizada roja, peras.

Las descripciones de Connor Swann que Kincaid había oído no le habían llevado a pensar que fuera un cocinero consumado y entusiasta. Obviamente este hombre no había recurrido a despacharse comidas congeladas en el microondas.

En la primera planta estaba el dormitorio principal y un baño en los mismos tonos amarillo suave de la planta baja. Además había una habitación pequeña que servía aparentemente de despacho. Kincaid continuó subiendo hasta el último piso.

Había sido el estudio de Julia. Las amplias ventanas dejaban entrar un torrente de luz al atardecer. Por encima de los sauces se podían ver los meandros del Támesis. En el centro de la habitación había una mesa sin nada encima y en un antiguo escritorio junto a una pared se veían algunos cuadernos de bocetos usados a medias y una caja de madera llena de restos de tubos de pintura. Kincaid rebuscó con curiosidad entre ellos. No sabía que las acuarelas para profesionales vinieran en tubos. *Rojo Winsor. Escarlata. Azul ultramar*. Los nombres recorrieron su pensamiento como poesía, pero los tubos le dejaron un fino polvillo de abandono en las puntas de los dedos. La misma habitación parecía desolada y sin estrenar.

Volvió sobre sus pasos y paró una vez más en la puerta del dormitorio. La cama había sido hecha con prisas y sobre una silla había un par de pantalones con el cinturón colgando.

Había en el aire una palpable sensación de una vida interrumpida. Connor Swann había tenido intención de hacer la compra, preparar la cena, recoger los periódicos, lavarse los dientes y deslizarse bajo el cálido edredón azul y amarillo de la cama. Kincaid sabía que a menos que llegara a comprender quién había sido Connor Swann, tenía pocas esperanzas de descubrir quién lo había matado. Y se dio cuenta de que todas sus percepciones y todo lo que conocía de él le llegaba filtrado por Julia y su familia.

Ésta era la casa de Julia. Cada habitación llevaba su sello y, excepto en la cocina, Connor parecía haber rozado únicamente la superficie. ¿Por qué había dejado Julia la casa, como si fuera un comandante con todas las ventajas que se bate en retirada de la ciudadela?

Kincaid se dio la vuelta y se dirigió al despacho. En la habitación no había más que un escritorio con una silla de cara a la ventana y un sillón de orejas con una lámpara para leer. Se sentó en la silla frente al escritorio, encendió la lámpara de mesa con la pantalla verde y empezó a rebuscar sin entusiasmo entre el desorden.

Lo primero que le llegó a las manos fue una agenda. Empezó a hojear despacio por el mes de enero. Lo primero que le llamó la atención fueron los nombres de los hipódromos: Epsom, Cheltenham, Newmarket... Se alternaban según los meses. Algunos tenían anotadas las horas al lado, otros tenían signos de exclamación. ¿Significaría un buen día?

Kincaid regresó al principio, empezando con más cuidado. Entre carrera y carrera empezó a ver las pautas de la vida social de Connor. Citas para comer, cenar, copas, a menudo acompañadas por un nombre, una hora y las palabras *Red Lion*. Demonios, pensó Kincaid, el hombre llevaba una vida social agotadora. Y para empeorar las cosas, los *pubs* y hoteles llamados *Red Lion* eran tan comunes como las ovejas en Yorkshire. Supuso que el sitio más lógico por donde comenzar era el viejo y lujoso hotel de Henley, situado al lado de la iglesia.

A menudo aparecían citas para jugar a golf, así como la anotación *Quedar con J.* seguida de un guión y diferentes nombres, algunos crípticos; otros, como Tyler Pipe o

Carpetland, eran obviamente empresas. No parecía que fueran compromisos sociales, sino más bien reuniones de negocios en las que entretenía a clientes. Kincaid había supuesto que Connor vivía del patrimonio de los Asherton y nada en los informes de Thames Valley lo había llevado a pensar lo contrario. Pero quizás ése no era el caso. Cerró la agenda y empezó a revolver los papeles de la mesa. Luego tuvo una idea y volvió a abrir la agenda. *Almuerzo en B.E.* aparecía cada jueves con la regularidad de un reloj.

La pila de papeles se dividía en facturas corrientes, boletos de apuestas, un juego de formularios de apuestas, un informe corporativo de una empresa de Reading y un catálogo de una casa de subastas. Kincaid se encogió de hombros y siguió con el inventario. Clips de papel, un abrecartas, un tazón con la leyenda HENLEY ART FEST que contenía un puñado de bolígrafos de promoción.

Encontró el talonario de Connor en el cajón de la izquierda. Una mirada rápida en el registro puso de manifiesto los pagos mensuales normales así como ingresos regulares bajo el nombre de Blackwell, Gillock and Frye. ¿Sería un bufete de abogados?, se preguntó Kincaid. Empezó a ver una pauta interesante. Volvió al principio del registro para verificar una cosa. El primer cheque escrito tras cada ingreso se realizaba a nombre de un tal K. Hicks y las cantidades, aunque no las mismas, eran considerables.

Distraído por sus propias especulaciones, tardó unos segundos en ser consciente del suave clic proveniente de abajo. Levantó la vista. Durante el rato que había pasado trabajando en la casa había anochecido. A través de la ventana vio el contorno color carbón de los sauces destacando en el cielo violeta.

Los sonidos eran ahora más concretos: un clic más ruidoso seguido de un chirrido. Kincaid se levantó de la silla y se movió silenciosamente hacia el pasillo. Escuchó un momento, luego bajó rápidamente las escaleras manteniendo los pies en el exterior de los peldaños. Cuando llegó al último escalón se encendió la luz del salón. Volvió a escuchar y dobló la esquina.

Ella estaba en la puerta de la entrada con la mano todavía en el interruptor. La luz de las lámparas mostró unos tejanos pitillo, un suéter peludo rosa de un punto tan abierto que evidenciaba la línea del sujetador, tacones altísimos y tirabuzones de cabello rubio a lo Medusa. Kincaid pudo ver como bajo el suéter el pecho subía y bajaba.

—Hola, —dijo y probó de sonreír.

Ella inspiró profundamente antes de gritar.

—¿Quién demonios es usted?

Desorientada, Gemma estiró la mano y tocó el otro lado de la cama de matrimonio. Estaba vacío. Al abrir los ojos vio la tenue luz gris que iluminaba el lado equivocado de la habitación.

Se despertó totalmente. Piso nuevo. Sin marido. Por supuesto. Se sentó apoyándose en las almohadas y se apartó la maraña de pelo de la cara. Hacía meses desde la última vez que soñó con Rob y pensaba que ese fantasma en concreto ya la había dejado de incordiar.

Cuando el temporizador automático de la calefacción central se encendió, el agua caliente de los radiadores empezó a gorgotear. Por un segundo se preguntó con pánico por qué no habría sonado la alarma del despertador. Luego se relajó, aliviada. Era domingo. Cerró los ojos y se acurrucó entre las almohadas. Disfrutó de esa lujosa sensación de pereza que uno tiene cuando se despierta temprano y sabe que no se ha de levantar.

Sin embargo, no logró volver a dormirse. No dejaba de pensar en la entrevista que había conseguido programar para esa mañana en el Coliseum, hasta que finalmente, con un bostezo, sacó los pies de debajo del edredón. La ópera le había parecido el sitio lógico por dónde empezar a comprobar la historia de Gerald Asherton. Descubrió con un cosquilleo de placer que deseaba que comenzase el día.

Cuando sus dedos tocaron el suelo se encogieron involuntariamente por el frío y tanteó el suelo en busca de las zapatillas mientras se ponía la bata. Al menos podría aprovechar el rato antes de que Toby se despertara para tomar tranquilamente una taza de café y organizarse el día.

Unos minutos más tarde el piso ya estaba caliente. Gemma se sentó en la mesa de listones negros que estaba frente a las ventanas que daban al jardín. Con el tazón caliente en sus manos, Gemma empezó a cuestionarse su cordura.

Había vendido su casa de Leyton —tres dormitorios, casa semiadosada con jardín, un símbolo en ladrillo revestido de los planes poco realistas de Rob para su matrimonio— y en lugar de comprar el práctico piso en Wanstead que ella tenía en mente, había alquilado... esto. Miró a su alrededor, desconcertada.

Su agente inmobiliaria le había rogado:

—Sólo échale una ojeada, Gemma, es lo único que te pido. Ya sé que no es lo que estás buscando, pero es que has de verlo. —Y así fue como vino, vio y firmó en la línea de puntos, convirtiéndose de repente en la inquilina de un garaje reconvertido, construido detrás de una casa victoriana, en una calle arbolada de Islington. La casa misma parecía algo fuera de lugar porque estaba situada entre dos de las más elegantes hileras de casas adosadas de estilo georgiano, pero ocupaba su espacio con la confianza que le otorgaba su clase.

El garaje estaba separado de la casa y se había construido por debajo del nivel del jardín. Así, las ventanas que ocupaban toda una pared del piso y llegaban a la altura de la cadera, vistas desde fuera estaban a nivel del suelo. Los dueños, ambos psicólogos, habían decorado el garaje con un estilo que la agente describió como «japonés minimalista».

Gemma casi soltó una carcajada al pensar en su situación. Un concepto adecuado para describir su vida actual era el de «minimalista». El piso consistía básicamente en una habitación grande, amueblada con un futón y un par de elegantes piezas contemporáneas. En la pared opuesta a la cama, unos pequeños cuartuchos contenían cocina y aseo. Un trastero con una pequeña ventana se había convertido en la habitación de Toby. El arreglo no permitía demasiada privacidad, pero la privacidad con un niño pequeño era de todas formas una cualidad insignificante y Gemma no se imaginaba que fuera a compartir su cama con nadie en un futuro próximo.

Había guardado sus muebles y la mayoría de sus pertenencias en la parte trasera de la panadería de sus padres en Leyton High Street. Su madre había expresado su desaprobación meneando sus apagados rizos rojos.

—¿En qué estabas pensando, cariño?

Una calle tranquila, arbolada, con un parque al final. Un jardín verde, tapiado, lleno de rincones interesantes y escondrijos para un niño pequeño. Un lugar secreto, lleno de posibilidades. Pero Gemma se limitó a decir:

—Me gusta, mamá. Y está más cerca de Scotland Yard. —Dudaba que su madre la comprendiera.

Se sentía limpia, reducida a lo esencial, serena en la simplicidad del negro y gris de la habitación.

O al menos así había sido hasta esta mañana. Frunció el ceño y se preguntó de nuevo qué era lo que la había hecho sentirse tan inquieta. La imagen de Matthew Asherton, de doce años, se le apareció espontáneamente.

Se levantó, puso dos rebanadas de pan negro en la tostadora que había en la mesa y fue a despertar a Toby.

* * *

Tras dejar a Toby con su madre, Gemma cogió el metro hasta Charing Cross. Cuando el tren salió de la estación una ráfaga de aire proveniente del túnel agitó la falda alrededor de sus piernas. Gemma se cerró las solapas de la chaqueta. Dejó la estación y entró en el paseo peatonal de detrás de St. Martin-in-the-Fields. Rodeó la iglesia y tomó St. Martin's Lane. Fuera del metro no se estaba mejor. Una ráfaga de viento del norte bajó por la calle, levantando polvo y pedazos de papel y dejando una estela de pequeños torbellinos.

Se frotó los ojos con los nudillos y parpadeó varias veces para limpiarlos. Luego miró a su alrededor. Delante, en la esquina, estaba el *pub* Chandos y justo detrás había un cartel vertical, texto en negro sobre fondo blanco, en el que se leía LONDON COLISEUM. Lo rodeaban estandartes azules y blancos con las letras ENO estampadas, que atrajeron su mirada. En el fondo azul pálido del cielo destacaba claramente la elaborada cúpula blanca. Cerca de la parte superior de la cúpula unas letras blancas anunciaban algo sobriamente la ENGLISH NATIONAL OPERA. Gemma pensó que debían encenderse por la noche.

Algo se removió en su memoria y se dio cuenta de que había estado antes aquí. Ella y Rob habían ido al Albury Theatre calle arriba y luego habían parado a tomar algo en el *pub* Chandos. La noche había sido cálida y habían tomado sus copas afuera, escapando de la aglomeración y el humo del bar. Gemma recordó que sorbía su Pimm's y miraba cómo el público de la ópera se echaba a la calle con las caras animadas, moviendo las manos con gestos rápidos mientras diseccionaban la actuación.

—Podría resultar divertido —le había dicho con cierta nostalgia a Rob.

Él había sonreído de esa manera suya tan condescendiente y había dicho, socarrón:

—¿Vacas viejas en estúpidos disfraces chillando a pleno pulmón? No seas ridícula, Gem.

Gemma sonrió pensando en la foto que había visto de Caroline Stowe. A Rob se le hubiera caído la baba si se hubiera encontrado con ella cara a cara. Vaca vieja... Él nunca sabría lo que se había perdido.

Empujó las puertas del vestíbulo. La embargó una ola de emoción por poder acceder a este glamouroso mundo de cuento de hadas.

—Alison Douglas —dijo a la gruesa mujer de cabello gris que había en el mostrador de recepción—. Es la asistente del gerente de la orquesta. Tengo una cita con ella.

—Entonces tendrá que ir por detrás, tesoro —respondió la mujer en un tono altanero. Hizo un gesto en curva con el dedo—. Detrás de la manzana, al lado del muelle de carga.

Algo escarmentada, Gemma abandonó la dorada y lujosa calidez del vestíbulo y rodeó la manzana en la dirección indicada. Se encontró en un callejón lleno de entradas de reparto de *pubs* y restaurantes. La entrada al London Coliseum, con sus

escalones de cemento y su pintura desconchada, se distinguía únicamente por el cada vez más familiar logo ENO que había cerca de la puerta. Gemma subió, pasó adentro y miró con curiosidad la pequeña recepción con suelos de linóleo.

A su izquierda había un portero sentado dentro de una cabina con ventanas de vidrio. Justo delante, otra puerta cerraba el paso a lo que debía ser el sanctasantórum. Se presentó al portero, quien sonrió mientras entregaba a Gemma una hoja de registro sujeta a una tabla con una pinza. Era joven, pecoso y el pelo castaño tenía toda la pinta de estar creciendo después de un rapado al estilo mohawk. Gemma lo estudió con más detenimiento y vio un diminuto orificio en el lóbulo de su oreja, revelando la anterior presencia de un pendiente. Sin duda había hecho un esfuerzo considerable por ponerse presentable para el trabajo.

—Llamaré a la señorita Alison —dijo mientras le entregaba una identificación adhesiva para que se la pusiera. Cogió el teléfono y murmuró algo incomprensible—. Enseguida estará con usted.

Gemma se preguntó si el chico habría estado de servicio después de la representación de la noche del jueves. Su sonrisa amistosa auguraba un interrogatorio fácil, pero sería mejor que esperara a que nadie los interrumpiera.

Empezaron a sonar las campanas de una iglesia.

—¿St. Martin's? —preguntó.

El chico asintió mientras echaba un vistazo al reloj de la pared que tenía detrás.

—Las once en punto. Puede poner su reloj en hora.

¿Habría fieles que asistieran a los servicios de las once?, se preguntó Gemma, ¿o dirigía la iglesia sus esfuerzos a los turistas?

Recordó lo sorprendida que se había sentido cuando Alison Douglas había aceptado verla esta mañana y preguntó al portero:

—¿Aquí se trabaja siempre? ¿Incluso un domingo por la mañana?

El portero mostró su sonrisa.

—Función de tarde. Una de nuestra mayores atracciones. Especialmente cuando se trata de algo tan popular como *La Traviata*.

Perpleja, Gemma sacó su cuaderno de notas del bolso y hojeó en busca de un dato.

—*Pelléas et Mélisande*. Pensaba que estabais representando *Pelléas et Mélisande*.

—Los jueves y los sábados. Producciones...

El portero dejó de hablar cuando se abrió la puerta interior y cruzó por ella una joven mujer. Luego continuó:

—Ya lo entenderá. —Le guiñó un ojo—. Alison se asegurará de que así sea.

—Soy Alison Douglas. —Su fría mano asió la de Gemma con firmeza—. No haga caso de Danny. ¿En qué puedo ayudarla?

Gemma estudió el cabello corto castaño claro, el suéter y la falda negros, los zapatos de plataforma, que no la llegaban a hacer tan alta como Gemma. Pero la

característica más notable de Alison Douglas era ese aire de tomarse a sí misma muy en serio.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? ¿Su oficina, quizás?

Alison dudó, luego abrió la puerta interior y con un gesto de la cabeza indicó a Gemma que pasara delante de ella.

—Entonces será mejor que me siga. Mire —añadió—, tenemos una representación en menos de tres horas y hay cosas que he de hacer sin falta. Si no le importa seguirme, podemos hablar mientras caminamos.

—De acuerdo —dijo Gemma dudando que pudiera obtener algo mejor. Habían entrado en un laberinto subterráneo de pasillos verde oscuro. Gemma, ya perdida, caminaba tras los pies de Alison Douglas, los cuales torcían, giraban, subían, bajaban y vuelta a empezar. De vez en cuando bajaba la mirada a la sucia moqueta verde que pisaban sus pies y se preguntaba si Alison reconocía los dibujos de las manchas. ¿Podía seguirlas como las migas de pan de Hansel y Gretel? Los olores a humedad y desinfectante le dieron ganas de estornudar.

Alison se giró para hablar con ella y paró de repente, sonriendo. Gemma estaba segura de que su desconcierto era totalmente visible y pensó que por una vez debería estar agradecida por tener una cara que registrara todas sus emociones.

—Ésta es la parte trasera del teatro —dijo Alison suavizando su tono brusco por primera vez—. Es la parte sin *glamour* del espectáculo. Causa impacto si uno nunca ha estado entre bastidores, ¿no? Pero esto es el corazón del teatro. Sin todo esto — con un gesto señaló a su alrededor— nada ocurriría en el escenario.

—¿El espectáculo no continúa?

—Exactamente.

Gemma sospechó que la clave para aflojar la lengua de Alison Douglas era hablar de su trabajo.

—Señorita Douglas, no estoy segura de entender cuál es su trabajo.

Alison siguió adelante mientras respondía.

—Mi jefe, Michael Blake, y yo somos responsables de todos los detalles administrativos de la orquesta. Nosotros... —Dirigió la mirada hacia Gemma y titubeó. Parecía estar buscando una explicación menos complicada—. Nos aseguramos de que todo y todos estén donde tengan que estar. Puede ser un trabajo muy exigente. Y Michael justo está fuera por unos días.

—¿Trata con los directores en persona? —preguntó Gemma, aprovechando esta oportunidad a pesar de lo breve que pudiera ser. Pero el pasillo cambió de dirección de nuevo. Alison apartó una desvaída cortina de felpa que les cerraba el paso. Se apartó para dejar pasar a Gemma primero.

Gemma se paró y miró fijamente, con la boca abierta por la sorpresa.

A su lado, Alison le dijo en voz baja:

—Es increíble, ¿no? No sé valorarlo lo suficiente hasta que lo veo a través de los ojos de otra persona. Éste es el teatro más grande del West End y tiene el área de

bastidores más grande de todos los teatros de Londres. Esto es lo que nos permite poner simultáneamente diversas producciones en escena.

El tenebroso espacio bullía de actividad. Había piezas de decorados de más de una producción una al lado de la otra, formando una yuxtaposición surrealista.

—Vaya —exclamó Gemma al ver una enorme sección de una pared de piedra moverse fácilmente por el suelo, guiada por dos hombres en mono de trabajo—. Eso es a lo que Danny se refería. Los jueves y los sábados *Sir Gerald* dirige *Pelléas et Mélisande*, y los viernes y domingos otro dirige... ¿qué dijo?

—*La Traviata*. Mire. —Alison señaló hacia el escenario—. Ahí está el salón de baile de Violeta, donde ella y Alfredo cantan su primer dueto. Y allí —apuntó hacia la pared de piedra que había sido cuidadosamente encajada en un hueco—, eso forma parte del castillo del rey Arkel, de *Pelléas*. —Miró a Gemma, estudió su reloj y luego volvió a mirar a Gemma y dijo—: Hay una serie de cosas de las que me he de ocupar sin falta. Puede echar una ojeada por aquí, si lo desea, mientras yo intento organizarme. Después intentaré que podamos hablar durante un cuarto de hora en la cantina. —Nada más finalizar la frase Alison se puso en marcha haciendo sonar las suelas de las plataformas de sus zapatos sobre el suelo de madera.

Gemma caminó hasta el borde del escenario y miró hacia el patio de butacas. Ante ella, las hileras de asientos del auditorio, tapizados en terciopelo azul con un toque dorado, se elevaban con barroco esplendor. Encima, las arañas de luces colgaban de la cúpula como lunas escarchadas. Se imaginó que los asientos ahora vacíos estaban ocupados y que los ojos de los espectadores se ponían sobre ella, a la espera de que abriera la boca y empezara a cantar. Tuvo un escalofrío y se estremeció. Caroline Stowe podía parecer delicada, pero para estar en un escenario como éste y enfrentarse al público se ha de tener una clase de fortaleza que Gemma no poseía.

Miró abajo, al foso, y sonrió. Al menos *Sir Gerald* tenía algo de protección y podía dar la espalda al auditorio.

Un hilo de música vino de repente de algún lugar. Unas voces de mujer llevaban una melodía evocadora y cadenciosa. Gemma se dio la vuelta y caminó hacia la parte trasera del escenario. Se esforzaba por oír la música, pero el estrépito y los golpes que la rodeaban ocultaban la dirección de donde provenía el sonido. Ni siquiera se dio cuenta del regreso de Alison Douglas hasta que la mujer habló:

—¿Ha visto el foso? En ese espacio metemos a ciento diecinueve músicos. ¿Se lo imagina? Codo con...

Gemma le tocó el brazo.

—Esa música... ¿qué es?

—¿Qué...? —Alison escuchó un momento, perpleja, luego sonrió—. Ah, eso. Es de *Lakmé*, el dueto de Mallika con Lakmé en el jardín del sumo sacerdote. El mes próximo, una de las chicas de *La Traviata* interpretará a Mallika en Covent Garden.

Supongo que está estudiando como una loca, escuchando una grabación. —Miró su reloj y añadió—: Si quiere podemos tomar esa taza de té.

La música desapareció. Mientras seguía a Alison de vuelta al laberinto de pasillos, Gemma sintió una rara tristeza, como si algo bello y fugaz la hubiera afectado.

—Esa ópera —le dijo a Alison—, ¿tiene un final feliz?

Alison la miró por encima del hombro con una expresión divertida.

—Claro que no. Al final Lakmé se sacrifica para proteger a su amante.

* * *

La cantina olía a patatas fritas. Gemma se sentó a la mesa frente a Alison Douglas y tomó un sorbo del té, que estaba tan fuerte que le dejó la lengua pastosa. Buscó una posición cómoda para su espalda en la silla de plástico moldeado. A su alrededor, hombres y mujeres vestidos con ropas totalmente corrientes tomaban té y comían bocadillos. Pero cuando Gemma captó fragmentos de sus conversaciones, pudo oír que contenían oscuros términos tanto musicales como técnicos. Podían haber estado hablando cualquier idioma extranjero. Sacó su cuaderno de notas del bolso y tomó otro sorbo del té. El fuerte tanino le hizo hacer una mueca.

—Señorita Douglas —dijo, viendo como Alison tocaba la esfera de su reloj con la punta de los dedos—, aprecio que me conceda parte de su tiempo. No tardaremos más de lo necesario.

—No estoy segura de comprender en qué la puedo ayudar. Es decir, sé lo del yerno de *Sir Gerald*. Es algo espantoso, ¿no? —Se le arrugó la frente al fruncir el ceño. De repente su aspecto era de alguien muy joven e inseguro, como una niña enfrentándose por primera vez a una tragedia—. Pero no entiendo qué puede tener esto que ver conmigo.

Gemma abrió su cuaderno de notas, destapó la pluma y los dejó con toda tranquilidad al lado de su taza de té.

—¿Trabaja en colaboración con *Sir Gerald*?

—No más que con otros directores —Alison hizo una pausa y sonrió—, pero lo disfruto más. Nunca se pone nervioso, al contrario que algunos de los otros.

Dudando si admitir que no comprendía cómo funcionaba el sistema, Gemma ganó tiempo preguntando:

—¿Dirige a menudo?

—Más que nadie, excepto nuestro director musical. —Alison se inclinó sobre la mesa hacia Gemma y bajó la voz—. ¿Sabía que le ofrecieron el puesto, pero que declinó? Fue hace muchos años, mucho antes de estar yo, por supuesto. Dijo que

quería más libertad para trabajar con otras orquestas, pero pienso que tenía algo que ver con su familia. Él y Dame Caroline habían empezado con la compañía en el teatro Sadler's Wells. Era la persona más cualificada para el puesto.

—¿Todavía canta con la compañía, Dame Caroline? Hubiera dicho... quiero decir, tiene una hija adulta...

Alison rió.

—Lo que intenta decir es que ya está acabada, ¿no? —Se inclinó hacia delante otra vez, revelando lo mucho que disfrutaba enseñando a los no iniciados—. La mayoría de sopranos están en la treintena cuando cogen el ritmo. Desarrollar una voz exige muchos años de trabajo y entrenamiento. Si cantan demasiado o demasiado pronto pueden causar un daño irreparable. Muchas llegan a la cumbre de su carrera ya entradas en la cincuentena y unas pocas cantantes excepcionales continúan después. Aunque he de admitir que a veces resultan un poco ridículas actuando en papeles de ingenua estando ya entradas en años. —Sonrió a Gemma, luego continuó con más seriedad—. No es que piense que le sucediera eso a Caroline Stowe. No me la imagino haciendo el ridículo a ninguna edad.

—Ha dicho «le sucediera». No lo...

—Se retiró. Veinte años atrás, cuando murió su hijo. Nunca más cantó en público. —Alison había bajado la voz y, aunque su expresión era adecuadamente seria, explicó la historia con el entusiasmo que la gente reserva para las desgracias ajenas—. Y era brillante. Caroline Stowe habría podido ser una de las más célebres sopranos de nuestro tiempo. —Alison sonó genuinamente apenada mientras hacía un gesto de negación con la cabeza.

Gemma tomó un último sorbo del té y apartó la taza mientras pensaba en lo que había oído.

—¿Por qué el título, si había dejado de cantar?

—Es una de las mejores profesoras de canto del país, si no del mundo. Muchos de los cantantes más prometedores han recibido clases, y las siguen recibiendo, de Caroline Stowe. Y ha hecho mucho por la compañía. —Alison sonrió, sardónica, y añadió—: Ella es una señora muy influyente.

—Eso creo —dijo Gemma y pensó que, para empezar, había sido la influencia de Dame Caroline y la de *Sir Gerald* la que había arrastrado a Scotland Yard a esta investigación. Viendo que Alison se enderezaba en la silla, Gemma preguntó—: ¿Sabe a qué hora dejó el teatro *Sir Gerald* el jueves por la noche?

Alison pensó un momento, mientras arrugaba la frente.

—La verdad, no lo sé. Hablé con él en su camerino justo después de la actuación, cerca de las once de la noche. Pero no me quedé más de cinco minutos. Había quedado con alguien. —Bajó las pestañas y se le formaron hoyuelos en las mejillas—. Tendrá que preguntárselo a Danny. Él tenía turno esa noche.

—¿Parecía *Sir Gerald* disgustado? ¿Hubo algo diferente en su rutina aquella noche?

—No. No que yo sepa... —Alison paró. Tenía la mano suspendida encima de la taza—. Espere. Hubo algo. Tommy estaba con él. Claro que prácticamente se conocen desde siempre —y añadió enseguida—, pero no vemos a Tommy muy a menudo tras una representación. Al menos no en el camerino del director.

Gemma notó que estaba perdiendo el hilo de la conversación y preguntó:

—¿Quién exactamente es Tommy?

Alison sonrió.

—Me olvidé de que usted no lo sabría. Tommy es Tommy Godwin, nuestro director de vestuario. Él no considera una de sus visitas como algo cercano a lo divino, como algunos diseñadores de vestuario que conozco —hizo una pausa y puso los ojos en blanco—, pero si por alguna razón lo vemos en el teatro es porque está ocupado en la sección de vestuario.

—¿Está hoy aquí?

—No que yo sepa. Pero supongo que podrá pescarlo mañana en LB House. —Esta vez el desconcierto de Gemma debió de hacerse muy patente, porque antes de poder formular la pregunta Alison continuó—. Se trata de la Lilian Baylis House, en West Hampstead, donde tenemos el taller de vestuario. Permítame. —Cogió el cuaderno de notas de Gemma—. Le anotaré la dirección y número de teléfono.

Mientras miraba la caligrafía de Alison, redondeada, de colegiala, tuvo una idea repentina.

—¿Vio alguna vez al yerno de *Sir Gerald, Connor Swann*?

Alison Douglas se ruborizó.

—Una o dos veces. A veces venía a funciones de la ENO. —Devolvió el bolígrafo y el cuaderno, luego se pasó los dedos alrededor del cuello de su jersey negro.

Gemma ladeó la cabeza mientras examinaba a la mujer que tenía delante: atractiva, más o menos de su edad, y soltera, a juzgar por su mano izquierda sin anillo y la cita previamente aludida.

—¿Debo suponer que trató de ligar con usted?

—No tenía malas intenciones —dijo Alison, disculpándose—. Ya sabe, una lo nota.

—¿Mucha ostentación y nada de fundamento?

Alison se encogió de hombros.

—Yo diría que simplemente le gustaban las mujeres... Él te hacía sentir especial. —Levantó la mirada y Gemma se dio cuenta de que sus ojos eran de un color marrón muy claro—. Todos hemos hablado del asunto, por supuesto. Ya sabe cómo son los chismosos. Pero ésta es la primera vez que me he parado de verdad a pensar... —Tragó saliva y añadió despacio—: Era un hombre encantador. Siento mucho que esté muerto.

* * *

Las mesas de la cantina se estaban vaciando rápidamente. Alison miró e hizo una mueca, luego acompañó a Gemma apresuradamente por los túneles verde oscuro. Murmuró una disculpa cuando la dejó en manos de Danny el portero.

—Hola, señorita —dijo Danny, siempre alegre—. ¿Ha conseguido lo que había venido a buscar?

—No del todo. —Gemma sonrió—. Pero quizás tú seas capaz de ayudarme. —Sacó sus credenciales del bolso y sostuvo la funda abierta para que pudiera ver claramente la identificación.

—¡Caramba! —Sus ojos se abrieron y la miró de arriba abajo—. No parece de la pasma.

—No seas descarado, colega —sonrió. Luego, ya en serio, apoyó los codos en el antepecho del mostrador y se inclinó hacia delante—. ¿Puedes decirme a qué hora salió *Sir Gerald* el jueves por la noche, Danny?

—Ah, coartadas, ¿verdad? —El regocijo en la cara de Danny le hacía parecer una ilustración sacada de una novela de Enid Blyton.

—Por ahora, averiguaciones de rutina —Gemma logró mantenerse seria—. Hemos de saber los movimientos de todos los que hayan podido estar en contacto con Connor Swann el día que murió.

Danny levantó una carpeta de encima de un montón. La abrió por detrás y hojeó las últimas páginas.

—Aquí. —Señaló el lugar mientras sujetaba la carpeta abierta para que Gemma pudiera ver—. Medianoche en punto. Es lo que yo recordaba, pero he pensado que querría... ¿cómo lo llaman? ¿Corroboración?

La firma de *Sir Gerald* le pega, pensó Gemma, un garabato sencillo pero sólido.

—¿Se quedaba hasta tan tarde normalmente, Danny?

—A veces. —Miró la hoja otra vez—. Pero esa noche fue el último. Lo recuerdo porque quería cerrar... Podría decirse que tenía a un pájaro esperando. —Le hizo un guiño a Gemma—. Pero hubo algo —vaciló—. Esa noche... *Sir Gerald*... En fin, iba medio cocido.

Gemma no pudo evitar un tono de sorpresa en su voz.

—¿*Sir Gerald* estaba borracho?

Danny agachó la cabeza, avergonzado.

—No me gusta hablar de esto, señorita. *Sir Gerald* tiene siempre una palabra amable para todo el mundo. No como otros.

—¿Ha pasado alguna otra vez?

Danny negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. Y he estado aquí más de un año.

Gemma anotó rápidamente la declaración de Danny en su cuaderno, luego lo cerró y lo metió en el bolso.

—Gracias, Danny. Has sido de gran ayuda.

Le pasó la hoja de registro para que firmara. Su sonrisa se había apagado en buena medida.

—¡Hasta luego! —Gemma se dirigió a la puerta.

Danny la llamó antes de que llegara a abrirla.

—Hay otra cosa, señorita. El yerno, ya sabe, el que la diñó. —Sostenía la carpeta y señalaba una entrada junto a la de *Sir Gerald*—. Él también estuvo aquí ese día.

Huevos, *bacon*, salchichas, tomates, champiñones y... ¿riñones? Kincaid apartó un poco los productos dudosos con la punta de su tenedor. Podía soportar los riñones en el pastel de carne, pero riñones para desayunar... eso ya era demasiado. Por lo demás, el Chequers no tenía de qué avergonzarse. Mientras inspeccionaba el desayuno dispuesto sobre el mantel blanco, completado con tetera de porcelana y un jarrón con dragonarias rosas y amarillas, empezó a pensar que debería estar agradecido por la influencia de *Sir Gerald Asherton*. Rara vez llegaba su alojamiento a estos estándares de calidad cuando tenía un caso fuera de la ciudad.

Como había dormido hasta tarde, los más madrugadores hacía rato que habían terminado sus desayunos, de modo que tenía el comedor para él. Mientras comía miró la húmeda y ventosa mañana a través de las ventanas emplomadas, disfrutando de este poco habitual momento de ocio. Las hojas se movían y arremolinaban empujadas por el viento. Su color dorado y rojizo contrastaba con el fondo de la hierba aún verde del cementerio. Los feligreses empezaron a llegar para el servicio y en poco tiempo los arcones de los callejones de alrededor de la iglesia se llenaron de coches.

Estaba preguntándose perezosamente por qué una iglesia de un pueblo tan pequeño podía atraer a tanta gente, cuando de repente le asaltó el deseo de verlo por sí mismo. Dio un último mordisco a la tostada con mermelada. Todavía masticaba cuando corrió escaleras arriba. Cogió una corbata de su habitación y se hizo el nudo de camino abajo.

Se sentó discretamente en el último banco justo cuando las campanas empezaron a repicar. Los avisos colgados en el vestíbulo respondieron rápidamente a su pregunta. Ésta era la iglesia del distrito, no sólo la del pueblo. Había vivido demasiado tiempo en la ciudad para no darse cuenta. Era muy probable que fuera la iglesia de los Asherton. Se preguntó quién los conocía y si algunos de los aquí reunidos había venido por curiosidad, esperando ver a la familia.

Sin embargo, ninguno de los Asherton estaba presente, y mientras el servicio se desarrollaba en tranquilo orden, su mente se trasladó a las revelaciones de la tarde anterior.

Le había costado unos cuantos minutos calmarla y obtener su nombre —Sharon Doyle— e incluso entonces, ella había cogido su identificación y la había examinado con la intensidad de los casi analfabetos.

—He venido a por mis cosas —dijo, empujando la tarjeta hacia él como si le quemara en los dedos—. Tengo derecho a cogerlas. No me importa lo que digan.

Kincaid retrocedió hasta llegar al sofá, luego se sentó en el borde.

—¿Quién le ha dicho que no puede? —le preguntó con naturalidad.

Sharon Doyle cruzó los brazos empujando sus pechos hacia arriba, contra el fino tejido del suéter.

—Ella.

—¿Ella? —repitió Kincaid, resignado a participar en un juego de paciencia.

—Ya sabe. Ella. Su mujer, Julia —dijo, imitando un acento bastante más preciso que el suyo propio. La hostilidad parecía estar venciendo el miedo, pero aunque se acercó un poco a él, seguía con los pies separados y plantados firmemente en el suelo.

—Tiene una llave —dijo Kincaid, más bien como una afirmación que como una pregunta.

—Con me la dio.

Kincaid miró la cara ligeramente redondeada, joven bajo la capa de maquillaje y las bravuconadas. Dijo, con tacto:

—¿Cómo ha sabido que Connor ha muerto?

Lo miró fijamente, con los labios apretados. Al cabo de un momento las manos le cayeron a los lados y su cuerpo flaqueó como una muñeca de trapo que hubiera perdido el relleno.

—En el *pub* —respondió tan quedo, que prácticamente leyó sus labios en lugar de oír sus palabras.

—Será mejor que se siente.

Se dejó caer en la silla de enfrente de Kincaid, como si no fuera consciente de su propio cuerpo. Explicó:

—Ayer por la noche. Había ido al George. No me había llamado cuando dijo que lo haría, así que pensé: «No me voy a quedar sentada en casa sola». Un tipo me invitó a una copa, ligó conmigo. Con lo tenía merecido. —Su voz vaciló y tragó saliva, luego se humedeció los labios con la punta rosada de la lengua—. Los clientes asiduos estaban hablando del tema. Primero pensé que me estaban tomando el pelo. —Calló y apartó la mirada de él.

—Pero la convencieron.

Sharon asintió.

—Un chico del pueblo entró. Es agente de policía. Dijo: «Pregúntale a Jimmy. Él te lo dirá».

—¿Lo hizo? —Kincaid la empujó a hablar tras un momento de silencio, preguntándose lo que podría hacer para aflojarle la lengua. Estaba acurrucada en la silla, otra vez con los brazos cruzados. Mientras la estudiaba creyó ver un leve matiz azulado alrededor de los labios. Recordó haber visto un carrito de bebidas cerca de la estufa de madera, cuando estaba examinando la habitación. Se levantó y fue hacia él. Eligió dos copas de jerez entre las que había en la balda superior. Sirvió una cantidad generosa de jerez de una botella que encontró en el nivel inferior.

Mirando con más detenimiento vio que la estufa estaba preparada, de modo que la encendió con una cerilla de una caja que había en la chimenea de azulejos y esperó a que las llamas empezaran a parpadear con intensidad.

—Esto le quitará el frío —le dijo a Sharon cuando regresó, y le ofreció la bebida. Ella lo miró sin ánimo y alargó la mano. Dio un ligero golpe a la copa cuando la quiso coger y derramó el líquido color oro pálido por encima del borde. Kincaid le puso los dedos alrededor del pie de la copa, y los notó helados—. Está usted congelada —le dijo, reprendiéndola—. Tenga. Póngase mi chaqueta. —Se sacó su americana de *tweed* y se la puso sobre los hombros. Luego dio vueltas por la habitación hasta que encontró el termostato de la calefacción central. Decidió que el estilo mediterráneo de cristal y baldosas proporcionaba un ambiente agradable, pero que no iba muy bien con el clima inglés.

—Buena chica. —Se sentó y levantó su propia copa. Ella ya había bebido parte de su jerez y Kincaid creyó ver cierto rubor en sus mejillas—. Eso está mejor —añadió, sorbiendo su jerez. Luego dijo—: Lo debe de haber pasado muy mal desde ayer noche. ¿Le preguntó al agente de policía sobre Connor?

Ella volvió a tomar un trago y se secó los labios con la mano.

—Me dijo: «¿Por qué lo quieres saber?». Y me miró con esos ojos de sospecha, así que supe que era verdad.

—¿Le explicó por qué lo quería saber?

Sharon negó con la cabeza, lo que provocó que los tirabuzones rubios rebotaran.

—Le dije que lo conocía, eso es todo. Entonces empezaron una bronca para ver a quién le tocaba pagar la ronda y me fui por la puerta que está junto a los servicios.

Sus instintos de supervivencia habían funcionado bien, incluso bajo el *shock*, pensó Kincaid. Era una buena indicación de que tenía mucha experiencia cuidando de sí misma.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó—. ¿Vino aquí?

Negó tras dejar pasar un rato largo.

—Estuve fuera durante horas. Y hacía un frío de mil demonios. Todavía pensaba, sabe, quizás... —Intentó parar el temblor de sus labios poniendo los dedos de ambas manos sobre su boca.

—Usted tenía una llave —le dijo con delicadeza—. ¿Por qué no entró y esperó?

—No sabía quién podría venir. Podrían decirme que no tenía derecho.

—Pero hoy se ha armado de valor.

—Necesitaba mis cosas, ¿no? —respondió, pero apartó la mirada y Kincaid tuvo la impresión de que había algo más.

—¿Por qué otra razón ha venido, Sharon?

—No lo entendería.

—Pruebe.

Sus miradas se encontraron y a Sharon le pareció ver en los ojos de Kincaid la posibilidad de cierta empatía, pero al cabo de un rato dijo:

—Yo no soy nadie, ¿entiende? Pensé que nunca más tendría la oportunidad de estar aquí, como... Con y yo pasamos buenos ratos aquí. Quería recordar.

—¿No pensó que Con podría haberle dejado el piso? —preguntó Kincaid.

Miró dentro de la copa y removi6 las últimas gotas de jerez.

—No podía —lo dijo tan bajito que Kincaid tuvo que inclinarse hacia delante para poder oírlo.

—¿Por qué?

—No era suyo.

La copa no había hecho gran cosa para lubricarle la lengua, pensó Kincaid. Sacarle algo era más difícil que arrancar un diente.

—¿De quién es entonces?

—De ella.

—¿Connor vivía en el piso de Julia? —La idea le pareció realmente extraña. ¿Por qué no lo había echado y se había quedado ella, en lugar de volver a casa de sus padres? Parecía un arreglo demasiado amistoso para una pareja que supuestamente no se hablaba.

Pero, añadió para sí mismo mientras examinaba a la chica que tenía sentada delante suyo, podía no ser verdad. Quizás Connor había necesitado una excusa práctica.

—¿Es por eso que Connor no la invitó a mudarse aquí con él?

La chaqueta se escurrió de los hombros de Sharon cuando ella los encogió. Los pálidos y turgentes senos volvieron a estar expuestos a través del tejido del suéter rosa.

—Dijo que no era correcto, que era el piso de Julia, y todo eso.

Kincaid no se había imaginado a Connor Swann como hombre de grandes escrúpulos morales. Pero el caso es que estaba resultando ser una caja de sorpresas. Echó una ojeada a la cocina de planta abierta y preguntó:

—¿Cocina?

Sharon lo miró como si estuviera loco.

—Claro que sé cocinar. ¿Por quién me ha tomado?

—No. Me refiero a... ¿Quién cocinaba aquí, usted o Connor?

Ella frunció el labio inferior haciendo un mohín.

—No me dejaba tocar nada de la cocina. Era como si fuera una maldita iglesia o así. Decía que los fritos eran asquerosos y que no hervía en esta cocina nada más que

huevos y el agua para la pasta. —Con la copa sujeta distraídamente, Sharon se levantó y se acercó a la mesa del comedor. Pasó un dedo por la superficie—. Cocinaba para mí. Ningún tío lo había hecho. Nadie ha cocinado nada para mí excepto mi madre y mi abuela, ahora que lo pienso. —Levantó los ojos y se quedó mirando a Kincaid como si lo viera por primera vez—. ¿Está casado?

Asintió.

—Lo estuve. Hace tiempo.

—¿Qué pasó?

—Se fue. Conoció a alguien. —Soltó las palabras cansinamente, con la facilidad que otorgan los años de práctica. Sin embargo, aún le asombraba que palabras tan sencillas contuvieran tanta traición.

Sharon reflexionó y luego meneó la cabeza.

—Con me preparaba la comida... Cena, quiero decir. Siempre me recordaba que dijera «cena». Velas, la mejor vajilla. Me hacía sentar mientras iba trayendo cosas. «Prueba esto, Shar. Prueba aquello, Shar». Cosas raras, también. —Obsequió a Kincaid con una sonrisa—. A veces me sentía como una niña jugando a disfraces. ¿Haría algo así por una chica?

—Lo he hecho. Pero me temo que no llego a la altura de Con. Mis capacidades culinarias están más cerca de las tortillas y tostadas con queso. —No añadió que nunca había tenido inclinación alguna por hacer de Pigmalión.

La animación que brevemente había iluminado la cara de Sharon desapareció. Regresó lentamente a la silla con la copa vacía cogida con las puntas de los dedos. La colocó en la mesa. Con voz queda dijo:

—Nunca más me pasará algo así.

—No sea boba —la regañó, y oyó la falsedad del entusiasmo puesto en su voz.

—No como con Con. No sucederá. —Miró directamente a Kincaid y dijo—: Sé que no soy el tipo de mujer que los tíos como Con buscan. Siempre dije que era demasiado bueno para ser cierto. Un cuento de hadas. —Se restregó los lados de la cara con los dedos, como si las mandíbulas le dolieran por no haber derramado lágrimas—. No ha salido nada en los periódicos. ¿Sabe algo de... los preparativos?

—¿No le ha llamado nadie de la familia?

—¿Llamarme? —Parte de la anterior agresividad había vuelto—. ¿Quién demonios cree que me habría llamado? —Se sorbió la nariz y luego agregó, con voz afectada—: ¿Julia? ¿Dame Caroline?

Kincaid tomó en consideración su pregunta. Julia parecía determinada a ignorar el hecho de que su esposo hubiera existido, por no mencionar el hecho de su muerte. ¿Y Caroline? Podía imaginarla cumpliendo una desagradable aunque necesaria obligación.

—Quizás sí. Si hubieran sabido algo de usted. Por lo que veo no sabían nada, ¿no es así?

Bajó la mirada a su regazo y dijo con resentimiento:

—¿Cómo voy a saber lo que Con les contó? Sólo sé lo que él me contó a mí. — Se apartó el pelo de la cara con sus dedos regordetes y Kincaid se dio cuenta de que la uña del dedo índice estaba rota, en carne viva. Cuando habló de nuevo, la actitud desafiante había desaparecido de su voz—. Dijo que se ocuparía de nosotras, de la pequeña Hayley y de mí.

—¿Hayley? —dijo Kincaid, sin comprender.

—Mi pequeña. Tiene cuatro años. Fue su cumpleaños la semana pasada. — Sharon sonrió por primera vez.

Este era un giro que no esperaba.

—¿Es hija de Con?

Negó con la cabeza vehementemente.

—Su padre se largó tan pronto supo que iba a tenerla. Cerdo asqueroso. No he sabido de él desde entonces.

—¿Pero Con sabía de su existencia?

—¡Por supuesto! ¿Por quién me toma, por una fulana?

—Claro que no —dijo Kincaid con voz tranquilizadora. Observó el vaso de Sharon y fue discretamente a por la botella—. ¿Entonces Con se llevaba bien con Hayley? —Repartió el jerez que quedaba entre los dos.

Al ver que no respondía pensó que quizás se había pasado con el jerez, pero al cabo de un momento Sharon dijo:

—A veces yo me preguntaba... si era a ella a quien de verdad quería, y no a mí. Mire. —Rebuscó en su bolso y sacó un desgastado billetero de piel—. Esta es Hayley. Es preciosa, ¿verdad?

Se trataba de un vulgar retrato de estudio, pero ni la pose artificial ni los accesorios deteriorados estropeaban la belleza de la niña. Era una rubia natural como debía de haberlo sido su madre cuando era niña. Se le dibujaban hoyuelos en las mejillas y su angelical cara tenía forma de corazón.

—¿Es tan buena como guapa? —preguntó Kincaid enarcando las cejas.

Sharon rió.

—No. Pero uno nunca lo diría al ver esta foto, ¿no cree? Connor la llamaba su pequeño ángel. Le tomaba el pelo. Le decía cosas con su ridícula voz irlandesa. «Mi niña preciosa» —dijo en un creíble acento irlandés—. Ya sabe, cosas así. —Por primera vez sus ojos se llenaron de lágrimas. Se sorbió la nariz y se la limpió con el revés de la mano—. Julia no quería tener hijos. Por eso él quería el divorcio, pero Julia no se lo quería dar.

—¿Julia no le quería dar el divorcio? —Kincaid pensó que, aunque nadie lo había dicho, ésa no era la impresión que había obtenido de Julia o de su familia.

—Cuando hubieran pasado dos años él iba a divorciarse. Eso es lo que se tarda en obtener el divorcio sin el consentimiento de la otra parte, ¿sabe? —Dijo la última parte con tanta precisión que Kincaid pensó que la debía de haber memorizado. Quizás, para consolarse, repetía algo que Connor había dicho.

—¿Y usted iba a esperarlo? ¿Otro año más?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo, subiendo la voz—. Con nunca me dio razón alguna para pensar que no fuera a cumplir su palabra.

En efecto, ¿por qué no?, pensó Kincaid. ¿Qué otras perspectivas de futuro tenía? La miró, ahora ligeramente recostada en la silla, con el labio inferior algo agresivamente sobresalido y ambas manos sujetando el pie de la copa de jerez. ¿Había amado a Connor Swann, o lo había visto meramente como un hombre con quien tendría el futuro asegurado? ¿Y cómo había empezado esta relación tan insólita? Kincaid dudaba de que ambos se movieran en los mismos círculos sociales.

—Sharon —dijo con cuidado—, dígame cómo se conocieron Connor y usted.

—En el parque —señaló con la cabeza hacia el río—. Justo allí, en los prados. Lo puede ver desde la carretera. Fue en primavera. Estaba empujando a Hayley en los columpios y se cayó. Se peló la rodilla. Con se acercó y se puso a hablar con ella y en un instante había dejado de berrear y se reía de él. —Ella sonrió al recordar—. Él y su labia irlandesa. Nos trajo aquí para curar su rodilla. —Cuando Kincaid arqueó las cejas al oír esto, ella se apresuró a decir—: Ya sé lo que debe de estar pensando. Al principio creí que podría ser... bueno, ya sabe, un poco raro. Pero no lo era en absoluto.

Sharon parecía relajada y había entrado en calor. Estaba sentada con las piernas estiradas y los pies en esos absurdos zapatos. Sostenía la copa de jerez encima de su regazo.

—¿Cómo era? —preguntó con un suave tono de voz.

Se tomó tiempo para responder mientras estudiaba su copa. El abanico que formaban sus pestañas con rímel oscuro producía sombras en sus mejillas.

—Divertido. Debido a su trabajo parecía como si Con conociera a todo el mundo. Siempre había comidas, cenas, copas y golf. Estaba muy ocupado, ¿sabe? Era importante. —Levantó los ojos y miró a los de Kincaid—. Creo que estaba solo. A pesar de tantas citas no tenía nada más.

Kincaid pensó en la agenda de sobremesa que había visto arriba, con sus interminables citas.

—Sharon, ¿en qué consistía el trabajo de Con?

—Estaba metido en publicidad. —Arqueó una ceja al decir—: Blakely, Gill... Nunca me acuerdo. Era en Reading.

Ahora el contenido de la agenda cobraba sentido. Recordando los resguardos de ingresos, dijo en voz alta:

—Blackwell, Gillock and Frye.

—Eso es. —Le sonrió, complacida por su inteligencia.

Kincaid repasó mentalmente el registro del talonario. Si Connor hubiera ayudado financieramente a Sharon lo debía de haber hecho en efectivo. No había cheques firmados a su nombre. A menos que hubiera pasado el dinero a través de un tercero. Le preguntó, con indiferencia:

—¿Conoce a alguien llamado Hicks?

—¡Ese Kenneth! —respondió furiosa. Se incorporó y derramó lo que quedaba de su bebida—. Pensé que usted era él cuando entré y lo oí arriba. Pensé que venía a por lo que pudiera coger, como un maldito buitre.

¿Era por eso que se había asustado tanto?

—¿Quién es, Sharon? ¿Qué conexión tenía con Connor?

Ella respondió, como excusándose:

—A Con le gustaban los caballos. Ese Kenneth trabajaba para un corredor de apuestas y llevaba las de Con. Siempre estaba rondando por aquí. Me trataba como a la mierda.

Si ése era el caso, Connor Swann no había apostado frívolamente.

—¿Sabe para qué corredor de apuestas trabajaba Kenneth Hicks?

Se encogió de hombros.

—Alguien de por aquí. Lo que le digo, siempre estaba rondando por aquí.

Kincaid recordó todas las anotaciones relativas al Red Lion de la agenda. Se preguntó si ése había sido su lugar de reunión habitual.

—¿Iba Con a menudo al Hotel Red Lion? El que está al lado de la igl...

Ella lo interrumpió, negando con la cabeza.

—Ése ha sido remodelado para los turistas. Un puto pijo, como lo llamaba Con, donde no podías conseguir una cerveza decente.

La chica era una imitadora nata con buena memoria para los diálogos. Cuando citaba a Con, Kincaid podía escuchar la cadencia de su voz, incluso el leve deje de acento irlandés.

—No —continuó Sharon—, el que le gustaba era el Red Lion de Wargrave. Un *pub* de verdad, con buena comida y a un precio decente. —Sonrió, mostrando unos hoyuelos como los de su hija—. La comida era lo importante, ¿sabe? Con no iba a ningún sitio donde la comida no le gustara. —Se puso la copa en los labios y la levantó para escurrir las últimas gotas de jerez—. Hasta me llevó allí un par de veces. Pero sobre todo prefería quedarse en casa.

Kincaid meneó la cabeza ante tantas contradicciones. Por lo que decían todos, el hombre había vivido una vida a toda máquina, de bebedor, haciendo apuestas, y sin embargo, había preferido quedarse en casa de su amante y la hija de ella. Según la agenda, Connor también había ido a almorzar con sus suegros todos los jueves del último año.

Kincaid recordó el período que siguió a la ruptura de su matrimonio. A pesar de que Vic lo había dejado, los padres de ella habían logrado de alguna manera convertirlo en el malo de la película y nunca más supo de ellos, ni siquiera por una felicitación de Navidad o de cumpleaños.

—¿Sabía lo que hacía los jueves, Sharon? —preguntó.

—¿Por qué iba a saberlo? Lo mismo que cualquier otro día, por lo que yo sé. —Frunció el ceño.

De modo que ella no sabía nada del habitual almuerzo con los suegros. ¿Qué más le había ocultado convenientemente Con?

—¿Qué hay del pasado jueves, el día en que murió? ¿Estuvo con él?

—No. Fue a Londres. Aunque no creo que tuviera planes de hacerlo. Cuando terminé de darle la cena a Hayley vine aquí y él justo había llegado. Estaba muy excitado. No se podía estar quieto.

—¿Le dijo dónde había estado?

Negó despacio con la cabeza.

—Dijo que tenía que volver a salir. «A ver a un tipo por un perro», dijo, pero era sólo su manera de hacer el tonto.

—¿Y no le dijo adónde iba?

—No. Me dijo que no me pusiera nerviosa, que volvería. —Se sacó las sandalias de tacón, metió los pies en el sillón y se frotó los dedos con repentina concentración. Levantó la mirada. Sus ojos habían aumentado de tamaño debido a la capa de humedad que los cubría—. Pero no me podía quedar porque era la noche en que la abuela juega a *bridge* y tenía que cuidar de Hayley. No pude... —estrechó las pantorrillas entre sus brazos y ocultó la cara tras las rodillas—. Ni siquiera... —susurró, con la voz amortiguada por la tela de sus tejanos—... le di un beso cuando se fue.

Ella le había estado haciendo mohines, él le había herido los sentimientos y la había desairado, pensó Kincaid. Era un pequeño error, una exhibición del comportamiento ordinario entre amantes, del que más tarde uno se podría reír en la cama. Pero esta vez no habría reconciliación. De detalles tan pequeños están hechas vidas enteras de culpa y lo que ella buscaba en Kincaid era la absolución. En fin, él le daría lo que estuviera en su mano dar.

—Sharon. Míreme. —Se movió hacia la joven, alargó la mano y dio palmaditas en las de ella—. No podía saberlo. Ninguno de nosotros es tan perfecto como para vivir cada minuto de su vida como si fuera el último. Con la quería y sabía que usted lo quería. Es lo único que importa.

Sus hombros se movieron convulsivamente. Kincaid se deslizó hacia atrás silenciosamente, mirándola, hasta que vio que su cuerpo se relajaba y empezaba a balancearse de manera casi imperceptible. Luego dijo:

—¿Con no le dijo nada más acerca de adónde iba o a quién iba a ver?

Negó con la cabeza sin levantar los ojos.

—He pensado y pensado. Cada palabra que dijo, cada palabra que yo dije. Nada.

—¿Y no lo volvió a ver aquella noche?

—Ya le he dicho que no lo vi, ¿no? —respondió, levantando la cabeza de entre las piernas. El llanto le había dejado manchas en su pálida piel, pero se sorbió la nariz y se pasó los nudillos por debajo de los ojos con naturalidad—. ¿Y por qué quiere saber todo esto?

Al principio, su necesidad de hablar, de liberar parte de su dolor, había sido más importante que todo lo demás. Pero ahora Kincaid vio que recobraba su natural recelo.

—Con, ¿había bebido? —preguntó.

Sharon se recostó en la silla, desconcertada.

—No lo creo. Al menos no lo parecía. Pero a veces no se notaba, al principio.

—Tenía un buen saque ¿no?

Se encogió de hombros.

—A Con le gustaba la cerveza, pero no se pasaba, como otros.

—Sharon, ¿qué cree que le pasó a Con?

—¡Ese estúpido cabrón se fue a pasear a la esclusa, se cayó y se ahogó! ¿A qué se refiere con «qué le pasó»? ¿Cómo diablos voy a saber yo lo que le pasó? —estaba casi gritando y le aparecieron unas brillantes manchas de color rojo en las mejillas.

Kincaid supo que acababa de ser víctima de la ira que Sharon no podía descargar en Con. Estaba enfadada con Con por morirse, por dejarla.

—Es difícil que un hombre adulto se caiga en el canal y se ahogue, a menos que haya tenido un ataque al corazón o esté completamente borracho. Hasta que no hayamos hecho la autopsia no podremos descartar estas posibilidades, pero creo que descubriremos que Connor tenía buena salud y que estaba relativamente sobrio. — Mientras hablaba, los ojos de Sharon se ensancharon y se echó atrás en la silla, como si así pudiera escapar de la voz de Kincaid. Pero él continuó implacable—. Su garganta tenía magulladuras. Pienso que alguien lo ahogó hasta que perdió el conocimiento y luego lo empujó oportunamente al río. ¿Quién le habría hecho eso, Sharon? ¿Lo sabe?

—La puta —dijo en un suspiro. Por debajo del maquillaje su cara palideció.

—¿Qué...?

Se levantó impulsada por su propia ira. Se tambaleó y perdió el equilibrio hasta caerse de rodillas delante de Kincaid.

—¡Esa puta!

Unas finas salpicaduras de baba le llegaron a la cara. Pudo oler el jerez en su aliento.

—¿Quién, Sharon?

—Ella hizo todo lo que pudo para arruinarle la vida y ahora lo ha matado.

—¿Quién, Sharon? ¿De quién está hablando?

—De ella. De Julia, claro.

* * *

La mujer que tenía al lado lo golpeó con el codo. Los fieles se estaban poniendo en pie, cogiendo y abriendo los misales. Sólo había oído fragmentos del sermón, expuesto con voz suave y erudita por el vicario calvo. Kincaid se levantó rápidamente, buscó un misal y miró a su vecina para encontrar la página.

Cantó distraído. Repitió mentalmente su entrevista con la amante de Connor Swann. A pesar de las acusaciones de Sharon, no pensaba que Julia Swann tuviera la fuerza física necesaria para estrangular a su marido y empujarlo al canal. Tampoco había tenido tiempo, a menos que Trevor Simons estuviera dispuesto a mentir para protegerla. Nada tenía sentido. Se preguntó cómo le debía estar yendo a Gemma en Londres, si habría descubierto algo útil en su visita a la ópera.

El servicio concluyó. A pesar de que los feligreses se saludaron unos a otros y charlaron alegremente mientras salían de la iglesia, no oyó mencionar ni a Connor ni a los Asherton. Le echaron una curiosa ojeada un poco tímidamente, pero nadie se dirigió a él. Siguió a la gente hasta el cementerio, pero en lugar de regresar al hotel, se levantó el cuello de la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y fue a pasear entre las lápidas. Oyó en la distancia los sonidos de puertas de coches cerrándose y motores arrancando. El viento zumbaba en sus oídos. Las hojas se movieron encima de la gruesa hierba como pequeños ratones marrones.

Encontró detrás del campanario, bajo un extenso roble, lo que había estado buscando.

—La familia —dijo una voz detrás de él— parece haber sido bendecida y maldita más de lo ordinario.

Sobresaltado, Kincaid se dio la vuelta. El vicario estaba de pie contemplando la lápida con las manos entrelazadas y los pies ligeramente separados. El viento agitó las vestiduras contra sus piernas y sopló mechones de fino cabello gris por encima de su huesudo cráneo.

La inscripción decía sencillamente: MATTHEW ASHERTON, AMADO HIJO DE GERALD Y CAROLINE, HERMANO DE JULIA.

—¿Lo conocía? —preguntó Kincaid.

El vicario asintió.

—En muchos aspectos era un niño extraordinario, transformado en algo superior por el mero acto de abrir la boca. —Levantó la vista de la lápida y Kincaid vio que sus ojos eran de un elegante gris claro—. Ah, sí. Lo conocía. Cantaba en mi coro. También le enseñé el catecismo.

—¿Y a Julia? ¿También conocía a Julia?

El vicario, estudiando a Kincaid, dijo:

—Lo vi antes, una nueva cara entre los fieles. Un extraño paseando resueltamente entre las lápidas. Pero no me parece que usted sea un mero curioso. ¿Es amigo de la familia?

A modo de respuesta, Kincaid sacó sus credenciales del bolsillo y abrió la funda.

—Duncan Kincaid. Estoy investigando la muerte de Connor Swann —dijo, pero mientras pronunciaba las palabras se preguntó si ésa era toda la verdad.

El vicario cerró los ojos por un momento, como si estuviera comunicándose en privado. Luego los abrió y parpadeó antes de fijarlos con una penetrante mirada en Kincaid.

—¿Por qué no pasa adentro a tomar una taza de té? Podremos hablar protegidos de este deplorable viento.

—La brillantez es suficiente carga para un adulto, y mucho más para un niño. No sé cómo hubiera salido Matthew Asherton si hubiera vivido para hacer realidad lo que se esperaba de él.

Se sentaron en el estudio del vicario y tomaron té en tazas disparejas. El vicario se había presentado como William Mead, y mientras encendía la tetera eléctrica y ponía los tazones y el azucarero en una bandeja, le dijo a Kincaid que su esposa había fallecido el año anterior.

—Cáncer, la pobre —levantó la bandeja e indicó a Kincaid que lo siguiera—. Ella estaba segura de que no me las podría arreglar solo. Pero de alguna manera uno llega a arreglárselas. Aunque —añadió, mientras abría la puerta del estudio—, debo admitir que mantener una casa nunca fue uno de mis fuertes.

El estudio lo confirmaba, pero se trataba de una clase cómoda de desorden. Parecía como si los libros hubieran saltado de las estanterías y se hubieran esparcido por toda superficie disponible como un ejército invasor amigo. Las zonas de pared que no contenían libros estaban cubiertas por mapas.

Kincaid dejó el tazón en el pequeño espacio que el vicario había vaciado para él y fue a examinar un ejemplar de aspecto antiguo cuidadosamente preservado tras un cristal.

—Mapa de Chilterns por Saxton, 1574. Es uno de los pocos que muestra Chilterns entero. —El vicario tosió un poco detrás de la mano, luego añadió con honestidad, hábito que Kincaid pensó que debía tener de toda la vida—. Sólo es una copia, por supuesto. Pero lo disfruto de todas maneras. Es mi *hobby*: la historia del paisaje de Chilterns.

»Me temo —continuó con aire de confesión—, que requiere más tiempo e interés del que debería, pero cuando uno ha escrito un sermón a la semana durante casi medio siglo... la novedad disminuye. Y en estos tiempos, incluso en una parroquia rural como ésta, nuestro trabajo consiste mayoritariamente en salvar cuerpos en lugar de almas. No puedo recordar cuándo fue la última vez que vino alguien con una pregunta sobre la fe. —Sorbió su té y sonrió compungido a Kincaid.

Kincaid se preguntó si él tenía el aspecto de necesitar ser salvado. Devolvió la sonrisa y regresó a su silla.

—Entonces debe conocer bien el área.

—Cada sendero, cada prado, o casi. —Mead estiró sus piernas mostrando las zapatillas de deporte que se había calzado cuando regresó a la casa—. Mis pies deben

haber viajado tanto como los de Pablo de camino a Damasco. Ésta es una campiña antigua, señor Kincaid, —antigua en el sentido en que el término se utiliza en historia del paisaje— a diferencia de la campiña planificada. A pesar de que estas colinas forman parte de la espina calcárea que hay debajo de gran parte de Inglaterra, poseen bosques más espesos que la mayoría de las áreas de caliza, y esto junto con la capa de arcilla y pedernales de la tierra, ha evitado el desarrollo de la agricultura de envergadura.

Kincaid sujetó su tazón con las dos manos y colocó los pies cerca de las resistencias de la estufa eléctrica. Estaba preparado para escuchar cualquier tesis que pudiera ofrecerle el vicario.

—Por esto tantas de las casas de por aquí están construidas con pedernales. —Recordó lo fuera de lugar que le habían parecido las pálidas y lisas paredes de piedra caliza de Badger's End, brillando al anochecer—. Me había dado cuenta, pero no le había dado más vueltas.

—Entiendo. También habrá notado los diseños de los campos y setos en los valles. Muchos se remontan a épocas prerromanas. Se trata de la «Tierra de Emanuel» de *El progreso del peregrino* de John Bunyan... «bosques, viñedos, frutas de todas clases, flores, manantiales y surtidores de belleza singular».

»Lo que quiero decir, señor Kincaid —continuó el vicario, guiñándole el ojo—, si tiene paciencia conmigo, es que a pesar de ser una campiña preciosa, un verdadero Edén si lo prefiere, es también un lugar donde las cosas cambian muy lentamente y donde tampoco se olvida con facilidad. En Badger's End ha habido lo que se podría calificar de vivienda al menos desde tiempos medievales. La fachada de la casa actual es victoriana —aunque por su aspecto uno no lo diría— si bien algunas de las partes menos visibles de la casa se remontan a mucho más atrás.

—¿Y los Asherton? —preguntó Kincaid intrigado.

—La familia ha estado aquí durante generaciones y sus vidas están muy ligadas al tejido social de este valle. Nadie de los que viven aquí olvidará el mes de noviembre en que Matthew Asherton murió ahogado. Puede llamarlo memoria colectiva. Y ahora esto. —Meneó la cabeza. La expresión de su cara reflejaba una compasión genuina, desprovista de ese placer culpable por la desgracia ajena.

—Dígame lo que recuerda de aquel noviembre.

—La lluvia. —El vicario sorbió su té, luego sacó un pañuelo blanco y arrugado del bolsillo de su chaqueta y se dio unos ligeros toques en los labios—. Empezaba a contemplar en serio la historia del arca de Noé. Los ánimos decaían a medida que subía el nivel del agua. Recuerdo que dudé que mis fieles pudieran encontrar que un sermón sobre el tema les levantara el ánimo. ¿No está familiarizado con la geografía del lugar, no es así, señor Kincaid?

Kincaid supuso que la pregunta era retórica, ya que el vicario se había dirigido a su escritorio y había empezado a hurgar entre los papeles mientras hablaba. Pero respondió igualmente.

—No, vicario, no lo estoy.

El objeto de su búsqueda demostró ser un mapa destrozado del Servicio Oficial de Cartografía que el vicario desenterró con obvia satisfacción de debajo de un montón de libros. Lo abrió con cuidado y lo desplegó delante de Kincaid.

—Las colinas llamadas Chiltern Hills son un legado de la última época glaciaria. Se extienden transversalmente en un ángulo horizontal del noreste al sudoeste. ¿Lo ve? —Señaló un rectángulo verde oscuro con el dedo—. El lado norte es escarpado, en el sur está la pendiente y los valles se deslizan por ella como dedos. Algunos de estos valles llevan ríos —el Lea, el Bulbourne, el Chess, el Wye, y otros— y todos son afluentes del Támesis. En otros, los manantiales y las corrientes superficiales sólo aparecen cuando el nivel freático llega a la superficie, como durante el invierno o en épocas de grandes lluvias. —Suspiró mientras daba con el índice un suave golpecito sobre el mapa antes de volver a doblarlo—. De ahí que se les llame arroyos invernales. Bonito, ¿no? Muy descriptivo. Pero pueden ser muy traicioneros cuando se desbordan y eso, me temo, fue la perdición del pobre Matthew.

—¿Qué pasó exactamente? —preguntó Kincaid—. Tan sólo he oído la historia por terceros.

—La única persona que sabe exactamente lo que pasó es Julia, puesto que ella estaba con él —dijo el vicario con una minuciosidad digna de un policía—. Pero haré lo posible por reconstruir la historia. Los niños regresaban del colegio y tomaron un conocido atajo a través del bosque. La lluvia nos había dado un breve respiro por primera vez en varios días. Matthew, satisfaciendo su deseo de jugar a lo largo de la orilla del arroyo, cayó adentro y fue atrapado por la corriente. Julia trató de alcanzarlo y se adentró peligrosamente en el agua, pero al no lograrlo corrió a casa a buscar ayuda. Ya era demasiado tarde. Creo muy probable que el niño dejara de respirar antes de que Julia lo dejara.

—¿Le explicó ella la historia?

Mead asintió mientras tomaba un sorbo de su té, luego dejó la taza y continuó.

—En fragmentos y me temo que muy poco coherentes. Verá. Ella estuvo luego muy enferma debido al *shock* y el frío. Nadie pensó en ella hasta horas más tarde y había estado empapada hasta los huesos. E incluso entonces fue todo cosa de la señora Plumley. Los padres estaban demasiado consternados como para acordarse de ella.

»Contrajo neumonía. Estuvo en una situación crítica por un tiempo. —El vicario meneó la cabeza y acercó las manos a la estufa eléctrica, como si el recuerdo le hubiera provocado frío—. La visité cada día e hicimos turnos con la señora Plumley para sentarnos junto a ella durante los peores momentos.

—¿Y qué pasaba con los padres? —preguntó Kincaid, notando como empezaba a indignarse.

La angustia provocó que la delicada cara del vicario se arrugase.

—El dolor en aquella casa era tan denso como el agua que mató a Matthew, señor Kincaid. No había sitio en sus mentes o corazones para nada más.

—¿Ni siquiera para su hija?

Apenas audible, casi para sí mismo, Mead dijo:

—Creo que no podían soportar verla, saber que ella estaba viva y él no. —Sus ojos se encontraron con los de Kincaid y añadió con más brío—: Vaya, he dicho más de lo que debería. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello y la muerte de Connor lo ha vuelto a traer a la memoria.

—Hay algo más que no me está diciendo. —Kincaid se sentó un poco más adelante. No estaba dispuesto a dejar pasar el asunto.

—No me corresponde juzgarlos, señor Kincaid. Fue un momento difícil para todos los implicados.

Kincaid lo interpretó como que, en opinión de Mead, los Asherton se habían comportado de forma abominable, pero que él no se permitía decirlo.

—*Sir* Gerald y Dame Caroline están ahora pendientes de su hija.

—Y como he dicho, señor Kincaid, hace mucho tiempo de todo esto. Lo único que siento es la nueva pérdida de Julia.

Un movimiento junto a la ventana llamó la atención de Kincaid. El viento había levantado un remolino de hojas en el césped del vicario. Dio unas cuantas vueltas y luego se desmoronó. Unas cuantas hojas fueron empujadas hacia la ventana y golpearon levemente los cristales.

—Usted ha dicho que conocía a Matthew, pero en realidad es a Julia a quien debe de haber llegado a conocer bastante bien.

El vicario agitó el poso del té en su taza.

—No estoy seguro de que nadie conozca bien a Julia. Siempre fue una niña callada. Allí donde Matthew se metía de lleno, Julia simplemente miraba y escuchaba. Esto hacía que una respuesta de ella, si bien rara, fuera tanto más encantadora, y cuando se interesaba por algo parecía un interés genuino, no un mero entusiasmo transitorio.

—¿Y luego?

—Ella me habló, claro, durante su enfermedad. Pero era un batiburrillo, desvaríos infantiles. Y cuando se recuperó se encerró en sí misma. La única vez que volví a ver a la niña que había sido fue en el día de su boda. Tenía ese resplandor que tienen casi todas las novias el día de su boda y que la suavizaba. —Con tono afectuoso, la sonrisa del vicario invitaba a ser comprensivo.

—Casi lo puedo imaginar —Kincaid pensó en la sonrisa que había visto cuando Julia les había abierto la puerta pensando que era Plummy quien venía—. ¿Dice que los casó? Pero pensaba...

—Connor era católico, sí. Pero no era practicante y Julia prefería casarse aquí, en St. Barts. —Señaló con la cabeza la iglesia cuyo característico doble campanario era

apenas visible al otro lado del sendero—. Orienté tanto a Connor como a Julia antes de la boda y debo decir que ya entonces tenía mis dudas.

—¿Por qué? —Kincaid había empezado a tener muy buena opinión de las percepciones del vicario.

—De alguna extraña manera me recordaba a Matthew, o Matthew si hubiera llegado a ser adulto. No sé si puedo explicarlo... Era quizás demasiado superficial para mi gusto. Con un encanto tan extrovertido es a veces difícil saber lo que pasa por debajo de la superficie. Una unión desafortunada, en cualquier caso.

—Por lo visto —coincidió con ironía Kincaid—. Pero estoy algo confundido. ¿Quién no quiere conceder el divorcio a quién? Desde luego Julia parece haber llegado a sentir aversión por Connor. —Hizo una pausa, ponderando sus palabras—. ¿Cree usted que podría haberlo matado, vicario? ¿Es capaz de ello?

—Todos llevamos la semilla de la violencia en nosotros, señor Kincaid. Lo que siempre me ha fascinado es el precario equilibrio que la sostiene. ¿Qué factor provoca que una persona cruce la frontera y otra no? —Los ojos de Mead contenían una sabiduría acumulada durante toda una vida de observar lo mejor y lo peor del comportamiento humano. Y a Kincaid se le ocurrió que sus vocaciones no eran tan diferentes. El vicario parpadeó y continuó—: Pero para contestar a su pregunta le diré que no, no creo que Julia sea capaz de matar a nadie, sin importar las circunstancias.

—¿Por qué dice «nadie»? —preguntó Kincaid, desconcertado.

—Sólo porque hubo rumores cuando murió Matthew, y acabará oyéndolos si rebusca entre las piedras durante el tiempo suficiente. Las acusaciones a la cara pueden haber sido refutables, no así los cuchicheos a espaldas de ella.

—¿Qué decían quienes cuchicheaban? —preguntó Kincaid sabiendo la respuesta de antemano.

Mead suspiró.

—Sólo lo que uno puede esperar, siendo la naturaleza humana como es y sabiendo que estaba celosa de su hermano. Insinuaron que no trató de salvarlo... que incluso lo empujó.

—Entonces, ¿estaba celosa de él?

El vicario se incorporó un poco en su silla y por primera vez sonó algo irascible.

—¡Claro que estaba celosa! Como cualquier niño normal, dadas las circunstancias. —Sus ojos grises sostuvieron la mirada de Kincaid—. Pero también lo quería y jamás hubiera permitido que nada malo le ocurriera. Julia hizo tanto por salvar a su hermano como se podía esperar de una niña de trece años asustada, probablemente más. —Se levantó y empezó a poner los utensilios para el té en la bandeja—. No soy tan temerario como para calificar una tragedia de esta clase como un acto de Dios. Y los accidentes, señor Kincaid, a menudo son incontestables.

Kincaid colocó su tazón con cuidado en la bandeja mientras decía:

—Gracias, vicario. Ha sido muy amable.

Mead, con la bandeja en las manos, se quedó mirando por la ventana hacia el cementerio.

—No pretendo comprender cómo funciona el destino. En mi sector a veces es mejor no hacerlo —añadió, y el brillo apareció de nuevo—, pero siempre me lo he preguntado. Los niños cogían normalmente el autobús de la escuela para ir a casa, pero ese día llegaron tarde y tuvieron que ir andando. ¿Qué les hizo retrasarse?

Kincaid reorganizó los archivos de su escritorio y se pasó la mano por el pelo hasta dejarlo levantado como una cresta. La tregua de la tarde de domingo en Scotland Yard normalmente proporcionaba el momento perfecto para poner al día los papeles, pero hoy la concentración le eludía. Se desperezó y echó una ojeada a su reloj. Había pasado la hora del té y la repentina sensación de vacío en su estómago le recordó que tampoco había almorzado. Tiró los informes que había logrado terminar en la bandeja de salidas, se levantó y cogió la chaqueta del perchero.

Iría a casa, se encargaría de Sid, volvería a hacer su bolsa de viaje y quizás pediría comida china para llevar. Normalmente la perspectiva lo hubiera satisfecho, pero hoy no había conseguido aliviar la inquietud que lo había perseguido desde que dejó la vicaría y cogió el tren de regreso a Londres. La imagen de Julia se le apareció otra vez. Su cara era más joven, más suave, pero pálida en contraste con el pelo oscuro y mate por la fiebre, y se agitaba desconsolada en la cama, entre las sábanas blancas.

Se preguntó cuánta influencia política ejercían los Asherton y con cuánto cuidado debía andarse.

No fue hasta que salió del garaje de Scotland Yard y entró en Caxton Street que pensó en telefonar otra vez a Gemma. Había llamado varias veces durante la tarde sin poder localizarla, a pesar de que debía de haber acabado el interrogatorio en la ópera hacía horas. Miró el teléfono móvil, pero no lo cogió. Al dar la vuelta por St. James Park se encontró dirigiéndose hacia Islington en lugar de Hampstead. Hacía semanas que Gemma se había mudado al nuevo piso y su algo embarazosa alegría lo intrigaba. Aparecería por sorpresa para ver si por casualidad la encontraba en casa.

Luego recordó el cuidado que puso Gemma en evitar invitarlo a su casa de Leyton, pero trató de no pensar en ello.

* * *

Paró delante de la dirección que le había dado Gemma y estudió la vivienda que tenía delante. Era una construcción victoriana separada, de piedra lisa color miel. Se trataba de una más entre un batiburrillo de casas construidas entre dos de los edificios georgianos en forma de arco que había en Islington. Las dos ventanas en curva captaban la luz del atardecer y una verja de hierro rodeaba el cuidado jardín. En los escalones de la entrada, dos perros negros, grandes, de raza indeterminada lo miraban atentos, preparados para protestar si Kincaid fuera a cruzar los límites de la cancela. Reconoció la descripción que le había hecho Gemma y fue a aparcar el coche en el hueco más cercano. Regresó a pie, siguiendo la pared del jardín.

Las puertas del garaje estaban pintadas en un alegre color amarillo narciso, al igual que la puerta más pequeña a su izquierda. Encima había un discreto número 2 en negro que le confirmó que había dado con la dirección correcta. Llamó a la puerta y al no contestar nadie decidió sentarse en el escalón que llevaba al jardín. Apoyó la espalda contra las barras de la estrecha verja y esperó.

Oyó el coche antes de llegar a verlo.

—Te van a poner una multa si aparcas en la doble línea amarilla —le dijo mientras Gemma abría la puerta.

—No, si bloqueo mi propio garaje. ¿Qué estás haciendo aquí, jefe?

Desabrochó el cinturón de Toby y este trepó por encima de ella, gritando excitado.

—Qué agradable que alguien lo aprecie a uno tanto —dijo Kincaid dando una palmada a Toby. Luego lo cogió en brazos y le alborotó el pelo liso y rubio—. El motor empieza a sonar a metálico —continuó diciéndole a Gemma mientras ella cerraba el Escort.

Hizo una mueca.

—No me lo recuerdes. Al menos no todavía. —Se quedaron mirándose, incómodos; Gemma con un ramo de rosas rosas en el pecho. El silencio se prolongó y aumentó la incomodidad.

¿Por qué había pensado Kincaid que podría cruzar sin consecuencias las barreras que Gemma había levantado tan cuidadosamente? Esta invasión de su intimidad, palpable como una piedra, parecía separarlos.

—Lo siento. No voy a entrar. Es que no te podía localizar y he pensado que podíamos ponernos al día. —Sintiéndose cada vez más contrito, añadió—: Puedo llevaros a ti y a Toby a comer algo.

—No seas bobo. —Buscó las llaves en su bolso—. Entra, por favor. —Gemma abrió la puerta y se retiró, sonriente, para dejarlo pasar. Tommy, chillando, pasó entre los dos como una flecha—. Ésta es mi casa —dijo Gemma, mientras entraba detrás de él.

Su ropa colgaba en un perchero al lado de la puerta. Kincaid rozó un vestido y olió por un instante la fragancia floral del perfume que Gemma llevaba normalmente.

Se tomó su tiempo, echando una ojeada con placer, contemplando. Le sorprendió la simplicidad, y sin embargo, de alguna manera, no le sorprendió.

—Te pega —dijo finalmente—. Me gusta.

Gemma se movió como si la acabaran de liberar. Cruzó la habitación hacia la pequeña cocina y llenó de agua un jarrón para las rosas.

—A mi también. Y creo que a Toby también —dijo, señalando con la cabeza hacia su hijo. Éste estaba abriendo los cajones de un banco de debajo de las ventanas que daban al jardín—. Pero esta tarde me he llevado una buena zorra de mi madre. Ella opina que éste no es un sitio adecuado para un niño.

—Al contrario —dijo Kincaid. Paseó por la habitación e inspeccionó con mayor detenimiento—. Hay algo de ingenuo en este espacio, como una casa de muñecas. O la cabina de un barco, donde todo tiene su lugar.

Gemma rió.

—Le he dicho a mi madre que al abuelo le hubiera encantado. Estuvo en la marina. —Colocó las flores en una mesa de centro. El rosa daba una nota de color al negro y gris de la habitación.

—La elección obvia hubiera sido el rojo —dijo Kincaid, sonriendo.

—Demasiado aburrido. —Dos pares de bragas, algo desgastadas y raídas por las gomas, colgaban frente al radiador. Ruborizada, Gemma las cogió rápidamente y las metió en un cajón junto a la cama. Encendió las lámparas y cerró los estores, dejando afuera el jardín en penumbra—. Me voy a cambiar.

—Déjame que os invite. —Seguía sintiéndose obligado a reparar el daño—. A menos que ya tengáis planes —añadió, ofreciendo así una escapatoria fácil—. O podemos tomar una copa rápidamente, nos ponemos al día, y me iré enseguida.

Gemma se quedó de pie un momento, con la chaqueta en una mano y una percha en la otra, mirando alrededor como evaluando las posibilidades.

—No. Hay un Europa justo en la esquina. Compraremos un par de cosas y cocinaremos. —Colgó la chaqueta con decisión y sacó unos tejanos y un suéter del baúl que había junto al perchero.

—¿Aquí? —preguntó Kincaid, echando una ojeada de desconfianza a la cocina.

—Cobarde. Tan sólo se necesita práctica. Ya verás.

* * *

—Tiene sus limitaciones, —admitió Gemma mientras empujaban las sillas hacia la mesa en forma de media luna—. Pero uno se adapta. Y no es que disponga de demasiado tiempo para cocinar cosas elaboradas. —Miró a Kincaid en plan indirecta mientras le llenaba la copa de vino.

—Así es la vida de un poli. De mi no recibirás compasión —le dijo, sonriendo. Pero la realidad es que admiraba su determinación. Con horarios imposibles e impredecibles y los muchos casos acumulados, el departamento era una opción dura para una madre soltera y opinaba que Gemma se lo montaba sorprendentemente bien. Sin embargo, no valía la pena mostrar compasión, ya que a Gemma le irritaba cualquier cosa que se pudiera interpretar como trato especial.

—Salud. —Levantó su copa—. Brindo por tu adaptabilidad. —Cocinaron pasta en el quemador de gas y la sirvieron con salsa preparada, ensalada, una barra de pan francés recién sacado del horno y una botella de un vino tinto bastante decente. No estaba mal para una cocina del tamaño de un armario para utensilios de la limpieza.

—Ah, espera. Casi lo olvidaba. —Gemma se levantó de la silla y rebuscó en su bolso, del que sacó una cassette. La metió en un reproductor que había en un estante encima de la cama y le llevó la caja a Kincaid—. Es Caroline Stowe interpretando a Violeta en *La Traviata*. Es la última grabación que hizo.

Kincaid escuchó los suaves, casi melancólicos sonos de la obertura. Mientras estaban haciendo la compra, le había explicado a Gemma su encuentro con Sharon Doyle y sus visitas a Trevor Simons y el vicario. A su vez Gemma le había relatado sus entrevistas en el Coliseum. Había sido minuciosa como siempre, pero había un elemento adicional en su relato, un interés que iba más allá de los límites del caso.

—Éste es el famoso brindis —dijo Gemma cuando la música cambió—. Alfredo canta sobre su vida despreocupada, antes de conocer a Violeta. —Entusiasmado, Toby aporreó su taza sobre la mesa al compás de la alegre melodía—. Escucha ahora —dijo Gemma bajito—. Es Violeta.

La voz era más sombría y rica de lo que él había esperado e incluso en las primeras estrofas pudo oír su conmovedora potencia. Miró la cara absorta de Gemma.

—Te fascina todo esto, ¿verdad?

Gemma tomó un sorbo de su vino, luego dijo despacio:

—Supongo que sí. Nunca lo hubiera pensado. Pero hay algo... —Apartó la mirada de él y se dedicó a cortar la pasta de Toby en trozos más pequeños.

—No creo haberte visto nunca falta de palabras, Gemma —dijo Kincaid algo divertido—. Normalmente pecas de lo contrario. ¿Qué ocurre?

Levantó la mirada hacia él, apartándose un descarriado cabello color cobre de la mejilla.

—No lo sé. No puedo explicarlo —dijo, pero su mano fue a parar a su pecho en un gesto más elocuente que las palabras.

—¿Lo has comprado hoy? —Kincaid dio un golpecito a la caja de la cassette desde la que lo miraba una Caroline Stowe más joven y cuya delicada belleza se veía acentuada por el traje del siglo diecinueve que vestía.

—En la tienda de regalos de la ENO.

Él le sonrió.

—Eres una conversa, ¿no? Una prosélita. Te diré lo que harás: mañana interrogarás a Caroline Stowe. Seguimos necesitando una explicación más detallada de sus movimientos del jueves por la noche. Así podrás satisfacer tu curiosidad.

—¿Qué hay de la autopsia? —preguntó Gemma mientras limpiaba las manos de Tony con una servilleta—. Esperaba ir contigo. —Dio un cachete a Toby en el trasero cuando le hizo levantarse de la silla y le susurró—: Es hora de dormir, cielo.

Mirándola, Kincaid dijo:

—Puedo ir solo esta vez. Quédate aquí hasta que puedas ver a Tommy Godwin y luego ve a Badger's End y aborda a Dame Caroline.

Abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo tras unos segundos y se dedicó a pinchar la ensalada con el tenedor. Asistir a autopsias era una cuestión de honor para Gemma y Kincaid se sorprendió de que no pusiera más objeciones.

—He puesto a los de Thames Valley tras la pista de Kenneth Hicks —dijo, sirviéndose un poco más de vino en la copa.

—¿El corredor de apuestas? ¿Por qué querría deshacerse de su fuente de ingresos? Ahora no va a cobrar nada de Connor Swann.

Kincaid se encogió de hombros.

—Quizás sus jefes querían que fuera un ejemplo, empezar rumores entre los grandes jugadores, del tipo «esto es lo que te espera si no pagas, colega».

Gemma se acabó la pasta y apartó el plato. Luego cogió otro pedazo de pan y lo untó distraídamente con mantequilla.

—Pero él pagaba regularmente. El sueño de un corredor de apuestas, diría yo.

—Puede que tuvieran una discusión acerca de un pago. Quizás Connor descubrió que Kenneth no declaraba todas las ganancias y amenazó con decírselo a su jefe.

—No sabemos que lo hiciera. —Gemma se levantó y empezó a recoger los platos—. En realidad, sabemos muy poca cosa. —Dejó los platos otra vez en la mesa y contó con los dedos—: Necesitamos saber exactamente lo que hizo Connor durante ese día. Sabemos que almorzó en Badger's End y que iba a encontrarse con alguien, pero no sabemos quién. ¿Por qué vino a Londres? ¿A quién vio en el Coliseum? ¿Adónde fue aquella noche después de volver de Londres? ¿A quién vio entonces?

Kincaid le sonrió.

—Bueno, eso nos indica al menos por dónde comenzar —dijo, y sintió alivio al ver de nuevo en su compañera su actitud combativa.

Después de que Gemma hubiera puesto a Toby a dormir, Kincaid trató de ayudarla a lavar los platos, pero en la cocina no había más que uno.

—¿Sardinas? —sugirió mientras se abría paso por detrás de ella para guardar el pan. La coronilla de ella le llegaba justo a la barbilla y de pronto fue consciente de las curvas de su cuerpo. Se dio cuenta de lo fácil que sería poner las manos en sus hombros y sostenerla entre sus brazos. Su cabello le hacía cosquillas en la nariz y dio un paso atrás para estornudar.

Gemma se dio la vuelta y lo miró de una manera que no supo interpretar. Luego dijo, alegremente:

—¿Por qué no te sientas en la silla mientras acabo?

Estudió con recelo el objeto en acero cromado y cuero negro y dijo:

—¿Estás segura de que no es un instrumento de tortura? ¿O una escultura? — Pero cuando se sentó con cuidado en ella, la encontró enormemente cómoda.

Su expresión debió delatarlo porque Gemma se rió y dijo:

—No te fiabas de mí.

Acercó una silla y charlaron amigablemente mientras terminaban el vino. Kincaid se sintió en paz, liberado de la agitada tensión que lo había perturbado antes y reacio a levantarse e irse a casa. Pero cuando vio a Gemma ahogar un bostezo, dijo:

—Nos hemos de levantar temprano los dos. Mejor que me vaya. —Ella no puso objeción alguna.

No fue hasta que se encontró en el coche que se dio cuenta de que no le había dicho nada de Sharon Doyle y sus acusaciones a Julia Swann por el asesinato de su marido. Histeria, pensó, encogiéndose de hombros. No valía la pena explicarlo.

Una vocecilla le recordó que tampoco le había hablado de la enfermedad de Julia tras la muerte de su hermano y su única excusa para esta omisión era que dar a conocer la historia del vicarioapestaba a traición de tal manera que no podía explicarlo.

* * *

Los bastidores del Coliseum deberían de haber preparado a Gemma para la Lilian Baylis House. Pero la descripción de Alison la había inducido a error. «Una casa vieja, grande y de difícil acceso. Había sido un estudio de grabación de Decca Records». Con esta descripción Gemma imaginó un lugar elegante, con un gran jardín y poblado de viejos fantasmas de estrellas de *rock*.

Lo de «difícil acceso» había demostrado ser un eufemismo. Ni siquiera su usadísima guía *London A to Z* le impidió que llegara media hora tarde a su cita con Tommy Godwin. Apareció nerviosa, con los cabellos escapándosele del clip y apenas sin aliento tras haber corrido tres manzanas desde el único aparcamiento disponible. Notó como empezaba a salirle una ampolla justo donde su nuevo zapato rozaba con el talón.

El cartel azul oscuro con las iniciales ENO identificaban claramente la casa y fue una suerte porque no se parecía en nada a la fantasía de Gemma. Era una casa cuadrada, pesada, de ladrillos rojos oscurecidos por el hollín. Estaba encajonada entre

una tintorería y un taller de repuestos de automóvil en una bulliciosa calle comercial que salía de Finchley Road.

Ahogó el pensamiento de que ahora no estaría en tal lío si se hubiera concentrado en conducir en lugar de pensar en la visita de Kincaid a su casa. Se arregló el pelo y abrió la puerta.

Un hombre estaba apoyado contra la jamba de la puerta del cubículo de recepción y charlaba con una joven en tejanos.

—Vaya —dijo él, poniéndose derecho y estrechándole la mano a Gemma—, veo que después de todo no tendremos que llamar a sus colegas para que salgan en su busca, sargento. Sargento James, ¿no? —La miró de reojo, como si estuviera asegurándose de no cometer ningún error—. Por su aspecto deduzco que ha tenido algunos problemas para llegar aquí. —Mientras la joven entregaba a Gemma una tabla similar a la que Danny utilizó en el Coliseum, él la estudió y meneó la cabeza—. Deberías haberla avisado, Sheila. No se puede pedir ni siquiera a la policía de Londres que sepa orientarse sin problemas por la selva que hay al norte de Finchley Road.

—Ha sido espantoso —dijo Gemma agradecida—. Sabía dónde se encontraban sus oficinas pero no podía llegar aquí desde donde estaba, no sé si me entiende. No estoy segura de cómo lo he conseguido.

—Seguro que desea ir a arreglarse —dijo él—, antes de tenerme a su merced. Por cierto, soy Tommy Godwin.

—Lo he imaginado —replicó Gemma, escapando agradecida al baño. Una vez a salvo tras la puerta examinó consternada su reflejo en el moteado espejo. Su traje azul marino, lo mejor de Marks and Spencer, podía considerarse ropa de beneficencia al lado de la informal elegancia de Tommy Godwin. Todo en el hombre, desde la seda de su americana al cálido brillo de sus zapatos de cuero sin cordones, indicaba buen gusto y el dinero gastado para satisfacerlo. Incluso su cuerpo alto y delgado se prestaba a ello, y su pelo rubio y encanecido llevaba un corte elegante y caro. Un toque de pintalabios y un peine poco podían ofrecer a modo de defensa, pero Gemma se las arregló como mejor pudo, luego se enderezó y salió a ponerse al frente del interrogatorio.

Lo encontró en la misma pose relajada que antes.

—Bien, sargento, ¿se encuentra mejor?

—Mucho mejor, gracias. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Le puedo ofrecer cinco minutos ininterrumpidos en mi oficina. Escalera arriba, si no le importa. —La dirigió con un leve toque de la mano en su espalda. De nuevo, Gemma sintió que su oponente se había mostrado más hábil—. Ésta es oficialmente la oficina de compras, territorio del coordinador de vestuario —continuó, conduciéndola por una puerta que había al final de las escaleras—, pero la usamos todos, como podrá adivinar.

Cada centímetro disponible de la pequeña habitación parecía ocupado: papeles y bocetos de vestidos caían de las mesas de trabajo al suelo, rollos de tela estaban apoyados en las esquinas como viejos borrachos aguantándose unos a otros, y los estantes de las paredes contenían hileras de grandes libros negros.

—Biblias —dijo Godwin, siguiendo su mirada. La cara de Gemma debió de mostrar sorpresa demasiado obviamente, porque él sonrió y añadió—: Así es como se llaman en realidad. Mire. —Pasó el dedo por las encuadernaciones, luego bajó un tomo y lo abrió en la mesa de trabajo—. *Escenas de la calle*, Kurt Weill. Cada producción del repertorio tiene su propia biblia. Mientras la producción se esté representando, la biblia es observada hasta el más mínimo detalle.

Gemma miró, fascinada, mientras él pasaba las páginas. Las descripciones detalladas de decorados y vestuarios iban acompañadas de bocetos de vivos colores, y cada vestido contaba con las muestras de tela correspondientes. Tocó un trozo de satén rojo pegado junto a un vestido con falda de vuelo.

—Pero pensaba... bueno, que era diferente, nuevo, cada vez que se ponía en escena una ópera.

—Ah, no, querida. Las producciones a veces permanecen en el repertorio durante diez o quince años y a menudo se prestan a otras compañías. Esta producción, por ejemplo —dio un toque a la página— tiene unos cuantos años, pero si se ha de representar el año próximo en Milán o Santa Fe, su sección de vestuario será responsable de conseguir esta tela exacta, hasta el número de lote de tintura, si es posible. —Cerró con cuidado el libro. Se sentó en el borde de un taburete de dibujo y cruzó las largas piernas, mostrando la perfección de la raya de su pantalón. Hay algunos directores prometedores que insisten en que un espectáculo que han creado ellos no sea representado sin ellos, sin importar dónde se represente. La mayoría son unos advenedizos.

Gemma hizo un gran esfuerzo por resistirse a la fascinación que ejercían las páginas de colores brillantes y cerró con cuidado el libro.

—Señor Godwin. Por lo que entiendo, asistió el pasado jueves por la noche a la representación del Coliseum.

—¿De nuevo al trabajo, sargento? —Juntó las cejas con sarcasmo—. Bien, si insiste. Sí. Pasé un momento. Es una nueva producción y me gusta no perder detalle, asegurarme de que ninguno de los primeros cantantes necesite un punto por aquí o meter la tela por allá.

—¿Pasa normalmente a ver a *Sir Gerald Asherton* después de una representación?

—Veo que ha hecho los deberes, sargento. —Godwin le sonrió encantado, como si fuera él el responsable del ingenio de Gemma—. Gerald estuvo especialmente brillante esa noche. Pensé que era correcto ir a decírselo.

Gemma, cada vez más irritada por la actitud de Tommy Godwin, dijo:

—Señor, estoy aquí por la muerte del yerno de *Sir Gerald Asherton*, como bien sabrá. Tengo entendido que conoce a la familia desde hace años. Bajo estas

circunstancias creo que su actitud resulta algo displicente, ¿no cree?

Por un momento, Tommy la miró con severidad, su cara inmóvil. Luego la sonrisa volvió a su lugar.

—Estoy seguro de merecer que se me llame la atención por no mostrar suficiente pesar, sargento —chasqueó la lengua—. Conozco a Gerald y Caroline desde que los tres llevábamos pañales. —Hizo una pausa y arqueó una ceja al ver la cara de incredulidad de Gemma—. Bueno, al menos en el caso de Julia es verdad. En aquellos días yo era el último mono. Era asistente júnior de la cortadora de trajes de mujer. Ahora son necesarios tres años de escuela de diseño para ser apto para el trabajo. Pero en aquellos días la mayoría de nosotros se topaba con el puesto. Mi madre era modista. A los diez años ya me conocía una máquina de coser al dedillo.

Si ése era el caso, realmente había hecho un gran trabajo adquiriendo ese barniz de sofisticación de clase media alta, pensó Gemma. Su sorpresa debió de ser aparente porque él le sonrió y añadió:

—También tenía talento para copiar, sargento, e hice buen uso de él. Los asistentes júnior de los cortadores no prueban los vestidos de los primeros cantantes. Pero a veces se les permite hacerlo con los de los papeles menores, los nombres del pasado y las nuevas promesas. Caro era una novata en aquellos días, todavía demasiado joven para controlar con dominio ese maravilloso talento natural, pero estaba llena de potencial. Gerald la descubrió en el coro y la convirtió en su protegida. Él es trece años mayor que ella, ¿lo sabía, sargento? —Godwin inclinó la cabeza y miró a Gemma con desaprobación, como para asegurarse de que captaba toda la atención de su alumna—. Él tenía una reputación que proteger y, caramba, las malas lenguas no pararon cuando se casó con ella.

—Pero, pensaba...

—Nadie lo recuerda ahora, claro. Hace mucho tiempo de esto, querida, y sus títulos no habían sido ni siquiera concebidos.

El toque de cansancio en su voz provocó la curiosidad de Gemma.

—¿Es así como conoció a Caroline? ¿Probándole sus vestidos?

—Muy astuta, sargento. Para entonces Caro ya se había casado con Gerald y tuvo a Julia. A veces la traía a las pruebas, para que la mimaran y babearan con ella. Incluso entonces Julia demostró ser poco impresionable.

—¿Impresionable por qué, señor Godwin? No sé si le sigo.

—Me refiero a la música en general, querida, y concretamente a todo ese mundillo raído y rimbombante de la ópera. —Bajó del taburete y se dirigió a la ventana, donde se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la calle—. Es como un bicho, un virus, y pienso que algunas personas tienen cierta predisposición a cogerlo. Quizás sea genético. —Se dio la vuelta y la miró—. ¿Qué opina, sargento?

Gemma tocó los bocetos de los vestidos que había sueltos encima de la mesa y pensó en el escalofrío que notó cuando escuchó la apoteosis final de *La Traviata* por

primera vez.

—¿Esta... predisposición no tiene nada que ver con la educación que uno ha recibido?

—Desde luego, no en mi caso. Aunque a mi madre le gustaban las orquestas de baile durante la guerra. —Con las manos todavía en los bolsillos, Tommy dio un paso de baile con bastante gracia. Miró a Gemma de reojo—. Siempre imaginé que había sido concebido después de una noche pasada bailando al son de Glen Miller o Benny Goodman —añadió con una sonrisa burlona—. En cuanto a Caroline y Gerald, no creo que se les ocurriera siquiera que Julia no hablara su mismo idioma.

—¿Y Matthew?

—Ah, bien. Matthew era una historia totalmente distinta. —Se volvió a dar la vuelta mientras hablaba. Luego quedó en silencio, mirando por la ventana.

¿Por qué, se preguntó Gemma, se encontraba con este muro de silencio cada vez que sacaba a Matthew Asherton a colación? Se acordó de las palabras de Vivian Plumley: «No hablamos de esto» y le pareció que el paso de veinte años debería de haber proporcionado un mayor consuelo.

—Nada fue igual después de que Caro dejara la compañía —dijo Godwin en voz baja. Se volvió hacia Gemma—. ¿No es eso lo que siempre se dice, sargento, que los mejores años de uno sólo son reconocidos en retrospectiva?

—No sabría decírselo, señor. Me parece un poco cínico.

—Ah, pero se contradice, sargento. Puedo ver que tiene una opinión.

—Señor Godwin —dijo Gemma bruscamente—, mi opinión no es la cuestión. ¿De qué hablaron usted y *Sir Gerald* el pasado jueves por la noche?

—Sólo los típicos cumplidos. Para ser sincero, no me acuerdo. No creo que estuviera allí más de cinco o diez minutos. —Regresó al taburete y se apoyó al borde del asiento—. Descanse un poco, sargento. Volverá a la comisaría y me acusará de tener unos modales espantosos.

Gemma permaneció firme en su sitio, con la espalda contra la mesa de trabajo. Este interrogatorio le estaba resultando suficientemente difícil para encima tener que llevarlo a cabo con los ojos a la altura de la elegante hebilla del cinturón de Tommy Godwin.

—Estoy bien, señor. ¿Parecía *Sir Gerald* disgustado, o se comportó de forma poco usual?

Miró de reojo y dijo con leve sarcasmo:

—¿Como si hubiera estado bailando con la pantalla de una lámpara en la cabeza? De verdad, sargento, parecía el tipo de siempre. Aún estaba lleno de energía por la representación, pero eso era de esperar.

—¿Había bebido?

—Tomamos una copa. Pero es costumbre de *Sir Gerald* tener una botella de *whisky* de malta en su camerino para cuando vienen invitados. Pero no puedo decir que lo haya visto mal por eso. El jueves por la noche no fue una excepción.

—¿Y abandonó el teatro tras la copa con *Sir Gerald*, señor Godwin?

—No directamente. Hablé brevemente con una de las chicas de la sección de Vestuario. —Las monedas de su bolsillo tintinearón suavemente cuando cambió de postura.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Recuerda a qué hora firmó su salida en la hoja de registro?

—En realidad no, sargento. —Agachó la cabeza tan tímidamente como un escolar haciendo novillos—. Me refiero a lo de firmar. Porque no había firmado al entrar y eso está muy mal visto.

—¿No firmó al entrar? Pensaba que era obligatorio para todo el mundo.

—Teóricamente. Pero esto no es una prisión de alta seguridad. Debo admitir que no me sentía demasiado sociable cuando llegué el jueves por la noche. Cuando entré al vestíbulo la representación ya había empezado, de modo que le hice una señal a uno de los acomodadores y me quedé al fondo, de pie. —Sonrió a Gemma—. He pasado gran parte de mi vida laboral de pie, supongo, para sentirme cómodo quedándome en una sola posición durante largo rato. —Y para demostrarlo, abandonó el taburete y se quedó de pie cerca de Gemma. Levantó una muestra de un tartán de satén de la mesa, lo sopesó, luego pasó los dedos por su superficie—. Esto puede quedar muy bien para *Lucia*...

—Señor Godwin. Tommy. —Le llamó la atención que Gemma utilizara su nombre. Y por un breve instante ella percibió de nuevo ese silencio tras la cháchara superficial—. ¿Qué hizo cuando terminó la representación?

—Lo que le he dicho, fui directamente a ver a Gerald... —Calló cuando vio a Gemma negar con la cabeza—. Ah, ya veo a qué se refiere. ¿Cómo llegué al camerino de Gerald? Es muy sencillo si uno conoce bien la madriguera, sargento. En el auditorio hay una puerta que lleva al escenario. No está marcada, por supuesto, y dudo que nadie entre el público la note nunca.

—¿Y se marchó del mismo modo? Después de hablar con *Sir Gerald* y —Gemma paró y buscó en sus notas— con la chica de la sección de Vestuario.

—Acertó a la primera, querida.

—Me sorprende que encontrara las puertas del vestíbulo todavía abiertas.

—Siempre hay unos cuantos rezagados y los acomodadores han de recoger.

—Y supongo que no se acuerda de qué hora era, o si alguien le vio salir —dijo Gemma en tono sarcástico.

Algo contrito, Tommy Godwin dijo:

—Me temo que no, sargento. Pero claro, uno no siempre cuenta con que haya de dar explicaciones a la policía sobre sus movimientos, ¿no?

Determinada a atravesar ese aire de perfecta inocencia, Gemma lo apretó algo más agresivamente.

—¿Qué hizo cuando dejó el teatro, Tommy?

Apoyó una cadera contra el borde de la mesa de trabajo y cruzó los brazos.

—Me fui a casa, a mi piso de Highgate. ¿Qué más, sargento?

—¿Solo?

—Vivo solo, exceptuando mi gata, pero estoy seguro de que ella responderá por mí. Se llama Salomé, por cierto, y debo decir que le pega...

—¿A qué hora llegó a casa? ¿Por casualidad lo recuerda?

—De hecho sí. —Hizo una pausa y le sonrió, como esperando palabras de elogio—. Tengo un reloj de pie y recuerdo oír dar la hora poco después de llegar, de modo que debió ser antes de medianoche.

Estaba en punto muerto. Él no podía demostrar su declaración, pero sin más pruebas ella no tenía modo de refutarla. Gemma lo miró fijamente, preguntándose qué habría bajo ese convincente aspecto.

—Necesitaré su dirección, señor Godwin, así como el nombre de la persona con quien habló después de ver a *Sir Gerald*. —Arrancó una página de su cuaderno de notas y miró mientras Tommy Godwin escribía la información con su cuidada caligrafía de zurdo. Repasó mentalmente la entrevista y se dio cuenta de qué era lo que le había estado fastidiando y lo hábilmente que Tommy Godwin lo había esquivado.

—¿Conocía bien a Connor Swann, señor Godwin? Nunca lo ha mencionado.

Tapó con cuidado el bolígrafo de Gemma y se lo devolvió. Luego empezó a doblar el papel en cuadrados perfectos.

—Lo vi de vez en cuando a lo largo de los años, por supuesto. He de confesar que no era santo de mi devoción. No me explico por qué Gerald y Caro continuaron aguantándolo cuando incluso Julia no lo hacía. Pero quizás ellos sabían algo sobre él que yo desconocía. —Arqueó una ceja y obsequió a Gemma con una semisonrisa—. Pero claro, la opinión que tiene uno sobre el carácter de una persona nunca es infalible, ¿no cree, sargento?

La rotonda de High Wycombe le recordó un juguete que Kincaid había tenido de niño, una serie de engranajes de plástico entrelazados que giraban alegremente cuando uno daba vueltas a la manivela. Pero en este caso, cinco mini rotondas rodeaban una rotonda grande. Los seres humanos metidos en cajas de acero eran los que giraban y nadie en la hora punta de ese lunes estaba alegre. Vio un hueco en el tráfico que venía en dirección contraria y se lanzó, sólo para ser recompensado con el dedo de un camionero impaciente.

—Lo mismo digo, colega —farfulló Kincaid mientras escapaba, agradecido, de la última de las mini rotondas.

Un atasco en la M40 lo había retrasado y llegó al Hospital General de High Wycombe media hora tarde para la autopsia. Kincaid llamó a la puerta de la sala de autopsias y la abrió lo justo para dejar pasar su cabeza. Dando la espalda a Kincaid había un hombre pequeño, vestido con un pijama quirúrgico verde, que estaba de pie frente a una mesa de acero inoxidable.

—El doctor Winstead, ¿supongo? —preguntó Kincaid—. Perdona que llegue tarde. —Entró en la sala y dejó que la puerta oscilara hasta que se cerró detrás de él.

Winstead le dio un toque al interruptor de pie de la grabadora mientras se daba la vuelta.

—¿Comisario Kincaid? —Desplazó el micrófono de la boca con el dorso de la muñeca—. Siento no poder estrecharle la mano —y a modo de demostración levantó una mano enguantada—. Me temo que se ha perdido casi todo lo más divertido. He empezado un poco antes para tratar de avanzar faena. Tendría que haber terminado a su tipo el sábado, o ayer a más tardar. Pero hubo un incendio en unas viviendas subvencionadas y nos pasamos el fin de semana identificando restos.

Era rechoncho, tenía una mata de pelo grisáceo rizado y unos ojos negros como de animalito de peluche. Winstead hacía honor a su nombre. Kincaid pensó que su visión de Winnie the Pooh, bisturí en mano, no andaba tan errada. Y como tantos patólogos forenses que había conocido, Winstead parecía indefectiblemente jovial.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Kincaid, igualmente contento de que el cuerpo de Winstead bloquease parte de la mesa de acero. A pesar de haberse

acostumbrado a ver la enorme incisión en forma de Y y el cuero cabelludo levantado, nunca disfrutaba de la vista.

—Me temo que nada para lanzar cohetes. —Dio la espalda a Kincaid y puso a trabajar de nuevo sus manos enguantadas—. He de terminar un par de cosas y luego podríamos escaparnos un momento a mi despacho, si quiere.

Kincaid se quedó mirando mientras el aire frío de los ventiladores le llegaba a torrentes por detrás del cuello. Al menos no tenía que lidiar con los olores ya que el agua fría y la refrigeración habían retrasado bastante los procesos naturales del cuerpo. A pesar de que soportaba ver casi todo, todavía tenía que esforzarse mucho para reprimir las arcadas que le venían en respuesta a los olores de un cuerpo en descomposición.

Una mujer joven en pijama quirúrgico entró en la sala y dijo:

—¿Estás listo, Winnie?

—La tarea de recoger se la dejo a mi asistente —le dijo Winnie a Kincaid por encima del hombro—. A ella le gusta hacer el trabajo bonito. ¿No es así, Heather, querida? —añadió sonriéndole—. Le proporciona una sensación de satisfacción en el trabajo. —Se sacó los guantes, los tiró en un cubo de la basura y se lavó bien las manos en el lavabo.

Heather puso los ojos en blanco con indulgencia.

—Es que tiene celos —dijo por lo bajo a Kincaid—, porque soy más cuidadosa que él. —Se puso un par de guantes y continuó—. Para cuando haya acabado, la madre de este chico se sentirá orgullosa de él. ¿No es así, Winnie?

Por lo menos la amantísima madre de Connor Swann se había ahorrado admirar la maestría de Heather, pensó Kincaid. Se preguntó si Julia desafiaría las convenciones hasta el punto de evitar tanto el depósito como el funeral.

Mientras Winstead acompañaba a Kincaid fuera de la sala, dijo:

—Tiene razón. Yo hago el trabajo, pero ella es una perfeccionista y su mano es mucho más precisa que la mía. —Condujo a Kincaid por distintos corredores y paró por el camino a recoger dos cafés de máquina—. ¿Solo? —preguntó, oprimiendo los botones con familiaridad.

Kincaid aceptó el vaso de plástico y sorbió el contenido. Encontró el líquido igual de atroz que el café de Scotland Yard. Siguió a Winstead a la oficina y se paró a examinar un cráneo humano que decoraba el escritorio del médico. Había unos pequeños cilindros de goma sujetos a la cara mediante alfileres. Cada uno tenía una altura distinta y llevaba un número en tinta negra en la punta.

—¿Arte o vudú, doctor?

—Una técnica de reconstrucción facial que me ha prestado un colega antropólogo. El sexo y la raza se suponen midiendo ciertas características del cráneo, luego se colocan los marcadores de profundidad de la piel de acuerdo a información obtenida de tablas estadísticas. Se añade arcilla según el grosor que indiquen los marcadores y, *voilà*, ya tienes una cara humana otra vez. En realidad es bastante

eficaz a pesar de que esta etapa parezca sacada de *Pesadilla en Elm Street*. Heather está interesada en la escultura forense y con las manos que tiene no duda de que lo hará muy bien.

Antes de que Winstead se entusiasmara demasiado con el tema de los encantadores atributos de Heather, Kincaid pensó que sería mejor cambiar de tema.

—Dígame, doctor —dijo, mientras se sentaban en unas sillas de cuero viejas—, ¿se ahogó Connor Swann?

Winstead frunció el ceño, lo que le daba un aire más cómico que fiero, y pareció que regresaba al tema del cuerpo en cuestión.

—Es un bonito problema, comisario, como estoy seguro de que ya sabrá. El ahogamiento es imposible de probar mediante una autopsia. En realidad se trata de un diagnóstico por exclusión.

—Pero podrá decirme si tenía agua en los pulmones...

—Un momento, comisario, déjeme acabar. El agua en los pulmones no es algo necesariamente significativo. Y no le he dicho que no pudiera explicarle nada, sólo que no podía ser demostrado. —Winstead hizo una pausa y bebió del vaso, poniendo cara de asco—. Soy el eterno optimista, supongo... Siempre tengo la esperanza de que este brebaje sea mejor de lo que es. En cualquier caso, ¿dónde estaba? —Sonrió benévolamente y tomó otro sorbo de su café.

Kincaid decidió que Winstead estaba fastidiándolo adrede y que cuanto menos se preocupara más rápidamente obtendría resultados.

—Iba a explicarme lo que *no* podía probar.

—Heridas de bala, apuñalamiento, traumatismo por objeto contundente... todo bastante sencillo, la causa de la muerte se determina fácilmente. Un caso como éste, sin embargo, es como un rompecabezas. Y los rompecabezas me gustan. —Winstead pronunció estas palabras con tanto deleite que Kincaid casi esperó verle frotarse las manos, regocijado ante la expectativa—. Hay dos cosas que contradicen el ahogamiento —continuó, levantando dos dedos—. No hay cuerpos extraños presentes en los pulmones. No hay arena, ni bonitas algas del fondo del río. Si uno inhala grandes tragos de agua en el momento de ahogarse, también suele tragar unos cuantos objetos no deseados. —Dobló un dedo y movió el que quedaba levantado ante Kincaid—. Segundo, la rigidez del cadáver se demoró bastante. La temperatura del agua explicaría cierto grado de retraso, por supuesto, pero en un ahogamiento normal y corriente la persona lucha con violencia, reduciendo el adenosín trifosfato de los músculos. Esta disminución acelera considerablemente el inicio del *rigor mortis*.

—¿Y si hubiera habido lucha antes de entrar en el agua? Su garganta estaba magullada. Quizás estuviera inconsciente. O muerto.

—Hay varios indicios que señalan que murió unas cuantas horas antes de que su cuerpo fuera descubierto —admitió Winstead—. El contenido de su estómago estaba parcialmente digerido, de modo que, a menos que el señor Swann cenara tarde, opino

que ya debía de estar muerto antes de medianoche, o tan cerca de la medianoche que no importa la diferencia. Cuando vuelvan del laboratorio los análisis del contenido del estómago quizás pueda precisar la hora de esa última comida.

—Y las magulladuras...

Winstead levantó una mano con la palma hacia fuera, como un policía de tráfico.

—Existe otra posibilidad que explicaría si el señor Swann estaba vivo cuando cayó al agua. Ahogamiento en seco. La garganta se cierra al entrar el cuerpo en contacto con el agua, constriñendo las vías respiratorias. Pero como el laringoespasma se relaja después de la muerte, es imposible de probar. Explicaría, sin embargo, la ausencia de cuerpos extraños en los pulmones.

—Entonces, ¿qué causa un ahogamiento en seco? —preguntó Kincaid, dispuesto a ser paciente y dejar que el doctor se divirtiera un poco.

—Éste es uno de los misterios de la naturaleza. El *shock* sería la mejor explicación-comodín. —Winstead hizo una pausa y bebió del vaso. Su expresión indicaba sorpresa porque el café no había mejorado milagrosamente desde el último sorbo—. Respecto al tema de la garganta que tanto le interesa. Me temo que tampoco sea concluyente. Había magulladuras externas... Según creo, estuvo usted en el depósito, ¿no? —Cuando Kincaid asintió, Winstead continuó—: Entonces las habrá visto... Sin embargo, no había los daños internos correspondientes, no había aplastamiento de los procesos hioideos. Tampoco encontramos ninguna oclusión de la cara o el cuello.

—¿No había manchas en los ojos?

Winstead le sonrió.

—Exactamente. No había petequias. Por supuesto, es posible que, ya sea por accidente o deliberadamente, alguien hiciera suficiente presión en la arteria carótida para dejarlo inconsciente, y luego lo empujara al río.

—¿Podría una mujer emplear tanta presión?

—Bueno, una mujer sería totalmente capaz físicamente, creo. Pero entonces habría esperado ver algo más que sólo magulladuras: marcas de uñas, abrasiones. Y no las había. Estaba totalmente limpio. Y dudo que una mujer hubiera podido dejarle inconsciente sin que sus manos sufrieran algún traumatismo con el forcejeo.

Kincaid digirió la información durante un instante.

—De modo que lo que me está diciendo es —tocó la punta de uno de sus índices con la del otro— que, *a*: no sabe cómo murió Connor Swann y, si no puede darme la *causa de la muerte*, he de asumir que *b*: no aventurará una teoría acerca del *modo de la muerte*.

—La mayoría de los ahogamientos son accidentales y, casi siempre, están relacionados con la ingesta de alcohol. No sabremos la cantidad de alcohol en su sangre hasta que vuelvan los resultados del laboratorio, pero apostaría que era muy alto. Sin embargo —de nuevo la mano en alto del policía de tráfico mientras Kincaid abría la boca para hablar—, si quiere mi opinión extraoficial... —Winstead sorbió su

café otra vez. Kincaid hacía tiempo que había abandonado el suyo y había encontrado un sitio discreto para el vaso entre los trastos del escritorio de Winstead—. La mayoría de los ahogamientos accidentales son también bastante sencillos. Un tipo sale a pescar con sus amigos, todos beben de más, el tipo cae al agua y sus amigos están demasiado cabreados para sacarlo. Corroboraciones de varios testigos... caso cerrado. Pero en esta ocasión —fijó los inteligentes ojos de peluche en Kincaid—, yo diría que hay muchas cuestiones por responder. ¿No hay indicios de suicidio?

Kincaid negó con la cabeza.

—No.

—Entonces diría que no hay duda de que fue ayudado a caer al río de una manera u otra. Pero también diría que le va a costar lo suyo probarlo. —Winstead sonrió como si acabara de dar una buena noticia.

—¿Qué hay de la hora de la muerte?

—En algún momento entre la última vez que fue visto y cuando fue encontrado. —Winstead se rió de su propio chiste—. En serio, comisario, si quiere que aventure una respuesta yo diría que aproximadamente entre las nueve y medianoche, o quizás entre las nueve y la una.

—Gracias, supongo. —Kincaid se levantó y ofreció su mano—. Ha sido... em, sumamente servicial.

—Me alegro de haberle sido útil. —Winstead estrechó la mano de Kincaid y sonrió. El parecido con Winnie the Pooh era más acusado que nunca—. Le enviaremos el informe tan pronto como lleguen los datos del laboratorio. ¿Podrá encontrar la salida? Hasta luego, entonces.

Kincaid miró hacia atrás al salir. El cráneo parecía estar superpuesto sobre el cuerpo regordete de Winstead, y cuando éste lo saludó con la mano, Kincaid hubiera jurado que el cráneo desplegab una ancha sonrisa.

* * *

Kincaid dejó el hospital sintiendo que no había avanzado mucho. Aunque ahora estaba más seguro, seguía sin tener pruebas de que Connor hubiera sido asesinado. Tampoco tenía un motivo convincente, ni verdaderos sospechosos.

Llegó al coche e, indeciso, miró la hora. Una vez Gemma hubiera localizado a Tommy Godwin, se pondría en camino para interrogar a Dame Caroline. Mientras ella estuviera encargándose del tema de los Asherton sería mejor que él se concentrara en Connor. Connor era la clave. Hasta que no supiera algo más sobre él, nada encajaría.

Había llegado la hora de husmear en la parte de la vida de Connor que no parecía tener conexión con los Asherton. Llamó para averiguar la dirección de Gillock, Blackwell y Frye. Luego enfiló la carretera hacia el sur, hacia Maidenhead y Reading.

* * *

Nunca iba a Reading sin pensar en Vic. Ella había crecido allí, había ido a la escuela, y cuando Kincaid entró en la ciudad por el norte se desvió un poco para pasar por la calle donde habían vivido sus padres. Los suburbios alardeaban de cómodas casas semiadosadas y jardines bien cuidados con algún gnomo asomando ocasionalmente por detrás de un seto. Kincaid había encontrado el vecindario espantoso entonces, y ahora descubría que el tiempo no había hecho nada para suavizar su opinión.

Detuvo el coche y con el motor en marcha estudió la casa. Tan igual parecía que se preguntó si habría permanecido en una clase de éxtasis mientras el tiempo giraba alrededor y él cambiaba y envejecía. La vio exactamente igual que la había visto la primera vez que Vic lo llevó a su casa a conocer a sus padres. Hasta el decidido brillo del buzón de latón era el mismo. Mostraron su distinguida desaprobación, consternados porque su bella y erudita hija hubiera iniciado una relación con un policía. Con una punzada de dolor recordó que se había sentido levemente avergonzado de su nada convencional familia. Sus padres estaban más interesados en libros e ideas que en la adquisición de posesiones de clase media, y su infancia en la intrincada casa de la campiña de Chesire estaba lejos de parecerse a este cuidado y ordenado mundo.

Puso la primera y cuando soltó el embrague, escuchó el familiar petardeo del motor. Quizás Vic había elegido a alguien más apropiado en el segundo intento. Él, al menos, ya no tenía nada que ver con ella. Con este pensamiento le sobrevino una sensación de liberación y comprendió, por fin, que lo creía de verdad.

La maraña de tráfico de Reading no había mejorado desde su última visita. Tamborileó los dedos en el volante mientras hacía la cola para el aparcamiento. Recordó lo mucho que le desagradaba este sitio. Combinaba lo peor de la arquitectura moderna con mala planificación urbana y los resultados eran suficientes para subirle la tensión arterial a cualquiera.

Una vez hubo aparcado el coche encontró sin dificultad el moderno bloque de oficinas que albergaba la agencia de publicidad. Una bonita recepcionista lo saludó con una sonrisa cuando entró en la *suite* del tercer piso.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó. En su voz había cierta curiosidad.

Sabía que ella debía de estar catalogándolo. No era un cliente o proveedor conocido, no llevaba cartera ni muestras para ubicarlo como comercial... Kincaid no

pudo resistir tomarle un poco el pelo. Su corta melena oscura y su cara en forma de corazón le daban un aire de atractiva inocencia.

—Bonita oficina —dijo, mirando despacio por el área de recepción. Muebles modulares, espectacular iluminación, pósters de anuncios art deco cuidadosamente enmarcados y colocados... Todo demostraba un uso inteligente de unos fondos limitados.

—Sí. ¿Desea ver a alguien? —preguntó con un poco más de energía mientras su sonrisa se desvanecía.

Kincaid sacó sus credenciales y le mostró la identificación.

—Comisario Duncan Kincaid, de Scotland Yard. Me gustaría hablar con alguien sobre Connor Swann.

—Vaya. —Miró la cara de Kincaid, luego la tarjeta y de nuevo la cara. Sus ojos castaños se llenaron de lágrimas—. ¿No es horrible? Nos hemos enterado esta mañana.

—¿De verdad? ¿Quién les ha notificado? —preguntó, recuperando su tarjeta con indiferencia.

La chica se sorbió la nariz.

—Su suegro, *Sir Gerald Asherton*. Llamó a John... el señor Frye.

Una puerta se abrió en el vestíbulo que había detrás de la mesa de recepción y por ella salió un hombre que se estaba poniendo una americana.

—Melisa, cielo, me voy a... —Cuando estaba enderezándose la corbata con la mano, vio a Kincaid y se paró.

—Aquí está el señor Frye —dijo la recepcionista a Kincaid y luego añadió, para su jefe—: Es de Scotland Yard. Está aquí por Connor.

—¿Scotland Yard? ¿Connor? —repitió Frye. Su momentánea perplejidad le dio a Kincaid la oportunidad de estudiarlo. Dedujo que debía tener más o menos su edad, pero era bajo, moreno y ya estaba adquiriendo esa capa adicional de relleno que viene con la prosperidad y el confinamiento a un escritorio.

Kincaid se presentó y Frye se recuperó lo suficiente como para estrechar su mano.

—¿Qué puedo hacer por usted, comisario? Quiero decir, por lo que ha dicho *Sir Gerald*, no esperaba...

Desarmándolo con su sonrisa, Kincaid dijo:

—Sólo le haré unas preguntas de rutina sobre el señor Swann y su trabajo.

Frye pareció relajarse un poco.

—Bien, justo iba al *pub* de la esquina a almorzar y tengo una reunión con un cliente tan pronto como regrese. ¿Podríamos hablar y comer algo al mismo tiempo?

—Me viene bien. —Kincaid se dio cuenta de que tenía un hambre voraz, un efecto secundario típico tras asistir a una autopsia. Pero la perspectiva de las delicias culinarias de un *pub* de Reading no le apetecía demasiado.

De camino hacia el *pub*, Kincaid estudió a su acompañante. Llevaba un traje de tres piezas de diseño caro en gris carbón. El chaleco le tiraba por los botones. Llevaba

el pelo brillante peinado hacia atrás, a la moda *yuppie*, y mientras Kincaid adaptaba sus zancadas a los pasos más cortos del hombre, le vino el olor a almizcle del aftershave. Pensó que Connor había prestado la misma atención a su apariencia. Después de todo, la publicidad era un negocio de la imagen.

Charlaron con desgana hasta que llegaron a su destino. Cuando entraron en el White Hart, Kincaid se animó considerablemente. Sencillo y limpio, el *pub* disponía de una amplia carta escrita en una pizarra. Estaba lleno de fugitivos de otras oficinas, todos comiendo y hablando afanosamente. Kincaid, cuyo estómago rugía de hambre, escogió la platija con patatas fritas y ensalada. Dirigiéndose a Frye le preguntó:

—¿Qué va a beber?

—Limonada. —Frye puso cara de disculpa—. Estoy a régimen. Me encanta la cerveza, pero va directa a mi cintura. —Dio unos toques a su chaleco.

Kincaid le invitó a limonada y pidió una cerveza sin sentir la más mínima culpa por dar envidia a su acompañante. Cogieron sus bebidas y se abrieron paso hasta una pequeña mesa cercana a la ventana.

—Hábleme de Connor Swann —dijo Kincaid cuando se instalaron en sus asientos—. ¿Durante cuánto tiempo trabajó para usted?

—Algo más de un año. Gordon y yo necesitábamos a alguien para las ventas. Ninguno de los dos somos buenos vendiendo y habíamos adquirido suficientes clientes para justificar...

—¿Gordon es su socio? —interrumpió Kincaid—. Creía que eran tres. —Tomó un sorbo de su cerveza y se limpió la espuma de los labios con la lengua.

—Vaya, lo siento. Será mejor que empiece desde el principio, ¿no? —Frye miró la cerveza de Kincaid con nostalgia y suspiró—. Yo soy *Frye*, por supuesto, Gordon es *Gillock*, y no hay ningún *Blackwell*. Cuando nos instalamos por nuestra cuenta tres años atrás, pensamos que *Gillock* y *Frye* sonaba a pescadería. —Frye sonrió algo tímidamente—. *Blackwell* era para dar un toque de clase. En fin, yo soy el director creativo y Gordon se ocupa de los medios y supervisa la producción. De modo que estábamos al límite de nuestras capacidades. Cuando supimos por un amigo que Connor podría estar interesado en un puesto de ejecutivo de cuentas, pensamos que nos venía como anillo al dedo.

La camarera apareció con los platos. Era alta y rubia; podría haber sido una valquiria en tejanos y suéter. Los obsequió con una sonrisa cautivadora mientras les servía sus almuerzos, luego se volvió a perder entre la muchedumbre.

—Ésa es Marian —dijo Frye—. La llamamos la Dama de Hielo. Todos están enamorados de ella y ella está encantada.

—¿El nombre se refiere a su aspecto o a su manera de ser? —Kincaid miró el plato de ensalada de Frye y empezó a clavar el tenedor en su pescado y patatas humeantes.

—Tampoco puedo comer fritos. —Frye miró la comida de Kincaid con añoranza—. El temperamento de Marian es alegre, pero no es muy generosa con sus favores.

Incluso Connor se llevó un chasco.

—¿Intentó ligar con ella?

—¿Acaso no amanece todos los días? —respondió Frye con sarcasmo y empujó un ramito de berros que tenía en la comisura de su boca con el dedo meñique—. Pues claro que Con intentó ligar con ella. Para él ligar era tan natural como respirar... —Calló, afligido—. Vaya, qué falta de tacto. Lo siento. Es que todavía no lo he asimilado.

Kincaid exprimió un poco más de limón en su excelente pescado y preguntó:

—¿Le caía bien? Personalmente, quiero decir.

Frye pareció pensativo.

—Bien, sí, supongo que sí. Pero no es tan sencillo. Al principio estábamos muy contentos de tenerlo, como ya he dicho. Por supuesto, nos preguntábamos por qué habría dejado una de las mejores empresas de Londres por nosotros, pero dijo que había estado teniendo problemas domésticos y que quería estar más cerca de casa, escapar de la feroz competitividad de Londres, ese tipo de cosas. —Tomó otro poco de ensalada y masticó pausadamente.

Kincaid se preguntó si la triste expresión de Frye reflejaba su opinión sobre su almuerzo o sus sentimientos por Connor.

—¿Y? —lo forzó a continuar con suavidad.

—Supongo que fuimos algo ingenuos por habernos creído sus explicaciones. Pero Con podía ser muy encantador. No sólo con las mujeres; también gustaba a los hombres. Eso era parte de lo que le convertía en un buen vendedor.

—¿Era bueno en su trabajo?

—Sí, muy bueno. Cuando se lo proponía. Pero ése era el problema. Estaba tan entusiasmado al principio —planes e ideas para todo— que yo creo que Gordon y yo fuimos arrastrados por su entusiasmo. —Frye hizo una pausa—. Si miro atrás puedo ver un cierto frenesí en su comportamiento, pero en aquel momento no me di cuenta.

—Vuelva un poco atrás —dijo Kincaid con el tenedor lleno de patatas en suspenso—. Ha dicho que fueron algo ingenuos por creerse las razones de Connor para venir a trabajar con ustedes. ¿Acaso descubrió que no eran ciertas?

—Digamos que no mencionó bastantes cosas —contestó Frye con arrepentimiento—. Unos meses más tarde empezamos a oír rumores sobre qué había pasado en realidad. —Frunció el ceño—. ¿No se lo dijo su mujer? ¿Ha hablado con la esposa?

—¿Decirme qué? —Kincaid evitó responder a la pregunta y trató de encajar mentalmente la vívida imagen de Julia en ese posesivo neutro. *La esposa*.

Frye hizo un pulcro montoncito en el centro del plato con la ensalada de jamón y la zanahoria rallada.

—La empresa de Con en Londres llevaba la cuenta de la ENO. Así es como la conoció, en alguna que otra recepción. Supongo que debió de asistir con su familia. Así que cuando ella lo dejó, él tuvo... —Frye parecía más bien apurado. Estudió su

plato y jugueteó con la comida—. Supongo que se podría decir que tuvo una crisis nerviosa. Por lo visto, perdió la cabeza. Rompía a llorar delante de los clientes, ese tipo de cosas. La empresa lo mantuvo todo muy en secreto. Supongo que creían que no podían arriesgarse a ofender a los Asherton echándolo a la calle ignominiosamente.

Todos habían sido muy discretos, pensó Kincaid. ¿Tuvo la compasión algo que ver?

—¿La empresa le había dado una carta de recomendación cuando vino a verlo?

—No lo habiéramos contratado de otro modo —contestó Frye con sinceridad.

—¿Cuándo empezaron a ir mal las cosas?

Una expresión de culpa sustituyó a la de apuro.

—No es que Con fuera un desastre total. No quería darle esa impresión.

—Estoy seguro de ello —Kincaid lo tranquilizó y esperó que Frye no le viniera con el pudor típico de no hablar mal de los muertos.

—Fue algo gradual. Faltaba a citas con los clientes... Siempre con una buena excusa, cierto, pero si se repiten varias veces hasta las buenas excusas se convierten en viejas excusas. Prometía cosas que no podíamos cumplir —meneó la cabeza consternado al recordar—. La pesadilla de un director creativo. Y todas esas nuevas cuentas que iba a traer, todos esos contactos que tenía...

—¿No se hicieron realidad?

Frye negó con pesar.

—Me temo que no.

Kincaid apartó su plato vacío.

—¿Por qué no lo despidió, señor Frye? Parece que pasó de ser un activo a ser una obligación.

—Llámeme John, por favor. —Frye se inclinó hacia delante con aire de confidencialidad y continuó—: Lo divertido es que hace unos meses, Gordon y yo nos armamos de valor para despedirlo, pero entonces las cosas empezaron a mejorar. Nada extraordinario, pero parecía que se podía contar con él, parecía más interesado.

—¿Alguna idea sobre qué fue lo que pudo provocar este cambio? —Kincaid pensó en Sharon y la pequeña Hayley.

Frye se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Sabía que tenía una novia?

—Novias, dirá. En plural —enfaticó Frye. Y añadió, con el aire resignado del que lleva casado mucho tiempo—: Después de que mi mujer coincidiera con él un par de veces... En fin, me dio a entender que pondría algo más que mi vida en juego si llegaba a tomar una cerveza con él después del trabajo. Ella estaba segura de que me haría caer en la tentación. —Sonrió—. Afortunadamente —o desafortunadamente, según el punto de vista— nunca tuve la habilidad de Connor con las mujeres.

La clientela del mediodía había disminuido. Liberada de la aglomeración de la barra, Marian fue a recoger los platos.

—¿Algo más, chicos? ¿Un postre? Queda un pastel fantástico...

—Por favor, no me tortures. —Frye gimió, tapándose la cara con las manos.

Marian recogió el plato de Kincaid y le hizo un guiño todo lo contrario a gélido. Silenció una risita y pensó que la mujer de Frye no tenía razones para preocuparse de la influencia de Connor. Las debilidades de su esposo caían en otra dirección. Esa línea de pensamiento le hizo acordarse de otra debilidad concreta que no habían tratado.

—¿Tenía conocimiento de las deudas de juego de Connor?

—¿Deudas? —Frye apuró la última gota de limonada de su vaso—. Sabía que le gustaban las carreras, pero no tenía ni idea de que fuera tan serio.

—¿Ha oído hablar de un tipo llamado Kenneth Hicks?

Frye frunció el ceño un momento, luego negó con la cabeza.

—Pues no.

Kincaid empujó su silla hacia atrás, pero paró al ocurrírsele otra pregunta.

—John, ¿llegó a conocer a su esposa, Julia?

La reacción de Frye le sorprendió. Tras carraspear tímidamente, miró a Kincaid a los ojos.

—Bien, esto; no es que la llegara a conocer exactamente.

Kincaid arqueó una ceja.

—¿Cómo se puede no conocer a alguien exactamente?

—La vi. Es decir, la fui a ver, y la vi. —Al ver la expresión de duda de Kincaid Frye se ruborizó y dijo—: A la mierda. Me siento como un idiota. Un verdadero imbécil. Sentía curiosidad por ella, después de todo lo que había oído. De modo que cuando vi la noticia en el periódico de su exposición en Henley...

—¿Fue a la inauguración?

—Mi esposa iba a pasar la noche fuera, con su madre, y pensé, bueno, por qué no. No le hago daño a nadie.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Kincaid, algo perplejo.

—Quiero pintar —dijo sencillamente Frye—. Para empezar, ésa fue la razón por la cual estudié bellas artes. Mi mujer piensa que es una frivolidad, con dos hijos que mantener y todo eso...

—¿... y los artistas ejercen mala influencia? —Kincaid acabó la frase por él.

—Algo parecido. —Sonrió compungido—. A veces exagera un poco. Supongo que piensa que si alguien agitara un pincel en mi cara, me largaría y los abandonaría a su suerte.

—Entonces, ¿qué pasó en la inauguración? ¿Conoció a Julia?

Frye miró más allá de Kincaid con ojos soñadores.

—Es muy atractiva, ¿verdad? Y sus pinturas... Bueno, si yo supiera pintar así, no me pasaría la vida haciendo bocetos para Carpetland o para suministros de fontanería

White. —Hizo una mueca de desaprobación—. Pero no sé. —Se centró de nuevo en Kincaid—: No la llegué a conocer, pero no por no intentarlo. Había bebido mi copa de champán barato —gran parte había caído en mi camisa por los codazos— y casi me había abierto camino por entre la masa de gente cuando vi que ella salía por la puerta de la entrada.

—¿La siguió?

—Conseguí llegar a la puerta a codazos, pensando que al menos podría presentarle mis respetos al salir.

—¿Y? —insistió impaciente Kincaid.

—No estaba por ninguna parte.

Los árboles arqueándose por encima, las ramas entrelazándose como dedos enroscados que apretaban más y más fuerte... Gemma se sopló un mechón de pelo de la cara y dijo en voz alta: ¡Qué tonta! Las palabras parecieron resonar en sus oídos. Después, el silencio se hizo de nuevo en el coche, excepto por los ocasionales chirridos en los cristales de las ventanas de las ramitas y raíces que sobresalían de los taludes. El sonido le recordó el de uñas rascando una pizarra. Londres y la cortesía urbana de Tommy Godwin parecían estar a años luz, y por un momento deseó haber insistido en asistir a la autopsia con Kincaid. Éste había dejado un mensaje para ella en Scotland Yard en el que resumía los más bien inconcluyentes resultados.

Redujo a segunda cuando la pendiente se hizo más pronunciada. Kincaid había estado con ella cuando condujo por este camino la primera vez. Su presencia impidió que le acechara la claustrofobia. Qué tontería, de verdad, se autocensuró. Después de todo era solamente una carretera estrecha. Parte de su incomodidad se debía sin duda a su urbana desconfianza de todo lo rural.

Sin embargo, se sintió aliviada cuando vio la entrada al camino de Badger's End y poco después paró en el claro que había delante de la casa. Salió del coche y se quedó parada un momento. A pesar del aire frío le llegó el aroma húmedo del mantillo, denso como otoño destilado.

Entre la calma oyó el mismo zumbido agudo que Kincaid y ella notaron la última vez. Miró hacia arriba, buscando líneas eléctricas, pero sólo vio más hojas y un parche de cielo uniformemente gris. Quizás fuera un generador o un transformador, o a lo mejor —sonrió, su humor mejoraba por momentos— un ovni. Trataría de hacérselo tragar al jefe.

Sus labios seguían curvados insinuando una sonrisa cuando llamó al timbre. Vivian Plumley abrió la puerta, como la vez anterior, pero esta vez sonrió al reconocer a Gemma.

—Sargento. Por favor, entre.

—Me gustaría hablar con Dame Caroline, señora Plumley. —Respondió Gemma cuando entró en el vestíbulo de piedra—. ¿Está en casa?

—Sí. Pero está dando una clase justo ahora.

Gemma oyó el piano, luego una voz de soprano cantó un verso rápido y cadencioso. Unas palabras que no pudo distinguir interrumpieron el canto y una segunda voz repitió el verso. Era más sombría y compleja que la primera; poseía una singularidad indefinible. Incluso tras la puerta cerrada del salón Gemma pudo reconocerla de inmediato.

—Es Dame Caroline.

Vivian Plumley la miraba con interés.

—Tiene buen oído, querida. ¿Dónde la ha escuchado?

—En una cinta —respondió Gemma bruscamente. De repente se mostró reacia a confesar su interés.

Vivian miró su reloj.

—Venga a tomar un té. Acabará pronto.

—¿Qué están cantando? —preguntó Gemma mientras seguía a Vivian por el pasillo.

—Rossini. Una de las arias de Rosina de *El barbero de Sevilla*. En italiano, gracias a Dios. —Le sonrió por encima del hombro mientras empujaba la puerta de la cocina—. Aunque en esta casa no es políticamente correcto decirlo.

—¿Por la política de la ENO?

—Exactamente. *Sir Gerald* está firmemente de acuerdo con su postura. Creo que Caro siempre ha preferido cantar ópera en la lengua original, pero no suele expresar su opinión con energía. —Vivian sonrió de nuevo, cariñosamente. El desacuerdo parecía obviamente una tradición familiar que venía de antiguo.

—Algo huele divinamente —Gemma respiró hondo. Después de la visita anterior, la cocina le parecía tan reconfortante y familiar como su propia casa. La cocina Aga roja irradiaba calor como un corazón de hierro fundido. Encima había dos hogazas de pan enfriándose sobre una rejilla.

—Acabo de sacar el pan del horno. —Vivian colocó unos tazones y una tetera de cerámica en una bandeja. En el fogón descansaba un humeante hervidor de cobre.

—¿No utiliza una tetera eléctrica? —preguntó Gemma con curiosidad.

—Soy un dinosaurio, supongo. Nunca me han gustado los artilugios. —Centró la atención en Gemma y añadió—: ¿Tomará un poco de pan caliente? Ya es casi la hora del té.

—Almorcé antes de salir de Londres. —Gemma recordó el bocadillo frío y grasiento de salchicha que había comido rápidamente en la cantina de Scotland Yard tras la entrevista en LB House—. Pero sí, tomaré un poco, gracias.

Se acercó a Vivian mientras ésta vertía el agua hirviendo en la tetera de cerámica y empezaba a cortar el pan.

—¿Integral?

—Sí. ¿Le gusta? —Vivian parecía complacida—. Es mi sello característico y me temo que también mi terapia. Lo amaso a mano dos veces, y es necesario dejar que fermente tres veces, pero en el horno se hincha de maravilla. —Le lanzó a Gemma

una mirada divertida—. Y es difícil que una siga frustrada con la vida después de haber trabajado tanto la masa.

Cuando se sentaron en la mesa de roble llena de marcas, Gemma le explicó:

—Crecí en una panadería. Mis padres tienen una pequeña en Leyton. La mayor parte del trabajo lo hace una máquina, claro, pero era bastante fácil persuadir a mamá para que nos dejara meter las manos en la masa.

—Parece una buena educación —dijo Vivian con aprobación mientras vertía el té en el tazón de Gemma.

Una nube de vapor de aroma floral envolvió la cara de Gemma.

—¿Earl Grey?

—Le gusta, ¿no? Debería de haber preguntado. Es un hábito... es lo que siempre tomo por la tarde.

—Sí, gracias. —Gemma respondió con recato y pensó que si iba a convertir en costumbre el tomar el té en casas así, sería mejor que empezara a apreciarlo.

Tomó el pan con mantequilla en elogioso silencio y recogió las últimas migas del plato con la punta del dedo.

—Señora Plumley...

—Todos me llaman Plummy —invitó Vivian—. Los niños empezaron a llamarme así cuando eran pequeños y así se ha quedado. Me he acostumbrado.

—Bien, Plummy entonces. —Gemma pensó que el nombre le pegaba^[7]. Incluso yendo vestida como iba hoy, con ropa de deporte de colores vivos y un suéter de cuello alto a juego, Vivian Plumley poseía un aura de anticuada comodidad. Gemma notó que todavía llevaba el anillo de boda y se frotó semiconscientemente su propio dedo desnudo de la mano izquierda.

Sentadas en silencio tomaron su té. En esta atmósfera relajada y casi aletargada a Gemma se le ocurrió preguntar tan fácilmente como si hubiera estado hablando con una amiga:

—¿No encuentra extraño que Connor tuviera una relación tan estrecha con la familia después de separarse de Julia? Especialmente si no había niños de por medio...

—Pero es que él los conocía de antes, a Caro y Gerald. Los conoció a través del trabajo y cultivó su amistad muy activamente. Recuerdo que en aquella época pensé que parecía bastante enamorado de Caro. Pero claro, ella siempre ha coleccionado admiradores de la misma forma que otros coleccionan mariposas.

Aunque Plummy había dicho esto sin el más leve deje de censura, Gemma imaginó de repente a una polilla clavada sin piedad en una tabla luchando por su vida.

—¡Puaj! —arrugó la nariz con desagrado—. Nunca he podido soportar la idea.

—¿Qué? —preguntó Plummy—. ¡Ah! Se refiere a las mariposas. Bueno, quizás sea una comparación poco amable. Pero los hombres parecen mariposear inútilmente a su alrededor. Creen que ella necesita que la cuiden, pero la verdad es que ella es

muy capaz de cuidar de sí misma. Yo no me imagino algo así para mí. —Le sonrió—. No creo haber inspirado ese deseo en nadie.

Gemma pensó en Rob y en cómo asumió él de manera automática que ella le proporcionaría todo lo que él necesitara, tanto en el aspecto físico como emocional. Nunca se le ocurrió que ella podía tener sus propias necesidades.

—Nunca lo he pensado en estos términos, pero los hombres tampoco se han arrojado al suelo tratando de cuidar de mí. —Tomó un sorbo de su té y continuó—: Acerca de Dame Caroline... Usted dijo que habían ido al colegio juntas. ¿Siempre quiso ser cantante?

Plummy rió.

—Caro ha sido el centro desde el día en que nació. En el colegio cantaba los papeles protagonistas en todos los programas. La mayoría de las niñas la despreciaban, pero nunca pareció notarlo. Era como si hubiera llevado anteojeras negras. Sabía lo que quería y nunca pensó en otra cosa.

—Empezó su carrera bastante pronto, ¿no? —Gemma recordó lo que le había explicado Alison Douglas.

—En parte fue cosa de Gerald. La sacó del coro y la colocó en medio del escenario. Ella tenía el empuje y la ambición necesarias para superar el desafío, a pesar de no tener experiencia. —Alargó la mano y rompió un pedazo de una rebanada de pan que había dejado en la mesa. Luego mordisqueó como experimentando—. Tan sólo compruebo —dijo—. Control de calidad. —Tomó un sorbo de su té y continuó—. Pero entienda que todo esto pasó hace más de treinta años, y sólo unos pocos recordamos a Gerald y Caro antes de que fueran estrellas.

Gemma meditó sobre lo que acababa de oír. Siguiendo el ejemplo de Plummy alargó el brazo y cogió otra rebanada de pan.

—¿Les gusta que se les recuerde que hubo una época en que fueron gente corriente?

—Supongo que ofrece cierto consuelo.

Gemma se preguntó cómo debía de haber sido para Julia crecer a la sombra de sus padres. Ya era suficientemente difícil, en cualquier circunstancia, deshacerse de la influencia de los padres y convertirse en una persona autónoma. Tomó un sorbo de su té para ayudar a bajar el pan:

—¿Y es así como Julia conoció a Connor? ¿A través de sus padres?

Tras pensar un momento, Plummy dijo:

—Creo que fue en una recepción para recaudar fondos para la ópera. En aquellos días, Julia todavía asistía ocasionalmente a funciones musicales. Estaba justo empezando a distinguirse como artista y aún no había dejado la órbita de sus padres por completo. —Negó con la cabeza—. Me cogió por sorpresa desde el principio. Julia siempre había preferido los tipos intelectuales o artistas bohemios y Con era totalmente lo opuesto. Traté de hablar con ella, pero no quería oír una palabra.

—¿Hacían tan mala pareja como usted pensaba?

—Oh, sí —contestó con un suspiro, dando vueltas al té que había en el fondo de su taza—. Incluso más.

Al ver que Plummy no se explicaba, Gemma preguntó:

—¿Sabía que Connor estaba saliendo con alguien?

Levantó la mirada con sorpresa:

—Querrá decir recientemente. ¿Una novia?

—Una joven con una hija pequeña.

—No. No lo sabía. —Con la compasión que Gemma había empezado a esperar de ella, Plummy añadió—: Pobre chica. Supongo que se habrá tomado su muerte bastante mal.

Las palabras *al contrario que Julia* parecían flotar en el ambiente.

—Ella ha regresado, ¿lo sabía? —dijo Plummy—. Julia. Al piso. Le dije que pensaba que no quedaba demasiado bien, pero me contestó que era su piso, después de todo, y que tenía derecho a hacer lo que quisiera con él.

Gemma pensó en el estudio de la planta superior sin la inquietante presencia de Julia Swann y sintió una inexplicable sensación de alivio.

—¿Cuándo se ha ido?

—Esta mañana temprano. Había echado de menos su estudio, la pobre. Nunca entendí por qué dejó que Connor se quedara en el piso. Pero no hay manera de razonar con ella una vez ha tomado una decisión.

El afecto y exasperación que había en la voz de Plummy le recordó a Gemma la de su propia madre, quien juraba que su hija pelirroja había nacido terca. Vaya una, Vi Walters, pensó Gemma con una sonrisa.

—¿Siempre ha sido tan obstinada?

Plummy la observó sin apartar la vista durante un largo espacio de tiempo, luego dijo:

—No, no siempre. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. ¿Ha terminado su té, querida? Caro ya debe de estar libre ahora. Y esta tarde vendrá otra estudiante, así que será mejor que la colemos antes de que llegue.

* * *

—Caro, ésta es la sargento James —anunció Plummy cuando llevó a Gemma al salón. Luego se retiró y al cerrar la puerta, Gemma notó una corriente de aire frío.

Caroline Stowe estaba de espaldas al fuego, igual que su marido cuando Gemma y Kincaid lo interrogaron dos días antes. Salió al encuentro de Gemma con la mano extendida.

—Encantada de conocerla, sargento. ¿En qué puedo ayudarla?

Gemma notó su mano pequeña y fría dentro de la suya, y tan suave como la de un niño. Sin quererlo, Gemma echó una ojeada a la fotografía de encima del piano. Si bien le había dado una pista acerca de la delicadeza femenina de la mujer, no había ni empezado a expresar su vitalidad.

—Se trata simplemente del seguimiento de rutina de la declaración que ofreció al CID de Thames Valley, Dame Caroline. —Su propia voz le sonó áspera.

—Siéntese, por favor. —Dame Caroline se trasladó al sofá y dio unas palmaditas al cojín a modo de invitación. Llevaba un jersey largo de color granate por encima de unos pantalones de lana blancos. El cuello vuelto enmarcaba su cara; el color granate resaltaba el cutis pálido y el cabello oscuro.

Gemma, que había pasado por su piso y se había cambiado de ropa poniendo especial atención, le pareció de repente que su falda y blusa de seda verde oliva eran de un tono muy soso. Al sentarse se sintió torpe y poco elegante. La vergüenza provocó que el rubor le calentara las mejillas y rápidamente preguntó:

—Dame Caroline, veo por su declaración inicial que estuvo en casa el pasado jueves por la noche. ¿Puede decirme qué hizo?

—Por supuesto, si lo cree necesario, sargento —dijo Caroline con aire de cortés resignación—. Cené con Plummy —Vivian Plumley— luego miramos algo en la televisión. Me temo que no recuerdo qué. ¿Importa?

—¿Qué hizo luego?

—Plummy preparó cacao. Eso debió ser alrededor de las diez. Charlamos un rato y luego me fui a la cama. —Y añadió, excusándose—: Fue una noche muy corriente, sargento.

—¿Recuerda a qué hora llegó su marido?

—Me temo que no. Duermo muy bien y tenemos camas separadas. De modo que rara vez me despierta cuando llega tarde de una actuación.

—¿Y su hija no la despertó cuando llegó a primera hora de la mañana? —Gemma trató de agitar un poco la refinada complacencia de Dame Caroline.

—No. Mi hija es una mujer adulta y hace lo que le viene en gana. No tengo la costumbre de llevar el control de sus idas y venidas.

Justo en la diana, pensó Gemma. Había puesto el dedo en la llaga.

—Según la señora Plumley, su hija ha regresado al piso que compartía con Connor. ¿Aprueba que esté sola tan pronto, teniendo en cuenta las circunstancias?

Caroline fue a responder algo, pero se contuvo y luego suspiró.

—Lo encuentro desacertado, pero mi aprobación nunca ha influido demasiado en el comportamiento de Julia. Y desde el primer momento ha actuado muy mal ante la muerte de Connor. —De repente le salió el cansancio. Caroline se frotó los pómulos con los dedos, pero Gemma pudo notar que evitaba estirar su cutis.

—¿De qué modo? —preguntó Gemma, a pesar de que tenía suficientes pruebas de que Julia no estaba haciendo el papel de perfecta viuda acongojada.

Caroline encogió los hombros y dijo:

—Hay cosas que se han de hacer; y la gente espera ciertas cosas... Sencillamente, Julia no ha cumplido con sus obligaciones.

Gemma se preguntó si Julia habría hecho lo necesario de no estar segura de que sus padres tomarían cartas en el asunto y se encargarían de todo. El hecho de que Julia parecía resentir que lo hicieran sólo servía para ilustrar la perversidad de la naturaleza humana, y Gemma había empezado a pensar que la relación entre ellos era más perversa que la de la mayoría. Pasó la página de su cuaderno de notas, repasando mentalmente las preguntas.

—Connor vino a almorzar aquí el jueves, ¿no es cierto? —Continuó después de que Caroline asintiera—: ¿Notó algo fuera de lo corriente en su comportamiento?

Caroline dijo, sonriendo:

—Con era muy ameno, pero no había nada poco corriente en ello.

—¿Recuerda de qué hablaron? —Gemma observó a Caroline mientras ésta pensaba la respuesta y se dio cuenta de que nunca antes había visto a una mujer que frunciera el ceño con gracia.

—Nada memorable o importante, sargento. Cotilleos locales, la actuación de Gerald de aquella noche...

—¿De modo que Connor sabía que su marido iba a estar en Londres?

Perpleja, Caroline respondió:

—Por supuesto que Con sabía que Gerald estaría en Londres.

—¿Tiene idea de por qué Connor habría ido al Coliseum esa misma tarde?

—No tengo idea. No nos dijo nada sobre ir a Londres. ¿Dice que fue al teatro?

—Según la hoja de registro del portero. Pero nadie más admite haberlo visto.

—Qué extraño —dijo Caroline despacio. Gemma notó que por primera vez se alejaba de un guión ensayado—. Claro que se fue en un estado de agitación...

—¿Qué pasó? —Gemma notó como un hormigueo de entusiasmo—. Ha dicho que no hizo nada fuera de lo corriente.

—Yo no lo describiría como fuera de lo corriente. Con no sabía estarse quieto. Se excusó por un momento mientras Gerald y yo tomábamos el café. Iba a echar una mano a Plummy en la cocina, y fue la última vez que lo vimos. Unos minutos más tarde le oímos arrancar su coche.

—¿Y pensó si algo le podría haber disgustado?

—Bueno, supongo que pensamos que había sido extraño que no se despidiera.

Gemma pasó las páginas de su cuaderno con cuidado, luego miró a Caroline.

—La señora Plumley dijo que lavó los platos sola. No vio a Connor después de dejar el comedor. ¿Cree que pudo subir a ver a Julia? ¿Quizás tuvieron una pelea?

Caroline juntó las manos en su regazo. Las sombras de su suéter granate cambiaron de forma al inspirar.

—No lo sé, sargento. Si ese fuera el caso estoy segura de que Julia hubiera dicho algo.

Gemma no compartió su opinión.

—¿Sabía que Connor tenía una novia, Dame Caroline? Técnicamente habría sido su amante, puesto que él y Julia seguían casados.

—¿Una novia? ¿Con? —dijo Caroline en voz baja. Luego, mirando el fuego, añadió todavía más bajo—: Nunca lo dijo.

Gemma recordó lo que le había explicado Kincaid.

—Su nombre es Sharon Doyle y tiene una hija de cuatro años. Aparentemente era una relación seria y él... la recibió a menudo en su casa.

—¿Una hija? —Caroline devolvió la mirada a Gemma. Sus ojos negros se habían dilatado y Gemma vio el fuego reflejado en su superficie líquida y luminosa.

Había anochecido mientras hablaban y ahora el fuego y la luz de las lámparas proyectaban un resplandor evidente en el silencioso salón. Gemma pudo imaginar horas serenas pasadas aquí con música y conversación, o matando el tiempo en el cómodo sofá de chintz en compañía de un libro; pero nunca habría gritos de ira.

—¿Qué habría pasado si Julia hubiera descubierto lo de Sharon? ¿Le habría gustado que Connor estuviera con otra mujer en su piso?

Tras una larga pausa, Caroline dijo:

—Julia hace a menudo lo que le da la gana. No puedo ni imaginar cómo reaccionaría en una situación dada. Y en cualquier caso ¿por qué es importante? —añadió, cansada—. ¿Cree que Julia pudo tener algo que ver con la muerte de Con?

—Tratamos de hallar una explicación para el comportamiento de Connor durante su última tarde y noche. Visitó inesperadamente el teatro. También se reunió con alguien esa noche, después de regresar a Henley, pero todavía no sabemos quién era.

—¿Qué es lo que saben? —Caroline se puso derecha y miró a Gemma directamente.

—Los resultados de la autopsia no nos han dicho demasiado. Estamos esperando algunos informes del forense. Todo lo que podemos hacer hasta entonces es recopilar información.

—Sargento, creo que es usted deliberadamente imprecisa —dijo Caroline, tomándole un poco el pelo.

Gemma no estaba dispuesta a dejarse llevar y se concentró en lo primero que le vino a la cabeza. Había estado examinando distraídamente las pinturas sobre las que Kincaid y Julia habían hablado. ¿Cómo había dicho Julia que se llamaba el artista? ¿Flynn? No, Flint. Eso es. Las sonrosadas mujeres con el pecho descubierto eran voluptuosas, de alguna manera inocentes y ligeramente decadentes, todo a la vez. Y el brillo de los vestidos de satén hizo pensar a Gemma en las telas que había visto aquella mañana en LB House.

—Hoy he conocido a un viejo amigo suyo, Dame Caroline. Tommy Godwin.

—¿Tommy? Dios mío. ¿Qué demonios podría querer usted de Tommy?

—Es muy inteligente, ¿verdad? —Gemma se recostó cómodamente en el sofá y metió su cuaderno de notas en el bolso—. Me ha hablado mucho sobre los viejos

tiempos, cuando todos ustedes empezaron en la ópera. Debió de ser muy emocionante.

La expresión de Caroline se suavizó. Miró distraídamente el fuego y al cabo de un rato dijo:

—Fue maravilloso. Pero claro, no me di cuenta de lo especial que era porque no tenía con qué compararlo. Pensaba que la vida sólo podía ir a mejor, que todo lo que yo tocara se convertiría en oro. —Se encontró con la mirada de Gemma otra vez—. En fin, así son las cosas, ¿verdad? Uno aprende que los buenos tiempos no pueden durar.

Las palabras contenían un eco de tanto dolor que Gemma sintió su peso en el pecho. Las fotografías del piano la atraían con insistencia, pero sostuvo la mirada en la cara de Caroline. No tenía necesidad de mirar esas fotos —la imagen sonriente de Matthew Asherton se había grabado en su memoria. Inspiró y dijo con un arrojado nacido de sus propios temores:

—¿Cómo hace para seguir adelante?

—Protegiendo lo que se tiene —dijo Caroline en voz baja, con vehemencia. Luego rió, rompiendo el hechizo—. Tommy no era tan elegante en aquellos días, aunque uno no lo diría viéndolo ahora. Se deshizo de su pasado como una serpiente muda de piel. Pero no había completado el proceso. Había todavía algunos detalles por acabar.

Gemma dijo:

—No lo puedo imaginar —y rieron las dos.

—Tommy siempre fue al menos gracioso, incluso cuando no era tan refinado. Hubo momentos estupendos... y teníamos una visión. Gerald, Tommy y yo íbamos a revolucionar la ópera. —Caroline sonrió con cariño.

¿Cómo soportaste dejarlo todo?, pensó Gemma y dijo en voz alta:

—La he oído cantar. Compré una cassette de *La Traviata*. Es maravillosa.

Caroline cruzó los brazos por debajo del pecho y estiró los delicados pies hacia el fuego.

—¿Verdad? Siempre me gustó interpretar a Verdi. Sus heroínas tienen una naturaleza espiritual que no se encuentra en Puccini y dan más espacio para la interpretación. A Puccini hay que cantarlo tal como está escrito o se convierte en algo vulgar. Con Verdi, una ha de hallar el corazón de la heroína.

—Es lo que sentí cuando escuché a Violeta —dijo Gemma con placer. Caroline había dado definición a sus impresiones vagamente formadas.

—¿Conoce la historia de *La Traviata*? —Gemma negó con la cabeza y Caroline continuó—: En París, en la década de 1840, vivió una joven cortesana llamada Marie Duplessis. Falleció el dos de febrero de 1846, justo diecinueve días después de su vigésimo segundo cumpleaños. Entre los numerosos amantes que tuvo el último año se contaban Franz Liszt y Alejandro Dumas, hijo. Dumas escribió una obra basada en la vida de Marie, llamada *La Dama de las Camelias*, o *Camille*...

—Y Verdi adaptó la obra como *La Traviata*.

—Vaya. Ha hecho los deberes —dijo Caroline con fingida decepción.

—No, sólo he leído lo que ponía en la caja. Y no sabía que el personaje de Violeta se basaba en alguien real.

—La pequeña Marie está enterrada en el cementerio de Montmartre, justo debajo del Sacré Coeur. Su tumba se puede visitar.

Gemma no se vio capaz de preguntarle si había hecho tal peregrinaje. Era algo demasiado cercano al territorio prohibido que era la muerte de Matthew. Tembló al pensar en tamaña pérdida. Marie Duplessis debió agarrarse a la vida con la misma pasión que Verdi puso en la música de Violeta.

Sonó un timbre e hizo eco en el pasillo que había justo afuera del salón. Era la puerta principal; Plummy ya le había dicho que Caroline esperaba a otra alumna.

—Lo siento, Dame Caroline. La he entretenido demasiado. —Gemma se pasó la correa del bolso por el hombro y se levantó—. Gracias por su tiempo. Ha sido muy paciente.

Caroline se levantó y de nuevo le ofreció a Gemma su mano.

—Adiós, sargento.

Justo cuando Gemma se estaba acercando a la puerta, Plummy la abrió y dijo:

—Ha llegado Cecily, Caro.

Al cruzarse con la chica en la entrada, vio brevemente a alguien de piel y ojos oscuros, y tímida sonrisa. Luego Plummy la acompañó con delicadeza afuera. La puerta se cerró y Gemma respiró el aire frío y húmedo. Sacudió la cabeza para despejarse, pero no llegó a deshacerse del incómodo pensamiento que la invadía.

Había sido seducida.

* * *

—Un mensaje para usted, señor Kincaid —gritó alegremente Tony desde la barra cuando Kincaid entró en el Chequers—. Y tiene la habitación lista. —Daba la impresión de que Tony se encargaba de todo en el *pub*, y que todo lo hacía con la misma inagotable alegría. Cogió un papel con un mensaje y se lo entregó a Kincaid.

—¿Ha llamado Jack Makepeace?

—Por cinco minutos no se ha cruzado con él. Utilice el teléfono del salón si lo desea. —Con un ademán Tony apuntó al área situada en el lado opuesto a la barra.

Kincaid llamó al departamento de High Wycombe y al poco rato Makepeace se puso al aparato.

—Hemos seguido una posible pista sobre ese Kenneth Hicks, comisario. Rumores de fuentes procedentes de las carreras indican que frecuenta un *pub* de Henley

llamado Fox and Hounds. Está en el extremo de la ciudad, en una salida de la carretera de Reading.

Kincaid había pasado por Henley al volver de Reading y ahora tendría que dar la vuelta y retroceder. Soltó un taco por lo bajo, pero no criticó a Makepeace por no llamarle al localizador o al teléfono del coche. No valía la pena echar a perder el buen rollo entre ellos.

—¿Se sabe algo sobre él?

—Nada en los archivos, que digamos, sólo un par de delitos juveniles. Por lo que parece se trata de un maleante insignificante, nada serio. Alguna vez ha metido mano en alguna caja; ese tipo de cosas.

—¿Descripción?

—Entre alrededor de un metro setenta y cinco; sesenta kilos; pelo claro y ojos azules. Sin dirección conocida. Si quiere hablar con él, imagino que tendrá que ir a tomar una copa al Fox and Hounds.

Kincaid suspiró con resignación ante la perspectiva:

—Gracias, sargento.

* * *

Al contrario que el *pub* de Reading donde había almorzado, el Fox and Hounds resultó ser tan deprimente como había imaginado. La escasa actividad de última hora de la tarde se centraba alrededor de la mesa de billar situada en la sala del fondo, pero Kincaid prefirió el bar y se sentó de espaldas a la pared en una mesa con tablero de plástico. Comparado con otros clientes, pensó que llamaba la atención vestido con sus tejanos y su jersey de lana gruesa. Sorbió la espuma de la pinta de cerveza Brakspear y se dispuso a esperar.

Había bebido la mitad de su cerveza lo más lentamente que había podido cuando entró un hombre cuya descripción coincidía con la de Kenneth Hicks. Kincaid lo miró mientras se acercaba a la barra, dirigía unas palabras en voz baja al camarero y finalmente aceptaba una cerveza. Llevaba ropa de aspecto caro, pero que le sentaba mal debido a su cuerpo menudo. La cara estrecha tenía el mal aspecto de los que en su infancia pasaron hambre. Kincaid vio por encima del borde de su vaso de cerveza cómo el hombre miraba nerviosamente por el bar y luego se sentaba en una mesa junto a la puerta.

La paranoia del maldito granuja le hubiera delatado incluso si su aspecto no lo hubiera hecho, pensó Kincaid, sonriendo con satisfacción. Bebió algo más de su cerveza, luego se levantó y con aire indiferente se llevó el vaso a la mesa del otro hombre.

—¿Le importa que me sienta? —Apartó una silla y se sentó.

—¿Qué pasa si me importa? —respondió el hombre, que retrocedió y sostuvo el vaso contra su cuerpo, como si fuera un escudo.

Kincaid se fijó en las motas de caspa mezcladas con gel fijador que oscurecía su pelo.

—Si es Kenneth Hicks, no está de suerte, porque necesito hablar con usted.

—¿Y qué si lo soy? ¿Por qué iba yo a hablar con usted? —Sus ojos no dejaban de moverse por el cuerpo de Kincaid, pero éste se había colocado entre él y la puerta. La luz gris que venía de las ventanas iluminaba las imperfecciones de la cara de Hicks: una zona donde no se había afeitado bien la barba rubia, una marca oscura en la barbilla justo donde se había hecho un corte...

—Porque se lo he pedido amablemente —Kincaid sacó sus credenciales del bolsillo y sostuvo la tarjeta delante de la cara de Hicks—. Si no le importa, déjeme ver alguna identificación.

Un brillo de sudor apareció encima del labio superior de Hicks.

—No tengo por qué. Esto es acoso.

—No creo que sea acoso, en absoluto —dijo Kincaid con suavidad—, pero si quiere puedo llamar a la policía local y podemos tener esta conversación en la comisaría de Henley.

Por un momento pensó que Hicks echaría a correr y se asentó mejor en la silla, con los músculos tensos. Luego Hicks dejó su vaso en la mesa con un golpe y, sin dirigir la palabra a Kincaid, le entregó su carné de conducir.

—¿Una dirección de Clapham? —preguntó Kincaid después de examinarlo.

—Es de mi madre —dijo Hicks con resentimiento.

—Pero usted vive aquí, en Henley, ¿no es así? —Kincaid meneó la cabeza—. Tiene que poner estas cosas al día, ¿sabe? Queremos saber dónde encontrarlo cuando lo necesitemos. —Sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo de su bolsillo y los empujó al otro lado de la mesa—. ¿Por qué no me escribe su dirección antes de que nos olvidemos? Asegúrese de que sea la correcta —añadió mientras Hicks cogía el bolígrafo a regañadientes.

—¿Qué le importa? —preguntó Hicks mientras anotaba unas líneas en el papel y se lo devolvía a Kincaid.

El comisario alargó la mano para que le devolviera el bolígrafo.

—Bueno, tengo un gran interés por no perder el contacto con usted. Estoy investigando la muerte de Connor Swann y creo que sabe mucho sobre él. Sería raro que no fuera así, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que le pagaba todos los meses. —Kincaid bebió otro sorbo de su cerveza y sonrió a Hicks. La piel cetrina de éste pasó a ser casi de color verde ante la mera mención de Connor.

—No sé de qué está hablando —chilló Hicks. Kincaid pudo oler su miedo.

—Yo creo que sí lo sabe. Lo que yo he oído es que usted hace de recaudador extraoficial para un corredor de apuestas, aquí en la ciudad, y que Connor le debía

dinero.

—¿Quién le ha dicho eso? Si ha sido esa fulana suya, la voy a...

—Ni se te ocurra tocar a Sharon Doyle —le tuteó Kincaid, inclinándose hacia Hicks y abandonando su fingida afabilidad—. Y será mejor que no sea propensa a los accidentes, porque te consideraré responsable, incluso si sólo se rompe el meñique. ¿Queda claro? —Esperó a que asintiera y luego dijo—: Bien. Sabía que eras un tipo listo. En fin, lamentablemente Connor no comentó sus problemas financieros con Sharon, de modo que vas a tener que ayudarme. ¿Si Connor debía dinero a tu jefe, por qué te pagaba a ti directamente?

Hicks tomó un trago largo de su cerveza y luego sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete arrugado de Benson & Hedges. El sobre de cerillas que usó para encender un cigarrillo llevaba el nombre del *pub*. Parecía armarse de valor con cada calada.

—No sé de qué habla, y no puede...

—Puede que Connor no cuidase mucho ciertos aspectos de su vida, pero en cambio en otros era muy meticuloso. Documentaba cada cheque que escribía, ¿lo sabías, Kenneth? ¿Te importa que te llame Kenneth? —añadió Kincaid, todo cortesía. Al no obtener respuesta de Hicks, continuó—: Te pagaba grandes sumas regularmente. Tengo curiosidad por saber si esas cantidades coinciden con lo que él debía a tu jefe.

—¡Déjale fuera de esto! —Hicks casi gritó, y vertió cerveza sobre la mesa. Miró a su alrededor para ver si alguien más lo había oído, luego se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta un susurro—. Se lo advierto, déjelo.

—¿Qué estabas haciendo, Kenneth? ¿Un poco de usura por tu cuenta? ¿Cobrabas intereses sobre las deudas de Connor? Por alguna razón no creo que tu jefe se tome demasiado bien que peles así a sus clientes.

—Teníamos un acuerdo privado. Lo ayudaba cuando tenía problemas, lo mismo que hubiera hecho él por mí, lo mismo que cualquier colega.

—Colegas, ¿eh? Bueno, esto le da un nuevo cariz al asunto. En ese caso estoy seguro de que a Connor no le importaba que te sacaras un sobresueldo gracias a sus deudas. —Kincaid se inclinó hacia delante, con las manos en el borde de la mesa, reprimiendo el deseo de coger a Hicks por las solapas de su cazadora de cuero y zarandearlo como a un muñeco—. Eres una sanguijuela, Kenneth, y con amigos así, ¿quién necesita enemigos? Quiero saber cuándo fue la última vez que viste a Connor, y quiero saber de qué hablasteis exactamente, porque empiezo a pensar que Connor se cansó de pagarte tu parte. Quizás te amenazó con ir a hablar con tu jefe. ¿Es eso lo que pasó, Kenneth? Luego quizás tuvisteis una pelea y lo empujaste al río. ¿Qué opinas, majote? ¿Es así como ocurrió?

El bar había empezado a llenarse de gente y Hicks tuvo que levantar la voz un poco para hacerse oír por encima del murmullo de voces.

—No, ya se lo he dicho, no fue así.

—¿Cómo fue entonces? —Kincaid trató de ser razonable.

—Con había tenido un par de fuertes pérdidas, una detrás de otra, y no consiguió la guita. Yo andaba bien de dinero y lo cubrí. Después, empezó a ser un hábito.

—Un mal hábito, como el juego. Y un hábito del cual Con se cansó rápido, ¿no? Con no te había extendido un solo cheque en las últimas semanas antes de su muerte. ¿Te estaba evitando, Kenneth? ¿Había tenido ya bastante?

El labio superior de Hicks estaba lleno de gotitas de sudor y se las limpió con el dorso de su mano.

—No, tío. Los caballos se habían portado bien con él durante las últimas semanas, para variar. Me pagó lo que me debía. Estábamos en paz, lo juro.

—Eso es verdaderamente reconfortante, como dos amiguitos. Seguro que también os disteis la mano. —Kincaid tomó un sorbo de su vaso otra vez, luego dijo en tono distendido—: Es buena la cerveza local ¿no crees? —Antes de que Hicks pudiera contestar se inclinó por encima de la mesa hasta llegar a pocos centímetros de la cara del hombre—. Incluso si te creyera, que no es el caso, creo que buscarías otra manera de desplumarlo. Pareces saber mucho sobre su vida personal, teniendo en cuenta vuestro *acuerdo comercial*. ¿Buscabas otro mercado, Ken? ¿Descubriste algo sobre Connor que no quería que nadie más supiese?

Hicks retrocedió.

—No sé de qué está hablando —dijo y se limpió un poco de baba del labio inferior—. ¿Por qué no le pregunta a esa puta lo que sabe? Quizás descubrió que antes muerto que casarse con ella. —Sonrió mostrando sus dientes manchados de nicotina. Kincaid pensó que su sonrisa no era mejor que su mirada de desdén—. A lo mejor fue ella quien lo empujó al río. ¿Lo ha pensado, señor sabelotodo?

—¿Qué te hace pensar que no se hubiera casado con Sharon?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Quedarse pillado con una vaca estúpida como ella, y encima cargar con la hija de otro cabronazo? ¡Ni loco! —Hicks se rió por lo bajo y sacó otro cigarrillo del paquete. Lo encendió con la colilla del primer cigarrillo—. Y ella... con una boca como la de una verdulera.

—Eres un verdadero señor, Kenneth —dijo Kincaid, generoso en sus piropos—. ¿Cómo sabes que Sharon pensaba que Con tenía intención de casarse con ella? ¿Te lo dijo ella?

—¡Claro que lo hizo! Me dijo: «Entonces se librará de ti, Kenneth Hicks. Me aseguraré de ello». Estúpida.

—Sabes, Kenneth, de haber sido tú a quien encontraron flotando en el Támesis, no creo que hubiéramos tenido que investigar demasiado los motivos.

—¿Me está amenazando? No puede... Eso es...

—Acoso, lo sé. No, Kenneth, no te estoy amenazando. Tan solo hago una observación. —Kincaid sonrió—. Estoy segurísimo de que velabas por los intereses de Connor.

—Solía explicarme cosas cuando había tomado unas cuantas copas. —Hicks bajó la voz confidencialmente—. Su esposa lo tenía cogido por las pelotas. A la que movía

un dedo, él iba con el rabo entre las piernas. Ese día tuvo un buen jaleo con ella, la muy puta.

—¿Qué día, Kenneth? —Kincaid pronunció muy claramente, muy bajito.

Hicks, con el cigarrillo medio consumido colgándole de los labios, miró a Kincaid como una rata sorprendida por un hurón.

—No lo sé. No puede probar nada.

—Fue el día que murió, ¿verdad, Kenneth? Viste a Connor el día que murió. ¿Dónde?

Los ojos muy juntos de Hicks apartaron la mirada de la cara de Kincaid. Tomó una fuerte calada del cigarrillo.

—Suéltalo, Kenneth. Lo descubriré, lo sabes. Empezaré por preguntar a esta gente tan amable de aquí. —Kincaid indicó el bar—. ¿No crees que es una buena idea?

—¿Y qué pasa si me tomé un par de cervezas con él? ¿Cómo iba a saber que sería un día distinto a cualquier otro?

—Dónde y cuándo.

—Aquí, como siempre. No sé la hora —dijo Hicks evasivo. Luego, al ver la expresión de Kincaid, añadió—: Quizás hacia las dos.

Después de comer, pensó Kincaid. Con había venido directamente desde Badger's End.

—¿Te dijo que había tenido una pelea con Julia? ¿Sobre qué?

—No lo sé, ¿vale? Nada que ver conmigo. —Hicks cerró la boca tan decididamente que Kincaid cambió de táctica.

—¿Sobre qué otras cosas hablasteis?

—Nada. Simplemente tomamos una cerveza. ¿No está prohibido, verdad, tomar una amigable cerveza con un compañero? —Hicks agudizó la voz como si estuviera sucumbiendo a la histeria.

—¿Viste a Connor después?

—No. Nunca. No después de que se fuera. —Tomó la última calada y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Dónde estuviste aquella noche, Kenneth? A partir de las ocho o así.

Movió la cabeza negando y dijo:

—No es de su jodida incumbencia. Ya he tenido bastante de su maldito acoso. No he hecho nada. La maldita bofia no tiene por qué ir detrás de mí. —Apartó su vaso vacío y empujó la silla hacia atrás, mirando a Kincaid con el blanco de los ojos destacando bajo los iris.

Kincaid sopesó el beneficio de empujarlo un poco más, pero decidió que era mejor no hacerlo.

—Está bien, Kenneth, como tú quieras. Pero quédate por aquí, donde pueda encontrarte, por si necesito visitarte otra vez. —La silla de Hicks rechinó al levantarse. Al pasar, Kincaid alargó el brazo y hundió sus dedos en la manga de la

cazadora de Hicks—. Si piensas en desaparecer, chaval, te echaré a la poli encima tan rápido que no serás capaz de encontrar un hoyo lo suficientemente grande para esconder tu culo estrecho. ¿Me entiendes, colega?

Tras un largo rato Hicks asintió. Kincaid sonrió y lo dejó ir.

—Buen chico, Ken. Nos veremos.

Kincaid se giró y vio a Hicks escabullirse por la puerta. Luego se pasó cuidadosamente los dedos por los tejanos.

Kincaid no era de los que desperdiciaba una buena cerveza, así que bebió hasta la última gota de su vaso. Contempló brevemente tomarse otra, pero la atmósfera del *pub* no invitaba a quedarse.

Ya en la calle olfateó el aire con curiosidad. Había notado el olor al llegar a la ciudad, pero ahora parecía más fuerte. Le era familiar, pero se le escapaba... ¿Quizás tomates cocinándose? Al llegar al coche lo encontró sin *graffitis* y todavía con los tapacubos intactos. Kincaid se quedó quieto un momento y cerró los ojos. Lúpulo. Claro, era lúpulo. Era lunes y la fábrica de cerveza funcionaba a pleno rendimiento. El viento debía de haber cambiado desde su llegada al *pub* y había traído el intenso olor. La fábrica pronto va a cerrar, igual que las tiendas, pensó Kincaid mirando su reloj. El tráfico de hora punta —el poco que había en Henley— había empezado.

Se dirigió hacia la carretera de Reading con la intención de intercambiar con Gemma las conclusiones del día en el Chequers. Entonces le llamó la atención una señal que indicaba el aparcamiento de Station Road. Casi sin pensarlo se encontró dando la vuelta y aparcando en una plaza vacía. Desde allí sólo había unas pocas yardas hasta el río. A su derecha tenía los pisos en forma de cobertizos para embarcaciones, serenos al anochecer, detrás de la valla de hierro.

Algo le tenía preocupado, no estaba seguro de la fecha del último cheque que Connor había extendido a Kenneth. Kincaid no había podido acabar de registrar el escritorio de Con. Entró en el piso con la llave que había usado la vez anterior con la intención de echar otra ojeada al talonario de cheques.

Se paró justo al otro lado de la puerta. Miró alrededor, tratando de averiguar por qué el piso le parecía diferente. El calor, para empezar. Alguien había encendido la calefacción central. Los zapatos de Con habían desaparecido de debajo del sofá. También había desaparecido el desordenado montón de periódicos del final de la mesa. Pero algo incluso menos definible indicaba ocupación humana. Olfateó, tratando de ubicar el suave perfume que había en el aire. Algo parecía querer emerger de los confines de su memoria, pero desapareció cuando oyó un ruido arriba.

Contuvo la respiración, escuchando, luego se dirigió silenciosamente hacia las escaleras. Hubo un chirrido, luego un golpe. ¿Podía ser alguien moviendo muebles? Había salido del *pub* tan solo unos minutos después de Kenneth. ¿Se le habría

adelantado el cabrón, dispuesto a destruir pruebas? O quizás Sharon había vuelto, después de todo.

Las dos puertas del primer rellano estaban cerradas, pero antes de poder investigar volvió a oír el ruido más arriba. Subió el último tramo de escaleras con cuidado de poder los pies en los bordes de los peldaños. La puerta del estudio estaba abierta unos centímetros, aunque no lo suficiente como para dejarle ver la habitación. Inspiró y con su puño abrió la puerta de golpe. Se abalanzó dentro de la habitación mientras la puerta rebotaba en la pared.

Julia Swann soltó el montón de lienzos que sostenía en las manos.

—¡Por Dios! Julia. ¡Qué susto me ha dado! ¿Qué demonios está haciendo aquí? —Jadeaba y la adrenalina seguía recorriendo todo su cuerpo.

—¿Que yo lo he asustado a usted? —Lo miraba con los ojos como platos, con la mano hecha un ovillo en el pecho, aplastando el suéter negro entre sus pechos—. Comisario, debe de haberme quitado usted diez años de mi vida. Por no mencionar los daños a mi propiedad. —Se agachó a recoger sus pinturas—. Le puedo preguntar lo mismo a usted. ¿Qué está haciendo en mi piso?

—Sigue estando bajo nuestra jurisdicción. Siento haberla asustado. No tenía ni idea de que estaba usted aquí. —Tratando de recuperar un mínimo de aparente autoridad, añadió—: Debería de haberlo notificado a la policía.

—¿Por qué habría de sentirme obligada a hacer saber a la policía que voy a volver a mi piso? —Se sentó en el brazo del sillón que utilizaba de apoyo para sus pinturas y lo miró desafiante.

—La muerte de su esposo sigue siendo investigada, señora Swann, y él vivía aquí, si es que acaso lo ha olvidado. —Se acercó a ella y se sentó en el único mueble disponible, la mesa de trabajo. Sus pies colgaban unos pocos centímetros por encima del suelo y los cruzó por los tobillos para evitar que oscilaran.

—Antes me ha llamado Julia.

—¿Lo hice? —En aquel momento había sido instintivo, involuntario. Ahora lo usaría deliberadamente—. De acuerdo, Julia. —Enfatizó las palabras—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Creo que es bastante obvio. —Señaló a su alrededor y él se dio la vuelta, examinando la habitación. Había pinturas —tanto los pequeños estudios de flores como los retratos más grandes— apiladas contra las paredes y unas pocas estaban colgadas. El polvo había desaparecido de las superficies visibles. Algunas de las pinturas y papeles que le resultaban familiares del estudio de Badger's End habían aparecido sobre la mesa. Julia había traído una planta grande en una maceta y la había colocado cerca de una silla de terciopelo azul. Ambas cosas y una alfombra persa descolorida y los libros de vivos colores que había en una caja tras la silla formaban una naturaleza muerta que Kincaid había visto en varias pinturas de la galería.

La habitación había cobrado vida de nuevo y por fin reconoció el aroma que le había sido esquivo cuando estaba abajo. Era el perfume de Julia.

Ella se había acomodado en la profundidad del sillón y permaneció silenciosa, fumando y con las piernas estiradas. Él la miró y vio que sus ojos tenían ojeras de cansancio.

—¿Por qué renunció a esto, Julia? No tiene sentido.

Ella lo estudió y dijo:

—Tiene un aspecto distinto cuando sale del uniforme de policía. Agradable. Incluso humano. Me gustaría pintarlo. —Se levantó de repente y con sus dedos le tocó el ángulo de la mandíbula y le giró la cabeza—. Normalmente no pinto hombres, pero usted tiene una cara interesante, unos buenos huesos que captan bien la luz. — Con igual rapidez volvió a hundirse en el sillón y lo contempló.

Kincaid seguía notando el tacto de sus dedos en la piel. Resistió el impulso de tocarse la mandíbula y dijo:

—No me ha respondido.

Apagó suspirando el cigarrillo fumado a medias en un cenicero de cerámica.

—No sé si puedo.

—Pruebe.

—Tendría que saber cómo eran las cosas entre nosotros hacia el final. —Julia acarició a contrapelo la tela del brazo del sillón. Kincaid esperó, mirándola. Ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron—. No podía forzarme. Cuanto más lo intentaba más se frustraba, hasta que al final empezó a imaginar cosas.

Centrándose en la primera parte, Kincaid preguntó:

—¿A qué se refiere con forzar?

—Nunca estuve a su disposición, no de la manera que él quería, no cuando él quería... —Cruzó los brazos como si de repente tuviera frío y frotó sus pulgares contra la tela del suéter—. ¿Le ha exprimido alguien alguna vez, comisario? —Antes de que pudiera responder, ella añadió—: No puedo seguir llamándolo comisario. Su nombre es Duncan, ¿no? —Puso un leve énfasis en la primera sílaba de su nombre, de manera que a Kincaid le pareció oír un eco escocés.

—¿Qué clase de cosas imaginaba Connor?

Las comisuras de sus labios cayeron y se encogió de hombros.

—Ya sabe. Amantes, citas secretas, ese tipo de cosas.

—¿Y no eran ciertas?

—No lo eran entonces. —Arqueó las cejas y lo obsequió con una insinuante sonrisa, como retándolo.

—¿Lo que me está diciendo es que Connor estaba celoso de usted?

Julia se rió, y la sonrisa que transformó su delgada cara lo conmovió de una forma que no supo explicar.

—Resulta irónico, ¿no? Suena a broma. Connor Swann, el famoso calavera, tenía miedo de que su propia mujer pudiera estar poniéndole los cuernos. —La

consternación de Kincaid debió notarse porque ella sonrió de nuevo y dijo—: ¿Creía que no conocía la reputación de Con? Tendría que haber sido sorda, muda y ciega para no saberlo. —Su regocijo se desvaneció y añadió, con delicadeza—: Y por supuesto, cuanto más me alejaba de él, con más mujeres se iba. —Miró más allá de Kincaid, hacia la ventana. Debía de estar oscureciendo.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta. —Esta vez fue más delicado.

—¿Qué? —Regresó del ensueño en que había estado absorta—. Ah, el piso. Al final estaba exhausta. Me escapé. Fue más fácil. —Se miraron en silencio por un momento, luego ella dijo—: Lo entiende, ¿verdad, Duncan?

Las palabras «me escapé» resonaron en su mente y de repente tuvo una visión de sí mismo, haciendo una maleta únicamente con las posesiones más necesarias y abandonando a Vic en el piso que los dos habían escogido con tanto cuidado. Había sido más fácil. Había sido más fácil empezar sin nada que le recordase su fracaso, o a ella.

—¿Y qué hay de su estudio? —dijo, interrumpiendo el fluir de los recuerdos.

—Lo eché de menos, pero puedo pintar en cualquier parte, si he de hacerlo. —Apoyó la espalda en el sillón y lo miró.

Kincaid repasó los anteriores interrogatorios con ella, tratando de comprender el cambio que ahora podía observar. Seguía siendo aguda y rápida, su inteligencia siempre evidente, pero el nerviosismo y crispación habían desaparecido.

—No fueron unos meses fáciles para usted, los que pasó en Badger's End, ¿no es así? —Ella le sostuvo la mirada, con los labios entreabiertos. Kincaid sintió un escalofrío en la espina dorsal que le venía de conocer a Julia mucho más profundamente de lo que ella creía.

—Muy perspicaz, Duncan.

—¿Qué hay de Trevor Simons? ¿Salía con él entonces?

—Le he dicho que no. No había nadie.

—¿Y ahora? ¿Lo ama? —Se convenció de que era una pregunta necesaria, a pesar de que las palabras parecieron salir de sus labios por voluntad propia.

—¿Amar, Duncan? —Julia se rió—. ¿Quiere tener una discusión filosófica sobre la naturaleza del amor y la amistad? —Continuó, más seria—: Trev y yo somos amigos, sí, pero si se refiere a si estoy enamorada de él, la respuesta es no. ¿Importa?

—No lo sé —respondió Kincaid sinceramente—. ¿Mentiría por usted? Usted abandonó la galería aquella noche. Tengo un testigo independiente que la vio marchar.

—¿De verdad? —Apartó la mirada de él mientras buscaba a tientas el paquete de cigarrillos que se había escurrido por debajo del sillón—. Supongo que salí durante un ratito. Había demasiada gente. No me gusta admitirlo, pero a veces estos eventos me provocan algo de claustrofobia.

—Sigue fumando demasiado —le dijo Kincaid cuando ella encontró el paquete y se encendió otro cigarrillo.

—¿Cuánto es demasiado? Está siendo quisquilloso de nuevo. —Su sonrisa tenía un toque de traviesa.

—¿Adónde fue cuando dejó la galería?

Julia se levantó y se dirigió a la ventana. Él se dio la vuelta y la miró mientras ella cerraba los estores, tapando así el cielo color carbón. Dándole la espalda a Kincaid, Julia habló:

—No me gustan las ventanas desnudas una vez ha anochecido. Es una tontería, lo sé, pero incluso aquí arriba siempre temo que alguien pueda estar observándome. — Se dio la vuelta—. Fui caminando por River Terrace durante un rato. Fui a tomar el aire, eso es todo.

—¿Vio a Connor?

—No —respondió mientras regresaba al sillón. Esta vez se hizo un ovillo. El movimiento provocó que el cabello oscilara contra su cuello—. Y dudo que estuviera fuera más de cinco o diez minutos.

—Pero lo vio antes, ¿no es cierto? En Badger's End, después del almuerzo, y tuvieron una discusión.

Vio cómo su pecho se movía con la respiración acelerada, como si fuera a negarlo, pero ella se limitó a mirarlo en silencio durante un momento para luego responder:

—Fue algo tan estúpido. Algo tan trivial. Estaba avergonzada. Subió arriba después de comer, entrando a saltos como un gran cachorro, y yo arremetí contra él. Había recibido una carta de la sociedad de crédito hipotecario aquella mañana. No había pagado en dos meses. Ése era el acuerdo, ¿entiende? —le explicó a Kincaid—. Él podía quedarse en el piso siempre y cuando hiciera los pagos. Bien, discutimos, como puede imaginar, y le dije que tenía que sacar el dinero de donde fuera. —Hizo una pausa, apagó el cigarrillo que había dejado encendido en el cenicero, e inspiró—. También le dije que empezara a pensar en buscarse otro sitio. Estaba preocupada, por lo de los pagos... y las cosas no eran fáciles para mí en casa.

—¿Y no se lo tomó bien? —preguntó Kincaid. Julia negó con la cabeza y apretó los labios—. ¿Le dio un plazo de tiempo?

—No, pero seguro que podía ver que no podíamos seguir así para siempre...

Kincaid hizo la pregunta que le había estado dando vueltas por la cabeza desde el principio.

—¿Por qué no se divorció de él, Julia? Superarlo, cortar por lo sano. No era una separación de prueba. Usted sabía cuando lo dejó que no podría arreglarlo.

Ella le sonrió, tomándole el pelo.

—Usted, entre todas las personas, debería conocer la ley. Especialmente tras haber pasado por ello.

Kincaid, sorprendido, dijo:

—Historias del pasado. ¿Se me ven acaso las cicatrices?

Julia se encogió de hombros.

—Lo imaginaba. ¿Le pidió su esposa el divorcio?

Cuando él asintió, ella continuó:

—¿Estaba de acuerdo con su petición?

—Por supuesto. No había razón para seguir adelante.

—¿Sabe lo que hubiera pasado si se hubiera negado?

Negó con la cabeza.

—Nunca he pensado en ello.

—Ella hubiera tenido que esperar dos años. Es lo que se tarda en demostrar un divorcio impugnado.

—¿Me está diciendo que Connor se negó a concederle el divorcio?

—Bingo, querido comisario. —Ella lo miró mientras él digería el dato, luego le dijo bajito—: ¿Era muy guapa?

—¿Quién?

—Su mujer, por supuesto.

Kincaid comparó la imagen de la belleza delicada y pálida de Vic con la mujer que tenía sentada delante. La cara de Julia parecía flotar entre la negrura de su jersey de cuello alto y su cabello oscuro, casi incorpórea, y a la luz de la lámpara las arrugas de dolor y experiencia destacaban con dureza.

—Supongo que diría que era bella. No lo sé. Hace mucho tiempo.

Dándose cuenta de que se le había dormido el trasero de estar sentado en el duro borde de la mesa, Kincaid se levantó ayudándose con las manos, se estiró y luego se sentó encima de la alfombra persa. Se pasó las manos alrededor de las rodillas y miró a Julia desde donde estaba sentado. Notó que la perspectiva diferente había alterado los planos y las sombras de su cara.

—¿Conocía los hábitos de juego de Con cuando se casó?

Negó con la cabeza.

—No. Sólo que le gustaba ir a las carreras, y para mí era algo más bien divertido. Nunca había estado... —rió al ver la expresión de Kincaid—. No, en serio. Usted piensa que crecí en un entorno muy sofisticado y cosmopolita, ¿no? Lo que usted no comprende es que mis padres nunca hacen nada que no esté conectado con la música. —Suspiró pensativa, luego dijo—: Me encantaban los colores y el movimiento, la gracia de los caballos y su perfecta forma. Poco a poco empecé a darme cuenta de que para Con no se trataba sólo de una diversión, no de la manera que lo era para mí. Durante las carreras sudaba, y a veces veía como sus manos temblaban. Y empecé a darme cuenta de que me mentía sobre cuánto apostaba. —Y añadió, encogiendo los hombros—: Poco después dejé de ir.

—Pero Con siguió apostando.

—Y teníamos peleas. Lo llamaba «un pasatiempo inofensivo». Un pasatiempo que merecía tras las presiones del trabajo. Pero sólo hacia el final empezó a ser alarmante.

—¿Le echaba un cable? ¿Pagaba sus deudas?

Julia apartó la mirada de él y apoyó la barbilla en su mano.

—Durante mucho tiempo, sí. Después de todo también mi reputación estaba en juego.

—De modo que la discusión del pasado jueves trataba en cierto modo de viejos asuntos.

Se las arregló para sonreír un poco.

—Dicho de esta manera, sí, supongo que sí. Resulta tan frustrante cuando una se oye a sí misma decir cosas que ha repetido cien veces antes. Sabes que es inútil, pero no puedes parar.

—Cuando él la dejó, ¿dijo algo diferente? ¿Hubo algo distinto de las pautas normales de estas discusiones?

—No, no que yo recuerde.

Y sin embargo había ido directamente a ver a Kenneth. ¿Habría ido a pedir dinero para pagar la hipoteca?

—¿Le dijo algo sobre si iría a Londres por la tarde, al Coliseum?

Julia levantó la cabeza de su mano. Los ojos oscuros se abrieron con sorpresa.

—¿Londres? No. No. Estoy segura de que no lo dijo. ¿Por qué habría de ir al Coli? Acababa de ver a papi y mami.

Los diminutivos infantiles sonaron extraños en sus labios y de repente pareció joven y muy vulnerable.

—Esperaba que usted me lo dijera —dijo, bajito—. ¿Alguna vez oyó a Connor mencionar a un tal Hicks? ¿Kenneth Hicks? —La miró detenidamente, pero ella sólo negó con la cabeza, con aspecto de estar genuinamente desconcertada.

—No. ¿Por qué? ¿Es un amigo?

—Trabaja para un corredor de apuestas local. Recauda dinero para él, entre otras cosas. También es una persona muy desagradable y Connor le pagaba regularmente grandes cantidades de dinero. Por eso he vuelto, para echar otra ojeada al talonario de cheques de Connor.

—Nunca he sentido deseos de mirar entre las cosas de Connor, —dijo Julia despacio—. Ni siquiera he estado en su estudio. —Dejó caer la cabeza en ambas manos y habló por entre los dedos abiertos—: Supongo que estaba aplazando lo inevitable. —Al cabo de un momento levantó la cabeza y lo miró. Sus labios estaban crispados por una mezcla de bochorno y bravuconada—: Encontré algunos objetos de mujer en el dormitorio y el baño. Los he metido en una caja. No sabía qué otra cosa hacer con ellos.

De modo que Sharon no había vuelto.

—Démelos. Creo que puedo devolvérselos a su legítima propietaria. —Aunque pudo ver la pregunta en su cara, ella no habló y se miraron en silencio. Él estaba lo suficientemente cerca como para tocarla. Tuvo el deseo de levantar la mano y tocarle la mejilla con el dorso de sus dedos.

En vez de ello, le habló con delicadeza:

—Estaba saliendo con una mujer. Según parece, era algo bastante serio. Ella tiene una hija de cuatro años y Con le dijo que se casaría con ella y las cuidaría a las dos tan pronto como usted le concediera el divorcio.

Por un momento la cara de Julia quedó en blanco, carente de expresión, como si de una maniquí se tratara. Luego ahogó una risa.

—Pobre Con —dijo—. Pobre desgraciado.

Por primera vez desde que Kincaid la conocía vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

* * *

Gemma terminó el segundo paquete de cacahuetes y se chupó la sal de las puntas de los dedos. Levantó los ojos y vio a Tony mirándola. Sonrió avergonzada.

—Me muero de hambre —dijo, a modo de disculpa.

—Deje que alguien de la cocina le prepare algo. —Tony parecía haberla adoptado como su propia responsabilidad personal y estaba más pendiente de ella de lo normal—. Esta noche tenemos unas chuletas de cerdo estupendas y lasaña vegetariana.

Gemma miró furtivamente la hora por debajo de la barra.

—Esperaré un poco más. Gracias, Tony. —Tras dejar a Dame Caroline había conducido hasta el *pub* y había subido la maleta a su habitación. De repente, vencida por una ola de cansancio, se había estirado encima del edredón con la ropa puesta y se había dormido profundamente y sin soñar durante una hora. Se despertó con frío y un poco rígida, pero bien tras un sueño reparador. Después de lavarse un poco y cepillarse el pelo se cambió de ropa y se puso sus tejanos y suéter favoritos y bajó a esperar a Kincaid.

Tony, mientras daba brillo a unos vasos en el otro extremo de la barra, vigilaba ansioso el nivel de sidra del vaso de Gemma. Ella ya casi había decidido que tomaría otra cuando Tony, mirando hacia la puerta, dijo:

—Aquí está su jefe.

Kincaid se sentó en el taburete al lado de ella.

—¿Ha estado Tony acosándote con alcohol? —Continuó sin esperar a la respuesta—. Bien, porque yo voy a acosarte con comida. Sharon Doyle me dijo que a Connor le gustaba el Red Lion de Wargrave. Era el único sitio donde la comida estaba al nivel que él exigía. Creo que deberíamos comprobarlo por nosotros mismos.

—¿Va a tomar algo antes de ir, señor Kincaid? —preguntó Tony.

Kincaid miró a Gemma.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

—Entonces será mejor que nos vayamos, Tony.

Tony agitó el paño de cocina a modo de despedida.

—¡Hasta luego! Aunque, si no les importa que se lo diga —añadió en un tono un poco de afrenta—, su comida no es mejor que la nuestra.

* * *

Tras prodigar palabras tranquilizadoras a Tony, se escaparon al coche y condujeron a Wargrave en silencio.

Se sentaron en una mesa del alegre Red Lion y Gemma por fin interrumpió el silencio:

—Tony me ha dicho que tenías un mensaje del sargento Makepeace. ¿Qué quería? ¿Dónde has estado?

Kincaid, concentrado en la carta, dijo:

—Pidamos primero. Luego te lo explicaré. ¿Ves algo que te apetezca? ¿Gratinado de abadejo y salmón ahumado? ¿Langostinos en salsa de ajo? ¿Pechuga de pollo con granos de pimienta verde y roja? —La miró, sonriendo, y Gemma pensó que sus ojos brillaban de un modo inusual—. Con tenía razón. Aquí no hay pastel de carne, ni salchichas ni puré de patatas.

—¿Estás seguro de que nuestra cuenta de gastos correrá con esta factura? —preguntó Gemma.

—No te preocupes, sargento —dijo con exagerada autoridad—. Yo me ocupo de esto.

Nada convencida, Gemma lo miró dubitativa y dijo:

—Entonces tomaré el pollo. Y para empezar, la sopa de tomate y albahaca.

—Vaya, ¿tiramos la casa por la ventana?

—Y *pudding*, si puedo hacer sitio. —Cerró la carta y apoyó la barbilla en las manos. Estaba sentada con la espalda al fuego chisporroteante y el calor empezó a penetrar su suéter—. Creo que lo merezco.

El camarero se acercó con el bloc preparado. Tenía un paño de cocina sujeto en el cinturón y el pelo oscuro y rizado recogido en una cola de caballo. Su sonrisa era atractiva.

—¿Qué van a tomar?

Kincaid pidió el gratinado y añadió una botella de Fumé Blanc. Cuando terminaron de pedir, el joven dijo:

—Muy bien. Lo pasaré a la cocina. —Y, al volver detrás de la barra, añadió—: Por cierto, me llamo David. Si necesitan alguna cosa, sólo tienen que avisarme.

Gemma y Kincaid se miraron arqueando ambos las cejas. Luego ella dijo:

—¿Crees que el servicio es siempre tan bueno, o es simplemente porque no hay mucho movimiento esta noche? —Estudió la sala. Sólo había una mesa ocupada. Una pareja, con las cabezas muy juntas, estaba sentada en la esquina más alejada.

—Apuesto que tiene buena memoria para recordar a sus clientes. Después de comer lo probamos.

Después de que David volviera para llenar sus copas con el gélido vino, Kincaid dijo:

—Explica.

Gemma relató su entrevista con Tommy Godwin, pero omitiendo su más bien deshonrosa llegada.

—No sé si creerme esta historia de llegar al teatro por la entrada principal y quedarse en la parte de atrás del patio de butacas. Algo no encaja.

Llegaron los entrantes y mientras Kincaid atacaba el paté, dijo:

—¿Y qué hay de Dame Caroline? ¿Hubo suerte?

—Parece ser que su almuerzo no fue tan tranquilo como dijeron al principio. Connor se excusó para ir a ayudar a lavar los platos, pero Plummy dice que no estuvo en la cocina y que se fue sin despedirse de Gerald y Caroline. —Rebañó la poca sopa que quedaba en el bol—. Creo que debió subir a ver a Julia.

—Lo hizo, y tuvieron una desagradable discusión.

Gemma notó que se quedaba con la boca abierta. La cerró de golpe, y dijo:

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo dijo Kenneth Hicks, y luego Julia.

—Está bien, jefe —dijo Gemma, exasperada—. Estás poniendo cara de intriga. Suelta.

Para cuando hubo acabado de contar su día, ya habían llegado sus segundos platos. Comieron en silencio durante unos minutos.

—Lo que no entiendo —dijo Kincaid al terminar de masticar un trozo de pescado y beber un sorbo de vino— es cómo un gamberro como Kenneth Hicks consiguió pescar a Connor tan a conciencia.

—El dinero es un poderoso incentivo. —Gemma dudó entre comer más puerros estofados o más patatas asadas. Finalmente eligió ambas cosas—. ¿Por qué mintió Julia acerca de la pelea con Connor? Parece suficientemente inocente.

Kincaid titubeó, y luego se encogió de hombros.

—Supongo que no pensó que fuera significativo. Tampoco era su primera pelea.

Con el tenedor a mitad de camino Gemma dijo, acaloradamente:

—Pero es que no era cuestión de olvidarse de mencionar algo que pudiera ser o no significativo. Mintió deliberadamente. Y también mintió acerca de dejar la galería. —Dejó el tenedor con el trozo de pollo arponeado en el plato y se inclinó hacia Kincaid—. No se ha portado bien al renunciar a hacerse cargo de los preparativos para el funeral. ¿Qué hubiera hecho? ¿Dejar que el condado se hiciera cargo?

—Lo dudo mucho. —Kincaid empujó su plato a un lado y se inclinó un poco hacia atrás.

A pesar de que el tono había sido suave, Gemma notó que había sido reprendida. Comprobó que empezaba a enrojecer. Cogió el tenedor y lo volvió a dejar al darse cuenta de que había perdido el apetito.

Mirándola, Kincaid preguntó:

—¿Ya has terminado? ¿Qué pasa con el *pudding*?

—No creo que pueda comérmelo.

—Bebe tu vino, entonces —dijo, llenándole el vaso— y hablaremos con David.

A Gemma le irritó el tono paternalista de Kincaid, que llamó al camarero antes de que ella pudiera responder.

—¿Listos para los postres? —dijo David al llegar a la mesa—. La *roulade* de chocolate es divina. —Al ver que los dos negaban con la cabeza continuó sin pausa—. ¿Nadie? ¿Queso, entonces? La selección de quesos es bastante buena.

—En realidad tenemos un par de preguntas. —Kincaid había abierto su cartera. Primero enseñó a David sus credenciales y luego una foto de Connor que le había pedido a Julia—. Según creemos este hombre era un cliente regular de su *pub*. ¿Lo reconoce?

—Por supuesto —respondió David, perplejo—. Es el señor Swann. ¿Qué quiere decir con «era»?

—Me temo que ha muerto —dijo Kincaid utilizando el procedimiento estándar—. Estamos investigando las circunstancias de su muerte.

—¿Muerto? ¿El señor Swann? —Por un momento el chico se puso tan pálido que Kincaid alargó el brazo y apartó una silla de la mesa de al lado.

—Siéntese —dijo Kincaid—. No parece que haya una turba pidiendo copas en el bar.

—¿Qué? —David cayó en la silla ofrecida, como si no tuviera piernas—. Ah, entiendo. —Ofreció un amago de sonrisa—. Es que me ha causado bastante impacto. Es como si hubiera estado la otra noche aquí, y siempre era... tan exuberante. Lleno de vitalidad. —Alargó la mano y tocó la fotografía con un dedo vacilante.

—¿Puede recordar cuándo fue la última noche que lo vio? —Kincaid hizo la pregunta con calma, pero Gemma pudo notar su concentración.

David arrugó el entrecejo, pero contestó rápidamente:

—Mi novia, Kelly, trabajaba hasta tarde en Tesco, no acabó hasta las nueve y media o así... El jueves. Debe de haber sido el jueves. —Los miró a los dos, como esperando aprobación.

Las miradas de Kincaid y Gemma se cruzaron por encima de la mesa y ella vio el destello de victoria en sus ojos, aunque se limitó a decir:

—Estupendo. ¿Recuerda a qué hora vino ese jueves?

—Más bien tarde. Debe de haber sido después de las ocho. —David empezó a animarse con la narración—: A veces venía solo, pero normalmente venía con gente

que yo creía que eran clientes de alguna clase. No es que escuchara a escondidas, ¿sabe? —añadió, un poco incómodo—, pero cuando estás sirviendo mesas a veces no puedes evitar oír cosas, y parecía que hablaran de negocios.

—¿Y aquella noche? —Gemma lo forzó a continuar.

—La recuerdo especialmente porque fue diferente. Vino solo. Hasta no parecía el mismo. Para empezar, fue cortante conmigo. Alguien le debe de haber tocado las pelotas, recuerdo que pensé. —Acordándose de Gemma, añadió—: Perdón, señorita.

Ella le sonrió.

—No importa.

—El señor Swann era capaz de beber mucho, pero su actitud era siempre jovial. No como otros. —David hizo una mueca y Gemma asintió con comprensión. Como si esto le hubiera recordado que tenía otros clientes, David echó una ojeada a la mesa del fondo, pero sus ocupantes estaban todavía demasiado absortos en sí mismos como para notar la falta de servicio—. Entonces llegó otro tipo y se sentaron en una mesa para cenar.

—¿Se conocían? —preguntó Kincaid.

—¿Qué...? —terció Gemma, pero Kincaid la paró levantando la mano rápidamente.

—Estoy seguro de que sí. El señor Swann se levantó tan pronto el otro pasó por la puerta. Fueron directamente a su mesa, así que no oí lo que decían —había bastantes parroquianos aquella noche—, pero parecían bastante amigables al principio.

—¿Y luego? —dijo Kincaid, después de una breve pausa.

David miró a uno y luego a otro. Se sentía incómodo.

—Supongo que se podría decir que tuvieron una discusión acalorada. No fue un concurso de gritos, en realidad no levantaron la voz. Pero estaba claro que discutían. Y el señor Swann, bueno, él siempre disfrutaba con la comida, siempre se preocupaba de felicitar al cocinero, ese tipo de cosas. —Hizo una pausa, como asegurándose de que comprendían totalmente la importancia de lo que estaba a punto de decir—. Ni siquiera se acabó la cena.

—¿Recuerda lo que tomó? —preguntó Kincaid, y Gemma supo que estaba pensando en el informe todavía incompleto del contenido del estómago de Connor.

—Bistec. Acompañado de una buena parte de una botella de Borgoña.

Kincaid tomó en consideración lo que acababa de decir, luego preguntó:

—¿Qué pasó después?

David se movió inquieto en la silla y se rascó la nariz.

—Pagaron la cuenta por separado y se fueron.

—¿Juntos? —preguntó Gemma para aclarar el detalle.

David asintió.

—Y por lo que yo sé, seguían discutiendo. —Seguía moviéndose inquieto en la silla, dándose la vuelta de vez en cuando para echar una ojeada al bar.

Gemma miró a Kincaid. Éste asintió casi imperceptiblemente y Gemma dijo:

—Una cosa más, David. ¿Qué aspecto tenía el otro tipo?

Una sonrisa iluminó la cara de David.

—Muy elegante, se vestía muy bien, si sabe a lo que me refiero. Alto, delgado, pelo más bien rubio... —Arrugó el entrecejo y pensó durante unos instantes—. Unos cincuenta años, creo. Pero muy bien llevados.

—¿Pagó con tarjeta de crédito? —preguntó Kincaid, esperanzado.

David negó con la cabeza y pareció que lo lamentaba.

—Lo siento. En efectivo.

Haciendo un esfuerzo por contener la emoción, Gemma lo felicitó.

—Es muy observador, David. Rara vez obtenemos descripciones la mitad de buenas.

—Es el trabajo —dijo, sonriendo—. Uno se acostumbra. Y cuando puedo les pongo nombres a las caras. A las personas les gusta que se las reconozca. —Apartó la silla y miró inquisitivamente a uno y otro—. ¿Puedo irme ahora?

Kincaid asintió y le entregó una tarjeta.

—Nos puede llamar si se le ocurre algo más.

David se levantó y apiló con destreza los platos sucios en su brazo. De repente paró y pareció dudar.

—¿Qué le pasó? ¿Al señor Swann? No lo han dicho.

—A decir verdad, no estamos seguros. Pero estamos tratando el asunto como muerte sospechosa —dijo Gemma—. Su cuerpo fue encontrado en el Támesis.

Los platos vibraron y David los sujetó con la otra mano.

—¿No por aquí, verdad?

—No, en Hambleton Lock. —Gemma creyó ver una sombra de alivio en la cara del joven, pero lo consideró la normal tendencia humana a querer que los problemas no invadan en el territorio de uno.

David cogió otro plato, equilibrando la carga con despreocupada facilidad.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrió?

—Encontraron su cuerpo el viernes por la mañana, temprano —dijo Kincaid, y miró a David con una expresión simpática que Gemma reconoció. Significaba que había captado totalmente su interés.

—¿El viernes por la mañana? —David se quedó helado. Y Gemma creyó que su cara palidecía, aunque no estaba segura debido al reflejo del fuego chisporroteante—. ¿Quiere decir que el jueves por la noche...?

La puerta de la entrada se abrió y entró un grupo grande de gente adinerada, y con las caras enrojecidas por el frío. David los miró, luego miró a la pareja del fondo, que ya estaban mostrando señales de impaciencia.

—Tengo que irme. Lo siento. —Sonrió a modo de disculpa y se dirigió rápidamente a la barra con la loza traqueteando.

Kincaid se quedó mirándolo un momento, luego hizo un gesto con los hombros y sonrió a Gemma.

—Un chico simpático. Podría ser un buen poli. Tiene buena memoria para serlo.

—Escucha. —Gemma se inclinó hacia delante. Su voz sonaba apremiante.

En ese momento, las dos parejas con caras rosadas, después de pedir sus bebidas en la barra, se sentaron en la mesa de al lado. Sonrieron amablemente a Gemma y Kincaid y luego iniciaron una conversación entre ellos perfectamente audible.

—Mira, David nos ha dejado la cuenta —dijo Kincaid—. Vamos a pagar y salgamos.

Hasta que no salieron a la calle no pudo Gemma volver a hablarle entre dientes a Kincaid.

—Ése era Tommy Godwin. —Vio que no reaccionaba y continuó—: El hombre que estuvo con Connor esa noche. Estoy segura de que era Tommy Godwin. Es lo que estaba tratando de decirte —añadió, con irritación.

Habían parado en la acera justo afuera del *pub*. Se quedaron así, de pie, con los cuellos de los abrigos subidos para protegerse de la niebla que había subido sigilosamente desde el río.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Te lo digo, tiene que ser él. —Gemma se oyó a sí misma alzar la voz con exasperación e intentó calmarse—. Tú mismo has dicho lo observador que era David. Su descripción ha sido demasiado exacta para no ser Tommy. Es muy improbable que se trate de otra persona.

—De acuerdo, de acuerdo. —Kincaid levantó la mano, rindiéndose en broma—. ¿Pero qué hay del teatro? Tendrás que volver a comprobar...

La puerta del *pub* se abrió y David salió lanzado.

—Perdonen. He pensado que les atraparía. Miren... —Paró, como si el impulso hubiera desaparecido. Había salido en mangas de camisa. Cruzó los brazos y empezó a patear el suelo—. Miren... No podía haberlo sabido, ¿de acuerdo? Creí que era una mera discusión. Me hubiera sentido un verdadero imbécil si hubiera intervenido.

—Dinos lo que pasó, David —dijo Kincaid—. ¿Quieres volver adentro?

David echó una ojeada a la puerta.

—No. No me necesitarán durante un rato. —Los volvió a mirar a ellos, tragó saliva y continuó—. Unos minutos después de que el señor Swann y el otro tipo se fueran, salí a descansar un poco. Normalmente Kelly pasa a tomarse una copa después del trabajo y me gusta vigilar un poco, ya saben, una chica sola por la noche. Esto ya no es tan seguro como antes. —Hizo una pausa, como dándose cuenta quizás a quién estaba sermoneando, y Gemma pudo notar cómo David se abochornaba—. En fin. Estaba más o menos donde estamos ahora, cuando oí un ruido en el río. —Apuntó hacia la calle levemente inclinada—. Era una noche clara, no como hoy. Y el río está a unos pocos metros. —Paró de nuevo, como esperando a ser sonsacado.

—¿Pudo ver algo? —preguntó Kincaid.

—La farola reflejaba un cabello rubio y una figura ligeramente más pequeña, más oscura. Pienso que debían ser el señor Swann y el otro tipo, pero no podría jurarlo.

—¿Estaban peleándose? —Gemma no pudo evitar sonar incrédula. Encontraba casi inconcebible la idea de Tommy Godwin implicado en un enfrentamiento físico.

—Era una escaramuza, como niños en el patio del colegio.

Kincaid miró a Gemma con las cejas arqueadas, denotando sorpresa.

—¿Qué pasó luego, David?

—Oí el coche de Kelly. Silenciador roto —añadió, a modo de explicación—. Se puede oír a una milla de distancia. Fui a buscarla y cuando volví ya se habían ido. — Estudió sus caras con ansiedad—. No creerán... Nunca imaginé...

—David —dijo Kincaid—, ¿puede decirnos a qué hora sucedió esto?

Asintió.

—Diez menos cuarto, o casi.

—El otro hombre —terció Gemma—, ¿lo reconocería si lo volviera a ver?

Podía ver la piel de sus brazos en carne de gallina, pero seguía quieto, dadas las circunstancias.

—Bueno, sí. Supongo que sí. No creerán que...

—Quizás convenga que haga una identificación. Mera rutina —añadió Gemma tranquilizándolo—. ¿Podemos encontrarlo aquí? Será mejor que también nos dé su dirección y el número de teléfono de su casa. —Le pasó el cuaderno de notas y él garabateó sus datos, entrecerrando los ojos debido al brillo naranja de las farolas—. Será mejor que vuelva con sus clientes —dijo Gemma, sonriéndole cuando él hubo terminado de escribir—. Nos pondremos en contacto con usted si lo necesitamos.

Cuando David se hubo ido, ella se volvió hacia Kincaid.

—Sé lo que piensas, pero es imposible. Sabemos que estuvo en Londres pocos minutos después de las once...

Kincaid le puso los dedos en el hombro, girándola con cuidado.

—Vamos a ver el río. —Mientras caminaban, la niebla los envolvió, metiéndose sigilosamente por la ropa, cubriendo su piel de gotitas, de manera que sus caras brillaban por el reflejo de la luz. El pavimento terminó y sus pies empezaron a crujir sobre la gravilla. Luego oyeron el agua lamiendo la orilla—. Debemos de estar cerca —dijo Kincaid—. ¿Lo hueles?

La temperatura había caído notablemente al acercarse ellos al agua. Gemma tuvo escalofríos y se abrazó al abrigo. La oscuridad delante de ellos se volvió más densa, más negra. Pararon, forzando la vista.

—¿Qué es este sitio?

Kincaid enfocó su linterna de bolsillo hacia la gravilla.

—Se pueden ver las rodadas donde los coches estaban aparcados. A los forenses les encantará.

Gemma se volvió hacia él, intentando que sus dientes dejaran de castañetear.

—¿Cómo podría haberlo hecho Tommy? Incluso si hubiera estrangulado a Connor y lo hubiera metido en el maletero de su coche, tendría que haber conducido

como un loco para estar en Londres antes de las once. No es posible que condujera a Hambleton con el cuerpo de Con en el maletero durante todo el trayecto.

—Pero —empezó a razonar Kincaid—, podría haber dejado el cuerpo en el maletero, conducir hasta Londres para establecer la coartada, y luego tirar el cuerpo.

—No tiene sentido. ¿Por qué ir al teatro? Era el único lugar que podía conectarlo con los Asherton y, a través de ellos, con Connor. Y si quería establecer una coartada, ¿por qué no firmar en el libro de registro? Tan sólo fue cuestión de suerte que Alison lo viera en el camerino de Gerald. Y desde luego Gerald no lo ha mencionado. —Gemma había olvidado el frío y la humedad con el calor de la discusión. Inspiró para su salva final—. Incluso si el resto fuera cierto, ¿cómo hubiera podido llevar el cuerpo de Con desde el aparcamiento de Hambleton hasta la esclusa?

Kincaid ofreció su sonrisa más irritante, la que significaba que encontraba divertido el tono vehemente de Gemma.

—Bueno. Será mejor que se lo preguntemos, ¿no?

Alison Douglas protestó cuando Gemma la llamó temprano al día siguiente.

—Pero sargento, ¿cómo voy a llamar a los acomodadores para que vengan esta mañana si ayer trabajaron hasta tarde? Y algunos tienen otros trabajos, o estudian.

—Haga lo que pueda. La alternativa es que vayan a Scotland Yard, lo cual no creo que les entusiasme. —Gemma trató de disimular su irritación. Una noche agitada y un viaje de vuelta a Londres en medio del tráfico de hora punta la habían puesto de mal humor. Pero eso no era excusa para desquitarse con Alison. Y, después de todo, no era una petición muy razonable.

—Estaré ahí antes de mediodía —le dijo a Alison, y colgó.

Puso el auricular en la horquilla y contempló con aversión el papeleo que inundaba el escritorio de Kincaid. No notó la satisfacción que normalmente sentía al haberse apropiado de su despacho, sino más bien el mismo malestar que la había mantenido despierta hasta altas horas de la madrugada. Había habido algo distinto en Kincaid anoche. Al principio sólo había notado una calidad febril en su comportamiento. Pero mientras daba vueltas en la cama durante toda la noche, llegó a la conclusión de que sus reacciones hacia ella también se habían modificado. ¿Acaso había sido imaginación suya la camaradería espontánea de la noche anterior en Londres? Había sido él quien la había ido a buscar. ¿Acaso su entusiasmo en el piso de ella y el evidente disfrute de su compañía habían hecho que bajara demasiado sus defensas, dejándola vulnerable?

Se encogió de hombros y se masajeó los ojos tratando de hacer desaparecer el cansancio. Sin embargo, no pudo borrar el pensamiento fugaz de que el cambio en la actitud de Kincaid tenía que ver con Julia Swann.

* * *

Al final, Alison pudo traer a cuatro de los acomodadores. Estaban sentados en sillas plegables, apretujados, con aspecto contrariado, pero también había en ellos cierto

aire de curiosidad.

Gemma se presentó y añadió:

—Trataré de no entreteneros más de lo necesario. ¿Conocéis alguno de vosotros a Tommy Godwin, el director de Vestuario? Alto, delgado, tirando a rubio, muy bien vestido. —Mirándolos, Gemma no se hizo demasiadas ilusiones de que la elegancia en el vestir ocupara un lugar en sus léxicos. Los tres chicos estaban arreglados, pero eran ordinarios. La chica había conseguido vestirse con lo que Gemma reconoció como ropa de bajo presupuesto, pero con un poco de estilo—. Quiero saber si uno de vosotros lo vio el jueves por la noche. —Los chicos se miraron unos a otros con las caras en blanco. Alison estaba detrás de ellos, con los brazos cruzados, apoyándose ligeramente contra la pared. Gemma vio cómo abría levemente la boca a causa de la sorpresa.

Gemma movió ligeramente la cabeza en señal de negación para Alison y esperó, forzando el silencio.

Finalmente habló la chica.

—Yo sí, señorita. —Su voz tenía una leve cadencia antillana. Gemma pensó que probablemente la había adquirido de sus padres o de otros miembros de la familia que fueron la primera generación de inmigrantes.

Gemma exhaló el aire que había retenido inconscientemente y dijo:

—¿Sí? ¿Estás segura de que fue el jueves por la noche? *Pelléas et Mélisande*, ¿verdad? —No había esperado realmente un resultado tan positivo, pero aun así no se fiaba.

—Sí, señorita. —La chica sonrió como si encontrara divertida la duda de Gemma—. Veo todos los montajes. Sé distinguir uno de otro.

—Bien. Me alegro de que uno de nosotros sepa hacerlo. —Gemma sonrió, reprochándose por haberla tratado con condescendencia—. ¿Cómo te llamas?

—Patricia, señorita. Soy estudiante de diseño. Estoy interesada en el diseño de vestuario, de modo que a veces ayudo un poco en el departamento. Por esto conozco al señor Godwin.

—¿Me puedes hablar del jueves por la noche?

La chica se dio la vuelta para mirar a Alison, como pidiendo permiso a la autoridad más cercana.

—Adelante, Patricia. Explícaselo a la sargento. Estoy segura de que todo está bien —respondió Alison.

—El señor Godwin entró en el vestíbulo por las puertas de la calle. Normalmente estoy junto a las puertas dentro del auditorio y escucho la representación. Pero acababa de regresar de los aseos y justo estaba cruzando el vestíbulo. Lo llamé, pero no me oyó.

Gemma no supo si se sentía aliviada o decepcionada. Si Tommy había estado diciendo la verdad, sí había visto la representación, no podía haber estado en Wargrave con Connor.

—¿Qué hizo entonces? ¿Lo viste?

—Pasó al siguiente pasillo. El de Roland —miró de refilón al chico más guapo del grupo.

—¿Lo viste? —Gemma se volvió hacia él.

El chico sonrió, a gusto con la repentina atención recibida.

—No estoy seguro, señorita, ya que no lo conozco. Pero no recuerdo haber visto a nadie que coincidiera con la descripción.

Al menos no la había llamado «señora». Gemma devolvió la sonrisa y centró su atención en Patricia.

—Cuando volviste a tu puesto en el auditorio, ¿lo volviste a ver?

La chica negó con la cabeza.

—La gente empezó a salir justo después y yo estaba muy ocupada.

—¿El intermedio, tan pronto? —preguntó Gemma, confundida.

—No. —Patricia negó con más energía esta vez—. Caída del telón. Me di cuenta de que había ido al baño —echó una mirada a los chicos como para acallar cualquier crítica—, justo a tiempo.

—¿Caída del telón? —repitió Gemma débilmente—. Pensaba que habías dicho que había llegado justo después de empezar la representación.

—No, señorita. Cinco minutos, quizás, antes del final. Justo antes de las once.

Gemma inspiró, recobrando así la calma. Entonces, debía de ser Tommy el del Red Lion.

—¿Lo viste después, cuando estabas recogiendo?

—No, señorita. —Tras haber entrado en ambiente, Patricia parecía genuinamente decepcionada de no tener nada más que ofrecer.

—Está bien. Gracias, Patricia. Has sido de gran ayuda. —Gemma miró a los chicos—. ¿Alguien tiene algo más que añadir? —Al recibir las esperadas negativas, dijo—: Está bien. Os podéis ir. Todos. —Patricia fue la última en irse y miró hacia atrás con timidez—. Una chica lista —dijo Gemma cuando se cerró la puerta.

—¿Qué es todo esto de Tommy, sargento? —preguntó Alison, que fue a sentarse al borde del escritorio. Se alisó distraídamente las arrugas de su traje de lana marrón, cuya tela era del mismo tono suave que su cabello y sus ojos. Gemma pensó que la hacía parecer un pequeño pajarillo.

—¿Está segura de que no lo vio hasta que fue al camerino de Gerald?

—Categoricamente. ¿Por qué?

—Él me dijo que estuvo aquí, en el teatro, durante toda la representación. Pero Patricia parece contradecirlo y parece una testigo fiable.

—¿No creerá que Tommy pueda tener nada que ver con la muerte de Connor? Eso es imposible. Tommy es... en fin, a todo el mundo le gusta Tommy. Y no sólo porque sea ingenioso y divertido. —Alison lo dijo como si Gemma se lo hubiese sugerido—. No es eso a lo que me refiero. Es amable cuando no tiene obligación de serlo. Sé que no lo creería por su actitud, pero se fija en la gente. Esa chica, Patricia.

Imagino que él la ha alentado. Cuando empecé iba con muchísimo cuidado, con pánico a cometer un error, y él siempre tuvo una palabra amable conmigo.

—Estoy segura de que tiene usted razón —dijo Gemma, esperando calmar la hostilidad de Alison—, pero hay una discrepancia y debo seguir adelante con la investigación.

Alison suspiró y de repente se la vio cansada.

—Supongo que debe hacerlo. ¿Qué puedo hacer para ayudarla?

—Piense en aquellos minutos en el camerino de *Sir Gerald*. ¿Notó algo fuera de lo común?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Alison, de nuevo irritada—. ¿Cómo puedo estar segura de que mi recuerdo no está distorsionado por lo que me ha contado, de que quizás vea un problema donde no lo hay? —Al ver que Gemma no contestaba, siguió más bajito—. He estado pensando en ello. Dejaron de hablar cuando entré en el camerino. Me sentí como si hubiera metido la pata, ¿entiende? —Miró a Gemma, buscando confirmación—. Luego, después de ese momento incómodo, parecieron demasiado entusiasmados, demasiado alegres, ¿comprende? Ahora creo que por eso sólo me quedé un minuto, el tiempo justo para ofrecer mi acostumbrada felicitación, aunque en aquel momento no me di cuenta.

—¿Algo más? —preguntó Gemma, sin esperar demasiado.

—No, lo siento.

—Está bien. —Gemma sonrió a Alison e hizo un esfuerzo por vencer el aletargamiento que había empezado a notar en sus piernas—. Tendré que hablar con él otra vez, y está demostrando ser bastante escurridizo. Esta mañana he tratado de encontrarlo, sin suerte, en su piso, en *LB House* y aquí. ¿Tiene alguna sugerencia?

Alison negó con la cabeza.

—No. Debe andar por ahí.

Viendo la mirada de preocupación en los ojos de Alison, Gemma dijo, con consideración:

—Espero que nuestro señor *Godwin* no resulte difícil de encontrar.

* * *

El *CID* de *High Wycombe* había hecho sitio para *Kincaid* en el escritorio de un inspector ausente. Había pasado la mañana allí, leyendo informe tras informe, todos inconcluyentes. Mientras se desperezaba barajó la idea de tomar otra taza del espantoso café, o bien renunciar a él y salir a almorzar.

El deber y el café parecían estar ganando la batalla cuando *Jack Makepeace* sacó la cabeza por la puerta.

—¿Algo nuevo?

Kincaid hizo una mueca.

—No valen un carajo. Usted ya los ha leído. ¿Algo nuevo del equipo de Wargrave?

Makepeace sonrió malévolamente.

—Dos latas grandes aplastadas, dos envoltorios de chicle de aluminio, los restos de un pájaro muerto y media docena de condones usados.

—Parece que es un aparcamiento popular, ¿no?

—Señala el principio de un sendero que corre a lo largo del río durante un trecho y luego rodea el cementerio. Aparcar allí no es totalmente legal, pero la gente lo hace igualmente y me atrevería a decir que es también un lugar donde la gente se cita a medianoche. —Makepeace se toqueteó el bigote por un instante—. Los forenses han dicho que la grava está demasiado blanda y estropeada para sacar moldes de rodadas.

—Lo que esperaba. —Kincaid lo miró pensativamente—. Jack, si el cuerpo cayó al río en Wargrave, ¿podría haber ido a la deriva río abajo y llegar a Hambleton por la mañana?

Makepeace negó con la cabeza antes de que Kincaid terminara la frase.

—No es posible. El río es demasiado lento, por un lado, y, por el otro, está la esclusa de Marsh, justo después de Henley.

Pensó en la breve escapada de Julia de la galería y dijo:

—Entonces lo mismo pasaría en Henley si el cuerpo hubiera caído en River Terrace.

Makepeace se apartó del marco de la puerta, donde había estado apoyado, y se dirigió hacia el mapa de la zona que había en la pared. Con un dedo regordete apuntó al cordón serpenteante que representaba el río Támesis.

—Mire todas las vueltas y recodos, todos son lugares donde un cuerpo puede quedar atrapado. —Se volvió hacia Kincaid y añadió—: Yo creo que su cuerpo cayó a unos cien metros de donde fue encontrado.

Kincaid empujó hacia atrás la chirriante silla, estiró las piernas y entrelazó los dedos en la nuca.

—Me temo que tiene razón, Jack. Me intento agarrar a cualquier cosa. ¿Qué hay de las casas junto al río, por encima de la esclusa? ¿El ir de puerta en puerta ha revelado alguna cosa?

—O bien estaban durmiendo como troncos antes de las diez de la noche —dijo Makepeace con sarcasmo y juntó las manos y las colocó en su mejilla imitando a alguien durmiendo—, o bien ven el hablar con nosotros como una excusa para contarnos las fobias de sus mascotas. ¿Recuerda ese edificio en restauración al principio de la pasarela de la presa? Una vieja de uno de los pisos del margen del río me dijo que había oído voces en algún momento después de la última edición de noticias. Cuando miró por la ventana vio a un hombre y a un chico en la pasarela. «Maricones», dijo, «maricas pecando contra el Señor». Ya, y encima matones en

motocicleta. —Los ojos de Makepeace se arrugaron, divertidos—. Parece ser que el chico llevaba el pelo largo y ropa de cuero, y eso fue suficiente para ella. Antes de que mi agente pudiera escapar, ella ya le había preguntado si había sido salvado por Jesús.

Kincaid soltó una risotada.

—Esto hace que no eche de menos los tiempos en que iba de ronda. ¿Qué hay del acceso por el sur? A través de los prados.

—Se necesita un Land Rover o algo con tracción a las cuatro ruedas. El suelo es como pegamento después de toda esta lluvia. —Makepeace estudió la cara de Kincaid. Luego dijo, comprensivo—: Mala suerte. ¡Ah! —dio unas palmaditas a la carpeta que llevaba bajo su brazo izquierdo— aquí hay algo que le puede animar: el informe final de patología. —Se lo pasó a Kincaid—. ¿Quiere comer algo?

—Déme diez minutos —Kincaid hizo un gesto con la mano a modo de saludo y luego atacó el informe.

Tras una somera lectura cogió el teléfono y finalmente logró ponerse en contacto con el doctor Winstead en su osera.

—Doctor —dijo, tras identificarse—, ya sé a qué hora comió Connor, a las nueve o poco después. ¿Está seguro de que no pudo haber muerto tan pronto como las diez?

—Carne y patatas, ¿verdad?

—Bistec, en realidad —admitió Kincaid.

—Yo pondría su muerte más cerca de medianoche, a menos que el tipo tuviera unos ácidos en el estómago como para disolver pintura.

—Gracias, doctor Winnie. Es usted un ángel. —Kincaid colgó y contempló los informes desperdigados. Al cabo de un momento los apiló todos en un montón, se apretó el nudo de la corbata y salió en busca de perspectivas más agradables.

* * *

Cuando Gemma regresó a Scotland Yard se encontró un mensaje en su escritorio que decía: *Tom Godwin ha llamado. Hotel Brown, a las tres.*

Se fue en busca del sargento de turno.

—¿Eso ha sido todo, Bert? ¿Estás seguro?

Él respondió, ofendido:

—¿Me has visto equivocarme alguna vez con un mensaje, Gemma?

—No, claro que no. —Le dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza—. Es que es raro, eso es todo.

—Esto es lo que dijo el caballero, literalmente —dijo Bert, un poco más calmado—. Por cierto, el jefe quiere verte.

—Vaya, perfecto —rezongó mientras recibía una mirada de apoyo de Bert.

—No se ha comido a nadie desde el almuerzo, encanto.

—Gracias, Bert —Gemma sonrió—. Esto hace que me sienta muchísimo mejor.

De todos modos fue caminando por el pasillo algo atemorizada. Había que reconocer que el comisario jefe Denis Childs era justo con su personal, pero había algo en su actitud agradable y cortés que hacía que Gemma quisiera confesar incluso fechorías imaginadas. Su puerta estaba abierta —ésa era su política— y Gemma golpeó suavemente antes de entrar.

—¿Quería verme, señor?

Childs la miró por encima de una carpeta. Recientemente había adquirido unos lentes estilo abuela que le quedaban raros, encaramados en mitad de la enorme cara con forma de luna. Gemma tuvo que morderse el labio para contener una risita. Afortunadamente se los sacó y los hizo oscilar entre su pulgar y su índice.

—Siéntese, sargento. ¿A qué se han dedicado usted y Kincaid estos últimos días? ¿A perder el tiempo? He recibido un toque del comisionado asistente. Quería saber por qué no se habían presentado los brillantes resultados que esperaba. Aparentemente, *Sir Gerald Asherton* les ha pegado una gran bronca.

—Sólo han pasado cuatro días, señor —dijo Gemma, herida—. Hasta ayer no pudo el patólogo realizar la autopsia. En cualquier caso —dijo con prisa, antes de que Childs saliera con lo de *resultados, no excusas*—, tenemos un sospechoso. Lo voy a interrogar esta tarde.

—¿Alguna prueba sólida?

—No señor, todavía no.

Childs dobló los brazos por encima de su barriga y Gemma se maravilló, como siempre hacía, de que a pesar de su corpulencia este hombre irradiara tal magnetismo físico. Por lo que ella sabía, estaba felizmente casado y utilizaba su atractivo para algo tan poco siniestro como mantener la disciplina entre las mecanógrafas.

—Todos los equipos están fuera. Hemos tenido una racha de homicidios. Pero a pesar de lo mucho que los necesito aquí, no creo que debamos defraudar al comisionado asistente, ¿no cree, sargento? Siempre resulta conveniente mantener contentas a las autoridades. —Le sonrió, mostrando unos dientes cegadoramente blancos que contrastaban con la piel de tono oliváceo—. ¿Se lo podrá comunicar al comisario Kincaid cuando hable con él?

—Sí, señor —contestó Gemma e interpretando lo último como una autorización para marcharse, se retiró precipitadamente.

* * *

Cuando Gemma regresó a la oficina de Kincaid, los rayos de sol entraban inclinados en la habitación. Parecían suficientemente consistentes como para tocarlos. La calidad de su luz era casi viscosa. Como si no confiara demasiado en el fenómeno, Gemma se dirigió a la ventana y miró entre los estores. La luz era lo más clara y azul posible, teniendo en cuenta la polución de la ciudad. Dirigió su mirada de la ventana al montón de papeles, que seguían caprichosamente donde los había dejado. El ángulo de entrada de la luz con el escritorio revelaba rayas de polvo y varias huellas dactilares perfectas. Gemma se dirigió al escritorio sonriendo y procedió a limpiarlo con un pañuelo de papel. Eliminar las pruebas, ésa era la primera regla. Entonces cogió su bolso del perchero y se fue a buscar el ascensor antes de que nadie pudiera pararla.

Atajó por St. James Park, caminando rápido e inspirando grandes bocanadas de aire frío y limpio. Los ingleses tienen un instinto para la luz del sol, por breve que sea su duración, pensó Gemma, como si tuvieran un sistema de radar que los avisara antes. El parque estaba lleno de gente que había hecho caso a la señal. Algunos caminaban rápido como ella y obviamente se dirigían a algún sitio. Otros sólo paseaban o estaban sentados en bancos. Todos parecían fuera de lugar debido a su ropa formal. Los árboles, que con la llovizna de los últimos días habían estado como apagados, mostraban restos de rojo y amarillo a la luz del sol. Pensamientos y crisantemos tardíos habían aparecido valientemente en los arriates.

Salió al Mall, y cuando llegó a Piccadilly pasando por St. James Street notó su corazón palpar y calor en la cara. Tan sólo quedaban un par de manzanas más por Albemarle Street. Por primera vez en ese día notó la cabeza despejada.

A pesar de haber calculado exactamente el tiempo que tardaría, llegó unos minutos temprano y se encontró que Tommy Godwin había llegado antes que ella. Éste le hizo señas con la mano, con el aspecto de encontrarse como en su propia casa, sentado en un mullido sillón del hotel. Gemma fue hacia él y de repente fue consciente de su pelo revuelto por el viento, sus mejillas rosadas y sus cómodos y poco elegantes zapatos de tacón bajo.

—Siéntese, querida. Parece como si hubiera estando haciendo un gran esfuerzo sin necesidad alguna. He pedido algo para usted. Espero que no le importe. Es un lugar estirado y pasado de moda —señaló con un movimiento de cabeza la sala, con sus paredes de paneles de madera y el fuego chisporroteante— pero preparan el té como Dios manda.

—Señor Godwin, ésta no es una ocasión social —dijo Gemma tan severamente como pudo mientras se hundía en las profundidades del sillón—. ¿Dónde ha estado? He estado buscándolo todo el día.

—He visitado a mi hermana en Clapham esta mañana. Una necesidad familiar horripilante si bien habitual, una a la que temo que la mayoría de nosotros estamos sometidos. A menos que uno haya tenido la buena suerte de venir a este mundo en una probeta. Pero incluso eso debe tener unas ramificaciones que no quiero ni pensar.

Gemma trató de enderezar la espalda contra el blando cojín del sillón.

—Por favor, no se me vaya por la tangente, señor Godwin. Necesito respuestas.

—¿Podemos tomar el té primero? —preguntó con voz lastimera—. Y por favor, llámeme Tom. —Se inclinó hacia ella y dijo, en tono confidencial—: Este hotel fue el modelo que Agatha Christie usó para su novela *En el Hotel Bertram*, ¿lo sabía, sargento? No creo que haya cambiado demasiado desde entonces.

A pesar de sus mejores intenciones, Gemma sintió curiosidad y echó una ojeada a la sala. Algunas de las diminutas viejecitas sentadas cerca de ellos podrían haber sido clones de Miss Marple. Los estampados descoloridos de sus vestidos —iban sensatamente cubiertas con chaquetas de lana— armonizaban con los apagados reflejos azules y violetas de sus cabellos, y sus zapatos... Los cómodos zapatos planos de Gemma no alcanzaban siquiera a rozar el concepto de sensatez de los robustos zapatos de cuero de las señoras.

Qué lugar tan extraño como para formar parte de las preferencias de Tommy Godwin, pensó Gemma, estudiándolo a escondidas. Observó que la chaqueta azul marino que llevaba era de cachemir, la camisa era de una impecable lanilla color gris pálido, los pantalones eran gris marengo y el discreto y cálido estampado de la corbata era azul marino y rojo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Tommy Godwin dijo:

—Es el aura de antes de la guerra lo que lo hace tan irresistible. La edad de oro de los modales británicos, ya desaparecidos. Una gran pérdida. Nací durante el Blitz, pero incluso durante mi infancia quedaban rastros de aquel refinamiento de la vida inglesa. ¡Ah! Aquí está nuestro té —dijo, mientras el camarero les llevaba la bandeja a su mesa—. He pedido Assam para acompañar los sándwiches —espero que le parezca bien— y una tetera de Keemun para las pastas.

El té en la familia de Gemma se había limitado a las bolsitas de Tetley's Finest metidos en una tetera de estaño. No le gustaba admitir que no había probado ninguno de los dos téis ofrecidos, por eso atacó la observación anterior.

—Uno sólo piensa que esos tiempos fueron perfectos porque no los vivió. Imagino que la generación de entre guerras veía la Inglaterra eduardiana como la edad de oro, y los eduardianos pensaban lo mismo de los victorianos.

—Tiene razón, querida —dijo con seriedad, mientras servía el té en su taza—, pero había una gran diferencia: la Primera Guerra Mundial. Habían estado en la boca del infierno, y sabían lo frágil que es en realidad nuestra civilización. —El camarero regresó y colocó una bandeja de tres pisos sobre la pequeña mesa. La bandeja inferior contenía sándwiches, la del medio bollos, y la superior pastitas, el toque supremo—. Tome un sándwich, querida —dijo Tommy—. El de salmón en pan integral es especialmente sabroso.

Sorbió su té y continuó con su sermón mientras sostenía un sándwich de pepino con los dedos.

—Está de moda, hoy en día, calificar las novelas de misterio de la edad de oro como triviales y poco realistas. Pero no eran así. Era su postura contra el caos. Los conflictos eran íntimos, en lugar de globales. Y la justicia, el orden y el castigo siempre prevalecían. Necesitaban desesperadamente esa tranquilidad. ¿Sabía que Gran Bretaña perdió casi un tercio de sus hombres jóvenes entre 1914 y 1918? Sin embargo esa guerra no nos amenazó físicamente de la misma manera que lo haría la siguiente. Esa guerra se quedó en el frente europeo.

Hizo una pausa para tomar de un solo mordisco medio sándwich. Masticó durante un instante y luego dijo, con tristeza:

—Qué gran pérdida debió de parecer, la flor y nata de los hombres de Gran Bretaña, y nada palpable que mostrar sino titulares de periódicos y discursos de políticos. —Sonrió—. Pero si lee Christie o Allingham o Sayers, el detective siempre cazaba al asesino. Y se dará cuenta de que el detective siempre funcionaba fuera del sistema. Las historias siempre expresaban una consoladora creencia en la validez de la acción individual.

—¿Pero los asesinatos no eran siempre limpios e incruentos? —preguntó Gemma más bien impaciente, con la boca llena. Estaba demasiado cansada e inquieta para almorzar y la caminata la había dejado de repente hambrienta.

—Algunos de ellos eran de hecho muy diabólicos. A Christie le gustaban especialmente los envenenamientos, y no se me ocurre ninguna forma menos civilizada de cometer un asesinato.

—¿Sugiere acaso que hay métodos civilizados de cometer un asesinato? —Como ahogar a tu víctima en un río convenientemente situado, pensó, sorprendida por el giro que estaba tomando la conversación.

—Claro que no, querida, sólo que siempre he encontrado la idea del veneno especialmente abominable. Que una persona pueda infligir tanto sufrimiento e indignidad a otra...

Gemma bebió otro sorbo de su té. Se lo pasó por la lengua y decidió que le gustaba el rico sabor a malta.

—¿Entonces prefiere los asesinatos rápidos y limpios, Tommy?

—No los prefiero de ningún modo, querida —dijo, mirándola mientras servía más té. Estaba jugando con ella, tomándole el pelo, ella lo notaba en la sonrisa reprimida de sus ojos.

Es hora de una pequeña dosis de realidad, pensó, chupando la ensalada de huevo de las puntas de sus dedos.

—Siempre he pensado que el ahogamiento tenía que ser una muerte horrible. Ceder ante esa desesperada necesidad de llenar de aire los pulmones, luego atragantarse, oponer resistencia, hasta que llega la pérdida de la consciencia como bendito alivio.

Tommy Godwin se sentó en silencio, mirándola, con las manos relajadas encima de la mesa. Qué manos más bonitas, pensó Gemma, con dedos largos y finos, con las

uñas perfectamente cuidadas. Encontraba totalmente inconcebible la idea de que él fuera capaz de pelearse como un vulgar rufián y utilizar esas manos para estrangular y asfixiar, o quizás mantener un cuerpo apaleado bajo el agua.

—Tiene razón, querida —dijo en voz baja—. Ha sido de muy mal gusto seguir en esa línea, pero las novelas policíacas son un *hobby* mío. —Cogió un sándwich de berros y lo estudió por un instante antes de devolverlo a la bandeja. Sus ojos, de un cándido color azul oscuro, se encontraron con los de ella—. ¿Cree que el pobre Connor sufrió?

—No lo sabemos. El patólogo no encontró evidencia que indicara que tragase agua del río, pero eso no lo convierte en imposible. —Gemma dejó que el silencio se alargase durante un latido, y añadió—: Esperaba que usted pudiera decírmelo.

Sus ojos se agrandaron.

—Venga ya, sargento. ¿No creerá...?

—Me mintió cuando dijo que asistió a la ópera aquella noche. Uno de los acomodadores lo vio entrar desde la calle justo minutos antes de que acabara la representación. Y tengo un testigo que lo puede situar en un *pub* de Wargrave teniendo una conversación no demasiado amigable con Connor Swann —dijo, presentando su farol con toda la autoridad que pudo lograr.

Por primera vez desde que lo había conocido, a Tommy parecieron faltarle las palabras. Al estudiar su cara serena, vio que la mayor parte de su atractivo no recaía en sus rasgos individuales, sino en la expresión de curiosidad despierta y divertida que normalmente animaba dichos rasgos. Finalmente suspiró y empujó su plato vacío.

—Debería de haber sabido que era inevitable. Incluso cuando era niño no me salía lo de contar mentiras. Tenía intención de asistir a la representación aquella noche, eso era cierto. Luego escuché en mi contestador un mensaje urgente de Connor en el que decía que necesitaba verme. Supongo que cuando fue al teatro por la tarde me había estado buscando.

—¿Le pidió que lo fuera a ver al Red Lion?

Mientras Tommy asentía, el camarero trajo la segunda tetera. Tommy dijo, levantándola para servir el té:

—Debe probar el Keemun, querida. ¿Con qué le gustaría acompañarlo?

Gemma había empezado a negar con la cabeza cuando él dijo:

—Por favor, sargento, tome algo. Todo esto es especial para usted. Pensé que una mujer policía que trabaja duro probablemente no tiene muchas oportunidades de tomar el té por la tarde.

Gemma recordó las palabras de Alison, y pensó que independientemente de lo que pudiera haber hecho Tommy, no podía rechazar este pequeño detalle.

—Tomaré un bollito, por favor.

Tras coger él también un bollito, sirvió té a Gemma de la tetera recién preparada.

—Pruébelo. Si quiere puede ponerse leche, pero no se lo recomiendo.

Gemma hizo lo que le aconsejó, luego lo miró con expresión de sorpresa.

—Es dulce.

Pareció satisfecho.

—¿Le gusta? Es un té Congou del norte de China. Opino que es el mejor de los téns negros de China.

—Hábleme de Connor —dijo Gemma, mientras untaba crema de leche espesa y mermelada de fresa en el bollito.

—En realidad no hay mucho que decir. Me encontré con él en el Red Lion, como dice, y desde el principio se comportó de manera bastante extraña. Nunca lo había visto así. Aunque me han llegado historias sobre las semanas posteriores a su separación de Julia. Había estado bebiendo, pero no creí que eso fuera lo que le hacía comportarse de aquella manera. Estaba... no sé... casi histérico.

—¿Por qué lo quería ver?

Acompañó con un poco de té el trozo de bollo que había tomado.

—Lo descubrí al poco rato. Dijo que había decidido que quería su antiguo puesto, que estaba harto de trabajar con cuentas de medio pelo, de ciudad de provincias, y que quería que yo intercediera por él.

—¿Podría haberlo hecho? —preguntó Gemma con cierta sorpresa.

—Bueno. Sí, supongo que sí. Hace muchos años que conozco al socio más antiguo. De hecho, fui yo quien lo animó a ir detrás de la cuenta de la ENO. —Miró a Gemma por encima de la taza que sostenía con ambas manos—. Es una pena que no podamos prever las consecuencias de nuestros actos. Si no lo hubiera hecho, Connor nunca hubiera conocido a Gerald y Caro, y a través de ellos, a Julia.

—Pero usted rechazó la solicitud de Connor.

—Al principio, cortésmente. Le dije que mi reputación dependería de su rendimiento y que, teniendo en cuenta su conducta previa, no creía que debía arriesgarla. La verdad es que —añadió esto mientras dejaba la taza sobre la mesa y apartaba la mirada de Gemma— nunca me gustó. No es algo que debería decir cuando se es sospechoso de haber cometido un acto delictivo ¿verdad, sargento? —Sonrió, tomándole el pelo de nuevo, luego dijo pensativamente—: Me acuerdo de su boda muy claramente. Fue una boda de junio, en el jardín de Badger's End. Sé que no debe de haberlo visto, pero puede ser muy bonito en esa época del año. Todo obra de Plummy, aunque Julia solía ayudarla bastante cuando tenía tiempo.

»Todos decían lo perfectos que quedaban Julia y Connor, y debo admitir que era una pareja atractiva, pero cuando los miraba sólo veía desastres. Eran completamente, totalmente incompatibles.

—Por favor, no se vaya por las ramas, Tommy —Gemma se preguntó cómo le podía recalcar la gravedad de la situación con la boca llena de bollito.

Suspiró.

—Nos peleamos. Se volvió más y más abusivo, hasta que al final le dije que ya había tenido suficiente. Me fui. Eso fue todo.

Gemma apartó su plato hacia un lado y se inclinó hacia Tommy.

—Eso no es todo, Tommy. El camarero salió justo después de que usted y Connor salieran del *pub*. Dice que los vio pelearse junto al río.

Aunque jamás hubiese imaginado que un hombre con el porte y la experiencia de Tommy Godwin pudiera ruborizarse, podría haber jurado que su cara se puso rosa de vergüenza.

Hubo una breve pausa durante la cual él no la miró a los ojos. Finalmente, dijo:

—No he hecho algo así desde que iba al colegio, e incluso entonces consideraba cualquier forma de violencia física indecorosa y poco civilizada. Era una manera aceptada de salir adelante en la vida —obtener algo de alguien a base de palizas— y yo hice la elección intencionada de vivir la mía de manera distinta. Se me tildó de afeminado, por supuesto —añadió, dejando entrever su familiar y encantadora sonrisa—, pero podía vivir con ello. Con lo que no podía vivir era la idea de abandonar mis principios.

»Cuando me di cuenta de que estaba metido en una ridícula pelea de patio de colegio con Connor, simplemente paré y me fui.

—¿Y él lo dejó irse?

Tommy asintió.

—Creo que para entonces ya había perdido ímpetu.

—¿Aparcó su coche en la grava, junto al río?

—No. Encontré un sitio en la calle, una o dos manzanas más arriba del río. Alguien lo habrá visto —añadió esperanzado—. Es un Jaguar clásico, rojo, inconfundible.

—¿Y luego, cuando volvió al coche?

—Regresé a Londres. Después de haber visto a Con sabiendo que era una equivocación, la noche se había estropeado y sentía que había hecho el ridículo. Pensé que lo mejor era rescatar lo que pudiera de mi plan original.

—¿Por cinco minutos? —preguntó Gemma, escéptica.

Sonrió.

—Hice lo que pude.

—¿Y no se fue al camerino de *Sir Gerald* para establecer una coartada?

Tommy contestó con paciencia:

—Como ya le dije, sargento, quería felicitarlo.

—¿A pesar de no haber visto la representación?

—Pude ver por la reacción del público que había ido especialmente bien.

Estudió su cara y él le devolvió la mirada sin apartar los ojos.

—Tiene razón, ¿sabe? —le dijo al final—. Es usted un terrible mentiroso. ¿Supongo que se fue directamente a casa desde el teatro?

—Pues sí, lo hice.

—¿Hay alguien que pueda responder por usted?

—No, querida. Me temo que no. Y aparqué en la parte trasera de mi edificio y subí con el montacargas, así que no vi a nadie. Lo siento —añadió, como si le afligiera defraudarla.

—Yo también lo siento, Tommy. —Gemma suspiró. De repente se sintió cansada y dijo—: Usted pudo poner el cuerpo de Connor en el maletero de su coche, conducir de nuevo a Hambleden después de la representación y tirarlo a la esclusa.

—¿De verdad? Qué idea tan extraordinariamente imaginativa. —Tommy parecía divertido.

Gemma dijo, exasperada:

—¿Se da cuenta de que tendremos que incautar su vehículo para que el equipo de forenses lo examine? ¿Y que tendremos que registrar su piso en busca de pruebas? Ahora tendrá que venir conmigo a Scotland Yard y hacer una declaración formal.

Levantó la delicada tetera de porcelana y sonrió a Gemma.

—Entonces será mejor que termine su té, querida.

El almuerzo con Jack Makepeace mejoró considerablemente la actitud de Kincaid ante la vida. Se habían hinchado de queso, encurtidos y cerveza Green King y salieron a la calle guiñando los ojos. Habían pasado todo el almuerzo en un *pub* poco iluminado cerca de la comisaría de High Wycombe.

—¡Vaya sorpresa! —dijo Makepeace volviendo la cara hacia el sol—. Dudo que dure demasiado. La previsión es que lloverá a cántaros.

El perfecto antídoto para una mañana pasada sin ir a ninguna parte, dando vueltas sobre sí mismo, era un paseo, pensó Kincaid mientras disfrutaba del leve calor del sol en su cara.

—Creo que voy a aprovechar el buen tiempo —le dijo a Makepeace cuando llegaron a la comisaría—. Ya sabe dónde localizarme si surge algo.

—Los hay que tienen suerte —contestó Makepeace afablemente—. A los currantes nos toca volver al tajo. —Saludó con la mano y desapareció tras las puertas de cristal.

Kincaid condujo el corto trayecto de High Wycombe a Fingest y al llegar al pueblo vaciló un momento antes de girar en dirección al aparcamiento del *pub*. Si bien la vicaría tenía un aspecto apacible y atractivo a la luz del atardecer, y el vicario era realmente una autoridad en paseos locales, pensó que probablemente acabaría pasando el resto de la tarde cómodamente agasajado en el estudio del vicario.

Al final Tony demostró ser igual de valioso y complaciente en el tema de los paseos que en todo lo demás.

—Tengo justo lo que busca —sacó un libro de uno de los misteriosos huecos de debajo de la barra—. Paseos a *pubs* locales. ¿Son tres millas y media demasiadas para usted? —Miró a Kincaid evaluándolo.

—Creo que puedo lograrlo —dijo Kincaid con una sonrisa.

—Fingest, Skirmett, Turville y vuelta a Fingest. Los tres pueblos están cada uno en su propio valle, pero este paseo en concreto evita la colina más pronunciada. Aunque puede que acabe hecho un asco.

—Gracias, Tony. Prometo no dejar pisadas en sus alfombras. Me voy a cambiar de ropa.

—Tenga mi brújula —dijo Tony cuando Kincaid ya se daba la vuelta para irse. La brújula apareció en la palma de su mano como por arte de magia—. Le vendrá bien.

* * *

Al final del primer ascenso largo, algún ciudadano considerado había colocado un banco sobre el cual el paseante sin resuello podía sentarse y disfrutar de la vista. Kincaid aprovechó el descanso, luego siguió avanzando por bosques y campos, y por encima de cercas. Al principio, recordó la breve historia que le explicó el vicario y mientras caminaba imaginó la sucesión de celtas, romanos, sajones y normandos estableciéndose en estas colinas, todos dejando su impronta en estas tierras.

Después de un rato la combinación de aire fresco, ejercicio y soledad lograron tener un efecto positivo en él. Su mente regresó por sí misma a la cuestión de la muerte de Connor Swann y clasificó los hechos y las impresiones que había recopilado hasta entonces. Las pruebas del patólogo hacían que fuera bastante improbable que Tommy Godwin hubiera matado a Connor fuera del Red Lion en Wargrave. Es posible, por supuesto, que hubiera dejado a Connor inconsciente y lo hubiera matado horas más tarde, después de regresar de Londres. Pero al igual que Gemma, a Kincaid no se le ocurrió un escenario lógico para el traslado posterior del cuerpo desde el coche a la esclusa.

El informe del doctor Winstead también significaba que Julia no podía haber matado a Con durante su breve ausencia de la galería. La declaración de David en la que situaba a Connor en Wargrave hasta las diez de la noche hacía imposible que ella lo hubiera visto en River Terrace y hubieran quedado para más tarde. Kincaid rehuyó la sensación de alivio que esta conclusión le trajo, y se forzó a considerar la siguiente posibilidad: que hubiera visto a Connor mucho más tarde y que Trevor Simons hubiera mentido para protegerla.

Estaba tan absorto en sus cavilaciones que no vio la boñiga hasta que hubo metido el pie en ella. Soltó un taco y se limpió la zapatilla de deporte lo mejor que pudo en la hierba. El motivo de un asesinato era como esto, pensó mientras caminaba con más cuidado, a veces no lo ves hasta que caes encima. A pesar de lo mucho que se esforzaba, no podía hallar una razón probable por la cual Julia hubiera querido matar a Con. Tampoco creía probable que, tras haber tenido una pelea ese mismo día, hubiera acordado quedar con él más tarde para tener otra.

¿Había sido esa discusión con Julia tras el almuerzo lo que provocó el cada vez más extraño comportamiento de Connor durante el resto del día? Sin embargo, fue después de dejar a Kenneth que Con se desvió de un patrón de comportamiento habitual en él. Y esto llevó a Kincaid a pensar en Kenneth. ¿Dónde había estado el

jueves por la noche? ¿Y por qué, al preguntarle por sus movimientos, había pasado de una cooperación reacia a un retraimiento total y obstinado? Mientras imaginaba a Kenneth, envuelto en su cazadora como si fuera una armadura, recordó la testigo que Makepeace había mencionado. «Un chico vestido de cuero...», había dicho. Kenneth era de constitución delgada y Makepeace había descrito al chico como de un metro y setenta de altura. Al lado de Connor se podría haber confundido perfectamente por un chico. Era una posibilidad que valía la pena seguir investigando.

El bosque lo rodeó de nuevo cuando dejó Skirmett. Caminó por un mundo oscuro y silencioso. Sus pisadas eran absorbidas por el mantillo. Ni siquiera el canto de los pájaros rompía el silencio, y cuando paró a mirar un reflejo blanco que podría haber sido un ciervo escapando dando saltos, pudo oír su propio torrente sanguíneo en los oídos.

Kincaid continuó caminando y siguió el hilo que partía de la masa informe de especulaciones: si Connor se fue en coche del Red Lion después de su pelea con Tommy Godwin ¿adónde fue? La cara de Sharon Doyle se le apareció. Ella, al igual que Kenneth, se había puesto agresiva cuando Kincaid le preguntó por sus movimientos de aquella noche.

Cuando llegó a Turville miró hacia el noroeste, hacia Northend, donde estaba situado Badger's End, bajo el baldaquín de hayas. ¿Qué había llevado a Julia de vuelta a esa casa, como si un cordón umbilical invisible hubiera tirado de ella?

Se paró en el camino secundario a Northend y frunció el ceño. Un hilo que no podía agarrar recorría su caso. Notaba que se le escapaba cada vez que se acercaba demasiado, como una escurridiza criatura de las profundidades marinas huyendo a nado.

Enclavado entre el grupo de casitas que conformaba Turville, el *pub* Bull and Butcher le hacía señas. Pero Kincaid se declaró inmune a la tentación de la cerveza Brakspear y se dirigió de nuevo a los prados.

Pronto llegó a la carretera que llevaba a Fingest. El sol había descendido por debajo de las copas de los árboles y la luz pasaba entre los troncos, iluminando motas de polvo y parpadeando en su ropa como un proyector de películas defectuoso.

Cuando apareció el ya familiar campanario a dos aguas de la iglesia de Fingest, Kincaid había tomado dos decisiones. Pediría a los de Thames Valley que detuvieran a Kenneth Hicks y se vería lo bien que resistía la bravata de Hicks en una sala de interrogatorios de la comisaría local.

Y luego haría otra visita a Sharon Doyle.

* * *

Cuando Kincaid regresó al *pub* Chequers —un poco sucio de barro tal como había dicho Tony y agradablemente cansado de su caminata— seguía sin haber noticias de Gemma respecto a sus progresos con Tommy Godwin. Llamó a Scotland Yard y le dejó al sargento de turno un mensaje para ella. Tan pronto como acabase se tenía que reunir con él. Quería que estuviera en el interrogatorio de Hicks. Y, teniendo en cuenta la antipatía que sentía hacia las mujeres, pensó Kincaid con una sonrisa, quizás podía realizar ella el interrogatorio.

* * *

Una vez en Henley, Kincaid dejó el coche cerca de la comisaría y caminó hasta Hart Street con los ojos fijos en el campanario de la iglesia de St. Mary the Virgin.

Era cuadrada y sólida, y la ciudad quedaba anclada a su alrededor como si ella fuese el centro de una rueda. Church Avenue estaba cuidadosamente situada a la sombra del campanario y miraba hacia el cementerio como si fuera su propio jardín privado. Una placa montada en la cantería informaba de que la hilera de casas de beneficencia había sido cedida por John Longland, obispo de Lincoln, en 1547, y reconstruida en 1830.

Las casitas eran inesperadamente encantadoras. Estaban estucadas en verde muy pálido, las puertas eran de color azul brillante y había cortinas de encaje en cada ventana. Kincaid llamó a la puerta que Sharon Doyle le había indicado. Oyó el sonido de una televisión y, débilmente, la voz aguda de una criatura.

Había levantado la mano de nuevo para volver a llamar cuando Sharon abrió la puerta. Excepto por los inconfundibles tirabuzones dorados, apenas la hubiese podido reconocer. No llevaba maquillaje, ni siquiera pintalabios, y su cara lavada tenía un aspecto joven y desprotegido. Habían desaparecido las ropas de vestir y los tacones altos y los había sustituido por una camiseta desteñida, tejanos y zapatillas de deporte sucias. Desde la última vez que la vio había adelgazado a ojos vistas. Para su sorpresa, parecía patéticamente contenta de verlo.

—¡Comisario! ¿Qué hace aquí? —Una versión pegajosa y alborotada de la niña de la foto que había visto Kincaid apareció al lado de Sharon y se agarró a la pierna de su madre.

—¡Hola Hayley! —dijo Kincaid, agachándose a la altura de sus ojos. Miró hacia Sharon y añadió—: He venido a ver qué tal andaban.

—Uy, pase —dijo Sharon, como si hiciera un esfuerzo por recordar sus modales y se retiró, cojeando debido a la niña pegada a ella como una lapa—. Hayley justo estaba tomando su té, ¿no es así, cariño? En la cocina, con la abuela. —Ahora que

tenía a Kincaid en el salón no tenía ni idea de qué hacer con él y se quedó tal cual, acariciando la maraña de rizos rubios de la niña.

Kincaid miró a su alrededor con interés. Blondas y muebles oscuros, pantallas de lámpara con flecos y olor a cera con aroma de lavanda, todo arreglado y limpio como si se hubiera conservado en un museo. El sonido del televisor estaba sólo un poquito más alto que cuando Kincaid esperaba afuera. Eso le hizo suponer que las paredes interiores de la casita debían de haberse construido con una gruesa capa de yeso.

—A la abuela le gusta tener la tele en la cocina —dijo Sharon, rompiendo el silencio—. Es más acogedor sentarse cerca de la cocina económica.

La sala podría haber sido la escena de un noviazgo de hace mucho tiempo, pensó Kincaid. Imaginó a los jóvenes amantes sentados afectadamente en las sillas de crin. Luego recordó que estas casitas se habían construido para pensionistas y si alguna vez había habido alguien cortejando, debía de haber sido lo suficientemente mayor como para no hacerse ilusiones. Se preguntó si Connor habría venido alguna vez aquí.

Dijo, con diplomacia:

—Si Hayley quisiera ir con su abuela y acabar su té, quizás usted y yo podríamos salir afuera y charlar un rato.

Sharon miró agradecida a Kincaid y se inclinó hacia su hija.

—¿Has oído lo que ha dicho el comisario, cielo? Necesita hablar conmigo, así que ve con la abuela y acábate el té. Si te comes todas las judías y la tostada podrás comer una galleta —añadió, para engatusarla.

Hayley estudió a su madre como si evaluara la sinceridad de su promesa.

—Lo prometo —dijo Sharon dando la vuelta a su hija y dándole una palmada en el trasero—. Ve. Dile a la abuela que iré en un momento. —Miró cómo la niña desaparecía por la puerta de la parte posterior de la sala y luego dijo a Kincaid—: Déjeme ir a buscar un cardi.

El cardi resultó ser un cardigan de hombre color marrón, un poco comido por las polillas e irónicamente reminiscente del que había llevado *Sir Gerald Asherton* la noche en que Kincaid lo conoció. Viendo la mirada del comisario, Sharon sonrió y dijo:

—Era de mi abuelo. La abuela lo guarda para llevar por casa. —Mientras seguía a Kincaid de camino al cementerio, continuó—: En realidad ella es mi bisabuela; nunca conocí a mi abuela. Murió cuando mi madre era un bebé.

A pesar de que el sol se había puesto durante el breve tiempo que Kincaid había estado en la casa, el cementerio resultaba más atractivo con la luz crepuscular. Se dirigieron hacia un banco que había al otro lado del camino. Al sentarse, Kincaid dijo:

—¿Siempre es tan tímida, Hayley?

—Siempre ha charlado como una cotorra, desde el día que aprendió a hablar, incluso con extraños. —Las manos de Sharon yacían relajadas sobre su regazo, con

las palmas hacia arriba. Podrían haber sido incorpóreas, tan inanimadas parecían, y Kincaid notó que desde la última vez que la vio se había mordido las uñas hasta llegar a la carne—. Desde que le expliqué lo de Con que está así. —Miró a Kincaid, con aire de súplica—. ¿Tenía que decírselo, no? No podía dejar que pensara que se había largado, ¿no? No podía dejarla creer que no le importábamos.

Kincaid reflexionó cuidadosamente antes de responder.

—Creo que ha hecho lo correcto, Sharon. Sería duro para ella de todos modos y a largo plazo estoy seguro de que es mejor decir la verdad. Los niños notan cuando uno miente, y luego han de superar la traición además de la pérdida.

Sharon escuchó atentamente, luego asintió una vez cuando Kincaid hubo terminado. Estudió sus manos por un momento.

—Ahora quiere saber por qué no lo podemos ver. Mi tía Pearl falleció el año pasado y la abuela la llevó a verla antes del funeral.

—¿Por qué se lo ha dicho?

Sharon encogió los hombros y dijo:

—Cada uno hace las cosas como cree correcto, eso es todo. ¿Qué más podía hacer?

—Imagino que quiere pruebas concretas de que Con esté realmente muerto. Quizás la podría llevar a su tumba, después. —Con un gesto indicó las tumbas cuidadosamente dispuestas sobre la hierba verde del cementerio—. No se trata de algo que no le sea familiar.

Sharon se volvió hacia él, con las manos apretadas convulsivamente.

—No tengo a nadie con quien hablar, ¿entiende? Mi abuela no quiere saber nada de esto. Ella no tenía buen concepto de él.

—¿Por qué? —preguntó Kincaid, sorprendido de que la mujer no estuviera complacida por las posibilidades de mejora en la vida para su bisnieta.

—El matrimonio es el matrimonio a los ojos del Señor —la imitó Sharon. Y de repente, Kincaid tuvo una visión clara de la anciana—. La abuela es muy firme en sus creencias. Para ella, el hecho de que Con no viviera con *ella* no cambiaba nada. Y mientras Con estuviera casado yo no tendría derechos, me dijo. Al final resulta que ha tenido razón, ¿no?

—Debe usted de tener amigas con las que hablar —dijo Kincaid, sin respuesta útil para la última pregunta.

—Ellas tampoco quieren saber nada. Parece como si de repente tuviera la lepra o algo así. Actúan como si les pudiera contagiar y estropearles la diversión. —Sharon se sorbió la nariz y luego añadió, en voz más baja—: En cualquier caso, no quiero hablar de Con con ellas. Lo que teníamos era entre nosotros, y no me parece justo airearlo como si fuera la colada.

—No. Tiene razón.

Estuvieron sentados durante unos minutos mientras las luces empezaban a encenderse en las casitas. Formas poco definidas se movían tras las cortinas y, de vez

en cuando, un pensionista aparecía tras una puerta, y luego otra, sacando las botellas de leche y recogiendo los periódicos. La escena le hizo pensar a Kincaid en esos relojes alemanes tan elaborados, la clase de reloj en los que pequeñas personas aparecen y desaparecen alegremente mientras dan las horas. Miró a la chica sentada a su lado. De nuevo había inclinado la cara hacia sus manos.

—Haré que le devuelvan sus cosas, Sharon. A *ella* le gustaría. —Maldita sea, había metido la pata—. A la señora Swann le gustaría que se las devolvieran —dijo, corrigiéndose a sí mismo.

Su respuesta, cuando llegó, sorprendió a Kincaid.

—Lo que dije la otra noche... bueno. He estado pensando. —En la tenue luz pudo observar el brillo de sus ojos, pero ella volvió a desviar la mirada—. No fue justo, lo que dije. Ya sabe. Sobre ella...

—¿Lo que dijo sobre que Julia hubiera matado a Connor, quiere decir?

Asintió, toqueteando sin darse cuenta un punto de la parte delantera de su camiseta.

—No sé porqué lo dije. Supongo que quería darle la culpa a alguien. —Al cabo de un momento continuó, en un tono como de descubrimiento—: Creo que quería creer que ella era tan horrible como Con decía. Hacía que me sintiera mejor. Más segura.

—¿Y ahora? —preguntó Kincaid. Al no contestar, continuó—: ¿No tenía razón alguna para hacer esas acusaciones? ¿Con nunca le dijo nada que le hiciera pensar que Julia pudiera haberlo amenazado?

Ella negó con la cabeza y habló tan bajito que Kincaid tuvo que acercarse a ella para oírla.

—No. —Oía a jabón Pears, y la vulgaridad de ese olor bueno y limpio le oprimió de repente la garganta.

La penumbra se intensificó y de algunas de las ventanas de las casitas salía el parpadeo azul de las televisiones. Kincaid imaginó que las pensionistas —sólo había visto a mujeres— tomaban sus cenas temprano para poder instalarse delante de la tele, sin interrupción, aisladas de sí mismas y de los demás. Se estremeció levemente y se sacudió la ola de melancolía que lo amenazaba, como un perro saliendo del agua. ¿Por qué, después de todo, habría de sentirse descontento del confort que disfrutaban estas mujeres?

A su lado, Sharon tiró de su cardigan envolviéndose más en él. Kincaid se frotó las manos para calentarlas y se volvió hacia ella, diciéndole con brío:

—Una cosa más, Sharon. Y luego será mejor que entre antes de que coja frío. Tenemos un testigo que está seguro de haber visto a Connor en el Red Lion de Wargrave después de dejarla aquella noche. Con se encontró con un hombre cuya descripción coincide con Tommy Godwin, un viejo amigo de los Asherton. ¿Lo conoce? ¿Oyó a Con mencionarlo alguna vez?

Casi podía oírle pensar mientras seguía sentada a su lado, en la oscuridad. Pensó que si miraba con detenimiento vería su ceño fruncido mostrando concentración.

—No —dijo, finalmente—, nunca le oí mencionarlo. —Se volvió hacia Kincaid y recogió una de sus piernas sobre el banco para poder mirarlo bien a la cara—. ¿Tuvieron...? ¿Se pelearon?

—Según el testigo no fue un encuentro demasiado amistoso. ¿Por qué?

Se puso la mano delante de la boca y mordisqueó la uña de su dedo índice. Morderse las uñas era una forma de autoestímulo que nunca había atraído a Kincaid, y se estremecía cuando veía la carne dañada. Esperó, entrelazando los dedos para impedir que su mano apartara la de Sharon de su boca.

—Creí que había sido yo la que lo había hecho enfadar —dijo precipitadamente—. Volvió aquella noche. No estaba contento de verme, quería saber por qué no había vuelto a casa de la abuela, como ya le dije. —Tocó la manga de Kincaid—. Por eso no dije nada antes. Me sentía una completa idiota.

Kincaid le dio una palmadita en la mano.

—¿Por qué no se fue a casa?

—Lo hice. Pero la partida de *bridge* de la abuela había terminado temprano —una de las ancianas se encontraba mal— de modo que volví. Me sentía mal por haberme largado enfadada. Pensé que estaría contento de verme y esperaba que pudiéramos... —Tragó saliva, incapaz de seguir adelante. Pero para Kincaid estaba claro lo que ella esperaba sin mayores explicaciones.

—¿Estaba bebido?

—Había tomado unas copas, pero no estaba realmente borracho.

—¿Y no le dijo dónde había estado o a quién había visto?

Sharon negó con la cabeza.

—Dijo: «¿Qué estás haciendo aquí?» y pasó por mi lado como si yo fuera un mueble o algo.

—¿Luego qué? Explíquemelo poco a poco, todo lo que recuerde.

Cerró los ojos, pensó durante un momento y luego empezó a hablar, obediente:

—Fue a la cocina y se sirvió una copa.

—¿No fue al carrito de bebidas? —preguntó Kincaid, recordando la cantidad de botellas.

—Eso era sólo por apariencia. Para las visitas. Con bebía *whisky* y siempre tenía una botella en la encimera de la cocina, —dijo, y luego continuó despacio—. Volvió al salón y noté que se tocaba continuamente la garganta. «¿Estás bien?», le pregunté. «¿Te encuentras mal, cielo?». Pero no me contestó. Subió arriba al estudio y cerró la puerta.

—¿Lo siguió? —preguntó Kincaid cuando ella se quedó en silencio.

—No sabía qué hacer. Empecé a subir las escaleras cuando lo oí hablar. Debía de haber llamado a alguien. —Miró a Kincaid y, a pesar de la débil iluminación, pudo

ver su angustia—. Estaba riendo. Eso es lo que no podía entender. ¿Cómo podía estar riendo cuando apenas me había dirigido la palabra?

»Cuando volvió a bajar las escaleras me dijo: “Salgo otra vez, Shar. Cierra cuando salgas”. Para entonces ya había tenido suficiente. Le dije que cerrara él mismo su maldita puerta. No le había estado esperando para que me tratara como una simple fulana, ¿no? Le dije que si me quería ver que cogiera el maldito teléfono y me llamara, y que me lo pensaría si no tenía nada mejor que hacer.

—¿Qué respondió Connor?

—Se quedó allí, con la cara inexpresiva, como si no hubiera oído una palabra de lo que le había dicho.

Kincaid ya había oído a Sharon en pleno ataque de ira y pensó que Connor debía de haber estado realmente preocupado.

—¿Y lo hizo? ¿Irse?

—Tenía que hacerlo, ¿no? ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Es verdad que la escena exigía una salida por la puerta grande —dijo Kincaid, sonriendo.

Sharon le sonrió un poco a su pesar.

—Di un portazo tan fuerte que me arranqué una uña. Un dolor de mil demonios.

—De modo que no lo vio salir del piso, ¿no?

—No. Me quedé afuera durante un minuto. Supongo que esperaba que viniera a decirme que lo sentía. Vaca estúpida —añadió, amargamente.

—No fue estúpida, de ningún modo. No tenía manera de explicarse el comportamiento de Con. En su lugar, pienso que yo hubiera hecho exactamente lo mismo.

Sharon se tomó un momento para asimilar estas palabras y luego dijo, entrecortadamente:

—Señor Kincaid, ¿sabe por qué Connor dijo esas cosas? ¿Por qué me trató así?

Deseó poder consolarla y respondió:

—No —luego añadió con más certeza de la que sentía—, pero voy a descubrirlo. Vamos, ha de entrar en casa. Su abuela habrá llamado a la policía.

La sonrisa de Sharon fue tan débil como flojo el chiste de Kincaid, y se la dirigió simplemente para complacerlo, de eso estaba seguro. Cuando llegaron a la puerta de la casita, él le preguntó:

—¿Qué hora era cuando dejó a Con? ¿Lo recuerda?

Asintió, indicando el enorme campanario que tenían detrás:

—Las campanas dieron las once justo cuando pasé por el *pub* Angel.

* * *

Después de dejar a Sharon, le salió como lo más natural del mundo bajar la colina y seguir por el río hasta el piso de Julia. Recogería las cosas de Sharon ahora que lo tenía en mente, y mientras estaba allá podría interrogar a Julia otra vez sobre sus movimientos después de que la galería cerrara aquella noche.

O así se lo decía la parte racional, lógica de su mente. La otra parte se quedó observando las maquinaciones de la primera, como espectador entretenido y burlón. ¿Por qué no admitía que esperaba poder sentarse junto a ella, mirando cómo la cálida luz de la lámpara se reflejaba en la brillante curva de su cabello? ¿O que quería volver a ver la manera en que sus labios se curvaban por las comisuras cuando encontraba divertido algo que él decía? ¿O que su piel todavía recordaba el toque de los dedos de ella en su cara?

¡Qué gilipollez!, dijo Kincaid en voz alta, apartando al espectador a un lugar recóndito de su mente. Necesitaba aclarar unos cuantos puntos, eso era todo, y su interés por Julia Swann era puramente profesional.

El viento que antes había despejado el cielo había parado al atardecer, dejando la noche silenciosa y calmada, aunque a la expectativa. Las luces que se reflejaban en la superficie del agua la hacían parecer sólida como el hielo, y cuando pasó junto al *pub* Angel y caminó junto al terraplén, notó el aire fresco cerniéndose sobre el río como una nube.

Al pasar por la galería de Trevor Simons lo vio fuera de la puerta. Cruzó la calle rápidamente y lo encontró todavía agachado sobre el cerrojo. Tocó su brazo.

—Señor Simons. ¿Tiene problemas con la cerradura?

Simons dio un salto, soltando el pesado llavero que sostenía en la mano.

—Dios Santo, comisario, me ha dado un susto tremendo. —Se agachó a recoger las llaves y añadió—: Se encalla un poco, me temo, pero ya lo tengo.

—¿De camino a casa? —dijo Kincaid, en tono agradable. Incluso se preguntó si el itinerario de Simons incluía una visita a Julia. Ahora que se había vuelto a instalar en el piso, justo un poco más abajo, ya no tendrían necesidad de encontrarse furtivamente en el taller de detrás de la galería.

Simons estaba un poco incómodo, con las llaves en una mano y la carpeta de trabajos en otra.

—La verdad es que sí. ¿Necesitaba verme?

—Hay un par de cosas —respondió Kincaid, tomando una decisión mientras hablaba—. ¿Por qué no cruzamos la calle y tomamos algo?

—¿No tardaremos más de media hora? —Simons miró su reloj—. Hoy salimos a cenar. Mi mujer ha enviado a las niñas a casa de amigos. No puedo llegar tarde si en algo valoro mi vida.

Kincaid se apresuró para tranquilizarlo.

—Será sólo un momentito, en el *pub* Angel. Le prometo que no estaremos mucho rato.

Encontraron el *pub* lleno, pero el público era reposado. Kincaid calculó que se trataba básicamente de profesionales que tomaban una copa rápida antes de irse a casa después del trabajo.

—Un sitio agradable —dijo, mientras se ponían cómodos en una mesa junto a una de las ventanas que daba al río—. Salud. Admito que me he aficionado a la cerveza Brakspear's Special. —Mientras saboreaba su cerveza miró a su compañero con curiosidad. Simons parecía algo incómodo debido a su cita para cenar, no obstante daba la impresión de que era sincero—. Parece que usted y su esposa han planeado una noche romántica —dijo Kincaid, como andando a la caza de algo.

Simons apartó la mirada. Su incomodidad parecía más evidente aún. Las canas plateadas en su espeso cabello castaño atraparon la luz cuando se pasó la mano.

—Bueno, comisario. Ya sabe cómo son las mujeres. Ella se sentirá muy defraudada si no participo con entusiasmo.

Un barco pasó despacio por debajo del puente de Henley. Las luces de babor y estribor brillaban ininterrumpidamente. Kincaid empujó el posavasos de la cerveza hacia delante y hacia atrás con un dedo y luego miró a Simons.

—¿Sabe que Julia se ha vuelto a mudar a su piso?

—Sí. Lo sé. Me llamó ayer. —Antes de que Kincaid pudiera responder, Simons explicó convincentemente—: Mire, comisario, seguí su consejo el otro día. Le hablé a mi mujer de... de lo que pasó con Julia. —La cara huesuda de Simons tenía aspecto demacrado por el cansancio. Al tomar a sorbos el *whisky* con agua su mano tembló levemente.

—¿Y? —dijo Kincaid al ver que no proseguía.

—La noticia la sacudió. Y estaba dolorida, como podrá imaginar, —dijo Simons en voz baja—. Creo que el daño no será fácil de reparar. Nuestro matrimonio ha sido bueno, probablemente mejor que el de la mayoría. Nunca debí cometer este error.

—Suenas como si no quisiera continuar su historia con Julia, —dijo Kincaid, sabiendo que no era de su incumbencia y que su investigación apenas justificaba cruzar los límites de los buenos modales.

Simons negó con la cabeza.

—No puedo. No si quiero arreglar las cosas con mi esposa. Se lo he dicho a Julia.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Estará bien. —Simons sonrió con ese humor moderado, de desaprobación, que Kincaid ya había observado—. Yo no fui más que un capricho pasajero para Julia. Probablemente le he ahorrado la molestia de tener que decirme, «lo siento, querido, pero era tan solo un poco de diversión».

A Kincaid se le ocurrió que Simons, al igual que Sharon Doyle, agradecía tener un oyente imparcial y aprovechó esta ventaja.

—¿Estaba enamorado de ella?

—No estoy seguro de que «amor» y «Julia» existan en el mismo vocabulario, señor Kincaid. He estado casado durante casi veinte años. Para mí el amor significa

calcetines zurcidos y «¿a quién le toca sacar la basura, querido?». —Sonrió mientras tomaba un sorbo de su *whisky*—. Quizás no sea apasionante, pero de este modo uno sabe dónde se encuentra. —De repente se serenó—. O al menos debería saberlo, a menos que se comporte como un asno.

»Estaba encaprichado con Julia, fascinado, embelesado. Pero no estoy seguro de que nadie pueda acercarse a ella lo suficiente para amarla.

A pesar de lo mucho que le desagradaba a Kincaid la necesidad de atacar, lo hizo con una voz repentinamente severa:

—¿Estaba lo suficientemente encaprichado como para mentir por ella? ¿Está seguro de que ella no abandonó la galería cuando terminó la fiesta? ¿Le dijo ella que tenía que ver a alguien? ¿Qué volvería en una hora o dos?

El buen humor había desaparecido de la cara de Trevor Simons. Terminó su *whisky* y depositó el vaso con cuidado, adrede, en el centro exacto de su posavasos.

—No lo hizo. Puede que sea un adúltero, comisario, pero no soy un embustero. Y si piensa que Julia tuvo algo que ver con la muerte de Connor, le puedo decir que está usted buscando en el lugar equivocado. Ella estuvo conmigo desde que cerramos la galería hasta el amanecer. Y después de quemar las naves, por así decirlo, confesándoselo a mi esposa, testificaré ante un tribunal si es necesario.

Kincaid llamó a la puerta y esperó. Llamó otra vez. Cambió el peso de una pierna a la otra. Silbó por lo bajo. No se oía ningún ruido dentro del piso y se dio la vuelta, sintiendo una punzada de decepción.

Lo frenó el ruido de la puerta al abrirse. Cuando se dio la vuelta vio a Julia mirándole en silencio, sin demostrar ni placer ni consternación por su presencia. Levantó la copa de vino, saludándolo sarcásticamente.

—Comisario. ¿Es una visita social? No puede acompañarme si se va a hacer el duro.

—Vaya, vaya —miró con detenimiento el jersey rojo desteñido que llevaba por encima de unas mallas negras—, una explosión de color. ¿Es indicativo de algo?

—Hay veces que una debe abandonar sus principios cuando no ha hecho la colada —respondió con aire de sabiduría—. Pase. ¿Qué va a pensar de mis modales? También —añadió, mientras retrocedía hacia la sala— puede ser mi concesión al duelo.

—¿Una proclama a la inversa? —preguntó Kincaid, siguiéndola a la cocina.

—Algo así. Le traeré una copa. El vino está arriba. —Abrió un armario y se puso de puntillas, estirándose para llegar al estante. Kincaid se dio cuenta de que no llevaba zapatos sino calcetines gruesos y sus pies parecían pequeños y desprotegidos—. Con ordenó la cocina adaptándola a sus necesidades —cogió una copa—. Y parece que siempre que quiero algo, está siempre fuera de mi alcance.

Kincaid se sintió como si se hubiera entrometido en una fiesta.

—¿Estaba esperando a alguien? No necesito interrumpirla. Sólo quería hablar brevemente con usted y quizás recoger las cosas de Sharon Doyle.

Julia se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la encimera. Lo miró mientras sostenía las dos copas contra el pecho.

—No esperaba a nadie, comisario. No hay un alma que esperar. —Se rió entre dientes de su propio sentido del humor—. ¡Vamos! Ya habíamos superado lo de comisario, ¿no? —añadió por encima del hombro mientras lo conducía de nuevo al salón—. Supongo que soy yo la reincidente.

No estaba más que un poco achispada, decidió Kincaid al subir las escaleras detrás de ella. Su equilibrio y coordinación aún estaban bien, aunque se movía con

más cuidado de lo normal. Al pasar el primer rellano echó una ojeada a la cama alborotada, deshecha, a través de la puerta abierta. La puerta del despacho seguía cerrada.

Cuando llegaron al estudio vio que las lámparas estaban encendidas y los estores bajados. Le pareció que la habitación había adquirido una capa más de la personalidad de Julia en las veinticuatro horas que habían pasado desde que la había visto por última vez. Había estado trabajando y una pintura parcialmente acabada estaba prendida en una tabla, encima de la mesa de trabajo. Kincaid reconoció la planta por las excursiones de su niñez en Cheshire. Era una verónica, cuyas flores azul genciana —que cubrían los márgenes de los senderos— se decía que le daban a uno fuerzas durante el viaje. También recordó su consternación al descubrir que su belleza no se podía mantener cautiva —las delicadas flores se marchitaban y morían a los pocos minutos de cogerlas.

En el resto de la superficie de la mesa había libros de botánica abiertos, papeles arrugados y varias copas sucias. La habitación olía a humo de tabaco y, levemente, al perfume de Julia.

Julia caminó, sin hacer ruido, por encima de la alfombra persa y se dejó caer en el suelo, en frente del sillón, el cual utilizaba de respaldo. Al lado del sillón había un cenicero rebosante y un cubo para hielo que contenía una botella de vino blanco. Llenó la copa de Kincaid.

—Por Dios, siéntese, Duncan. No se puede celebrar un funeral estando de pie.

Kincaid se sentó en el suelo y aceptó la copa.

—¿Es eso lo que hacemos?

—Y además con un excelente Cap d'Antibes. A Con le hubiera gustado que celebráramos un velatorio, ¿no cree? A él le iban las tradiciones irlandesas. —Tomó un sorbo del vino que le quedaba en la copa e hizo una mueca—. Caliente. —Se llenó la copa y luego encendió un cigarrillo—. Voy a tratar de fumar menos, lo prometo —dijo, sonriente, antes de que Kincaid pudiera protestar.

—¿Qué está haciendo, Julia, atrincherándose aquí arriba de esta manera? El resto de la casa parece como si nadie lo hubiera ocupado. —Examinó su cara, y decidió que las sombras bajo sus ojos eran más pronunciadas que el día antes—. ¿Ha comido algo?

Se encogió de hombros y dijo:

—Todavía quedaba algo en la nevera. Cosas del estilo de Con, por supuesto. Yo me hubiera conformado con pan y mermelada. Supongo que no me di cuenta —hizo una pausa para dar una calada a su cigarrillo— de que se convertiría en la casa de Con. No en la mía. Ayer me pasé la mayor parte del día limpiando, pero parece como si no hubiera servido de nada. Él está por todas partes. —Hizo un movimiento circular con la cabeza, indicando el estudio—. Excepto aquí. Si alguna vez estuvo aquí arriba, no dejó huellas.

—¿Qué es lo que le hace querer erradicarlo tan a conciencia?

—Ya se lo he dicho, ¿no? —frunció las cejas y lo miró por encima de la copa, como si no recordara del todo—. Con era un mierda de primera categoría —dijo, sin exaltarse—. Bebedor, jugador, donjuán, un patán con la labia de un irlandés que él pensaba que lo llevaría adonde quisiera. ¿Por qué iba a querer recordarlo?

Kincaid arqueó las cejas con aire escéptico y tomó un sorbo de su vino.

—¿Podemos atribuir esto también a Connor? —saboreó su seca finura en el paladar.

—Tenía buen gusto y era sorprendentemente hábil para encontrar una ganga —admitió Julia—. Imagino que es un legado de cómo fue educado.

Kincaid se preguntó si la atracción de Connor por Sharon Doyle se debía también a su educación: el hijo único, mimado, de una madre que lo adora y que se consideraba merecedor de su devoción. Esperaba que Con hubiera reconocido también la valía de Sharon.

Fue asombroso cómo Julia pareció leer sus pensamientos:

—La amante... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Sharon. Sharon Doyle.

Julia asintió, como si el nombre hubiera encajado en su mente.

—¿Rubia, un poco gordita, joven, no muy sofisticada?

—¿La ha visto? —preguntó Kincaid, sorprendido.

—No es necesario. —La sonrisa de Julia fue de compunción—. Simplemente he imaginado mi antítesis —dijo, y se trabó un poco con las consonantes—. Míreme.

A Kincaid le resultó fácil complacerla. Enmarcada en la campana que formaba su cabello, la cara de Julia mostraba humor e inteligencia a partes iguales. Él le dijo, tomándole el pelo:

—Entiendo su hipótesis sólo hasta cierto punto. ¿Está acaso sugiriendo que debería considerarla antigua y cansada de la vida?

—Bueno, no del todo. —Esta vez le dio el beneficio de su sonrisa, y Kincaid pensó de nuevo lo extraño que resultaba ver la sonrisa de *Sir Gerald* trasladada tan directamente a su delgada cara—. Pero entiende lo que le digo, ¿no?

—¿Por qué habría Con de querer a una mujer lo más opuesta a usted que pudiera encontrar?

Ella dudó un momento, movió la cabeza como negando, rehuyendo el tema.

—Esta chica, Sharon, ¿cómo lo lleva?

—Diría que apenas lo sobrelleva.

—¿Cree que la ayudaría si hablara con ella? —Apagó el cigarrillo en el cenicero y añadió, con delicadeza—: Nunca he estado segura de cuál era el protocolo adecuado en estas situaciones.

Kincaid intuyó cuán vulnerable se sentiría Sharon en presencia de Julia, y sin embargo no tenía a nadie con quien compartir su dolor. Cosas más raras había visto.

—No lo sé. Creo que a ella le gustaría asistir al funeral de Connor. Le diré que será bienvenida, si lo desea. Pero no esperaré demasiado.

—Con le habrá explicado historias de horror sobre mí, estoy segura —dijo Julia, asintiendo—. Es normal.

Kincaid, mirándola socarronamente, dijo:

—Está siendo verdaderamente magnánima esta noche. ¿Acaso hay algo en el ambiente? Acabo de hablar un rato con Trevor Simons y parece estar del mismo humor. —Hizo una pausa y bebió un poco más del vino. Al ver que Julia no respondía, continuó—: Dice que está dispuesto a declarar bajo juramento que estuvieron juntos durante toda la noche, sin importarle el daño que ello pueda causar a su matrimonio.

Julia suspiró.

—Trev es muy decente. ¿No creerá que se llegue a ese punto? —Rodeó sus pantorrillas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Miró fijamente a Kincaid—. No pensaré realmente que yo maté al pobre Con, ¿verdad? —Al no responder Kincaid, ella levantó la cabeza y dijo—: ¿*Usted* no lo cree, verdad, Duncan?

Kincaid repasó las pruebas mentalmente. Connor había muerto entre el cierre de la galería y la primera hora de la mañana, el espacio de tiempo que Trevor Simons daba como coartada irrefutable para Julia. Simons era un tipo decente, como había dicho Julia acertadamente. A Kincaid no le había gustado acosarlo, pero ahora estaba más seguro que nunca de que él no se hubiera puesto en una situación comprometida al mentir por Julia.

Incluso al exponer estos hechos, sabía que tenían poco que ver con lo que él mismo sentía. Estudió la cara de Julia. ¿Podía uno ver la culpabilidad, si disponía de las dotes apropiadas y de la información correcta? A menudo la había sentido, y su mente racional le decía que la valoración se debía basar en una combinación de impulsos subliminales —lenguaje corporal, olor, matices de la voz. Y también sabía que había en ello un elemento que iba más allá de lo racional. Podía considerarse un presentimiento, una sensación, pero no importaba. Se basaba en un conocimiento innato e inexplicable de otro ser humano. Y a Julia la conocía en profundidad. Estaba tan seguro de su inocencia como de la suya propia.

Despacio, negó con la cabeza.

—No. No creo que usted haya matado a Connor. Pero alguien lo hizo, y no estoy seguro de que nos estemos acercando a la conclusión del caso. —Le había empezado a doler la espalda y se estiró y volvió a cruzar las piernas—. ¿Tiene alguna idea de por qué Connor quiso cenar con Tommy Godwin la noche en que murió?

Julia se sentó con la espalda recta y abrió los ojos estupefacta.

—¿Tommy? ¿Nuestro Tommy? Conozco a Tommy desde que era así de alta. —Sostuvo la mano mostrando la altura de un niño pequeño—. No puedo imaginar nada más improbable que los dos disfrutando de una reunión social. A Tommy nunca le gustó Con, y estoy segura de que lo dejó claro. Con mucha educación, por supuesto

—añadió, con cariño—. Si Con hubiera querido ver a Tommy, seguro que no lo hubiera guardado en secreto.

—Según Godwin, Con quería su antiguo trabajo y pensó que él lo ayudaría.

Julia meneó la cabeza.

—Paparruchas. Con tuvo un ataque de nervios y la empresa nunca hubiera contemplado el contratarlo de nuevo. —Sus ojos eran cándidos y negros como el carbón.

Kincaid cerró los ojos por un momento, esperando que así, sin ver su cara, pudiera poner en orden sus pensamientos. Cuando los abrió de nuevo, ella estaba mirándolo.

—¿Qué dijo Connor aquel día, Julia? Parece como si su comportamiento empezara a salirse de lo normal desde el momento en que la dejó, después de comer. Creo que no me ha dicho toda la verdad.

Ella apartó la mirada y trató de encontrar un cigarrillo. Luego apartó el paquete y se puso de pie con la gracia de una bailarina. Se dirigió a la mesa, donde cogió un tubo de pintura, que destapó y apretó hasta dejar caer una gota de pintura azul oscuro en la paleta. Eligió un pincel delgado con el que dio, con unos pequeños toques, un poco de color a la pintura.

—Por alguna razón no logro que quede bien. Me he cansado de mirarla. Quizás si...

—Julia...

Paró, dejando el pincel parado en el aire. Después de un largo rato, aclaró el pincel y lo colocó, con cuidado, junto al dibujo. Luego se volvió hacia Kincaid.

—Empezó como era habitual, justo como se lo expliqué. Una simple pelea sobre dinero, sobre el piso. —Regresó al brazo del sillón.

—¿Qué pasó luego? —Kincaid se acercó a ella y le tocó la mano, instándola a seguir.

Julia tomó su mano entre las palmas y la sujetó con fuerza. Bajó la mirada y frotó el dorso de la mano de Kincaid con la punta de los dedos.

—Él me rogó —dijo en voz tan baja que Kincaid tuvo que esforzarse para poder oírla—. Se tiró literalmente al suelo y me rogó. Me pidió que volviera con él, me pidió que lo amara. No sé qué fue lo que le hizo explotar ese día. Yo pensaba que había aceptado nuestra situación bastante bien.

—¿Qué le dijo usted?

—Que era inútil. Que iba a divorciarme de él en cuanto hubiera pasado el límite de dos años si seguía negándose a cooperar. —Se encontró con los ojos de Kincaid—. Me porté muy mal con él, y no era su culpa. Él no tuvo la culpa de nada.

—¿De qué está hablando? —dijo Kincaid, suficientemente alarmado como para olvidar por un momento la sensación de los dedos de ella sobre su piel.

—Todo fue mi culpa, desde el principio. Nunca debí casarme con él. Sabía que no era justo, pero estaba enamorada de la idea de casarme, y supongo que pensé que de

alguna manera nos las arreglaríamos. —Se rió y soltó su mano—. Pero cuanto más me quería, cuanto más necesitaba, tanto menos tenía yo para ofrecer. Al final ya no había nada. —Muy bajito, dijo—: Excepto piedad.

—Julia —dijo Kincaid enojado—, usted no era responsable de las necesidades de Connor. Hay personas que nos exprimen, sin importar lo mucho que les demos. Usted no podía...

—Usted no lo comprende. —Se levantó del brazo del sillón y se alejó nerviosamente de él. Al llegar a la mesa de trabajo se dio la vuelta—. Yo sabía cuando me casé con él que no podía amarlo. Ni a él, ni a nadie, ni siquiera a Trev, que no ha pedido nada excepto honestidad y afecto. No puedo, ¿lo ve? No soy capaz.

—No sea absurda, Julia, —dijo Kincaid, poniéndose en pie—. Por supuesto que...

—No. —Lo frenó con una simple palabra—. No puedo. A causa de Matty.

La desesperación de su voz hizo desvanecer el enfado de Kincaid tan rápido como había aparecido. Fue hacia ella y la atrajo suavemente hacia él. Acarició su pelo al poner ella la cabeza sobre su hombro. El delgado cuerpo de Julia encajó en la curva de los brazos de Kincaid con tanta facilidad como si ése fuera su lugar habitual. Su cabello era sedoso, como plumas rozando las palmas de sus manos. Ella olía levemente, inesperadamente, a lilas. Kincaid aspiró y tuvo que estabilizarse para luchar contra el mareo que recorrió su cuerpo. Se esforzó por concentrarse en la cuestión que tenía entre manos.

—¿Qué tiene que ver Matty con esto, Julia?

—Todo. Yo también lo quería, ¿sabe? Pero esto parece que no se le ocurrió a nadie, excepto a Plummy, supongo. Ella lo sabía. Estuve enferma, ¿sabe?... después. Pero me dio tiempo para pensar. Y fue entonces cuando decidí que nada me haría daño nunca más. —Se apartó de él justo lo suficiente para poder mirarlo a la cara—. No vale la pena. Nada vale la pena.

—Pero la alternativa, una vida entera en aislamiento emocional, seguro que es peor, ¿no?

Ella volvió a sus brazos y colocó su mejilla en el hueco del hombro de él.

—Al menos es soportable —dijo ella, con la voz amortiguada. Kincaid notó su aliento cálido a través de la tela de su camisa—. Traté de explicárselo a Con aquel día: la razón porque nunca podría darle lo que él quería... una familia, hijos. No tenía nada por lo que guiarme, ¿entiende? No tenía un proyecto de vida normal, corriente. Y un hijo... Nunca podría asumir ese riesgo. Lo ve, ¿no?

Se vio a sí mismo con incómoda claridad, acurrucándose hasta formar una pelota, como un erizo herido, después de que Vic echara por tierra su segura y comfortable existencia. Él se había protegido del riesgo igual que lo había hecho Julia. Pero ella, al menos, había sido honesta consigo misma, mientras que él había utilizado el trabajo —con las oportunas exigencias de la vida de un policía— como excusa para no comprometerse emocionalmente.

—Lo veo —dijo en voz baja—, pero no estoy de acuerdo.

Kincaid le frotó la espalda, amasando con suavidad los tensos músculos. Los omóplatos eran muy marcados al tacto.

—¿Connor lo comprendió?

—Únicamente logré que se enfadara más. Entonces fue cuando me porté mal con él. Le dije... —paró, sacudió la cabeza y su cabello le hizo cosquillas en la nariz a Kincaid—. Cosas horribles, realmente horribles. Me avergüenzo tanto. —Añadió, con dureza—: Es culpa mía que esté muerto. No sé lo que hizo después de irse de Badger's End aquel día, pero si no lo hubiera dejado ir tan cruelmente... —Ahora estaba llorando, las palabras surgiendo entre sollozos.

Kincaid tomó su cara con ambas manos y le limpió las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—Julia. Julia. No lo sabe. No lo puede saber. No era responsable del comportamiento de Connor, ni lo es de su muerte. —La miró, y en su cabello alborotado y su cara bañada por las lágrimas vio de nuevo la niña de su visión, a solas con su dolor en la cama blanca y estrecha. Al cabo de un momento dijo—: Como tampoco fue responsable de la muerte de Matthew. Míreme, Julia. ¿Me escucha?

—¿Cómo lo puede saber? —preguntó con fiereza—. Todos pensaron... Mamá y papá nunca perdonaron...

—Aquellos que la conocían y querían nunca la consideraron responsable, Julia. He hablado con Plummy. Y con el vicario. Es usted la única que no se ha perdonado. Esta carga es demasiado pesada de llevar durante veinte años. Déjelo ya.

Durante largo rato ella sostuvo su mirada. Luego Kincaid notó como la tensión abandonaba el delgado cuerpo. Ella volvió a colocar la cabeza en su hombro, rodeó con los brazos su cintura y se apoyó contra él, dejando que Kincaid soportara su peso.

Estuvieron así, en silencio, hasta que Kincaid se dio cuenta de que todos los puntos de sus cuerpos habían hecho contacto. A pesar de su delgadez, el cuerpo de Julia parecía, de repente, innegablemente sólido, y sus senos presionaban firmemente su pecho. Kincaid podía oír el bombeo de su propia sangre en los oídos.

Julia dio un suspiro y levantó levemente la cabeza.

—Vaya, le he empapado la camisa —dijo, frotando la mancha húmeda en su hombro. Luego inclinó la cabeza para que él pudiera estudiar su cara y añadió, con la voz ronca por la risa contenida— ¿Scotland Yard siempre ofrece sus servicios con tanto... entusiasmo?

Kincaid retrocedió, sonrojado por la vergüenza, deseando haber llevado unos tejanos, menos reveladores que unos pantalones de algodón.

—Lo siento. No quería...

—No se preocupe, —dijo ella, tirando de él—. No me importa. No me importa en absoluto.

La voz de Tony lo despertó.

—El té de la mañana, señor Kincaid —dijo mientras golpeaba la puerta y entraba—. Y un mensaje para usted del sargento Makepeace de High Wycombe. ¿Algo sobre un pájaro que usted quería atrapar?

Kincaid se incorporó y se pasó la mano por el pelo. Luego aceptó la taza de té.

—Gracias, Tony —dijo a la espalda de Tony. Así que habían encontrado a Kenneth Hicks y lo habían detenido. No podrían retenerlo demasiado tiempo sin una causa. Debería haber pasado por allí ayer por la noche. Aún grogui, se salpicó una mano con té caliente al sobrevenirle el recuerdo de la noche anterior.

Ayer noche. Julia. Maldita sea. ¿Qué he hecho? ¿Cómo había podido ser tan poco profesional? Con este pensamiento le vino el recuerdo de las palabras de Trevor Simons, «Nunca tuve la intención de hacerlo... Es que era simplemente... Julia», y de sus propios comentarios desdeñosos por la falta de criterio del hombre.

Cerró los ojos. Nunca, en todos estos años en el cuerpo, había cruzado la línea. En realidad, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que debiera protegerse de la tentación. Sin embargo, en este autorreproche descubrió que una parte de él no sentía remordimientos, porque su unión había sido limpia y curativa: consuelo para viejas heridas y destructora de barreras demasiado tiempo levantadas.

* * *

Hasta que no entró en el comedor del Chequers y vio a Gemma sola, sentada en una mesa, no recordó el mensaje que había dejado para ella ayer. ¿Cuándo había llegado? ¿Y durante cuánto tiempo había estado esperándolo?

Se sentó enfrente de ella y dijo, con todo el aplomo de que fue capaz:

—Eres un pájaro mañanero. Tendremos que ir a High Wycombe tan pronto como podamos. Tienen detenido a Kenneth Hicks para interrogarlo.

Gemma le contestó sin rastro de su habitual buen humor de las mañanas.

—Lo sé. Ya he hablado con Jack Makepeace.

—¿Estás bien, Gemma?

—Dolor de cabeza. —Mordisqueó sin demasiado entusiasmo un trozo seco de tostada.

—¿Te sirvió Tony una copa de más? —dijo, tratando de seguirle la corriente, pero ella se limitó a encogerse de hombros—. Mira —Kincaid se preguntó si la oleada de culpabilidad que sentía era visible—, siento lo de ayer noche. Me... retrasé. —Ella debió de venir corriendo desde Londres, lo debió esperar, y quizás hasta se preocupó. Y él, ni una palabra—. Debería haberte llamado. Fui muy desconsiderado. —Inclinó la cabeza y la estudió, evaluando su humor—. ¿He de postrarme un poco más? ¿Serviría una cama de brasas ardiendo?

Esta vez ella sonrió y él dio un suspiro de alivio. Kincaid trató de cambiar de tema y dijo:

—Háblame de Tommy Godwin. —Justo en ese momento llegó su desayuno y atacó los huevos con *bacon*, mientras Gemma narraba brevemente la entrevista.

—Le tomé declaración e hice que los técnicos repasaran su piso y su coche.

—Yo volví a ver a Sharon Doyle, y a Trevor Simons —dijo Kincaid con la boca llena de pan—. Y a Julia. Connor volvió a casa después de su pelea con Tommy, Gemma. Parece que Tommy Godwin ha dejado de ser un contendiente, a menos que probemos que lo volviera a ver más tarde. Connor telefoneó a alguien desde su casa, pero el problema es que no tenemos ni idea de a quién.

* * *

Julia. Había habido una familiaridad, una intimidad involuntaria, en la manera en que Kincaid pronunció su nombre. Gemma intentó concentrarse en la conducción, tratando de ignorar la certeza que estaba creciendo en la boca de su estómago. Seguro que estaba imaginando cosas. ¿Y qué, si fuera cierto? ¿Por qué habría de importarle que Duncan hubiera establecido una relación nada profesional con una sospechosa de asesinato en una investigación criminal? Era algo muy común. Lo había visto en otros agentes. Y ella nunca pensó que él fuera infalible. ¿O no?

¡No seas infantil, Gemma!, se dijo entre dientes. Él era humano, y hombre, y ella nunca debería haber olvidado que hasta los ídolos tienen a veces los pies de barro. Pero estos recordatorios no evitaban que experimentara abatimiento, y se sintió agradecida cuando las rotondas de High Wycombe reclamaron toda su atención.

* * *

—Hemos estado preparando bien a Hicks durante la última media hora —dijo Jack Makepeace a modo de saludo, cuando lo encontraron en su oficina. Se dieron las manos y Gemma creyó que apretaba un poco más la de ella—. He pensado que le haría bien. Una pena que no pudiera terminar el desayuno. —Makepeace guiñó el ojo a Gemma—. Ha hecho una llamada. A su madre, según él. Pero la caballería no ha venido a rescatarlo.

Como Makepeace ya lo había instruido antes por teléfono, Kincaid puso a Gemma al día en el coche y sugirió que ella empezara el interrogatorio.

—A Hicks no le gustan las mujeres, —dijo Kincaid cuando Makepeace los dejó ante la puerta de la Sala A—. Quiero que lo alteres un poco, que me lo prepares.

Una sala de interrogatorios apenas se diferencia de otra. Se puede esperar alguna pequeña variación en cuanto a tamaño o forma, o en el olor a rancio del humo de tabaco y de sudor, pero cuando Gemma entró en la sala tragó saliva convulsivamente, esforzándose por aplacar el instinto de taparse la nariz. Sin afeitarse y obviamente sin haberse duchado, Kenneth Hicks apestaba a miedo.

—Jesús —susurró Kincaid al oído de Gemma, al entrar detrás de ella—. Deberíamos haber traído mascarillas. —Tosió, y mientras sacaba una silla para Gemma, dijo en voz alta—: Hola Kenneth. ¿Te gusta el alojamiento? Me temo que no es el Hilton, pero, qué se le va a hacer.

—Jódase —dijo Hicks, de manera sucinta. Su voz era nasal y Gemma catalogó su acento como del sur de Londres.

Kincaid meneó la cabeza mientras se sentaba junto a Gemma, de cara a Hicks, en la estrecha mesa de madera contrachapada.

—Me decepcionas, Kenneth. Pensaba que tenías mejores modales. Simplemente grabaremos nuestra pequeña conversación —dijo, al apretar el botón de la grabadora—. Si no te importa, claro. No te importa, ¿verdad, Kenneth?

Gemma estudió a Kenneth Hicks mientras Kincaid charlaba agradablemente y jugueteaba con la grabadora. La cara estrecha y llena de acné de Hicks tenía permanentemente impresa una expresión hosca. A pesar del calor que hacía en la sala, él se había dejado puesta la cazadora de cuero y se frotaba nerviosamente la nariz y la barbilla mientras Kincaid continuaba su perorata. Algo había en él que le resultaba familiar a Gemma. Frustrada, frunció el ceño al notar ese algo rondando por la periferia de su memoria.

—La sargento James te va a hacer unas preguntas —dijo Kincaid empujando su silla un poco hacia atrás. Se cruzó de brazos y estiró las piernas hacia delante como si fuera a echarse una cabezadita durante el interrogatorio.

—Kenneth —dijo Gemma en tono agradable, una vez que hubieron concluido los preliminares—, ¿por qué no facilitas las cosas a todos y nos dices exactamente lo que estabas haciendo la noche en que Connor Swann fue asesinado?

Hicks clavó la mirada en Kincaid.

—Ya se lo he dicho al otro tipo, el que me ha traído aquí. Un imbécil enorme con pelo de color jengibre.

—Le has explicado al sargento Makepeace que estuviste bebiendo con amigos en el Fox and Hounds de Henley hasta que cerraron. Después continuaste la fiesta en el piso de esos amigos —el sonido de la voz de Gemma hizo que Hicks la mirara—. ¿Es cierto? —añadió con contundencia.

—Sí, es cierto. Justo como lo expliqué. —Hicks pareció ganar confianza con la explicación de Gemma. Se relajó en su silla y miró fijamente a Gemma, clavando la mirada durante un rato en los pechos de la sargento.

Ella le sonrió con fingida dulzura y trató de llamarle la atención consultando su cuaderno de notas.

—El CID de Thames Valley tomó declaración ayer noche a tus amigos, Kenneth, pero desafortunadamente ninguno de ellos parece recordar que estuvieras con ellos.

Al quedarse lívido, la piel de Hicks se volvió del color de las paredes manchadas de nicotina.

—Los mataré, putos mierdas. Están mintiendo como bellacos. —Su mirada fue de Gemma a Kincaid y, al no ver en sus rostros expresiones tranquilizadoras, dijo con más desesperación—: No me pueden encerrar por esto. No vi a Connor después de tomar esa copa con él en el Fox. Lo juro.

Gemma pasó otra página de su bloc.

—Es muy posible que tengas que jurarlo ante un tribunal, a menos que se te ocurra un relato mejor de tus movimientos después de las diez y media. Connor hizo una llamada desde su piso sobre esa hora, y después dijo que iba a salir.

—¿Quién lo dice? —preguntó Hicks, con más perspicacia de la que Gemma le había atribuido.

—No importa. ¿Quieres saber lo que pienso, Kenneth? —Gemma se inclinó hacia él y bajó la voz en tono confidencial—. Yo creo que Connor te telefoneó y te pidió que fueras a verlo a la esclusa. Os peleasteis y Connor se cayó dentro. Le podría pasar a cualquiera, ¿no es así, Ken? ¿Trataste de salvarlo o tenías miedo del agua? —Su tono parecía el de alguien que comprendía y que perdonaría cualquier cosa.

—¡Jamás! —Hicks empujó su silla atrás—. ¡Eso es una mentira asquerosa! ¿Y cómo diablos se supone que fui allá sin un coche?

—Connor te recogió en el suyo —dijo Gemma, razonando—, y luego tú volviste en autostop a Henley.

—No lo hice, se lo he dicho, y no puede probarlo.

Desgraciadamente, Gemma sabía por los informes de Thames Valley que eso era correcto. El coche de Connor había sido lavado y se le había pasado el aspirador. Los forenses no encontraron nada significativo.

—Entonces, ¿dónde estabas? Di la verdad.

—Ya se lo he dicho. Estuve en el Fox, luego en casa de ese tipo, Jackie, se llama Jackie Fawcett.

Kincaid cruzó las piernas perezosamente y habló por primera vez desde que Gemma había empezado.

—Entonces, ¿por qué no quisieron tus amigos darte una coartada bonita y arregladita, Kenneth? Yo veo dos posibilidades. La primera es que estás mintiendo, y la segunda es que no les gustas y he de decir que no sé cuál de las dos es más probable. ¿Has ayudado a otros amigos de la manera en que ayudaste a Connor?

—No sé de qué está hablando. —Hicks sacó un maltratado paquete de cigarrillos del bolsillo de su cazadora. Lo sacudió, rebuscó por dentro con el pulgar y el índice y al no encontrar nada lo arrugó, asqueado.

Gemma retomó el hilo.

—Por eso os peleasteis, ¿no es así, Kenneth? Cuando te encontraste con Connor después de comer, ¿le dijiste que tenía que pagar? ¿Acordó encontrarse contigo aquella noche? Luego, cuando apareció sin el dinero, te peleaste con él. —Ella iba elaborando los detalles a medida que procedía.

En la voz de Hicks apareció un elemento de súplica.

—No me debía nada, ya se lo he dicho. —Mantuvo los ojos ansiosamente fijos en los de Kincaid, y Gemma se preguntó qué habría hecho él para meterle tanto miedo a Hicks.

Kincaid se enderezó y dijo:

—O sea, lo que me estás diciendo es que Con había saldado sus deudas contigo, y sin embargo yo sé que Con estaba tan corto de dinero que ni podía pagar la hipoteca de su piso. Creo que mientes. Creo que le dijiste algo a Connor cuando os tomasteis esa cerveza en el Fox que le atacó los nervios. ¿Qué fue eso, Kenneth? ¿Lo amenazaste con decirle a tu jefe que llamara a sus matones? —Se levantó y se inclinó hacia él con las manos sobre la mesa.

—Nunca lo amenacé. No fue así —chilló Hicks, retrocediendo ante Kincaid.

—¿Pero seguía debiéndote dinero?

Hicks los miró. Gotitas de sudor aparecieron en el labio superior y Gemma pudo ver cómo calculaba qué dirección escoger. Rata atrapada, pensó, y apretó los labios para esconder su satisfacción. Esperaron en silencio hasta que Hicks dijo:

—Quizás. ¿Y qué? Nunca lo amenacé como dicen ustedes.

Kincaid caminó inquieto de un lado a otro en el pequeño espacio que había delante de la mesa.

—No te creo. Tu jefe te iba a arrancar la piel a tiras si no aparecías con la pasta. No creo que no utilizaras algo de persuasión. —Sonrió a Hicks cuando se acercó a él—. Y el problema con la persuasión es que a veces se te va de las manos, ¿no es así, Kenneth?

—No. Quiero decir que no lo sé...

—¿Estás diciendo que no fue un accidente? ¿Qué tu intención era matarlo?

—Ésa no era mi intención. —Hicks tragó y se secó las manos en los muslos—. Sólo le hice una sugerencia, una propuesta.

Kincaid dejó de caminar de un lado a otro y se quedó muy quieto, con las manos en los bolsillos, mirando a Hicks.

—Esto parece interesante, Kenneth. ¿Qué clase de propuesta?

Al ver a Hicks al borde de la confesión, Gemma contuvo la respiración por miedo a que cualquier movimiento lo hiciera ir en la dirección equivocada. Al oír la irregular cadencia de la respiración de Hicks, ofreció una pequeña oración silenciosa a los dioses de los interrogatorios.

Finalmente Hicks habló con la celeridad que da la liberación, y sus palabras fueron venenosas.

—Lo calé desde el principio, a él y a los estirados Asherton. De la forma en que hablaban se diría que eran la puñetera realeza, pero no me podían engañar. Esa Dame Caroline es sólo una fulana con ínfulas, eso es lo que es. Y todo ese escándalo que montaron cuando el niño se ahogó, bueno, ni siquiera era el hijo de *Sir Gerald*, era un puñetero bastardo. —Matty. Estaba hablando de Matty, pensó Gemma, tratando de encontrarle sentido a esta nueva información.

Kincaid se sentó de nuevo y acercó la silla hasta que pudo colocar los codos en la mesa.

—Empecemos otra vez desde el principio, ¿de acuerdo, Kenneth? —dijo muy bajito, sin alterarse. Gemma tembló—. Le dijiste a Connor que Matthew Asherton era ilegítimo. ¿Lo he entendido bien?

La nuez de Hicks asomó en su delgado cuello cuando tragó saliva. Asintió y miró a Gemma, apelando a ella. Gemma pensó que habían obtenido más de lo esperado y se preguntó hasta dónde hubiera llegado Kincaid si ella no hubiera estado en la sala y la grabadora no hubiera estado funcionando.

—¿Y cómo podías saberlo tú? —preguntó Kincaid, aún suave como la seda.

—Porque mi tío Tommy era su maldito padre, por eso.

* * *

En el silencio que siguió, la respiración entrecortada, gangosa de Kenneth Hicks sonó muy fuerte en los oídos de Gemma. Abrió la boca, pero notó que no podía expresar nada con palabras.

—¿Tu tío Tommy? ¿Te refieres a Tommy Godwin? —dijo Kincaid finalmente, sin poder controlar del todo su sorpresa.

Gemma notó como si una mano gigante estuviera apretando su diafragma. Vio de nuevo la foto enmarcada en plata de Matthew Asherton, el cabello rubio y la pícaro sonrisa en esa cara simpática. Recordó la voz de Tommy cuando habló de Caroline, y se preguntó cómo no lo había visto antes.

—Oí como él se lo decía a mi madre, cuando el niño se ahogó —dijo Hicks. Debía haber interpretado la sorpresa de sus caras como incredulidad, porque agregó con una aguda nota de pánico—, lo juro. Nunca dije nada, pero después conocí a Con y no paraba de hablar de ellos. Recordé los nombres.

A Gemma la envolvió una oleada de náusea al darse cuenta del corolario.

—No te creo. No puedes ser sobrino de Tommy Godwin. No es posible —dijo acaloradamente, pensando en la elegancia de Tommy, en su cortés paciencia cuando ella lo llevó a Scotland Yard. Pero a pesar de resistirse a la idea, notó de nuevo esa extraña sensación de familiaridad. ¿Podía ser la línea de la nariz? ¿O la posición de su mandíbula?

—Vaya a Clapham y pregunte a mi madre. Ella se lo dirá...

—Has dicho que hiciste una propuesta a Connor —Kincaid soltó las palabras en medio de la protesta de Hicks como quien suelta piedras en una piscina—. ¿Qué clase de propuesta, exactamente?

Hicks se frotó y sorbió la nariz. Evitó el contacto visual con Kincaid y Gemma.

—Venga, chico. Nos lo puedes explicar —insistió Kincaid—. Suéltalo.

—Bueno. Los Asherton deben estar cargados de pasta, ¿no?, con sus títulos y todo. Siempre están en los periódicos, en las secciones de cotilleo. Así que pensé que no les gustaría que saliera en los periódicos lo de su hijo, lo de que no era legítimo.

La intensidad del enfado de Kincaid parecía haberse mitigado.

—¿He de entender que sugeriste a Connor que hiciera chantaje a sus propios suegros? —preguntó, mirando a Hicks con serena satisfacción—. ¿Qué hay de tu propia familia? ¿No se te ocurrió que podría afectar a tu tío y a tu madre?

—No iba a confesar que era yo el que se lo había dicho —dijo Hicks, como si eso lo absolviera de toda culpa.

—En otras palabras, no te importó que le afectara a tu tío siempre y cuando no se enterara de que habías sido tú —sonrió Kincaid—. Muy noble de tu parte, Kenneth. ¿Y cómo reaccionó Connor ante tu pequeña proposición?

—No me creyó —dijo Hicks, y sonó ofendido—. No en seguida. Luego pensó un poco y empezó a ponerse nervioso. Me preguntó cuánto dinero tenía en mente, y cuando le dije «empieza con cincuenta mil libras y lo dividimos, luego podemos pedir más» se rió en mi cara. Me dijo que cerrara la boca y que si llegaba a decir una palabra me mataría. —Hicks parpadeó con sus pálidas pestañas y añadió, como si todavía no pudiera creerlo—: ¡Después de todo lo que hice por él!

* * *

—De verdad no entendía por qué estaba Connor enfadado con él —le dijo Kincaid a Gemma mientras esperaban junto a un paso cebra que separaba la estación de High Wycombe del aparcamiento donde habían dejado el coche de Gemma—. Es más que lentito en el departamento de moralidad, nuestro Kenneth. Imagino que se ha quedado en el sector de los delitos menores tan sólo porque es un ratoncillo timorato. Aunque opino que la comparación es del todo injusta con el ratón —añadió mientras daba un repaso con la mano a la manga de su americana.

Gemma se dio cuenta, con la indiferencia que se había apoderado de ella, de que era una de sus chaquetas favoritas, de lana azul y gris y que hacía resaltar el color de sus ojos. ¿Por qué le estaba hablando sin decir nada? Como si nunca se hubiera cruzado con un sinvergüenza de pacotilla...

El tráfico que venía en dirección contraria se paró y cruzaron por el paso cebra. Kincaid echó una ojeada a su reloj cuando llegaron a la otra acera.

—Creo que tenemos tiempo para hablar con Tommy Godwin antes del almuerzo si corremos como alma que lleva el diablo. De hecho —dijo cuando llegaron al coche y Gemma sacó las llaves del Escort de las profundidades del bolso—, dado que parece que no tenemos que volver aquí, será mejor que recojamos nuestras cosas y también llevemos mi coche de vuelta a Londres.

Sin decir palabra, Gemma puso el motor en marcha mientras él se sentaba a su lado. Ella se sintió como si un caleidoscopio en su cabeza se hubiera movido, mezclando los pedacitos de colores de forma que ya no era capaz de reconocer el diseño.

Kincaid le tocó el brazo.

—Gemma, ¿qué te pasa? Has estado así desde el desayuno. Si no te encuentras bien...

Se volvió hacia él, notando el sabor salado de una herida que se acababa de hacer al morderse el interior del labio.

—¿Lo has creído?

—¿A quién? ¿A Kenneth? —preguntó Kincaid, en un tono algo confundido—. Bueno, has de admitir que hace que algunas cosas cobren sentido...

—No has conocido a Tommy. Me creo lo de que sea el padre de Matthew —reconoció—, pero no el resto. Es un cuento chino si...

—Me temo que es suficientemente improbable como para ser cierto —dijo Kincaid—. ¿Y de qué otro modo hubiera descubierto lo de Tommy y Matthew? Nos da la pieza que nos faltaba, Gemma. El motivo. Connor se encaró con Tommy durante la cena por lo que había descubierto y Tommy lo mató para mantenerlo callado.

—No me lo creo —dijo Gemma con terquedad, pero a pesar de lo que estaba diciendo pequeñas porciones de duda se arrastraron hacia su mente. Tommy amaba a Caro, y a Julia. Era obvio. Y de Gerald hablaba con respeto y afecto. ¿Protegerlos a todos ellos era suficiente razón para cometer un asesinato? Pero incluso si se tragaba

esta premisa, el resto no tenía sentido para ella—. ¿Por qué razón habría Connor de aceptar encontrarse con él en la esclusa?

—Tommy le prometió que le llevaría dinero.

Gemma se quedó mirando la llovizna que había empezado a cubrir el parabrisas.

—Por alguna razón no creo que Connor quisiera dinero —dijo ella con silenciosa certeza—. Y esto no explica por qué Tommy fue a Londres a ver a Gerald. No puede haber sido por establecer una coartada. No, si Connor estaba todavía vivo.

—Pienso que está afectando tu criterio el hecho de que te agrada Tommy Godwin, Gemma. Nadie más tiene el más mínimo motivo. Seguro que lo puedes ver...

La ira que había estado acumulando durante toda la mañana se desató como un diluvio.

—Eres tú el que está ciego —le gritó—. Estás tan obsesionado con Julia Swann que ni siquiera consideras la posibilidad de que esté implicada en el asesinato de Connor, cuando sabes tan bien como yo que lo más probable siempre es que el marido o la mujer estén implicados. ¿Cómo puedes estar seguro de que Trevor Simons no esté mintiendo para protegerla? ¿Cómo sabes que Julia no se encontró con Connor antes de cenar con Tommy, antes de la inauguración, y que acordaran verse más tarde? Quizás pensase que un escándalo que implicara a su familia podría dañar su carrera. Quizás quisiera proteger a sus padres. Quizás... —Se descargó. La furia se había agotado rápido y esperó, desconsoladamente, la reacción. Esta vez sí que se había pasado.

Pero en lugar de darle el rapapolvo que esperaba, Kincaid apartó la mirada. En el silencio que siguió, ella pudo escuchar el ruido de los neumáticos en el pavimento mojado y un leve tictac que parecía estar dentro de su cabeza.

—Quizás tengas razón —dijo él finalmente—. Quizás no pueda fiarme de mi criterio. Pero a menos que se nos ocurra una prueba física concreta, eso es todo lo que tenemos.

* * *

Hicieron el viaje de vuelta a Londres en coches separados y se encontraron en el piso de Kincaid, como habían quedado. La llovizna los había seguido, y Kincaid colocó la lona en el Midget antes de cerrarlo. Cuando entró en el coche de Gemma, dijo:

—Debes hacer algo con tus neumáticos, en serio. El trasero de la derecha está tan liso como la cabeza de mi abuelo. —Era una regañina que repetía a menudo, pero al ver que Gemma no picaba, Kincaid suspiró y continuó—: He llamado a LB House

por el móvil. Tommy Godwin no ha aparecido hoy, ha dicho que no se sentía bien. ¿No dijiste que su piso estaba en Highgate?

Gemma asintió.

—Tengo la dirección en mi cuaderno de notas. Creo que está muy cerca de aquí. —Mientras conducía le sobrevino una ansiedad amorfa y sintió cierto alivio cuando divisó el bloque de pisos. Aparcó en la entrada circular y salió del coche de un salto. Mientras esperaba que Kincaid cerrara su lado del coche y la alcanzara en la entrada del edificio, no dejó de dar golpecitos de impaciencia con el pie.

—Por Dios, Gemma. ¿Acaso hay algún incendio del que nadie me ha hablado? —le dijo Kincaid, pero ella ignoró el comentario cortante y se abrió paso entre las puertas de cristal esmerilado. Cuando mostraron sus identificaciones al portero, éste puso cara de pocos amigos y les indicó a regañadientes que tomaran el ascensor al cuarto piso.

—Bonito edificio, —dijo Kincaid cuando el chirriante ascensor subió—. Está bien mantenido, pero no demasiado modernizado. —El vestíbulo de la cuarta planta, con baldosas blancas y negras dispuestas en un dibujo geométrico muy refinado, confirmó su descripción—. Art deco, si no voy errado.

Gemma, que estaba buscando el número del piso, había escuchado sólo a medias.

—¿Qué? —preguntó, mientras llamaba al 4C.

—Art deco. El edificio debe datar de...

La puerta se abrió y Tommy Godwin los miró socarronamente.

—Mike me ha llamado y me ha avisado de que la pasma venía a visitarme otra vez. No le parecía nada bien. Creo que debe de haber tenido tratos muy desafortunados con la ley en una vida anterior. —Godwin llevaba un batín de seda y zapatillas, su pelo rubio habitualmente imaculado estaba de punta—. Usted debe de ser el comisario Kincaid —dijo mientras los conducía adentro.

Al estar ya convencida de que Tommy no había metido la cabeza en el horno o algo igualmente estúpido, Gemma se sintió irracionalmente irritada con él por haberla preocupado. Caminó detrás de los hombres, mirando a su alrededor. A su izquierda había una pequeña y pulcra cocina, en los mismos colores blanco y negro del vestíbulo. A su derecha la sala seguía con el mismo diseño y a través de los ventanales se podía ver la extensa y gris ciudad de Londres. Todas las líneas de los muebles eran curvadas, pero nada recargadas. Una colección de copas rosas esmeriladas acentuaba el esquema monocromático. Gemma encontró la sala apacible y vio que su delicado orden iba perfectamente con la imagen de Tommy.

Una gata siamesa posaba encima de una silla junto a una ventana. Tenía las patas metidas debajo del tórax y los miraba impassible con sus ojos color zafiro.

—Tiene razón, comisario —dijo Tommy cuando Gemma se unió a ellos—, estos pisos se construyeron a principios de los años treinta y eran lo último en diseño en su época. Han aguantado sorprendentemente bien, al contrario que la mayoría de las monstruosidades de la posguerra. Siéntense, por favor —añadió al tiempo que se

sentaba en una silla en forma de abanico que complementaba el estampado de espirales de su batín—. Aunque debo decir que vivir aquí debía destrozar los nervios de cualquiera durante la guerra, estando tan altos. Uno debía de sentirse un blanco muy fácil cuando llegaron los bombarderos alemanes. Un poco de luz por una rendija y...

—Tommy —interrumpió Gemma con severidad—, nos han dicho en LB House que no se encontraba bien. ¿Qué le ocurre?

Se pasó una mano por el pelo. A la clara luz grisácea, Gemma vio que la piel de debajo de los ojos empezaba a formar bolsas.

—No me encuentro muy bien, sargento. Los efectos de ayer se han hecho sentir. —Se levantó y fue al armario de las bebidas—. ¿Tomarán un jerez? Es casi la hora de comer y estoy seguro de que el detective Rory Alleyn^[8] siempre aceptaba un jerez cuando interrogaba sospechosos.

—Tommy, esto no es una novela de detectives, por Dios —dijo Gemma, incapaz de contener su exasperación.

Tommy se volvió hacia ella. Sostenía el decantador de jerez en una mano.

—Lo sé, querida. Pero ésta es mi manera de silbar en la oscuridad. —La delicadeza de su tono indicó a Gemma que reconocía su preocupación y que estaba emocionado.

—No rechazaré uno pequeño —dijo Kincaid y Tommy colocó tres copas y el decantador en una pequeña bandeja para cócteles. Las copas estaban sensualmente festoneadas en el mismo rosa delicado de las pantallas acanaladas de las lámparas y jarrones que Gemma ya había visto. Cuando probó el jerez, éste pareció disolverse en su lengua como mantequilla.

—Después de todo —dijo Tommy mientras llenaba su propia copa y regresaba a su silla—, si he de asumir la responsabilidad de un crimen que no he cometido, mejor que lo haga con gracia.

—Ayer me dijo que había estado en Clapham visitando a su hermana. —Gemma hizo una pausa para lamer un rastro de jerez del labio, luego continuó más lentamente—. No me habló de Kenneth.

—Ah. —Tommy se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos. La luz grabó arrugas de cansancio alrededor de su boca y nariz, y delineó el pulso marcado en su garganta. Gemma se preguntó por qué no había visto las canas grises mezcladas con el pelo dorado de sus sienes—. Si pudiera escoger, ¿admitiría conocer a Kenneth? —dijo Tommy, sin moverse—. No. No responda. —Abrió los ojos y ofreció a Gemma un intento valeroso de sonrisa—. Deduzco que lo han conocido.

Gemma asintió.

—Entonces también he de suponer que la sórdida historia ha salido a la luz.

—Eso es. Sí. Mintió sobre su cena con Connor. No trataron en absoluto el tema de retomar su antiguo puesto. Se encaró con usted por lo que Kenneth le había contado. —Parecía que hoy era su día de hacer acusaciones, pensó Gemma, y

descubrió que se había tomado el engaño de Tommy muy a pecho, como si hubiera sido traicionada por un amigo.

—Una mentirijilla, querida... —pero al ver la expresión de Gemma paró y suspiró—. Lo siento, sargento. Tiene usted razón. ¿Qué quiere saber?

—Empiece desde el principio. Háblenos de Caroline.

—Ah, usted se refiere al principio de todo. —Tommy movió circularmente su copa de jerez, mirándola pensativamente—. Yo amaba a Caro, ¿sabe?, con la temeridad ciega y resuelta de la juventud. No sé. Nuestra aventura terminó con la concepción de Matthew. Yo quería que ella dejara a Gerald y se casara conmigo. Habría amado a Julia como si hubiera sido mi propia hija. —Hizo una pausa, terminó su jerez y colocó la copa sobre la bandeja con extremo cuidado—. Era una fantasía, por supuesto. Caro estaba empezando una carrera muy prometedora. Estaba cómodamente instalada en Badger's End con el respaldo del nombre y el dinero de Asherton. ¿Qué podía ofrecerle yo? Y luego estaba Gerald, que jamás se ha portado de forma poco honorable en todos los años que hace que lo conozco.

»Uno se adapta como puede —sonrió a Gemma—. He llegado a la conclusión de que las grandes tragedias las crean aquellos que no superan la etapa de adaptación. Seguimos adelante. Como “tío Tommy” se me permitió ver crecer a Matty, y nadie sabía la verdad excepto Caro y yo.

—Luego murió Matty.

Kincaid dejó su copa vacía en la bandeja para cócteles y el sonido del cristal contra la madera sonó como un disparo en la silenciosa sala. Gemma lo miró sobresaltada. Había estado tan centrada en Tommy que por un momento había olvidado su presencia. Ninguno de los dos habló y, al cabo de un rato, Tommy prosiguió.

—Me dejaron fuera. Cerraron filas. En su dolor, Caro y Gerald no tenían espacio para nadie más. Por mucho que yo amara a Matty, también sabía que era un niño normal, con los defectos y dotes de cualquier niño normal. El hecho de que poseyera tanto talento tenía para él el mismo significado que si hubiera tenido un dedo de más, o si hubiera sido capaz de hacer cálculos matemáticos rápidos. No era así para Caro y Gerald. ¿Lo comprenden? Para ellos Matty era la personificación de sus propios sueños. Un regalo que Dios les había enviado para que moldearan a su propia imagen y semejanza.

—¿Y cómo entra Kenneth en todo esto? —preguntó Gemma.

—Mi hermana no es mala gente. Todos llevamos nuestras cruces. Kenneth es la suya. Nuestra madre murió cuando ella todavía iba a la escuela. Yo apenas llegaba a fin de mes en aquella época y no podía hacer demasiado por ella. De modo que creo que se casó con el padre de Kenneth por pura desesperación. Al final él aguantó el tiempo justo para producir a su hijo y luego se largó, dejándola a ella con un bebé que cuidar, así como de ella misma.

Gemma vio un símil de su propio matrimonio en la narración de Tommy sobre su hermana y tembló ante la idea de que a pesar de sus esfuerzos su propio hijo pudiera acabar como Kenneth. Daba miedo sólo de pensarlo. Se acabó su jerez de un trago. Al extenderse el calor por el estómago y la cara, Gemma recordó que no había desayunado.

Tommy cambió de posición y alisó una arruga que se le había formado en su regazo. La gata pareció tomárselo como una invitación, dio un grácil salto y se instaló entre sus manos. Los largos y delgados dedos acariciaron el pelaje chocolate y crema, y Gemma pensó que no podía imaginar esas manos sujetando la garganta de Connor. Levantó los ojos y cruzó una mirada con Tommy.

—Después de morir Matty —dijo—, fui a ver a mi hermana y solté toda la historia. No había nadie más. —Se aclaró la garganta, alcanzó el decantador y se sirvió un poco más de jerez—. No recuerdo esa época muy claramente, ¿comprende? Yo mismo he estado reconstruyendo ahora los trozos. Kenneth no podía tener más de ocho o nueve años, pero creo que nació para ser un chivato. Era muy posesivo con su madre y siempre se escondía y espiaba las conversaciones de los adultos. No tenía ni idea de que estuviera en la casa aquel día. ¿Puede imaginar mi sorpresa cuando Connor me explicó lo que sabía y quién se lo había explicado?

—¿Por qué fue Connor a verlo? —preguntó Kincaid—. ¿Le pidió dinero?

—No creo que Connor supiera lo que quería. Parecía que tenía la idea de que Julia lo habría querido si no hubiera sido por la muerte de Matty, y que si ella hubiera sabido la verdad sobre él, las cosas habrían sido diferentes entre ellos. Me temo que no era demasiado coherente. «Malditos mentirosos», no cesaba de repetir, «son todos unos malditos hipócritas». —Tommy entrelazó los dedos y suspiró—. Creo que Connor se había creído totalmente la imagen de la familia Asherton y no podía soportar la desilusión. O quizás necesitaba culpar a alguien de su propio fracaso. Ellos le habían hecho daño y él no había sido capaz siquiera de rozar su gruesa piel. Kenneth puso el arma perfecta en sus manos.

—¿No lo podría haber parado? —preguntó Kincaid.

Tommy le sonrió. No le engañó el tono informal de la voz.

—No de la manera a la que usted se refiere. Le rogué, le supliqué que no hablara. Por Caro, por Gerald y por Julia. Pero eso parecía enfadarlo mucho más. Al final incluso nos peleamos, para mi vergüenza.

—Cuando dejé a Connor ya sabía lo que iba a hacer. Las mentiras habían durado demasiado. Connor tenía razón, en cierta manera. El engaño había distorsionado nuestras vidas, tanto si queríamos darnos cuenta como si no.

—No le entiendo —dijo Kincaid—. ¿Por qué pensó que matar a Connor acabaría con el engaño?

—Pero es que no maté a Connor, comisario —dijo Tommy cansinamente. El agotamiento se hizo evidente en el ángulo de su boca—. Le expliqué la verdad a Gerald.

Gemma puso en marcha el motor del Escort y lo dejó al ralenti mientras Kincaid se abrochaba el cinturón del asiento del pasajero. Ella había estado callada desde que habían abandonado el piso de Tommy. Kincaid la miró, sintiéndose completamente desconcertado. Pensó en su relación laboral en la que normalmente se hacían concesiones mutuas, y en la cena en el piso de ella sólo unas cuantas noches atrás, cuando compartieron espontáneamente su intimidad. A cierto nivel, él había sido consciente de la facilidad que ella tenía para establecer vínculos con las personas, pero no se lo había planteado. Ella le había dejado entrar en su cálido círculo, le había hecho sentirse cómodo consigo mismo y con ella, y él lo había dado todo por descontado. Ahora, al ver la relación que había desarrollado con Tommy Godwin, se sintió de repente celoso, como un niño dejado afuera, en el frío.

Ella trató de atrapar un mechón que se le había escapado de la trenza y se volvió hacia Kincaid.

—Ahora qué, jefe —dijo sin entonación.

Él quería reparar urgentemente el daño causado, pero no sabía bien cómo proceder y otros asuntos exigían su atención inmediata.

—Espera un segundo —marcó el teléfono de Scotland Yard. Hizo una breve pregunta y colgó—. Según los forenses, el piso y el coche de Tommy Godwin están limpios como una patena. —Tanteando el terreno, dijo—: Quizás me precipité en mis conclusiones sobre Tommy. Ése es más tu estilo —añadió con una sonrisa, pero Gemma siguió mirándolo con una frustrante expresión neutra—. Creo que hemos de ir a ver a *Sir Gerald* de nuevo, pero vayamos a comer primero y veamos dónde nos encontramos. —Kincaid cerró los ojos mientras Gemma conducía, y se preguntó cómo podrían reparar su relación y por qué la solución de este caso seguía siendo tan esquiva.

* * *

Pararon a comer en un café de Golders Green, no sin antes llamar a Badger's End y asegurarse de que *Sir* Gerald los viera cuando ellos llegaran.

Para satisfacción de Kincaid, Gemma se comió su bocadillo de atún sin asomo de la renuencia que había mostrado durante el desayuno. Él se terminó su bocadillo de jamón y queso, luego dio un sorbo a su café y observó a Gemma mientras se pulía una bolsa de patatas fritas.

—No lo entiendo —dijo cuando ella ya había llegado a la fase de chuparse los dedos—. Con no puede haber llamado a Gerald desde su piso. Según Sharon, Con debió hacer la llamada un poco después de las diez y media, cuando Gerald seguía ocupado dirigiendo a una orquesta entera.

—Puede que dejara un mensaje —dijo Gemma, limpiándose los dedos con una servilleta de papel.

—¿A quién? Tu portero lo hubiera recordado. Alison como-se-llame lo hubiera recordado.

—Cierto. —Gemma probó su café y puso cara de asco—. Frío. ¡Puaj! —Apartó su taza y cruzó los brazos por encima de la mesa—. Tendría mucho más sentido si *Sir* Gerald hubiera llamado a Con después de irse Tommy.

—Según Tommy, Gerald no expresó ni *shock* ni indignación al oír la revelación. Le ofreció a Tommy una bebida, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario y luego se dijo a sí mismo: «El gusano también se comió el imperio de Arturo por dentro, como siempre supo que ocurriría». Tommy lo dejó desplomado en su silla de maquillaje con una copa en la mano.

—¿Y qué ocurre si Sharon oyó una conversación que nada tenía que ver con el asesinato de Connor? No tenemos pruebas de que así sucediera. —Kincaid dibujó círculos encima de la mesa con el extremo húmedo de la cuchara—. ¿Y si Con no salió del piso justo después de Sharon? Él no le dijo que fuera a irse en seguida.

—Quieres decir que si Gerald lo llamó después de irse Tommy, ¿él todavía habría estado allí? ¿Y hubiera quedado en encontrarse con él en la esclusa? —continuó Gemma con una chispa de interés.

—Pero no tenemos pruebas —dijo Kincaid—. No tenemos pruebas de nada. Todo este lío es como un suflé. Tan pronto hincas el diente, se deshincha.

Gemma se rió y Kincaid dio las gracias incluso por tan pequeña señal de deshielo.

* * *

Cuando llegaron a Badger's End la llovizna se había convertido en lluvia lenta y constante. Se quedaron sentados en el coche por un momento, escuchando el

tamborileo rítmico en el techo y el capó. Las luces ya estaban encendidas en la casa y vieron como alguien apartaba las cortinas de la ventana de la sala.

—Pronto será oscuro —dijo Gemma—. Anochece tan pronto con este tiempo. — Cuando Kincaid fue a coger la manija de la puerta, ella le tocó el brazo—. Jefe, si *Sir Gerald* mató a Connor, ¿por qué querría que investigáramos?

Kincaid se volvió hacia ella.

—Quizás Caroline insistió. Quizás su amigo, el comisionado asistente, le ofreció nuestros servicios y pensó que no debía rechazarlos. —Notó su incomodidad. Le tocó la mano y añadió—: A mí tampoco me gusta esto, Gemma, pero hemos de continuar hasta el final.

Salieron disparados hacia la casa protegidos por un solo paraguas y se quedaron acurrucados en el umbral. Oyeron el doble timbrado corto cuando Kincaid apretó el botón del timbre, pero antes de llegar a sacar el dedo *Sir Gerald* les abrió la puerta.

—Entren junto al fuego —dijo—. Por favor, quítense las ropas mojadas. Afuera hace un tiempo de perros y no parece que vaya a mejorar. —Los condujo al salón donde, de nuevo, el fuego ardía en la chimenea. A Kincaid se le ocurrió que quizás nadie permitía que se apagase nunca—. Necesitarán algo que les caliente por dentro, al igual que por fuera —dijo *Sir Gerald* cuando se colocaron de espaldas al fuego—. Plummy nos está preparando té.

—*Sir Gerald*, hemos de hablar con usted —dijo Kincaid, poniendo resistencia a la corriente de convenciones sociales.

—Siento que Caroline haya salido —dijo *Sir Gerald*, prosiguiendo con su tono campechano y amigable como si no hubiera nada extraño en su conversación—. Ella y Julia están haciendo los últimos preparativos para el funeral de Connor.

—¿Julia está ayudando en los preparativos? —preguntó Kincaid, sorprendido él mismo de haberse desviado del asunto que lo había llevado allí.

Sir Gerald se pasó una mano por su escaso cabello y se sentó en el sofá. Era su lugar asignado, obviamente, porque los cojines presentaban depresiones que coincidían con su corpulencia de manera exacta, al igual que la cama favorita de un perro. Hoy llevaba otra variación del suéter apolillado, esta vez en color verde oliva, y lo que parecían los mismos pantalones de pana que Kincaid ya había visto.

—Sí. Parece que ha cambiado de opinión, no sé por qué, y estoy demasiado agradecido para cuestionármelo —les sonrió encantador—. Llegó como un torbellino después de comer y dijo que había cambiado de parecer sobre lo que había que hacer por Con y desde entonces nos ha estado poniendo a prueba.

Parecía que Julia había hecho las paces con el fantasma de Con. Kincaid apartó el pensamiento de Julia a un lado y se concentró en Gerald.

—Es a usted a quien queríamos ver.

—¿Han descubierto algo? —Se sentó un poco hacia delante y estudió sus caras con ansiedad—. Díganme, por favor. No quiero disgustar a Caroline y Julia.

—Acabamos de hablar con Tommy Godwin, *Sir Gerald*. Sabemos por qué fue a verlo al teatro la noche en que murió Connor. —Mientras Kincaid lo miraba, Gerald se volvió a hundir en el sofá y su cara se estremeció de repente—. Usted sabía que Tommy era el padre de Matthew todo este tiempo, ¿no es así?

Gerald Asherton cerró los ojos. Bajo sus cejas sobresalientes, su cara permanecía impasible, remota y antigua como la de un profeta bíblico.

—Claro que lo sabía. Podré ser un idiota, señor Kincaid, pero no un idiota ciego. ¿Tiene alguna idea de lo hermosos que parecían juntos, Tommy y Caroline? —Abrió los ojos y continuó—: Gracia, elegancia, talento... Cualquiera hubiese creído que estaban hechos el uno para el otro. Yo pasaba los días aterrorizado, temiendo que me dejara, preguntándome cómo soportaría mi vida sin ella. Cuando las cosas parecieron apagarse entre ellos con la concepción de Matty, di gracias a los dioses por devolvérmela. El resto no importaba. Y Matty... Matty era todo lo que deseábamos.

—¿Nunca le dijo a Caroline que lo sabía? —agregó Gemma con un tono de evidente incredulidad.

—¿Cómo podríamos haber continuado, si lo hubiera hecho?

Todo había empezado, pensó Kincaid, no con mentiras descaradas, sino con la negación de la verdad. Y esta negación se había urdido en el tejido mismo de sus vidas.

—Pero Connor pretendía destruirlo todo, ¿no es así, *Sir Gerald*? Debe de haberse sentido aliviado cuando oyó al día siguiente que había muerto. —Kincaid captó la mirada rápida y sorprendida de Gemma, luego ella se movió con rapidez y se dirigió al piano, donde examinó las fotografías. Kincaid se alejó del fuego y fue a sentarse en el sillón que había frente a *Sir Gerald*.

—Debo admitir que sentí cierta sensación de indulto. Me avergonzaba y por ello estaba más determinado que nunca a llegar al fondo del asunto. Era mi yerno y, a pesar de su comportamiento a veces histérico, sentía afecto por él. —Gerald se cogió las manos y se inclinó hacia delante—. Por favor, comisario, seguro que no beneficia a Connor volver sobre esta historia pasada. ¿Se lo podemos ahorrar a Caroline?

—*Sir Gerald*...

Se abrió la puerta del salón y entró Caroline, seguida de Julia.

—Qué día tan horrible —dijo Caroline, sacudiéndose las gotas de agua de su pelo oscuro—. Comisario. Sargento. Plummy ya viene con el té. Seguro que a todos nos sentará bien. Se sacó la chaqueta de piel y la tiró sobre el respaldo del sofá antes de sentarse junto a su esposo. La seda de color rojo intenso del forro de la chaqueta parecía una superficie de sangre ondulada al resplandor del fuego.

Kincaid cruzó una mirada con Julia y vio en sus ojos una mezcla de placer y recelo. Era la primera vez que la había visto con su madre y se maravilló ante la combinación de contraste y similitud. Le pareció que Julia era Caroline alargada y fraguada de nuevo, los cantos afilados y pulidos, con el sello inconfundible de la sonrisa de su padre. Y a pesar de sus gestos duros, su cara le resultaba tan

transparente como la suya propia, mientras que encontraba que la de Caroline era ilegible.

—Hemos estado en la iglesia de Fingest —Julia le habló a él como si no hubiera nadie más en la habitación—. La madre de Con habría insistido en celebrar un funeral y un entierro católicos, con toda la parafernalia, pero a Con nada de eso le importaba, de modo que voy a hacer lo que me parezca correcto a mí. —Cruzó el salón para ir a calentarse las manos junto al fuego. Iba vestida como para una excursión al aire libre. Llevaba un grueso suéter de lana lubricada que todavía tenía gotas de lluvia. Sus mejillas estaban ligeramente rosadas del frío—. He estado paseando con el vicario por el cementerio y he escogido una tumba a tiro de piedra de la de Matty. Quizás les guste ser vecinos.

—Julia. No seas irreverente —dijo Caroline con acritud. Se volvió a Kincaid y agregó—: ¿A qué debemos el placer de su compañía, comisario?

—Justo le estaba explicando a *Sir Gerald*...

La puerta se abrió otra vez para dar paso a Plummy con una bandeja del té. Julia fue inmediatamente en su ayuda y juntas colocaron todo en la mesita baja de delante del fuego.

—Señor Kincaid, sargento James. —Plummy sonrió a Gemma, genuinamente complacida de verla—. He preparado de más, por si acaso no hubiera almorzado. —Se puso a servir el té, esta vez en tazas y platillos de porcelana en lugar de los cómodos tazones que habían utilizado en la cocina.

Kincaid rehusó el pan recién tostado, pero aceptó a regañadientes el té. Miró directamente a *Sir Gerald*.

—Lo siento, pero me temo que hemos de proseguir.

—¿Proseguir con qué, señor Kincaid? —dijo Caroline. Fue a coger la taza que le ofrecía Plummy y luego regresó al brazo del sofá, de manera que a pesar de su pequeña talla, parecía revolotear protectora por encima de su esposo.

Kincaid se mojó los labios con un sorbo de té.

—La noche en que murió Connor, Dame Caroline, Tommy Godwin visitó a su esposo en el camerino del Coliseum. Le dijo a *Sir Gerald* que acababa de tener un encuentro muy desagradable con Connor. A pesar de estar un poco bebido y no ser demasiado coherente, acabó resultando claro que había descubierto la verdad sobre la ascendencia de Matthew y estaba amenazando con hacerla pública con tanto escándalo como fuera posible. —Kincaid hizo una pausa para mirar sus caras—. Connor había descubierto, de hecho, que Matthew era en realidad hijo de Tommy, no de Gerald.

Sir Gerald se había hundido de nuevo entre los cojines del sofá, con los ojos cerrados, y sosteniendo con la mano floja la taza que tenía sobre su rodilla.

—¿Tommy y mamá? —dijo Julia—. Pero eso significa que Matty... —Se hundió. Sus ojos estaban muy abiertos y oscuros por el *shock*. Kincaid deseó poder consolarla como había hecho la noche anterior.

Vivian Plumley también estaba mirando a los demás, y Kincaid vio en ella a la perpetua observadora, siempre en los límites de lo que es la familia, pero concedora de sus más oscuros secretos. Asintió una vez y apretó los labios, pero Kincaid no supo decir si su expresión indicaba aflicción o satisfacción.

—Qué estupidez, comisario —dijo Caroline. Puso la mano suavemente sobre el hombro de Gerald—. No lo toleraré. Ha rebasado los límites de la buena educación, así como...

—Siento angustiarla, Dame Caroline, pero me temo que es necesario. *Sir Gerald*, ¿puede decirme exactamente qué hizo después de que Tommy se fuera?

Gerald tocó la mano de su mujer.

—No importa, Caro. No tiene nada de malo. —Se incorporó, sentándose un poco hacia delante y apurando la taza de té antes de empezar—. En realidad no hay mucho que explicar. Tomé una bebida fuerte con Tommy, y me temo que seguí bebiendo cuando se fue. Cuando dejé el teatro había sobrepasado el límite. No debería haber conducido, por supuesto. Fue muy irresponsable por mi parte. Pero conseguí llegar a casa sin percance alguno. —Sonrió, mostrando las sanas y rosadas encías encima de sus dientes—. Bueno, casi. Creo que rocé el coche de Caro cuando aparqué el mío. Parece que mi memoria me engañó por unos treinta centímetros o así. Le di una pequeña rascada a la pintura en el lado más cercano. Debía de ser cerca de la una cuando llegué tambaleándome a la cama. Caro estaba dormida. Sabía que Julia estaba fuera, por supuesto, ya que no había visto su coche en la entrada. Pero hace años que ya no está bajo toque de queda. —Miró a su hija con afecto.

—Pero me pareció oírte llegar hacia medianoche —dijo Plummy. Meneó la cabeza—. Acababa de abrir los ojos y eché una ojeada al reloj. Quizás no lo vi bien.

Caroline se levantó del brazo del sofá y se dirigió al fuego, colocándose de espaldas a él.

—De verdad, no veo la razón para todo esto, comisario. Sólo porque Connor estaba obviamente trastornado no significa que debamos sometemos a una especie de interrogatorio fascista. Ya hemos hablado de esto una vez, debería ser suficiente. Espero que se dé cuenta de que el comisionado se va a enterar de su irracional comportamiento.

Estaba de pie, con las manos a la espalda y los pies ligeramente separados. Su jersey de cuello alto negro y los pantalones estrechos metidos en las botas de montar de suave cuero, la hacían parecer un personaje masculino de una ópera. Con el cabello hasta la barbilla y esa ropa, podría haber pasado fácilmente por un chico a punto de llegar a la edad adulta. El tono de su piel era un poco subido, como corresponde al héroe o heroína en circunstancias difíciles, pero su voz, como siempre, estaba perfectamente controlada.

—Dame Caroline —dijo Kincaid—, Connor puede que haya estado emocionalmente consternado, pero estaba diciendo la verdad. Tommy lo ha admitido y *Sir Gerald* también lo ha confirmado. Creo que es hora... —Kincaid captó un

movimiento por el rabillo del ojo. La chaqueta de Caroline se escurrió del respaldo del sofá hasta caer sobre el asiento con un sonido de roce, y el suave cuero negro pareció fluir como agua corriente.

Kincaid tuvo una extraña sensación. Era como si de repente se estuviera alejando de un túnel que distorsionaba tanto su oído como su vista. Parpadeó y se volvió hacia Caroline. Tan sólo es necesario reordenar unas pocas piezas insignificantes del patrón y todo se mueve, alterando y definiendo el conjunto de forma clara, precisa e irrefutable. Le llenó de asombro el hecho de que no lo hubiera visto claro desde el principio.

Todos lo estaban mirando con diversos grados de preocupación. Sonrió a Gemma, que se había quedado con la taza a medio camino. Él mismo dejó con firmeza su taza vacía en la mesa.

—No fue el timbre lo que oyó, señora Plumley. Fue el teléfono. Y no fue a *Sir Gerald* a quien oyó pocos minutos después de medianoche. Fue a Caroline.

—Connor llamó a esta casa desde su piso un poco antes de las once. Pienso que es probable que quisiera hablar con Julia, pero fue Caroline la que respondió. —Kincaid se levantó y se dirigió hacia el piano, de manera que pudiera mirar directamente a Caroline—. No pudo resistir el acosarla, ¿no es así, Caroline? Después de todo usted era la creadora de la mentira que él pensaba que le había costado la felicidad.

»Usted pensó que lo podría calmar, hacerlo entrar en razón. Así que le dijo que se vieran. Pero no quería que él montara una escena en público, y le sugirió un sitio en el que nadie podría oírlos. ¿Qué más natural que su paseo favorito por Hambleton Lock?

»Se vistió rápidamente. Imagino que se puso algo parecido a lo que lleva hoy, y, encima, la chaqueta de cuero. La noche era fría y húmeda y del aparcamiento al río hay un trecho. Salió silenciosamente de la casa, asegurándose de no despertar a Plummy, y cuando llegó al río esperó a Con al principio de la presa.

Kincaid cambió de postura y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Todos lo miraban hipnotizados, como si él personalizara un mago que fuera a sacar un conejo de un sombrero. Los ojos de Julia parecían vidriosos, como si fuera incapaz de asimilar un segundo *shock* tan seguido después del primero.

—¿Qué pasó entonces, Caroline? —preguntó. Cerró los ojos y visualizó la escena a medida que hablaba—. Caminaron por la presa y se pelearon. Cuanto más intentaba usted razonar con él, más difícil se ponía. Alcanzaron la esclusa y la cruzaron hasta el otro lado, donde acaba el camino pavimentado. —Abrió los ojos de nuevo y miró la cara tranquila y serena de Caroline—. ¿Estuvo con Connor en la pequeña plataforma de cemento, un poco más arriba de la compuerta? ¿Sugirió usted que regresaran? Pero Con ya estaba fuera de control entonces, y la discusión pasó a...

—Por favor, comisario —dijo *Sir Gerald*—, ha ido realmente demasiado lejos. Esto es absurdo. Caro no podría matar a nadie. No es físicamente capaz. Mírela. Y

Con media más de un metro ochenta y era de constitución...

—También es una actriz, *Sir Gerald*, entrenada para usar su cuerpo en el escenario. Puede haber sido algo tan sencillo como apartarse a un lado cuando él venía hacia ella. Probablemente no lleguemos a saberlo nunca, ni lleguemos a saber qué mató realmente a Connor. Según los resultados de la autopsia lo más probable es que haya sido un laringoespasma: su garganta se cerró por el *shock* producido al caer al agua, y murió sofocado sin que le llegara una sola gota de agua a los pulmones.

»Lo que sí sabemos —dijo, volviéndose a Caroline—, es que había ayuda a menos de cincuenta metros. El esclusero estaba en casa y disponía del equipo y pericia necesarios. Incluso si él no hubiera estado disponible, había otras casas adonde acudir en el lado opuesto del río.

»Tanto si la caída de Connor al río fue un accidente, o debido a un movimiento de defensa propia, o un acto de violencia deliberada, el hecho es que usted es culpable, Dame Caroline. Podría haberlo salvado. ¿Esperó un tiempo razonable a que saliera otra vez a la superficie? Cuando no lo hizo, usted dejó el lugar, condujo a casa y se metió en la cama, donde Gerald la encontró durmiendo plácidamente. Sólo que estaba más nerviosa de lo que usted creía, y no logró aparcar el coche exactamente donde había estado antes.

Caroline le sonrió.

—Un cuento muy gracioso, señor Kincaid. Estoy segura de que el inspector jefe y su comisionado asistente también lo encontrarán entretenido. Lo único de que dispone es de pruebas circunstanciales y una imaginación exagerada.

—Puede que esté en lo cierto, Dame Caroline. Sin embargo, haremos que los forenses examinen su coche y su ropa. Y está el asunto de una testigo que vio a un hombre y, ella supuso, a un chico con una chaqueta de cuero en la pasarela de la presa. Quizás la identifique en la rueda de reconocimiento.

»Tanto si se puede instruir una causa contra usted que se acepte en un tribunal como si no, los que estamos aquí sabremos la verdad.

—¿La verdad? —dijo Caroline, por fin levantando la voz con ira—. Usted no sería capaz de reconocer la verdad aunque la tuviera ante sus narices, señor Kincaid. La verdad es que esta familia permanecerá unida, como siempre lo ha hecho, y no nos puede tocar. Es usted un idiota si...

—¡Parad! ¡Parad todos! —Julia se levantó del sofá y permaneció de pie, temblando, con los puños cerrados y la cara completamente lívida—. Esto ya ha durado demasiado. ¿Cómo puedes ser tan hipócrita, mamá? No me extraña que Con estuviera furioso. Se creyó toda tu mierda y cargó con toda la mía también. —Hizo una pausa para coger aire. Luego, ya más calmada, dijo—: Crecí odiándome a mí misma porque nunca encajé en tu círculo ideal; pensando que debería haber sido distinta, mejor, de alguna manera, y así me hubieras amado más. Y todo era mentira, la familia perfecta era una mentira. Deformaste mi vida y hubieras hecho lo mismo con la de Matty si se te hubiese dado la oportunidad.

—Julia, no debes decir estas cosas. —La voz de *Sir Gerald* poseía un tono más angustiado que cuando defendió a su esposa—. No tienes derecho a profanar la memoria de *Matthew*.

—No me hables de la memoria de *Matthew*. Yo soy la única que realmente lloró su muerte; la del niño que podía ser grosero y bobo, y que a veces tenía que dormir con la luz encendida porque le asustaban sus sueños. Vosotros sólo perdisteis lo que queríais que fuera. —Julia miró a *Plummy*, que estaba sentada en silencio, en el borde del asiento, con la espalda recta como un bastón—. Lo siento, *Plummy*, he sido injusta contigo. Tú lo amabas —nos amabas a los dos— y de manera honesta.

»Y *Tommy*. Enferma como estaba, recuerdo a *Tommy*, que venía a la casa. Y ahora puedo entender lo que entonces sólo presentía. Él se sentaba junto a mí, y me ofrecía el consuelo que podía. Pero tú, mamá, tú eras la única que habría podido ofrecerle consuelo a él. Y ni siquiera querías verlo. Estabas demasiado ocupada interpretando el gran drama de tu dolor. Él merecía más.

Como un relámpago *Caroline* cruzó el espacio que la separaba de *Julia*. Levantó la mano abierta y le dio un bofetón en la cara.

—No te atrevas a hablarme así. Tú no tienes ni idea. Te estás dejando en ridículo con esta estúpida escena. Nos estás dejando en ridículo a todos y no voy a permitir que esto suceda en mi casa.

Julia se mantuvo firme. Aunque sus ojos se llenaron de lágrimas, ni habló ni levantó la mano para tocarse la marca blanca en su mejilla.

Vivian Plumley fue hacia *Julia* y la rodeó con su brazo. Dijo:

—Quizás ya era hora de que alguien montara una escena, *Caro*. ¿Quién sabe qué habríamos evitado si algunas de estas cosas se hubiesen dicho hace tiempo?

Caroline retrocedió.

—Sólo quise protegerte, *Julia*, siempre. Y a ti, *Gerald* —añadió, volviéndose hacia él.

Cansada, *Julia* dijo:

—Te protegiste a ti misma desde el principio.

—Estábamos bien tal como estábamos —dijo *Caroline*—. ¿Por qué han de cambiar las cosas?

—Ya es demasiado tarde, mamá —dijo *Julia*. *Kincaid* escuchó un inesperado elemento de compasión—: ¿No lo ves?

Caroline se volvió hacia su marido, con la mano extendida con un gesto de súplica.

—*Gerald*...

Él apartó la mirada.

Durante el silencio que siguió, una ráfaga de viento salpicó lluvia contra la ventana, y a modo de respuesta el fuego lanzó una llamarada. *Kincaid* cruzó una mirada con *Gemma*. Él asintió levemente y ella fue a situarse junto a él. *Kincaid* dijo:

—Lo siento, Dame Caroline. Me temo que tendrá que venir con nosotros a High Wycombe y hacer una declaración formal. Puede venir en su propio coche, si lo desea, *Sir Gerald*, y esperarla.

Julia miró a sus padres. ¿Qué opinión tendría de ellos, se preguntó Kincaid, ahora que se habían mostrado tan falibles, tan humanos y tan imperfectos?

Por primera vez, la mano de Julia se le fue a la mejilla. Se dirigió hacia *Sir Gerald* y le tocó ligeramente el brazo.

—Te esperaré aquí, papá —dijo, luego se dio la vuelta y dejó la habitación sin tan siquiera echarle una mirada a su madre.

* * *

Cuando hubieron hecho la llamada a High Wycombe y hubieron organizado los preliminares, Kincaid se excusó y salió de la sala. Al llegar al último rellano tuvo que parar para recobrar el aliento y notó un grato dolor en las pantorrillas. Llamó suavemente a la puerta del estudio de Julia y la abrió.

Estaba en el centro de la habitación, mirando a su alrededor. En las manos tenía una caja abierta.

—Plummy ha limpiado ¿lo nota? —dijo, cuando entró Kincaid.

Tenía un impersonal aspecto limpio y anodino, como si al eliminar los trastos de Julia se hubiera eliminado también su corazón.

—No queda nada que necesite. Supongo que lo que quería hacer era despedirme. —Hizo un gesto con la barbilla indicando a su alrededor. La marca que le había dejado su madre destacaba claramente ahora, encendida en contraste con la piel clara de la mejilla—. No volveré aquí. No de la misma manera. Éste era el refugio de una niña.

—Sí —dijo Kincaid. Ella seguiría adelante, viviría su propia vida—. Todo irá bien.

—Lo sé. —Se miraron y él comprendió que nunca más la vería, que su fusión había cumplido su propósito. Él también seguiría adelante, quizás tomaría el ejemplo de Gemma. A ella también le habían hecho daño, pero lo había dejado atrás con ese franco sentido de lo práctico que él tanto admiraba.

Al cabo de un momento, Julia dijo:

—¿Qué le pasará a mi madre?

—No lo sé. Depende de las pruebas forenses. Pero incluso si aparece algo bastante concreto, dudo de que podamos probar nada más que homicidio involuntario.

Julia asintió.

Al estar cerca de los aleros, el sonido de la lluvia golpeando el tejado era muy nítido. El viento hacía sonar las ventanas como si fuera un animal intentando entrar.

—Julia, lo siento.

—No debes sentirlo. Tan sólo hiciste lo que debías, y lo que sabías que era justo. No podías violar tu integridad para protegerme a mí o a mi familia. Ya ha habido suficiente de esto en esta casa —dijo con firmeza—. ¿También lamentas lo que pasó entre nosotros? —añadió, esbozando una sonrisa.

¿Lo lamentaba? Durante diez años había mantenido sus emociones rigurosamente contenidas, a salvo, hasta que casi había olvidado lo que se sentía cuando dabas acceso a otra persona a tus sentimientos. Julia lo había forzado, le había hecho mirarse en el espejo del aislamiento de ella, y lo que había descubierto lo asustó. Pero al explorar más allá del miedo, sintió una nueva e inesperada sensación de libertad, incluso de esperanza.

Sonrió a Julia.

—No.

—Tendríamos que haber cogido el Midget —dijo Kincaid con irritación cuando Gemma paró el Escort delante del piso de Carlingford Road.

—Sabes tan bien como yo que cuando llueve hay goteras —replicó ella, mirándolo. Se sentía abatida y desaliñada como un gato forzado a tomar un baño, y él no tenía mejor aspecto. Mientras lo miraba, vio que un hilo de agua le bajaba por la frente desde el cabello enmarañado.

Él se lo secó con el dorso de la mano y luego empezó a reír.

—Gemma, míranos. ¿Cómo puedes ser tan terca?

Tras lo que pareció una sesión interminable en High Wycombe, regresaron a Londres por la M40. Tuvieron un pinchazo antes de llegar a North Circular Road. Gemma paró en el arcén y se sumergió en la lluvia, rehusando la ayuda de Kincaid para cambiar la rueda. Él había permanecido bajo la lluvia, discutiendo con ella mientras trabajaba, de modo que al final los dos acabaron calados hasta los huesos.

—Es demasiado tarde para ir a recoger a Toby —dijo Kincaid—. Entra y ponte algo seco antes de que te resfríes; y come algo, por favor.

Al cabo de un momento Gemma dijo:

—Está bien —pero las palabras que ella quería que sonaran a conformidad, le salieron hoscas y a regañadientes. Parecía haber perdido el control de su mal humor, que se retroalimentaba. Gemma no sabía cómo romper el círculo vicioso.

No se molestaron en abrir los paraguas para cruzar la calle hasta el edificio de Kincaid. ¿Cómo iban a mojarse más de lo que ya estaban? Los perdigones de agua les agujonearon la piel.

Cuando llegaron al piso, Kincaid fue directo a la cocina, dejando un rastro de agua en la moqueta. Sacó de la nevera una botella de vino blanco ya abierta y sirvió dos copas. Le dio una a Gemma y le dijo:

—Empieza con esto. Entrarás en calor. Siento no tener nada más fuerte. Entre tanto voy a buscar algo de ropa seca para ponerte.

La dejó en la sala, con la copa en la mano, demasiado cansada para poner en orden sus propios sentimientos. ¿Estaba enfadada con él por Julia? Había notado una especie de comunión entre ellos, un entendimiento que la excluía a ella, y la fuerza de su propia reacción la consternaba.

Probó el vino y luego bebió media copa. El vino sabía frío en la boca, pero parecía generar cierto calor por el área de la cintura.

¿O estaba enfadada con Caroline Stowe por haberla engañado y Kincaid era el objeto de su ira simplemente porque lo tenía más a mano?

Quizás era la pérdida de tiempo que significaba todo esto, lo que hacía que le vinieran ganas de tirar un objeto contra algo.

Sid se levantó del nido que había hecho en el sofá, estirándose, y se acercó a ella. Alargó su elegante cuerpo mientras se frotaba contra los tobillos y embestía las piernas de Gemma con la cabeza. Se agachó para acariciarlo en el punto suave que había justo debajo de su barbilla y empezó a ronronear bajo sus dedos.

—Hola Sid. Veo que tienes un buen plan para esta noche: caliente y seco. Ojalá los demás tuviéramos tanta suerte.

Echó una ojeada alrededor de la cómoda y familiar sala. La luz de las lámparas que Kincaid había encendido se derramaba cálida por la habitación e iluminaba su colección de coloridos pósters de los transportes de Londres. La mesa de centro contenía libros apilados al azar y un tazón vacío. En el sofá había una manta afgana arrugada. Gemma sintió una repentina añoranza. Quería sentirse aquí como en casa, quería sentirse a salvo.

—No he sabido qué hacer en cuanto a ropa interior —dijo Kincaid al volver del dormitorio llevando una pila de ropa doblada con una toalla mullida encima—. Supongo que tendrás que arreglártelas. —Depositó los tejanos y la camiseta en el sofá y le puso la toalla alrededor de los hombros—. Ah, y calcetines. He olvidado los calcetines.

Gemma se secó la cara con una punta de la toalla y empezó a deshacerse la trenza empapada. Tenía los dedos demasiado entumecidos para poder deshacérsela y sintió lágrimas de frustración escociéndole tras los párpados.

—Déjame ayudarte —le dijo Kincaid dulcemente. Le dio la vuelta y deshizo con habilidad la trenza, luego le peinó el pelo con los dedos—. Ya está. —Le hizo dar la vuelta hasta tenerla de cara y empezó a secarle la cabeza con la toalla. El pelo de Kincaid estaba tieso allí donde se lo había frotado y su piel olía a calor y humedad.

El peso de las manos de Kincaid en su cabeza hacía desmoronar sus defensas, y notó como las piernas se le ponían flácidas y sin fuerzas, como si ya no pudieran soportar su peso. Gemma cerró los ojos al sentirse desfallecer, y pensó, demasiado vino, demasiado rápido. Pero la sensación no pasó. Levantó la mano para coger la de Kincaid y un zumbido la recorrió como la corriente eléctrica cuando sus pieles entraron en contacto.

Él paró de secarle el pelo, mirándola con preocupación.

—Lo siento —dijo—. ¿Se me ha ido un poco la mano?

Cuando Gemma pudo sacudir la cabeza, él dejó que la toalla cayera por sus hombros y empezó a frotarle con delicadeza el cuello y la nuca. Gemma pensó de forma inconexa en Rob: él nunca la había tratado así. Nadie lo había hecho. Y en sus

cálculos nunca había tenido en cuenta la fuerza de la ternura, irresistible como la gravedad.

La presión de la mano de Kincaid en su nuca la llevó con un traspie un paso adelante, hacia él. Jadeó por la sorpresa de notar el peso de él presionando las frías ropas contra su piel. Ella miró hacia arriba, y su mano ahuecada fue a tocarle, por voluntad propia, la nuca húmeda, que empujó para que su boca se encontrara con la de ella.

* * *

Gemma, adormilada, se alzó sobre un codo y miró a Kincaid. Se dio cuenta de que nunca lo había visto dormido. Su cara relajada parecía más joven, tersa, y las pestañas formaban una sombra oscura en sus mejillas. Sus párpados se agitaron por un instante, como si estuviera soñando, y las comisuras de la boca se levantaron ligeramente como insinuando una sonrisa.

Alargó un brazo para peinar una de sus cejas de color castaño pero se quedó a medio camino. De repente, en este pequeño acto tan íntimo, ella vio la enormidad, la absurdidad de lo que había hecho.

Retiró la mano como si se hubiera quemado. ¡Dios! ¿En qué estaba pensando? ¿Qué la había poseído? ¿Cómo podría mirarlo a la cara en el trabajo, a la mañana siguiente, y decir, «Sí, jefe. No, jefe. De acuerdo, jefe», como si nada hubiera pasado entre ellos?

Con el corazón a mil, se deslizó cuidadosamente fuera de la cama. Habían dejado un rastro de ropas mojadas por el dormitorio y, mientras desenmarañaba la suya del revoltijo, notó como los ojos se le llenaban de lágrimas. Soltó un taco entre dientes. Idiota, maldita estúpida. Nunca lloraba. Incluso cuando la dejó Rob no había llorado. Temblaba. Se puso las bragas mojadas y se pasó el suéter empapado por la cabeza.

Había hecho lo que había jurado que no haría nunca. Por mucho que hubiera trabajado duro para ganarse su puesto, ser considerada como un igual, una colega, había demostrado que no era mejor que cualquier fulana que se acuesta para subir de puesto. Le sobrevino un mareo mientras se ponía la falda y se tambaleó.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Pedir que la trasladaran? Todos sabrían la razón. Casi sería mejor llevar un cartel y ahorrarles las especulaciones. ¿Dimitir? ¿Abandonar sus sueños, dejar que todo el trabajo se convirtiera en polvo entre sus dedos? ¿Cómo podría soportarlo? Seguro que la gente simpatizaría con ella —una vida demasiado dura para una madre soltera, necesita pasar más tiempo con su hijo— pero ella sabría que había fracasado.

Kincaid se agitó, se dio la vuelta, sacó un brazo entre las sábanas. Lo miró y trató de memorizar la curva de su hombro, el ángulo de su mejilla, y su corazón se contrajo de añoranza y deseo. Se dio la vuelta, asustada de su propia debilidad.

En el salón metió sus pies descalzos en los zapatos mojados y recogió su abrigo y su bolso. Los tejanos y el suéter secos que había traído Kincaid seguían bien doblados en el sofá, y la toalla que había usado para secarle el pelo yacía arrugada en el suelo. La recogió y sostuvo la suave pelusa contra su mejilla, imaginando que olía ligeramente a jabón de afeitar. Con un cuidado exagerado la dobló y la dejó al lado de la ropa. Luego salió del piso.

Cuando Gemma llegó a la puerta de la calle, se encontró que seguía cayendo una cortina de agua, una sólida pared de lluvia. Se paró un momento a mirarla. Su mente traidora imaginó que regresaba arriba por las escaleras, se sacaba las ropas y volvía a meterse en la cama, junto a él.

Abrió la puerta, salió despacio a la lluvia y cruzó la calle, sin esforzarse por escudarse del agua. El perfil borroso del Escort le era familiar, incluso la reconfortaba. Tanteó en busca de la manija como una persona ciega, abrió la puerta y medio cayó en el asiento del conductor. Se pasó las manos por la cara empapada y puso el motor en marcha.

La radio se encendió estruendosa y en lugar de apagarla, metió de forma reflexiva una cinta. La voz de Caroline Stowe llenó el coche cuando Violeta cantó su última aria, implorando por su vida, por amor, por la fortaleza física que se correspondiera con su valerosa voluntad.

Gemma apoyó la cabeza en el volante y lloró.

Al cabo de un momento se secó la cara con pañuelos de papel y metió la primera. Cuando la música terminó, el único ruido era el repiqueteo de la lluvia sobre el techo.

* * *

El débil clic de una puerta penetró la conciencia de Kincaid. Luchó por subir a la superficie del sueño, pero éste se aferraba a él, hundiéndolo de nuevo en las profundidades del sopor. Sentía su cuerpo flácido, cálidamente letárgico, y sus párpados parecían haber adquirido peso adicional. Despertando lo suficiente como para poder meter el brazo expuesto debajo de las mantas, notó la sábana fría y vacía a su lado. Parpadeó. Gemma. Debía de haber ido al baño —las mujeres siempre han de ir al baño— o quizás a la cocina a por un vaso de agua.

Sonrió por su propia estupidez. Lo que quería, necesitaba, había estado justo ante sus narices todo este tiempo y había estado demasiado ciego para verlo. Ahora se sentía como si su vida hubiera girado 180 grados, completamente, e imaginó la pauta

de sus días juntos. Trabajo, luego a casa, y al final del día él encontraría en ella su santuario, enredándose en la cortina de cabello cobrizo.

Kincaid alargó su brazo hasta la almohada de Gemma, listo para envolverla en un abrazo cuando volviera. La lluvia repiqueteaba sin cesar contra el cristal de la ventana, un contrapunto a la calidez de la habitación. Con un suspiro de satisfacción, se volvió a quedar dormido.



Nació en Dallas, Texas en 1952 y creció en Richardson, un suburbio al norte de Dallas. Su abuela, una maestra jubilada, la enseñó a leer desde muy pequeña. Se graduó en Biología en el Austin College de Sherman.

Trabajó en publicidad y periodismo mientras estudiaba en programa en la Rice University. Un viaje a Inglaterra despertó su pasión por este país y emigró a Reino Unido con su primer marido Peter Crombie. Primero vivieron en Edimburgo y luego en Chester (Inglaterra).

Volvió a Dallas y estuvo trabajando durante varios años en el negocio familiar. Mientras su hija Kayti crecía, escribió su primera novela del Detective Superintendente Duncan Kincaid y la Sargento Gemma James en 1993.

Ahora vive en McKinney, una ciudad histórica al norte de Texas con su marido Rick Wilson y viaja varias veces al año a Inglaterra.

Notas

[1] Modelo de cocina muy popular en casas de campo inglesas a partir de 1930. (N. del T.). <<

[2] Se celebra la noche del 5 de noviembre para conmemorar la derrota del llamado Gunpowder Plot, en el que conspiradores católicos, con Guy Fawkes entre ellos, intentaron volar el Parlamento británico en 1605 cuando el rey protestante Jaime I se encontraba dentro. (N. del E.). <<

[3] Departamento de Investigación Criminal (Criminal Investigation Department, en inglés). (N. del T.). <<

[4] Michael Collins (1890-1922), líder revolucionario irlandés. (N. del E.). <<

[5] Osito de ficción creado por A. A. Milne, adaptado al cine por Walt Disney. (N. del E.). <<

[6] En inglés *breastscapes*, palabra formada por *breast* (pecho) y *scape* (representación de un paisaje). (N. del E.). <<

[7] Plummy significa de clase alta, pija. (N. del T.). <<

[8] Personaje de ficción de las novelas de la escritora neozelandesa Ngaio Marsh (1895-1982). (N. del T.). <<